

DOCTOR JEFF

LOUISE BAY

Phoebe

LOUISE BAY

DOCTOR JEFE

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *Dr. CEO*

Primera edición: marzo de **2024**

Copyright © **2023** by Louise Bay

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, **2024**

© de esta edición: **2024**, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, **18**
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: **978-84-10070-10-3**

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografías de cubierta: SULiana26/freepik.com y TTstudio/Depositphotos.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33

34

35

36

37

38

39

40

41

EPÍLOGO

CONTENIDO ESPECIAL

1

KATE

Incluso después de todos estos años, todavía me hormiguea el estómago por la emoción al abrir la tetería en Crompton Estate, siempre ilusionada por empezar un nuevo día, y no creo que haya mucha gente que pueda decir lo mismo de su trabajo. Cruzo la puerta y pongo el cartel de «ABIERTO» en el escaparate. Hoy serviremos té, café, pasteles y bollos —por no hablar de la sopa del día de Sandra— a cientos de visitantes felices, que harán una pequeña pausa antes de regresar a casa o continuar su recorrido por los magníficos jardines de Crompton.

El magnolio que hay fuera de la tetería acaba de florecer y sé que la gente entrará y se fijará en esas flores tan grandes como mi cabeza y en el dulce aroma de todos los años, que anuncia que estamos a mediados de mayo. Hoy todo el mundo va a estar de muy buen humor, seguro. ¿Cómo podría alguien no estar de buen humor cuando visita Crompton? Es imposible.

Me llegan los primeros compases de *I Feel Pretty*, de *West Side Story*, y, con una gran sonrisa, me vuelvo hacia Sandra, que ha encendido los altavoces y se ha puesto a cantar. Me uno a ella cuando voy hacia el mostrador.

—«Y compadezco a las chicas que hoy no son yo» —canto.

No tengo una gran voz —no habría llegado al West End ni aunque hubiera querido—, pero puedo cantar lo bastante bien como para participar en la producción *amateur* de Crompton que hicimos el año pasado. Pusimos en escena *Frozen*: yo era Elsa, y Sandra, aunque tiene treinta años más que yo, era Anna.

—¿Cómo está la abuelita? —pregunta Sandra. Todo el mundo llama «abuelita» a mi abuela. Lleva treinta años viviendo y trabajando en esta finca y forma parte de ella tanto como la casa de campo en la que vive.

—Bien. Ya está recuperada por completo del resfriado. —Echo un vistazo a los comentarios de la página de Instagram de Crompton. Llevo la cuenta oficial y percibo un pequeño extra en la nómina por el trabajo adicional que me supone—. ¿Te gusta esta? —Giro el teléfono y se lo enseño a Sandra para que mire las fotos del magnolio que he hecho al llegar.

—Todas son preciosas —dice.

—Y ese es el problema: hay tanta belleza a nuestro alrededor que no le prestamos atención. No nos damos cuenta de lo afortunadas que somos.

—No corremos el riesgo de olvidarlo —dice Sandra—. Nos lo recuerdas a todas horas.

Me río. Me entusiasma el lugar donde vivimos y trabajamos. No me pregunto si la hierba es más verde en el prado del vecino porque sé a ciencia cierta que no lo es.

—Voy a publicar una y a poner las otras en *stories*.

La campanilla de la puerta tintinea, me coloco detrás del mostrador y me vuelvo para recibir al primer cliente del día.

Imagino que voy a encontrarme con una pareja de jubilados que quieren entrar en calor con una taza de té antes de empezar su visita autoguiada por los jardines, o quizá con un grupo de turistas japoneses que precisan que los ayude con el mapa, y lo último que espero ver en la puerta es a un

hombre tan alto que tiene que agacharse para no golpearse la cabeza con el dintel, un hombre que se ha remangado la camisa blanca hasta dejar al descubierto los antebrazos de una forma que casi resulta provocativa. Se detiene justo delante del mostrador y me mira como si fuera un trozo de la tarta Bakewell de Sandra y quisiera devorarme.

Está claro que el hombre que tengo delante no es el típico cliente de Crompton.

Consigo mantener la sonrisa mientras saludo a nuestro nuevo cliente, a pesar de que estoy convencida de que me he ruborizado solo con mirarlo.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

Una expresión divertida se dibuja en su rostro; no quiero saber lo que está pensando de ninguna de las maneras, porque, por el modo en que sonríe, tengo claro que es algo obsceno.

—¿Té? ¿Café? —sugiero, un poco desconcertada—. En la nevera que está en la parte de atrás hay zumo de naranja. —Hago un gesto hacia el mueble que conserva las bebidas frías.

Sandra se acerca y por el rabillo del ojo veo que coloca la tarta de chocolate sobre la encimera. Luego apostaremos sobre a qué hora nos piden el primer trozo. Siempre es el último en salir, pero una vez que servimos la primera porción, es como el *Black Friday*: no dejan de pedirlo hasta que se acaba. Aparte de eso, lo que más vendemos por las mañanas son las barritas de cereales caseras y la tarta de zanahoria.

—Vaya, pues sí que eres un tiarrón guapo... —le dice Sandra al perfecto desconocido que tengo delante y que ni siquiera me ha dicho todavía si quiere té o café. Sandra pone los brazos en jarras y se acerca a mí y, por tanto, al desconocido, como si pretendiera inspeccionarlo y asegurarse de que está tan bueno como pensaba, aunque no hay duda alguna: el pelo castaño oscuro y brillante, los labios carnosos, esa mandíbula y hasta la arruguita que hay entre sus ojos, que hace incluso más atractivo su rostro.

El cliente esboza una media sonrisa.

—Gracias.

—¡Y estadounidense! —exclama como si acabara de ver un perro verde, aunque aquí paran americanos todos, o casi todos, los días. Sandra me da un codazo—. Es americano.

No puedo reprimir una sonrisa. Sandra es muy divertida sin siquiera proponérselo al menos el cuarenta por ciento del tiempo; el sesenta por ciento restante está cantando, lo que la convierte en la compañera perfecta. Además, no tiene filtros, es una repostera estupenda y la conozco desde que nació. Es como de la familia.

—¿Tarta de zanahoria? —ofrezco, intentando ignorar a Sandra y centrarme en el trabajo —mi trabajo soñado desde que era pequeña y en el que llevo desde los dieciséis años—.

—Un café solo —responde.

En lugar de preparar el café del cliente, Sandra se apoya en el mostrador.

—¿Vives en Estados Unidos? —pregunta—. ¿Has venido de vacaciones?

—El café es una libra con cincuenta y responder a la encuesta de Sandra es opcional.

Se ríe entre dientes y siento un cosquilleo entre los muslos. No hay muchos hombres guapos en Crompton y yo no salgo a menudo de la finca, salvo para acercarme al pueblo porque tenga que ir a la oficina de Correos o al supermercado. No me cruzo con muchos hombres de mi edad que se parezcan al que tengo enfrente, pero mi cuerpo está teniendo una reacción tan visceral hacia él que agradezco no tener que acercarme al pueblo, porque esto debe de ser un subidón hormonal, y podría darme un ataque al doblar una esquina y encontrarme frente a un grupo de hombres.

Aunque dudo que ni una docena de tíos juntos pudieran reunir la confianza en sí mismo que el que tengo delante rezuma por todos los poros. Con tan solo unos segundos de interacción, me ha

quedado claro que sabe lo que quiere; que consigue lo que quiere.

—No es una encuesta —protesta Sandra—. Solo intento mantener una conversación. ¿Qué quieres? Me gusta la gente.

—Por ahora vivo en Estados Unidos —responde. Estoy a punto de preguntarle si quiere pagar en efectivo o con tarjeta cuando levanta el teléfono en respuesta a mi pregunta no formulada y asiente cuando le acerco el TPV—. Tengo familia aquí. He quedado con ellos esta mañana para visitar los jardines.

—Qué agradable —comento.

—Un hombre de familia —aprueba Sandra—. ¿Estás casado?

El hombre se ríe, no sé si por la cantidad de preguntas o por lo personal que ha sido esta última.

—No. —Me mira un instante y se vuelve de nuevo hacia Sandra.

—Si quiere sentarse, le llevo el café. Puede elegir la mesa que desee. —Me dan ganas de darme de tortas. Pues claro que puede elegir mesa: no hay nadie más y tampoco es que tengamos un reservado para clientes vip.

—Gracias —responde; da media vuelta y va hacia las mesas, se sienta, estira las largas piernas y se concentra en el móvil.

Sandra y yo cruzamos una mirada.

—Es guapísimo —dice Sandra.

Él levanta la vista de golpe y nos pilla contemplándolo. Sonrojada hasta la raíz del cabello, me concentro en la caja registradora como si fuera un portátil y estuviera haciendo un trabajo importantísimo.

¿Ha oído lo que ha dicho Sandra?

—Nos vas a meter a los dos en un lío —susurro.

—Eso es justo lo que necesitas en tu vida: meterte en líos. Vivir una aventura, disfrutar de un poco de diversión...

—Me gusta mi vida tal como es —respondo. Crompton Estate me ofrece todas las aventuras que necesito. Soy feliz aquí, y eso es lo que importa.

—Hace veinte años habría trepado a ese hombre como si fuera un árbol —anuncia Sandra.

—Estabas felizmente casada —le recuerdo.

Se encoge de hombros.

—Pero tú no lo estás.

—Yo estoy bien así. Soy feliz. —Sé lo que es la aventura y por eso me gusta estar aquí, en la cafetería, cantando temas de musicales y sirviendo tarta de zanahoria.

El desconocido levanta la vista de su teléfono y nuestras miradas se encuentran. Él no la aparta y yo tampoco.

2

VINCENT

Jacob y Sutton no llegan tarde: yo he llegado demasiado pronto porque quería ver el lugar antes de que me distrajeran. Visitar la tetería, ver esos manteles rosas a cuadros, escuchar lo que cantan las dos mujeres que están detrás del mostrador... Quiero echar un vistazo a los jardines, hacerme una idea del aspecto que debe de tener la casa cuando no está abarrotada de turistas y escuchar lo que me dice el instinto. Soy un fanático de los datos, pero cuando pretendo invertir en algo, aunque los números parezcan buenos, también tengo en cuenta mi intuición.

La señora del mostrador se pone a cantar el tema de *America* de *West Side Story* que suena por el altavoz. Sonríe: parece muy feliz.

El ruido de pasos que se acercan me hace levantar la vista.

—Su café —dice la empleada joven.

—Gracias. —Giro la taza para que el asa quede al otro lado.

—Otro zurdo —sonríe. Lleva un uniforme rosa a rayas con un volante en el cuello y un delantal blanco.

No debería ser tan seductora porque, en realidad, parece muy inocente.

—A su amiga le gusta cantar —digo.

—Nos gusta a las dos —responde—. No podría trabajar en un lugar donde no pudiera cantar —explica, inexpresiva, y no sé si está hablando en serio hasta que una enorme sonrisa aparece en su rostro.

Es deslumbrante: tiene unos brillantes ojos azules y lleva el pelo recogido en una coleta que se mueve al caminar... e imagino que también cuando hace otras cosas.

—¿Puedo ofrecerle algo más?

Entrecierro los ojos.

—Nada de lo que hay en la carta. —Se sonroja, y me reprendo mentalmente por no haber sido más caballeroso—. Nada más, gracias.

Suena la campanilla de la puerta y entran Sutton y Parker, a la que no esperaba, seguidas de cerca por Jacob y Tristan, el novio de Parker.

Me levanto y me aparto de la mesa.

—Hemos venido en cuarteto —dice Sutton—. Tengo que aprovechar para ver al mayor número de amigos posible en mis días libres.

—Cuanto más seamos, mejor —digo, abrazando a Sutton. Con tanta gente, esto se parecerá a la típica reunión familiar, y eso es exactamente lo que busco. Hoy mi familia va a contribuir a mis planes sin ser consciente de ello.

Todo el mundo retira las sillas y se quita los abrigos. Echo un vistazo al mostrador y capto la atención de la mujer más joven. Sin que yo diga nada, coge un bloc y se acerca al grupo.

—Buenos días a todos. Bienvenidos a Crompton. ¿Qué van a tomar?

La observo mientras anota cuidadosamente el pedido, repitiendo lo que dice cada uno. En cada ocasión, me mira un instante como si quisiera comprobar que sigo aquí.

Entonces vuelve a sonar la campanilla y entran mis tíos.

—Me estoy congelando, Carole. Por eso llevo dos jerséis y un abrigo.

Mi tía hace caso omiso de las quejas de mi tío, a las que está más que acostumbrada, y abraza a su hijo, a la futura esposa de este y a sus amigos.

Echo un vistazo al mostrador: mi «amiga» se dirige hacia aquí de nuevo.

—Dos tazas de té y un pastel de zanahoria para John —le pido.

—¿Va a tomar dos tazas de té? —pregunta. Luego sacude la cabeza y se da cuenta de lo que he querido decir. Se queda mirando a mis tíos mientras se retuercen para quitarse todas las capas de ropa y una sonrisita se dibuja en sus labios. Señala a Carole y a John con un movimiento del bolígrafo que nadie, excepto yo, ha podido ver—. ¿Son sus padres?

Sonrío. La señora mayor no es la única que hace demasiadas preguntas.

Me muevo un par de pasos para alejarme de la multitud que forma mi familia, y ella me sigue.

—¿Cómo se llama? —pregunto.

—Kate.

Contemplo las ondas oscuras que se escapan de su coleta, las tres pecas que tiene en el pómulos izquierdo, y disfruto del rubor que le sube por el cuello. No quiero avergonzarla.

—Son mis tíos —explico—. Jacob es mi primo, el hijo mayor de Carole y John. Sutton es su futura esposa.

—Prometida —me corrige.

Sonrío y me meto las manos en los bolsillos para no sentir la tentación de hacer algo con ellas.

—Vale. Entonces, Parker es la mejor amiga de Sutton y Tristan es su prometido.

Asiente como si estuviera satisfecha con mi respuesta.

—Una gran familia. Y todo el mundo está prometido.

Me río entre dientes.

—Yo no. —La miro a los ojos. No sé por qué estoy coqueteando así porque no pretendo pedirle el teléfono o que salga a cenar conmigo, pero la verdad es que me siento inexplicablemente atraído por ella.

—También va a venir Nathan, otro de mis cinco primos. La esposa de Nathan tiene trabajo, así que no va a acompañarnos.

Suspira, se vuelve hacia mí y me pone la mano en el brazo. Hay demasiada familiaridad en ese gesto, pero me parece perfecto.

—Que pase un día estupendo. —La sinceridad con la que lo dice me toma por sorpresa; da media vuelta y regresa al mostrador.

—Gracias, Kate —respondo.

Suena una melodía que me resulta familiar y la reconozco al oír la letra: es *Good Morning*, de *Cantando bajo la lluvia*.

—Ya no se hace música así —dice John—. Es un tema estupendo, no como los de Andrew Lloyd Webber. *Cantando bajo la lluvia* es un musical de verdad.

Siguen hablando y riéndose. Da gusto verlos tan felices, aunque no tenga ni idea de qué se ríen.

—¿Todo bien? —les pregunto.

—Estaría mejor con una taza de té —responde John—. ¿Tenemos que levantarnos a pedir?

—No —digo—, ya he pedido.

—Eres un buen tipo, Vincent. A diferencia de mi familia.

Sonrío, aunque el cosquilleo en la nuca se intensifica.

Kate vuelve con una bandeja de bebidas.

—¿Alguna cosa más? —pregunta en mi dirección.

—Cuando llegue Nathan —respondo.

—Volveré cuando llegue Nathan, entonces. —Me sonrío y regreso al mostrador canturreando.

—Las mujeres británicas son estupendas —afirma Sutton.

Me vuelvo hacia ella; está claro que nos estaba mirando a Kate y a mí.

Me río entre dientes.

—Hay mujeres guapas hay en todas partes, Sutton.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —pregunta.

No tengo ningún interés en meterme en esa conversación. Supongo que es normal que las parejas de enamorados quieran lo mismo para todos a los que conocen, pero conmigo pierden el tiempo. Soy un bala perdida y no tengo ningún interés en encontrar a mi media naranja y pasar con ella el resto de mi vida; no tengo ningún interés en nada que sea «para el resto de mi vida».

—Estoy enamorado de la vida misma —respondo. Por suerte para mí se abre la puerta de la cafetería y entra Nathan, del brazo de una mujer que tiene al menos sesenta años más que él, es decir, unos noventa.

—Aquí están, Gladys. Te dije que me esperarían. Vamos a sentarnos. —Nathan levanta la vista y me hace un gesto con la cabeza—. Vincent, ¿puedes pedir una taza de té para Gladys? No, mejor que sean dos tazas de té y un zumo de naranja. Su hija y su nieta están en el baño y vendrán dentro de un minuto.

Me dirijo al mostrador para hacer el pedido. Kate no está, pero entonces se abre la puerta tras el mostrador y reaparece. Nos miramos un instante antes de que se dé cuenta de que han llegado más clientes.

—¡Gladys! —exclama Kate—. La semana pasada no te vi. ¿Va todo bien? —Rodea el mostrador, le toma el relevo a Nathan y acompaña a Gladys hasta la mesa más cercana al mostrador.

Gladys y ella se ponen a charlar, pero no consigo entender lo que dicen por culpa del ruido que hace nuestro grupo al saludar a Nathan. Me siento, bebo un sorbo de café y me divierto atendiendo a las al menos doce conversaciones distintas al mismo tiempo que mantienen mis familiares.

—¿Ya estamos todos? —pregunta Carole, que está a mi lado.

Asiento.

—Que yo sepa, no nos faltan más Cove.

Me da unas palmaditas en la rodilla.

—Me alegro de volver a verte. Hacía meses que no venías. Quizá esta vez te quedes un poco más.

El cosquilleo en la nuca casi ha desaparecido; la beso en la mejilla.

—Vengo siempre que puedo —respondo—, pero reconozco que echo de menos este lugar cuando me encuentro fuera.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta—. Dudo mucho que nos hayas traído solo para pasar el día.

Mi tía era una cirujana de renombre con una importante carrera profesional a sus espaldas. Es, con diferencia, el miembro más listo de nuestra familia, y no se le escapa una.

—Nadie se cree que hayamos venido solo a pasar el día —interviene John.

Me aseguro de que nadie —sobre todo, Kate y la mujer mayor que trabaja en la cafetería— está escuchando.

—¿Podéis fingir que os lo creéis al menos mientras estemos aquí? Os lo contaré todo más tarde.

Lo último que quiero es que Kate y la mujer mayor me escuchen, porque podrían sacar sus propias conclusiones.

—Claro. Si me aseguras que todo va bien —dice Carole.

Recibo mensajes o correos y llamadas de todos mis primos e incluso de mi tío, pero siempre es Carole quien se asegura de que estoy bien. Lo ha hecho desde que yo era niño y fantaseaba con perder el avión de regreso a Estados Unidos después de pasar el verano en Inglaterra con ella y John. Supongo que por eso vine a la universidad aquí y por eso estudié Medicina: quería ser como ellos, tener una familia como la suya.

—Mejor que bien —la tranquilizo—. Ya sabes lo mucho que me gusta encontrar una buena inversión.

Enarca las cejas, pero no dice nada más. Ya los pondré al tanto más tarde. Solo compraré este lugar si el conde acepta el precio que estoy dispuesto a pagar. Lo que ocurre es que no estoy seguro de cuál puede ser ese precio, y hoy he venido hasta aquí para averiguarlo.

John carraspea y mira hacia el mostrador.

—Esa tarta de chocolate tiene muy buena pinta, Carole...

—De eso nada, John. Son las diez y cinco y acabas de comer pastel de zanahoria.

Él refunfuña y da otro sorbo a su té.

Sonrío y me reclino en la silla.

Es estupendo estar de vuelta.

3

VINCENT

Cuando mi familia se marcha me quedo un instante en el aparcamiento, después de haber prometido tres veces que iría a Norfolk antes de volver a Nueva York.

Los he utilizado como tapadera, pero me encanta verlos.

Compruebo la hora y me dirijo a la casa. Solo los jardines están abiertos al público, pero si voy a comprar toda la finca, también tengo que ver la casa. Sigo las señales y atravieso una puertecita negra situada en el muro en la parte trasera de la propiedad, donde me espera el agente inmobiliario.

—Brian —saludo.

—Vincent. Me alegro de que hayas podido venir. Siento no poder enseñarte los jardines, pero te mostraré la casa sin problemas.

No tiene por qué saber que ya he visitado los jardines, y mientras exploraba el terreno alrededor de la casa he podido hacerme una idea del estado de la propiedad. Hay que arreglar el tejado, si es que no debo cambiarlo; hay pintura descascarillada en algunos lugares que no se ven a simple vista y malas hierbas creciendo en los canalones. El deterioro no es evidente a menos que lo busques, y yo lo busco, no solo porque quiero saber cuánto voy a tener que invertir para poner la casa en condiciones, sino también para saber lo desesperado que está el conde por vender.

—Adelante —digo.

—Empecemos por la parte delantera de la casa, como si entraras por la puerta. Así te harás una idea de la grandeza del lugar.

Lo sigo desde la parte trasera del edificio, estudiando las paredes agrietadas y el papel pintado de las estancias pequeñas y estrechas por las que pasamos, hasta que llegamos al vestíbulo, que tiene un aspecto muy diferente.

—Imagínate como un visitante al ver estos techos de doble altura, la amplia escalera... Quedas impactado nada más cruzar las puertas.

Me meto las manos en los bolsillos y miro hacia arriba y a mi alrededor. Brian está en lo cierto: la entrada es impresionante y podría llegar a ser grandiosa, pero parece un tanto ajada y descuidada. Las alfombras de las escaleras están desgastadas y el espacio, demasiado vacío. Los muebles y las obras de arte que deberían adornar las paredes y todas las estancias brillan por su ausencia.

—¿El dueño se ha mudado?

—Por supuesto que no. Pero desde que murió la condesa el conde ha perdido el cariño que le tenía a este lugar.

—Murió hace unos cinco años, ¿no? —Brian asiente; es el agente del conde, no el mío. Al parecer, en el Reino Unido no me hace falta tener uno. Me ahorro el dinero, pero al mismo tiempo, creo que se mostraría más abierto si otro agente me representara—. Así que intenta seguir adelante...

—Le duele deshacerse de la propiedad, pero no quiere encargarse del mantenimiento.

—Es comprensible. Cuidar de un lugar como este supone mucho tiempo y dinero.

—Deja que te enseñe la biblioteca —dice.

Giramos a la izquierda y entramos en una sala llena de libros. Hay un par de sillones de cuero a

ambos lados de una mesita. Pero, aparte de los libros, la estancia está muy vacía.

—¿Se ha deshecho de los muebles y de las obras de arte? Da la impresión de que han quedado huecos.

—Creo que, con vistas a la venta, ha regalado varios muebles y obras de arte a sus familiares.

Me da que eso no es cierto, sino más bien que el conde los ha vendido para mantener el lugar.

—¿Tener los jardines abiertos al público cubre los gastos de mantenimiento? —pregunto.

—¿Vas a conservar la tetería y las visitas a los jardines? —pregunta.

—Aún no he tomado una decisión al respecto —contesto.

No ha respondido a mi pregunta, lo que significa que está al tanto de que la tetería y los jardines no cubren el mantenimiento de la casa; lo que significa que el conde se lo ha dicho; lo que significa que tanto él como el conde saben que no tienen mucho con lo que negociar.

Por supuesto, de ninguna manera voy a mantener los jardines abiertos al público. Si voy a transformar esta vieja casa decadente en un hotel de cinco estrellas, será exclusivo y lujoso, y no tendrá un jardín trasero lleno de autobuses repletos de excursionistas jubilados en el que se venda tarta de zanahoria.

Brian inspira hondo.

—Si los cierras, la planificación podría ser una auténtica guerra por culpa de los empleos locales que van a perderse. Algunos llevan generaciones trabajando en la finca.

—Es una apuesta arriesgada —comento. Obviamente, ya he estudiado la viabilidad del proyecto. Tengo un equipo que me ayuda a tomar decisiones, y, aunque adquirir una casa como esta sin permiso de obras entraña riesgos, los he asumido mayores. Las autoridades urbanísticas son conscientes de que, si no se les da una nueva vida a estas enormes casas señoriales, caerán en el abandono. La gente se quedará sin trabajo y las comunidades se desmoronarán dramáticamente. Pero no pienso decírselo a Brian.

—Efectivamente —dice—. ¿Has venido desde Londres? —pregunta—. ¿O tienes tu base de operaciones en Estados Unidos? —No sé si Brian se da cuenta de lo terriblemente mal que se le da ocultar lo desesperado que está el conde por vender este lugar.

—Estoy alojado en el pueblo —respondo—. En el *pub* que está cerca de esta finca.

—¿La Liebre de Oro? Es un lugar lleno de encanto. Me han dicho que las habitaciones son estupendas.

Hago un gesto de asentimiento. No me he registrado todavía, así que no sé cómo son las habitaciones, pero sí es verdad que me alojaré allí esta noche.

—He oído rumores acerca de que el conde lleva tiempo intentando vender.

Brian frunce el ceño.

—La gente ha estado especulando desde que murió la condesa.

Ambos estamos eludiendo la verdadera cuestión: ¿está dispuesto el conde a ofrecerme un precio atractivo?

Si no es así, lo dejaré correr, pero debo reconocer que me gusta el lugar. Me hace falta un nuevo reto. Nueva York ya no me resulta tan atractivo como cuando me fui a vivir ahí, y mudarme a otra zona de la ciudad tampoco ha hecho nada para calmar mi aburrimiento. Necesito algo más que un cambio de aires, y Crompton Estate podría ser la solución.

—Me lo imagino. ¿Seguimos?

—La biblioteca da a la sala de día.

La sala parece sacada de una película de época, con su enorme lámpara de araña colgando del techo y las mesas con ornamentos dorados junto a los suntuosos sofás tapizados en azul lavanda. En

todas las paredes hay colgados cuadros dignos de un museo: paisajes y retratos antiguos de hombres y mujeres bien vestidos. Las alfombras parecen suaves y todo está bien cuidado.

—Una estancia muy bonita —comento.

—El conde la emplea como su salón. Es una sala para uso cotidiano, pero el salón formal es maravilloso.

Me lleva de nuevo al pasillo y hacia la parte trasera de la casa.

—Esta es mi estancia favorita —anuncia—. El salón de baile.

Tres pares de puertas acristaladas dan a un patio ajardinado y tres lámparas de araña cuelgan del techo frente a ellas. En cada extremo de la sala hay una chimenea de piedra, ornamentada con esmeradas tallas que representan lo que creo que son animales, aunque tendría que aproximarme para confirmarlo.

La pintura descascarillada de las ventanas se ha cubierto con una capa nueva, aunque nadie se ha tomado la molestia de quitar la vieja. Han vestido a la mona de seda, pero ni siquiera es una seda de calidad.

—Sería un excelente salón de actos o comedor si alguien abriera un hotel —observa Brian, con tono inquisitivo.

Sonríó porque no tengo la más mínima intención de responder a la pregunta implícita. No voy a ponerlo al tanto de mis planes.

—Es una sala preciosa.

Seguimos hasta otra estancia más pequeña, a la que se refiere como *«la sala»*, y después llegamos a otra a la que llama *«el comedor»*, aunque no hay ninguna mesa.

—¿Subimos al primer piso?

Señalo con la barbilla hacia un lugar más allá del comedor.

—Me gustaría terminar antes con este piso. ¿Vamos hasta el lugar por el que hemos entrado?

Aprieta los labios en una línea fina y recta.

—De acuerdo.

Una vez ahí, me queda claro por qué no quería que viera esta zona: las paredes están prácticamente derruidas y todo presenta un aspecto general de abandono. Son cuatro o cinco estancias, entre las que se encuentran lo que parece una sala de billar y quizá otra sala de estar.

—Obviamente, precisa ciertas reformas —dice.

—Obviamente —repito, y me guía de regreso al pasillo principal.

—¿Ha habido mucha gente interesada en comprar este lugar?

Subimos las escaleras, tan espectaculares como cabría esperar en una casa señorial. Ocupan mucho espacio, lo que no es ideal, pero dudo que consigamos los permisos necesarios para deshacernos de ellas.

—Nos dirigimos a un número muy reducido de personas —afirma.

Reprimo una carcajada, no porque me haya hecho gracia su respuesta, sino por el modo en el que evita responder a mis preguntas. Si fuera un poco más comunicativo, tal vez dudaría de mi margen de negociación, pero al mostrarse tan hermético lo único que consigo es que me imagine lo peor de la finca.

No tiene sentido preguntar nada más. Vagamos por la propiedad durante unos minutos, y observo los dormitorios, que nadie se ha molestado en modernizar en los sesenta últimos años. El piso de arriba es más de lo mismo.

Este lugar se está desmoronando y el conde está desesperado por vender, y yo necesito un nuevo reto.

Los planetas se están alineando sobre Crompton Estate.

4

KATE

Me ato el delantal verde a la cintura y pongo los brazos en jarras.

—¡Lista para abrir! —grito, tras comprobar que en todas las mesas haya un cubilete metálico con cuchillos y tenedores envueltos en servilletas y una bandeja con los condimentos.

Me pongo a limpiar las mesas con un producto bactericida, aunque ya estén relucientes.

George, el dueño de La Liebre de Oro, aparece en la puerta.

—Estupendo, porque vamos a abrir estés lista o no.

Le dedico una amplia sonrisa, aunque sé que habla en serio. Me hace gracia lo cascarrabias que es.

—Tú ocúpate de las bebidas, George, que yo ya tengo controlado lo de la comida.

Refunfuña. Sé que da gracias porque he podido venir esta noche. Hay un virus rondando por ahí y Meghan, que estaba de turno, ha llamado para informar de que está enferma. Tenemos una camarera menos, pero puedo encargarme yo sola sin problemas; es lunes, y los lunes son tranquilos; a pesar de que hoy ha venido a la tetería un americano alto y guapísimo. Era de lo más sexy, sí, pero con lo que me ha ganado ha sido con la confianza en sí mismo que demostraba. Esa forma de ser hace que se me caigan las bragas.

Reviso las cartas que hay junto a la caja, compruebo que estén bien y coloco las que están fuera de su sitio. Luego cojo una libreta y un bolígrafo y me los guardo en el bolsillo delantero del delantal. Vuelvo a echar un vistazo para asegurarme de que no se me ha pasado nada por alto y veo en la estantería de roble que rodea la habitación, a unos treinta centímetros por debajo del techo, algo en lo que no me había fijado antes. Está llena de pequeños cuadros y baratijas de la finca: una herradura, una caja de latón, jarrones de barro con flores secas que no hacen más que acumular polvo... De vez en cuando, si no tenemos mucho que hacer, lo saco todo y lo limpio para saber exactamente qué hay, y hoy, al parecer, se ha colado entre todo el revoltijo un plato amarillo.

—George —lo llamo—. ¿Qué hace ese plato amarillo en el estante?

No tiene mucha importancia y, en realidad, no es asunto mío, pero es que en todos los años que llevo trabajando aquí nunca había aparecido ningún objeto nuevo.

George no responde, así que cojo una de las sillas y la pongo debajo de la estantería para subirme a ella y ver mejor lo que es.

Se trata de un simple plato amarillo. ¿Qué hace esto aquí? Destaca entre el resto de los objetos desgastados por el paso del tiempo que llevan toda la vida en este sitio. ¿Por qué iba a ponerlo George en la estantería? Los techos con vigas son bajos y casi puedo tocar la parte de atrás del mueble si me pongo de puntillas. Cojo el plato y, al hacerlo, una voz retumba a mis espaldas.

—Otra vez tú.

Me invaden dos impulsos contradictorios: quiero girarme para ver quién ha hablado y, al mismo tiempo, mantener el equilibrio y asegurarme de no romper el plato, pero todos mis instintos me fallan y no consigo hacer ninguna de las dos cosas.

Todo se vuelve muy confuso y pierdo el equilibrio; el plato resbala de mis dedos y se me escapa de las manos; todo transcurre a cámara lenta cuando caigo hacia atrás, pensando en cómo voy a

aterrizar y si voy a tener que dejar el trabajo esta noche porque tendré que ir al hospital con una herida en la cabeza o una pierna rota; me pregunto si mañana podré hacer mi turno en la tetería y si Sandra sabrá mantener el fuerte sin mí. Los martes suelen ser días muy ajetreados en los que siempre tenemos al menos dos autocares repletos, así que esta caída sería de lo más inoportuna.

Cierro los ojos y me preparo para el impacto, pero no llego a tocar el suelo tal como esperaba. Es como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa y me hubiera detenido en el aire. Tardo un momento en darme cuenta de que alguien me ha cogido.

Abro los ojos: debo de haberme desmayado y estoy soñando con el apuesto desconocido americano, el que ha hecho que se me cayeran las bragas en la tetería. Vuelvo a cerrar los ojos y me doy cuenta de que, si los abro y los cierro a voluntad, quizá no estoy inconsciente.

Me recorre un calor extraño y abro de nuevo los ojos.

—Me has cogido —digo.

—Sí. —Su voz es profunda y sonora y siento su vibración entre los muslos—. ¿Necesitas tomarte un tiempo o puedes ponerte de pie? —pregunta.

—Me encantaría tomarme un tiempo —respondo, mirándolo a los ojos—, pero por desgracia no puedo hacerlo hasta que termine mi turno, así que debería levantarme.

Soy muy consciente de sus manos sobre mí, en la parte superior de mis muslos y bajo mi espalda. Es enorme, como un armario ropero; perfecto para sostenerme en brazos.

—¿Por qué no te relajas unos minutos? —sonríe.

—Ay, sí, gracias. Quizá solo hasta que llegue el primer cliente. Eres muy... —Intento encontrar la palabra adecuada. ¿Sexy? Sí, eso le encaja perfectamente, pero es bastante inapropiado porque es un extraño y un hombre al que probablemente voy a servirle una hamburguesa en menos de una hora.

—Querrás decir «hasta que llegue el segundo cliente» —comenta.

—Bueno, sí, claro, si te cuentas a ti mismo.

—Pretendía ser un cliente, sí, pero puedo esperar hasta que descanses un poco.

La situación ya es lo bastante rara, y no va a mejorar hasta que me suelte, a pesar de que no me importaría lo más mínimo descansar entre sus brazos. O, la verdad, hacer lo que fuera entre sus brazos.

—Ya me siento mucho mejor, gracias. —Me muevo y me deja en el suelo.

—No hay de qué. A tu disposición.

Hago una mueca.

—No deberías decir eso si no es cierto. Me encanta descansar y relajarme tanto dentro como fuera de mi turno.

—Pero es que lo he dicho en serio —replica, y al igual que la última vez, me mira como si estuviera muerto de hambre y yo fuera el plato especial de La Liebre de Oro—. Cuando quieras tomarte un descanso, dímelo.

Me da la impresión de que estamos coqueteando, pero mi radar funciona tan mal que no estoy segura. No parece disgustado por que haya aterrizado sobre él, pero no sé si eso significa que está tirándome la caña, que es un auténtico caballero o ninguna de las dos cosas; o las dos cosas.

—Lo haré —respondo con una sonrisa que él no duda en devolverme—. Mientras tanto, ¿quieres una mesa? ¿Van a venir Nathan y el resto de la cuadrilla?

Esta vez se ríe a carcajadas.

—Voy a estar yo solo. Mi familia ha regresado a... —Hace un gesto vago con la mano—. Yo me he quedado. —Señala con la barbilla para indicarme las habitaciones que alquila George.

—Ah, estupendo —respondo—. Una estancia prolongada.

Estupendo, sí, pero también un poco raro. Los huéspedes que se alojan aquí suelen ser familias que llegan en Range Rovers impecables desde Londres, o parejas que también llegan en Range Rovers relucientes. Básicamente, atendemos a gente que se cree del campo pero vive en la ciudad.

Este tipo es de ciudad y ni siquiera se molesta en disimularlo.

—¿Has venido hasta aquí en un Range Rover? —le pregunto, guiándolo hacia mi mesa favorita, bajo la acuarela del Mathematical Bridge de Cambridge.

—No. ¿Es un requisito?

—Claro que no —respondo. Pero así todo tendría mucho más sentido... y no lo tendría. Aún faltaría una novia o una esposa. ¿Por qué habrá venido solo?—. ¿Va a acompañarte alguien?

—No, a menos que quieras tú sentarte conmigo —replica—. Hoy has estado mucho tiempo de pie.

Ladeo la cabeza, intentando grabarme en la mente la forma de sus pómulos para ver si puedo dibujarlos. Pero ¿en qué estoy pensando? Las pocas veces que he intentado dibujar algo me ha quedado como el culo.

—A decir verdad, los lunes son el día menos atareado en cuestión de clientes. Las cosas empiezan a entrar en calor los martes.

Me sostiene la mirada, y es como si me hubiera envuelto en llamas. Creo que podrían usarme para freír huevos.

—¿Entrar en calor? Cuéntame más.

Este tío puede meterme en un lío muy gordo, y no me interesa. No, borra eso: sí me interesa, pero estoy de turno y tengo que servirle la cena antes de que George salga y se ponga a gritarme, algo que va a hacer de todos modos, pero prefiero no darle motivos.

—Los autocares —digo, sin seguirle el juego—. Si quieres, puedo decirte cuáles son nuestras especialidades.

—No es lo que esperaba, pero adelante —replica.

—El salmón con salsa holandesa casera es increíble. Y, por supuesto, es un pescado graso, así que es rico en omega tres. También tenemos la hamburguesa de pollo con suero de leche. —Hago una mueca—. Tiene bastante menos omega tres, pero, la verdad, está deliciosa y tiene una buena dosis de triptófano.

Me mira a los ojos, y es como si me hubiera metido en un bollo y lo hubiera aderezado con mayonesa: parece a punto de devorarme, y creo que quiero que lo haga.

—Tomaré lo que te parezca más delicioso a ti.

Entrecierro los ojos y anoto el pedido cuidadosamente en el bloc mientras lo repito en voz alta.

—Una hamburguesa de pollo con suero de leche. ¿Te traigo algo de beber? ¿Algo para acompañarla? No sé, ¿brócoli? Para evitar un ligero ataque cardíaco.

Se ríe entre dientes.

—¿Siempre das consejos nutricionales con el menú?

—No siempre, pero eres americano y tal vez no sepas cómo van las cosas en el Reino Unido.

—¿Porque el salmón no tiene omega tres en Estados Unidos?

Me encojo de hombros.

—A lo mejor no, pero no sabría decirte, porque nunca he estado. —Hago una pausa y me recorre una oleada de emoción al pensar en ir a Estados Unidos; o, en realidad, a cualquier país extranjero; o, sin más..., lejos—. Prefiero ser precavida. ¿Brócoli?

—Claro —acepta—. Y supongo que no tendrás tequila, ¿verdad? —Lo dice como si supiera que es una posibilidad remota.

—Te juro que ahora mismo te besaría en la boca —suelto antes de que mi cerebro pueda filtrar las palabras.

—¿Porque he pedido tequila? ¿O tus repentinas ganas de besarme son accesorias frente al pedido de tequila?

—Ambas cosas —respondo, y grito—: ¡George! Me acaban de pedir tequila. —Me vuelvo hacia... No me puedo creer que no sepa su nombre—. Lo convencí para que comprara tequila el mes pasado. Decía que nadie iba a pedirlo.

Este tío es un regalo caído del cielo: esta noche me ha salvado de acabar en el hospital y gracias a él he podido soltarle un «te lo dije» al cascarrabias de mi jefe. Y además coquetea conmigo... Me hace sentir como una modelo de Victoria's Secret pero sin las alas de ángel. Debería pedirle que me comprara un billete de lotería.

—Me alegro de ser útil —sonríe.

—Voy a traerte también un agua con gas —comento—. Invita la casa por haberme salvado la vida, por ofrecerte a dejarme descansar en tus brazos y por ayudarme a ganarle la mano a George.

Se abre la puerta principal y entran los Radcliff: esta noche su hija cumple catorce años.

Vuelvo a mirar al americano.

—Ahora mismo te traigo las bebidas.

Me acerco a saludar a Carly Radcliff.

—Tengo preparada vuestra mesa. Feliz cumpleaños, Ilana.

Ilana se ruboriza, vergonzosa.

Acompaño a los Radcliff a la mesa y les llevo las cartas. Seguro que ya saben lo que hay, y, de todos modos, van a pedir lo mismo que el miércoles pasado. Solo cambiamos el menú dos veces al año, de verano a invierno. Además, cada dieciocho meses, George añade un plato nuevo y quita otro, momento en el que Meghan, Peter y yo nos quejamos constantemente durante al menos seis semanas hasta que nos acostumbramos. Acabamos de añadir una ensalada Cobb que nadie pide jamás. Me pregunto por qué George no nos consulta antes de hacer estas cosas.

Vuelvo la vista hacia el americano y se me caen las bragas con gran estrépito. Es la leche de guapo. ¿Esas manos? ¿Esos hombros? No sé cómo es posible, pero hasta sus cejas son sexys. Y es muy agradable y cómodo hablar con él. Y no se toma a sí mismo demasiado en serio. Y no le ha importado que cayera en sus brazos y me quedara ahí un rato.

—¿Cómo estáis? —les pregunto a los Radcliff—. ¿Os traigo una jarra de agua del grifo y el pan de ajo con queso para picar? —Es lo que siempre hago con ellos. George va a pegarme un grito por llevar el pan antes de que me digan lo que quieren, porque, según él, la gente debe tener hambre cuando pide o pedirá menos, pero eso es una gilipollez cuando se trata de los Radcliff. Da igual si les sirvo un pan de ajo con queso a cada uno: sé que Carly va a pedir el pollo; Dave, el costillar poco hecho; Joe, la lasaña o la pizza, e Ilana, la hamburguesa de pollo, y solo le dará dos bocados.

—Gracias, Kate —dice Carly, y yo regreso a la caja para hacer los pedidos.

Cuando por fin preparo el tequila del americano, porque George se ha negado, le llevo una bandeja con el chupito y el agua con gas.

—Tequila y agua con gas —explico al dejar las bebidas en la mesa—. Lo querías solo, ¿verdad?

—Por supuesto. Gracias.

—Es un placer —respondo.

Enarca las cejas.

—Ah, ¿sí?, ¿lo es?

Una oleada de lujuria me recorre la espalda y reprimo un escalofrío, pero le sostengo la mirada.

—Sí, lo es.

—Genial —responde.

Doy media vuelta y regreso a la cocina antes de que mi lengua sea, de nuevo, más rápida que mi cerebro. Corro el riesgo de decirle que me vuelve loca y que estoy dispuesta a dejarle hacer lo que quiera con esos labios carnosos y esas manos grandes y fuertes.

5

VINCENT

No esperaba disfrutar tanto de la cena en La Liebre de Oro, pero encontrarme a Kate aquí ha sido una agradable sorpresa. Es divertida, atrevida y un soplo de aire fresco que me vendría genial ahora mismo. Me he pasado el tiempo mirando cómo iba de mesa en mesa, tomando pedidos, charlando, sirviendo platos y bebidas y más platos y más bebidas.

—¡Ay, no! —exclama Kate cuando se acerca a mi mesa—. ¿No te ha gustado la hamburguesa de pollo con suero de leche? Jamás he conocido a alguien a quien no le guste.

—La hamburguesa estaba fabulosa —respondo.

Pasea la mirada de mi plato a mí y de nuevo al plato.

—Pues no parece que te haya parecido fabulosa. ¿Te das cuenta de todo el triptófano que te estás perdiendo?

Me pregunto si interroga a todos los huéspedes que no se terminan la comida o solo lo hace conmigo.

—Voy a salir a correr y no quiero pasarme comiendo.

Entrecierra los ojos como si intentara decidir si le estoy mintiendo, pero la verdad es que quiero ver cómo es Crompton House en la oscuridad y confirmar lo que ya sé: voy a hacer una oferta para comprar la finca. Tengo que contratar a un arquitecto, a un topógrafo y a un equipo para que reforme el lugar, pero estoy convencido de que podremos conseguirlo... por un precio justo.

—¿Correr? —repite como si me hubiera oído mal.

—Es como andar, pero más rápido —explico.

No sonrío para celebrar el chiste: solo parece confusa.

—¿Como si no quisieras perder el autobús?

—No sabría decirte. Nunca he cogido un autobús.

—¿Porque no te gustan los autobuses?

—No están en la lista de las diez cosas que más me gustan en el mundo.

—Mmm. —Se lleva el dedo a los labios mientras piensa y no puedo apartar los ojos de ahí. Me imagino esos labios en mi miembro, con ese murmullo resonando en mis testículos—. ¿Tienes una lista? —pregunta.

—¿Tú no?

—No, pero podría redactar una si fuera necesario.

—A mí me gusta estar preparado para lo que venga —sonrío.

—Me gustas —dice, con una sonrisa.

—Tú también me gustas. ¿Quieres venir a correr conmigo? —Doy un sorbo al tequila, preguntándome si de verdad está interesada en seguir con este toma y daca fuera del trabajo.

—Por supuesto que no —responde, y me recorre una oleada de decepción. Es muy divertida, y a mí me hace falta un poco de diversión—. Pero si estás por aquí cuando acabe mi turno, me acostaré contigo. —Trago saliva, me río y acabo jadeando como un perro. *Bien hecho, Vincent. Qué actuación*—. Pero cuando vuelvas de correr —añade—. Tengo que subir un par de fotos a la cuenta de Instagram

de Crompton, que administro yo, y no tengo otros planes. ¿Quieres postre? —Me tiende la carta que lleva en la mano, pero la aparta al instante—. No. No quiero que te entre la pereza. ¿Otra copa?

No acepto explícitamente la oferta de Kate sobre el sexo, pero está lo bastante segura de sí misma como para no necesitar la confirmación. Pido otro tequila, dando gracias por lo escasas que son las copas británicas, y divido mi atención entre el teléfono y observar a Kate. Parece conocer a muchos de los clientes; o lleva mucho tiempo trabajando aquí, o repiten muchos clientes o ambas cosas. Hago un cálculo mental de cuánto puede ganar un sitio así y decido que no debe de ser gran cosa. Una vez me planteé comprar una cadena de *pubs* en Norfolk, pero no me cuadraban los números, aunque me gustaba la idea.

Kate mira de vez en cuando hacia mi mesa, y a lo mejor es cosa mía, pero la tensión aumenta entre nosotros con cada minuto que pasa.

Mi teléfono vibra; es un mensaje de mi asistente sobre los plazos necesarios para que mi equipo llegue a Crompton. Voy a dejar el móvil sobre la mesa cuando recuerdo que Kate ha mencionado una página de Instagram.

Abro la aplicación en la que hace tiempo mi asistente me creó un perfil; es anónimo, por supuesto, y no tiene seguidores, pero me permite buscar la página de Crompton Estate que administra Kate. Me quedo muy sorprendido porque tanto la casa como los jardines se ven preciosos. Que lo son, pero las fotografías de Kate los han captado en su máximo esplendor. Quizá sea la hora del día, la luz o tal vez la forma en que ha conseguido mostrar lo excepcional y evitar ingeniosamente la pintura desconchada y las paredes agrietadas. Creo que no es fotógrafa profesional, pero a saber...

Suena mi teléfono y me apresuro a salir para coger la llamada. En Estados Unidos aún están en el horario laboral, y quiero asegurarme de que mi asistente está preparando un equipo en el Reino Unido para que venga a ver Crompton House en los próximos días. Quiero estar listo para aprovechar la oportunidad al instante si se presenta, porque, aunque asumo riesgos, no apuesto a lo loco.

En cuanto vuelvo a entrar en el bar, le echo un vistazo a Kate. Me siento de nuevo y ella se acerca cuando tiene un momento entre servir una mesa y otra.

—Pensaba que te habías marchado.

—No.

—¿Adónde has ido? —pregunta.

Suelto una risita. La mayoría de la gente que conozco se habría conformado con ese «no» y no habría pedido más explicaciones, salvo, quizá, los miembros de mi familia. Y, al parecer, Kate.

—He salido a atender una llamada. En Estados Unidos todavía estamos en horario laboral.

—¿Trabajas en Estados Unidos?

—Gran parte de mi trabajo se desarrolla ahí, sí.

—Pues he pensado que te habías ido —comenta.

—¿Y pasar de acostarme contigo? Ni de broma.

Es su turno de reír.

—Tampoco tienes por qué quedarte aquí si tienes otras cosas que hacer. Salir a correr o lo que sea. Puedo subir a tu habitación cuando termine.

He abandonado la idea de salir a correr, puedo ver la casa de noche en otro momento y, además, creo que me espera un entrenamiento mucho más agradable al final del turno de Kate.

—Me gusta mirarte.

He estado observándola toda la noche mientras se movía por el restaurante tan relajada como si este sitio fuera su propia casa; saluda a todo el mundo como si fueran viejos amigos, incluso cuando

es evidente que hay gente a la que acaba de conocer. Le gusta tocar: aprieta el brazo de los clientes cuando le hablan o les da una palmada en el hombro cuando se marchan.

Sí, le gusta tocar, pero a mí no me ha tocado desde que he puesto el pie en el local. Quiero decir que no me ha tocado *aún*.

—Me gusta que me mires —responde. El ambiente se carga de electricidad y, por primera vez desde que nos hemos conocido esta mañana, Kate cambia el peso de una pierna a otra, como si disfrutar de mi atención le resultara incómodo.

Alguien la llama y se da media vuelta al momento. Solo quedan dos mesas y una acaba de pedir la cuenta. Miro el reloj. Supongo que nos iremos pronto y entonces podré tenerla.

Sigo contemplándola cuando salen los últimos clientes, cierra la puerta tras ellos y se pone a recoger los pequeños cubos de hojalata con los cubiertos que hay sobre las mesas. De vez en cuando habla con el tipo de detrás de la barra, con el cocinero o con quienquiera que esté por ahí. Limpia diligentemente todas las mesas, sin dejar ni un centímetro sin pulir, recoge todas las sillas y desaparece detrás de la barra.

Reaparece un par de minutos después y se lleva las manos a la espalda para desatarse el delantal.

—Ya he terminado —dice. Dobla el delantal y lo deja junto a la caja registradora.

No puedo reprimir una sonrisa.

—¿Es mi turno?

Se ríe.

—Ya se ha acabado el turno. El resto de la noche es...

—¿Para mí?

—Iba a decir mío. Pero tal vez pueda compartir un poco contigo.

Empiezo a pensar que voy a quererlo todo.

6

VINCENT

Cuando entramos en la habitación empieza a dar vueltas y, por un momento, pienso que va a ponerse a cantar.

—No quiero quejarme, pero he quedado muy decepcionado por la falta de música esta noche. ¿Es algo estrictamente diurno?

Se tumba en la cama, apoya el codo y reposa la cabeza en la mano.

—Supongo que sí. George odia la música en los *pubs*, así que no puedo cantar.

—Entonces, hay una Kate diurna y una Kate nocturna. Y ahora me toca conocer a la Kate de después. —Me acerco a ella y hago que se incorpore.

—Después de tantas horas, Kate no va a cantar.

Ladeo la cabeza hacia la izquierda.

—Pero ¿va a gritar? Me refiero a mi nombre, en concreto.

—Tienes mucha confianza en ti mismo, pero tendría que saber tu nombre para gritarlo —ríe. Me pone un dedo sobre los labios—. No me lo digas. Quiero adivinarlo. ¿Brad?

Cojo sus manos y entrelazo nuestros dedos.

—Vincent.

Me mira ladeando la cabeza, y me recorre una oleada de calidez.

—Vale, te pega.

—Me alegro de que lo apruebes.

Levanta la mano y me acaricia la mandíbula; reprimo un escalofrío. Bajo su contacto me siento como un gato: tengo ganas de estirarme y de dejar que pase los dedos por todo mi cuerpo.

—Y yo —susurra.

Le acaricio el cuello y me aproximo a sus labios. Quiero prolongar todo lo posible el momento antes de cambiar de marcha. He disfrutado de nuestro tira y afloja, de su calidez, de su humor, y no quiero que el próximo minuto sea menos. No acostumbro a no querer correr hasta la siguiente etapa, y aborrezco la inmovilidad, pero ahora mismo no tengo ninguna prisa por estar en cualquier otro sitio que no sea este.

Se nos acelera la respiración y se me altera el pulso como el de un perro que quiere que le suelten la correa. Sus labios son como fresas maduras, y trago saliva al pensar que pronto me hundiré en su sabor.

Levanta el dedo y me acaricia la nuez.

—Hasta el cuello —musita.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué pasa con mi cuello?

Se encoge de hombros.

—Lo exudas por todos los poros —responde, como si yo tuviera que saber lo que quiere decir. Aparta la mirada de mi cuello, levanta la vista y debe de ver confusión en mi rostro, porque añade—: Confianza. Carisma. Sea lo que sea, lo tienes.

—Lo mismo digo.

He conocido a mucha gente en mi vida, y no hay nada más atractivo que alguien que se siente cómodo con quien es, como Kate.

Se pone de puntillas y nos pegamos el uno al otro. Nuestras bocas colisionan y encajan como una llave en una cerradura, y gimo de alivio al darme cuenta de que este momento no ha sido una decepción, sino mejor aún de lo que esperaba, más delicioso. Le rodeo la cintura con el brazo y la acerco a mí para que su cuerpo se acurruque contra el mío. Como cuando la he cogido antes de que cayera al suelo, noto que es suave donde esperaba que lo fuera.

Me besa como si lo ansiara, como si hubiera estado esperando toda la noche para probarme, y yo le devuelvo el beso exactamente igual.

Desliza las manos por mis costados, me saca la camisa de los pantalones y pasea los dedos por debajo, sobre mi piel. Me invade una sensación indefinible: es deseo, sí, y lujuria, pero también una profunda intuición de que estoy justo donde debo estar. Es diez veces más satisfactorio que bueno, pero también un poco desconcertante porque no recuerdo la última vez que me sentí así.

Dejo atrás ese pensamiento, enredo mis dedos en su pelo y profundizo en el beso. Tantea el botón de mis pantalones y yo le aparto las manos, estrechándola contra mí por la parte baja de la espalda. No va a desvestirme. Todavía no.

—Quiero sentirte —dice. Me rodea el trasero con la mano y me mira, suplicante.

Voy a disfrutar de esto.

Doy un paso atrás y tomo asiento en la cama.

—Y yo quiero mirarte.

Me quito los zapatos, me estiro y me relajo. Ella no se mueve durante unos instantes, como si estuviera pensando qué hacer a continuación. Se encoge de hombros y se desabrocha los botones de la camisa blanca.

—Me has estado mirando toda la noche —comenta—. ¿Cuándo te has dado cuenta de que esto iba a pasar?

—Creo que la parte en la que has dicho que ibas a acostarte conmigo ha sido el punto de inflexión. Levanta la mirada hacia mí y sonrío.

—Bueno, ¿no era eso lo que me estabas preguntando de forma indirecta?

—Quizá.

—Pues por eso he ido al grano. —Se quita la camisa y deja a la vista una piel lisa y sin imperfecciones.

—Ya lo creo...

—Las mujeres deben de hacerte proposiciones todo el tiempo —deja caer cuando se baja los vaqueros, sin ninguna intención de provocarme o seducirme.

No es una pregunta, así que prefiero no responder: tenemos poco tiempo y me apetece más contemplarla en silencio.

Sonrío cuando da un saltito para terminar de deshacerse de los vaqueros.

—No hay una manera sexy de quitarse el uniforme de camarera. —Deja los pantalones en la silla que tiene detrás y se queda en ropa interior. No tiene complejos y tampoco parece ingenua: más bien sabe quién es y, lo que es más importante, quién no es. Es cautivadora, como una película de la que no puedes apartar los ojos o una pieza musical que quieres escuchar una y otra vez.

—Eh, no estoy de acuerdo. Nunca había visto un *striptease* tan sexy.

Parpadea despacio y sacude la cabeza; se acerca y se sienta a horcajadas sobre mí.

—Bueno, si eso es cierto, esta noche te voy a volver del revés, así que prepárate.

Me río y me acomodo para que quedemos cara a cara. Alargo la mano y le desabrocho el sujetador con un chasquido. Levanta los brazos y le alzo los pechos, perfectamente alineados, para llevarme un pezón a la boca. Muevo la lengua, jugueteando, rozándola con los dientes, impregnándome de su aroma a flores frescas. Sus dedos se enredan en mi pelo y se estrecha contra mí. Paso al otro pecho mientras mis dedos pellizcan y tiran del pezón que ha calentado mi boca.

Dios, me encantan los pechos. Y me encanta que la mayoría de las mujeres no sepan lo sensibles que son. Es decir, lo saben, pero no son conscientes de ello. Levanta un poco las caderas e intenta apartarme la cabeza, pero no me muevo.

No hay prisa: tenemos toda la noche. Ha venido a mi habitación pensando en echar un polvo rápido para, cuarenta minutos después, irse a casa y correrse con su vibrador porque cree que soy un pobre idiota que no puede hacer que una mujer tenga un orgasmo, pero está muy equivocada.

—Vincent —suspira—. Quiero sentirte.

A modo de respuesta, la pongo boca arriba, me acomodo a su lado y sigo explorándola.

—Tienes..., ay, Dios..., un fetiche con los pezones. —Le doy un mordisquito y arquea la espalda.

Deslizo la palma de la mano por su vientre hasta las bragas, abajo, abajo, abajo, hasta alcanzar su calor húmedo. No soy yo el que está excitado por lo que estoy haciendo con la boca. Bueno, vale, sí soy yo: me encanta que una mujer esté empapada sin que siquiera la haya tocado entre las piernas. Me gusta tener a una mujer tan excitada que esté dispuesta a hacer cualquier cosa por mí; absolutamente cualquier cosa.

Pero no tengo nada que demostrar, así que, sin apartar la boca de su pecho, muevo el dedo hacia delante y hacia atrás a través de sus pliegues.

Contonea las caderas para alejarse de mí, como si intentara escapar.

—Vincent.

Pongo el muslo sobre el de ella para mantenerla en su sitio y deslizo dos dedos en su interior; los giro, empujo y presiono mientras lamo, muerdo y doy lametazos.

Se menea bajo mi cuerpo como un caballo que no esperaba la silla. Quizá haya sido ella la que sugiriera esto, pero no es lo que esperaba.

La idea hace que mi miembro se endurezca, desesperado por hundirse en ella.

Suelta un pequeño gemido y a mí se me escapa un gemido ronco, como si llevara años atascado en mi garganta. Es cálida, suave, húmeda y perfecta.

Se aferra a mi muñeca y jadea.

—Tienes que parar ahora mismo o voy a correrme.

No pienso parar ahora y, tal como me siento en este momento, quizá no lo haga nunca.

La penetro más hondo con los dedos y le doy un fuerte mordisco en el pezón.

Ella grita y le tiemblan las piernas; no sé si son sus gemidos, sus movimientos o su orgasmo lo que hace que un escalofrío me recorra la espalda. Su placer y el mío van de la mano, se enredan a nuestro alrededor, nos unen.

Levanto la cabeza y veo que se tapa la cara; le tiro de las muñecas para evitarlo y ella gira el rostro.

Le beso los pezones y ella desliza los dedos por mi cuello y suspira.

—¿Estás bien? —pregunto cuando nuestras miradas se encuentran.

Frunce el ceño.

—No lo sé.

Le doy un beso en la frente.

—Esta noche no está siendo lo que esperabas.

—No —reconoce.

Tras unos minutos, enlaza los dedos con los míos y se incorpora.

—Eres bueno. —Me río, pero asiento. Si a Kate no le va la falsa modestia, a mí tampoco—. Estoy un poco flipada —reconoce—, pero también... —por un momento pienso que va a confesar que ha visto a Dios o algo así, pero tendría que haber sabido que no iba a ser así— cachonda. —Suelto una carcajada y ella tira de mí hasta hacerme caer sobre su cuerpo—. Hueles muy bien. ¿Qué es? —pregunta entre besos.

—Huelo a ti —respondo, porque es lo único que puedo oler ahora mismo: flores frescas de verano.

Me arrodillo, me quito la camisa y los pantalones. Cojo un condón de la cartera.

—Tengo algo que confesarte —murmura. A saber qué va a decir. Podría ser cualquier cosa, desde una confesión de virginidad (poco probable) hasta que diga que es estrictamente no anal. Enarco las cejas, expectante—. Tu cuerpo es alucinante. Es como... Ufff.

Mis labios dibujan una sonrisa. Me arrodillo entre sus muslos, le rodeo la cintura con las manos y la acerco hacia mí para acceder mejor a su sexo.

—Eres perfecta. —Le meto el pulgar, y siento la estrechez, húmeda y dulce; lo saco y le acaricio el clítoris. Intenta apartarse de nuevo y no sé muy bien por qué—. ¿Por qué haces eso? Cuando estás disfrutando de verdad de algo, intentas escapar. —Me meto el pulgar en la boca y lo lamo; deslizo mi cuerpo sobre el suyo y enjaulo su cabeza entre mis manos, esperando una respuesta.

—No lo sé —responde—. Lo que haces.... como que me sorprende.

—¿Y no te gustan las sorpresas? —pregunto, deslizando mi miembro por sus bragas.

—No sé... Es... diferente. Y cuando las cosas no son como suelen ser, mi instinto humano básico es protegerme. —¿Ese es un instinto humano básico? No tengo tiempo de responder a mi propia pregunta porque ella me rodea la cintura con las piernas y me estrecha contra ella. Sonrío—. No me lo esperaba, pero no voy a pedirte que pares.

Me pongo de lado, le quito la ropa interior y busco el condón. Ella intenta incorporarse. Nuestras miradas se cruzan y sacudo la cabeza.

—¿No puedo ponerme encima? —pregunta con un puchero la leche de adorable.

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—Cuando yo lo diga —respondo.

—¿No quieres que te haga una mamada para ponértela dura?

—¿Tengo pinta de necesitar una mamada para que se me ponga dura? —Mi miembro apunta al techo, rígido y desesperado por liberarse. Ella mira cómo me pongo el condón—. ¿Estás bien?

Suspira y su expresión muestra cierta preocupación.

—Sí.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—No te preocupes, todo va a ir bien. —Me deslizo en su interior y le doy un beso en el cuello.

—Esto es demasiado bueno —musita.

Tenso la mandíbula y veo cómo se muerde el labio inferior y cierra los ojos. Me muevo despacio y sus brazos se acercan a mis hombros.

Ella abre los ojos.

—¿Ves? Demasiado bueno.

Tiene razón. La sensación de tenerla debajo de mí es increíble; es placer en estado puro, y solo puedo pensar en quedarme aquí un poco más; en Crompton, pero también sobre su cuerpo, porque

no quiero dejar de follar con esta mujer.

Me clava las uñas en los hombros e interrumpe el curso caótico de mis pensamientos. Sube las rodillas hasta mis caderas y llego más hondo. Ay, tan hondo...

—Joder —mascullo.

Con cada movimiento que hago, su respiración se vuelve más agitada; medio jadea, medio gime. Una expresión atemorizada atraviesa su rostro, como si quisiera salir corriendo, y yo me agacho para darle un beso en los labios. No es posible que no quiera seguir, porque esto no puede ser mejor.

Metó la mano por debajo de ella, le subo una pierna por encima de mi hombro y el cambio de posición me ayuda a profundizar aún más. Miro hacia abajo, veo mi miembro brillante por la humedad y tengo que cerrar los ojos porque esto es cojonudo y voy a correrme de un momento a otro.

—¡Vincent! —grita.

Todavía no. No quiero que esto termine para ninguno de los dos. Todavía no.

Me mira, desesperada.

—Respira —le pido—. Inspira hondo.

Tenemos la piel cálida y resbaladiza por el sudor y, aunque solo llevo unos minutos dentro de ella, también parece que hemos estado así horas.

Su pecho se alza, tembloroso, y yo bajo la cabeza para lamerle los pezones, con cuidado, porque estarán sensibles por toda la atención que les he prestado antes.

Mi respiración se estabiliza, pero bajo mi piel hay un cosquilleo que no desaparece.

—¿Estás bien? —pregunto una vez más.

—No lo sé —responde—, pero no pares.

Gimo y vuelvo a penetrarla; el cosquilleo me recorre la piel y oigo el latido de la sangre en mis venas. Ella levanta las caderas para encontrarse con las mías y chocamos el uno con el otro, anhelantes y desesperados. Algo me atenaza el pecho, y me doy cuenta de que estoy a tres segundos de correrme.

No puedo pararlo.

No quiero pararlo.

Pero, al mismo tiempo, quiero que esos tres segundos duren una eternidad.

La penetro tan fuerte que la deslizo hacia arriba en la cama. Su cuerpo se contonea y tiembla mientras intenta apartarse y yo empujo, empujo, empujo y no dejamos de follar, hasta que solo puedo ver una luz blanca y oler flores estivales.

No puedo abrir los ojos durante minutos, horas, quizá putos días; he perdido la noción del tiempo.

—Tengo que hacer pis —dice al fin, debajo de mí, aferrada a mi cintura, conmigo todavía en su interior.

Me aparto y me quito el condón cuando ella se dirige al baño. Estoy agotado, incluso puede que muerto, pero nada de eso me impide mirarle el culo mientras se mueve por la habitación.

No cierra la puerta; no puedo verla, pero oigo cómo hace pis. Me río y me paso las manos por la cara. Creo que jamás había conocido a una mujer que orinara con la puerta abierta. No me había dado cuenta hasta ahora.

Oigo que se abren los grifos y vuelve a aparecer. Se dirige al minibar y saca dos botellas de agua.

—¿Quieres una?

Me incorporo y asiento. Me tiende la botella y tiro de ella para que vuelva conmigo a la cama. Se sienta con las piernas cruzadas frente a mí, completamente desnuda, y vuelvo a reírme porque me encantan las vistas.

—¿Qué? —pregunta, y bebe un trago de agua.

—Tienes un cuerpazo.

—Gracias —dice, enroscando de nuevo la tapa.

Es adorable.

Tomo un trago de agua, cierro la botella y la tiro al suelo. Luego le quito la suya y la tiro junto a la mía. A ella la siento a horcajadas sobre mí.

—¿Así que ahora está bien que yo esté encima? —pregunta.

—Un ratito.

Se mueve un poco y su tacto resbaladizo me excita al momento. Jesús, hace unos segundos estaba tan agotado que no sabía si iba a volver a andar... ¿Cómo puedo estar listo para follar de nuevo tan rápido?

Le pongo las manos alrededor de la cintura y le clavo los pulgares en los huesos de las caderas.

Se levanta los pechos.

—Me duelen un poco los pezones —comenta.

—Después de esta noche, van a estar sensibles unos días.

—No sabía que me gustaba eso. —Se mueve sobre mí, deslizándose arriba y abajo por mi miembro mientras hablamos.

—Eres muy receptivo. —Asiento.

—Y que lo digas. —Echa la cabeza hacia atrás, acelera el ritmo y jadea—. Estoy muy mojada y me muero por tenerte otra vez dentro de mí.

Joder, esta mujer sí que sabe lo que decir...

—¿Sí? —pregunto—. ¿Me quieres muy hondo, como antes? —Siento el latido bajo su piel mientras se mueve contra mí.

—Muy profundo —susurra—. Muy muy profundo.

—¿Es así como lo has sentido, Kate? —Apenas me salen las palabras. Tengo la garganta rasposa y tantas ganas de follar con esta mujer que a duras penas puedo respirar.

Gime y se lleva las manos al clitoris, pero yo se las aparto. No va a correrse con sus dedos, y menos mientras yo esté aquí.

Pero tengo que penetrarla. La llevo hasta el borde de la cama, pongo los pies en el suelo y cojo un condón. Kate me rodea el cuello con los brazos, ebria de necesidad.

Rasgo el papel de aluminio con los dientes y me pongo el preservativo en un segundo.

—Estoy listo para ti.

Le levanto las caderas y la dejo caer sobre mi miembro, disfrutando de sus gemidos desesperados.

—¡Vincent! —exclama, a medio camino entre un suspiro y un gemido.

Estoy profundamente clavado en su interior y casi demasiado excitado. Ella tiene el pelo alborotado, indomable; me encanta cómo he ido descubriendo todas sus facetas: de camarera aficionada a las coquetas y las canciones de musicales a sirena tentadora que se muere por tenerme dentro.

La levanto un poco y nos movemos juntos; su cuerpo es perfecto, ágil, y somos como las ruedas de una bicicleta que llevan años corriendo juntas. Me rodea el cuello con los dedos y nuestras frentes se tocan.

—Kate. —Mi voz suena ronca y gutural. La penetro con más fuerza y anhelo saber si esto le está gustando tanto como a mí.

—Así, más —jadea—. Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios.

La velocidad es perfecta, su piel es perfecta, cada sílaba que gime en mi boca es absolutamente

perfecta.

El modo en que encajamos es demasiado intenso; nuestras respiraciones se entremezclan mientras damos y tomamos, empujamos y tiramos, como si buscáramos un tesoro enterrado. Los dos nos movemos al unísono hacia el objetivo final: la felicidad.

Putá, dorada felicidad.

Se tensa y reconozco su instinto de huida: está cerca, muy cerca. Le tiemblan las piernas y la estrecho con más fuerza cuando decelera y tensa los hombros.

Yo también me tenso, y siento un cosquilleo en mi interior que me advierte de que no puedo frenar lo que va a ocurrir.

«No puedes detenerme», susurra.

No intenta escapar, y se contonea. El modo en que se rinde al orgasmo, al placer, a mí... es excesivo.

El cosquilleo aumenta y no puedo hacer nada por evitarlo; solo puedo oír el rugido de la sangre en mis oídos y hundirme más en ella. Quiero más, más rápido, más.

Reclamo sus labios gimiendo, con un beso salvaje, y el orgasmo nos recorre a ambos como un rayo.

KATE

Me duele todo, hasta músculos que ni siquiera sabía que tenía, pero es un dolor bueno; es la marca personal que un estadounidense llamado Vincent deja en tu cuerpo como si fuera un tatuaje. Por suerte puedo sentarme durante los treinta próximos minutos porque tengo un descanso, aunque no debería; lo que debería hacer es quedarme de pie y no dejar que me baje la adrenalina, pero están a punto de fallarme las piernas, así que me desplomo en el banco que hay fuera de la cocina de la tetería. Desde aquí no pueden verme los visitantes de los jardines, pero yo puedo contemplar la extensión de césped de la parte delantera de Crompton House, hasta los árboles del otro lado del camino de entrada.

Saco el móvil y veo que tengo un mensaje de la abuela que solo dice «*Leche*». Sonrío y le contesto que se la llevaré. Vive en la casa que hay junto a la mía desde hace cuarenta años, mucho antes de que yo ocupara la habitación de invitados a los siete años, y mucho antes de que me mudara a la casa de al lado.

Me estiro y juro que oigo cómo me crujen los huesos. Me pregunto si Vincent estará tan hecho polvo como yo. Probablemente no. Ese hombre es una roca, o eso me ha parecido a mí. Jamás había tenido un encuentro sexual así. Es como si todos los polvos que hubiera echado en mi vida fueran el calentamiento *amateur* para estar preparada para Vincent. Estar con él ha sido fácil, natural, pero también lo más increíble que he sentido en mucho tiempo.

Con él todo ha sido... más. Su olor..., la forma en que sus músculos se movían bajo la piel, cómo comprendía mi cuerpo como si nos conociéramos de toda la vida, el modo en que controlaba mi orgasmo, la manera en que decidía cuándo podía sentir...

Jamás había experimentado algo así con un hombre, y dudo que vuelva a ocurrir. Ese pensamiento es como un dolor sordo en el pecho y llevo el puño sobre él para calmarlo, sin éxito.

No llegué a preguntarle a Vincent qué hacía aquí, y ni siquiera sé su apellido, pero conozco hasta el último centímetro de su cuerpo, que, Dios, es delicioso.

Sandra asoma la cabeza por la puerta.

—Toma. Alguien acaba de cargarse la tarta de chocolate —explica, y me tiende un plato con tarta.

—No puedo comerme esto. Es la hora de desayunar.

—Son más de las diez y media y tienes pinta de necesitar azúcar.

—Estoy bien —replico, pero aun así cojo el plato y el tenedor. A lo mejor el azúcar ayuda un poco.

No le he contado a Sandra lo de Vincent, ni en broma, y no porque vaya a juzgarme: al contrario, estaría encantada. Todo el personal de la finca, incluida ella, no dejan de decirme que tengo que divertirme un poco, y siempre me preguntan si salgo con alguien o si «tengo citas», como dice la gente mayor. No aceptan que pueda divertirme sin salir con alguien o sin ir de compras con mi marido o tan solo yendo al cine en Cambridge. Me divierto mucho en Crompton.

¿Por ejemplo? Anoche. Sin citas de por medio.

Y Vincent ya habrá desaparecido llevándose su pene mágico, como si nunca hubiera estado aquí, y a mí ya me va bien.

No me habría importado que se quedara una noche más, aunque casi mejor que no lo haya hecho, la verdad, porque si hubiéramos repetido, mi cuerpo se habría rendido.

Abro la página de Instagram de Crompton y compruebo las notificaciones. Algunos de los visitantes de ayer nos etiquetaron en sus fotos. Hay una del magnolio que está fuera de la tetería, que debe de haber sido tomada justo cuando abrimos, porque puede verse la sombra alargada de la persona que hizo la toma.

Siento un cosquilleo en el estómago y por un instante me pregunto si la habrá publicado Vincent. Compruebo la foto del perfil, pero es la de una montaña. No habrá sido él, ¿verdad? No es la clase de hombre que hace fotos de unas flores bonitas y las cuelga en Instagram: es la clase de hombre que te mira como si quisiera devorarte y te besa hasta robarte el aliento. Aun así hago clic en el perfil —aunque estoy convencida de que no es el suyo—, por si acaso, porque quiero saber cómo es la cuenta de Instagram de un hombre como él.

Pero no es su cuenta de Instagram. Me desplazo arriba y abajo por la cuadrícula y me percató de que debe de ser la de la pareja de Harrogate que llegó justo después que Nathan, el primo de Vincent. Comparto la foto en nuestra cuenta y etiqueto a los jardines de Crompton.

Nathan era el único que no estaba con su esposa o su novia, pero tampoco parecía el típico visitante Crompton. Supongo que tenían una especie de reunión familiar, pero sigue sin tener sentido que Vincent se quedara a pasar la noche. ¿Por qué no regresó a Londres con el resto de la familia?

Lo estoy dando demasiadas vueltas. Da igual por lo que estuviera aquí.

El crujido de la grava llama mi atención, y levanto la vista. Meghan viene hacia mí con una lata de Coca-Cola, gafas de sol y una chaqueta de cuero, a pesar de los veinte grados que hay.

—Hola, siento lo de anoche. —Me da un Freddo, una rana de chocolate—. Toma. Yo ya me he comido dos.

—Una mañana de dos Freddo. Pues sí que deben de ir mal las cosas... ¿Qué tal la migraña?

—Ahora mismo, bien. Me he tomado la medicación y estoy mejor. Siento haberte dejado colgada anoche. —Se sienta en el banco junto a mí.

Se me revuelve el estómago al pensar que podría haberme perdido a Vincent. Si no fuera por Meghan y su migraña, habríamos sido como barcos que se cruzan en la noche.

—No hubo mucho trabajo.

—Era el cumpleaños de Ilana, ¿no? ¿Pasó algo interesante?

—¿Como qué? —pregunto, y me doy cuenta de que estoy a la defensiva sin motivo alguno.

—No sé, ¿Taylor Swift se ha pasado por aquí?

—Si lo hizo, no me fijé en ella —respondo—. George estaba de mal humor. Vino... Vino a cenar un tío que se alojaba ahí.

—¿Él solo?

—Sí, doy fe de que vino solo.

—¿Venía de Londres? —pregunta.

—Supongo. —¿Comentó dónde se alojaba en Londres durante su estancia en el Reino Unido? No puede haberse quedado con su familia, porque se fueron sin él—. Era muy guapo. Daba buenas propinas. Genial en la cama —suspiro, melancólica, y Meghan se atraganta con su Coca-Cola y escupe.

Me mira como preguntándose si he hablado en serio. Me encojo de hombros.

—Ahora siento no haber ido a trabajar —dice—. ¿Se ha marchado esta mañana?

Vuelvo a encogerme de hombros. No quiero que sepa que he mirado el libro de reservas al salir.

Esta mañana, cuando me iba, me ha llevado a la cama para darme un último beso antes de que le dijera que tenía que marcharme.

Besa muy bien. Me habría encantado pasar del trabajo y besarlo todo el día. Aún siento su barba contra mis mejillas y sus dedos en mi pelo; sus gemidos aún me recorren el cuerpo entero.

Todo lo hacía bien.

—Debe de haber una conjunción planetaria, o algo —comenta.

—¿Qué?

—Sí... A ver, te has acostado con alguien, Basil me ha dicho que cree que la finca está en venta, me estoy hinchando a Freddos... Todo está cambiando.

Basil es uno de los jardineros más veteranos y un consumado cascarrabias. Todos los años dice que el magnolio no va a crecer, que el césped jamás va a recuperarse de las pisadas de los visitantes y que al menos uno de los viejos robles de la rotonda en el otro extremo de la finca va a morir.

Llevo veinte años viviendo en Crompton y jamás ha acertado, pero eso no ha impedido que una oleada de incertidumbre se cerniera sobre el lugar cuando Basil empezó a murmurar sobre la venta de la finca, algo que hace de vez en cuando.

—Tienes una sobredosis de azúcar. Y, para que conste, tampoco es que nunca me acueste con nadie.

—Ay, es verdad, me había olvidado de que sales con hombres a menudo. Has dejado un rastro de tus conquistas por todo Cambridgeshire.

Me estremezco un poco ante sus palabras. No porque tenga razón ni porque haya herido mis sentimientos, sino más bien porque mi falta de vida social no pasa tan desapercibida como pensaba. En realidad, no necesito salir con nadie porque tengo todo lo que podría desear en la vida y no me hace ninguna falta un hombre.

—No he dicho «a menudo», pero que me haya acostado con alguien no es como para pensar que la luna se ha salido de su órbita o algo así.

—Puede ser. Pero ¿crees que van a vender Crompton?

Intento soltar una risita indiferente, pero acabo resoplando.

—No —respondo con un gesto desdeñoso—. Claro que no. Son rumores.

—Hay rumores porque está claro que el conde no puede mantener este lugar. Rio dice que la semana pasada tuvo que atar bolsas de plástico al tejado del invernadero porque había goteras.

—¿Y? —A mí me parece una solución muy práctica—. Estoy segura de que es algo temporal hasta que puedan traer a alguien para arreglarlo. Rio es un manitas, no un experto en invernaderos.

Meghan se desabrocha la chaqueta.

—Si se vendiera, no afectaría al *pub*, ¿verdad? He oído que tiene un contrato de arrendamiento a largo plazo.

—Crompton no está en venta. El conde no se desprendería de él de ninguna de las maneras.

—No va a vivir para siempre. Incluso si Basil se equivoca esta vez, al final, Crompton Estate se venderá. No hay herederos, porque el conde no tiene hijos a los que dejársela.

La idea me hieló la sangre. No soporto pensar que Crompton sea propiedad de alguien que no sea el conde. Crompton es mi hogar, mi vida, la culminación de todos mis sueños de infancia. Me gustan las cosas tal como son.

Basil solo está siendo Basil.

Crompton no ha cambiado desde que mi abuela y mi abuelo empezaron a trabajar aquí hace cuarenta años. Hasta los cambios de estación son suaves y dentro de lo esperable, y se mezclan unos con otros como las acuarelas de un cuadro. La vida en Crompton es una roca inamovible que resiste

todos los cambios, todos los obstáculos y siempre sale a flote. Es una de las razones por las que me gusta tanto estar aquí: la fiabilidad, las expectativas cumplidas, la ausencia de cambios. Basil puede lanzar todas las profecías catastrofistas que quiera, pero la finca Crompton siempre va a estar aquí.

8

VINCENT

Trabajar a distancia con todos los participantes en una reunión en pantalla no es algo que empezara a hacer durante la pandemia; siempre lo he hecho así. Sí, tengo una oficina en Nueva York donde se ganan la vida algunos de mis empleados, pero yo trabajo dondequiera que esté, y en este momento estoy en Londres, lo que significa que mi oficina también está en Londres.

Desde mi *suite* preferida del ático del Four Seasons, en Park Lane, tengo vistas a Hyde Park, un telón de fondo perfecto para cualquier reunión. Es un poco diferente de mi habitación en La Liebre de Oro de Crompton.

Me asaltan los recuerdos de la noche que pasé allí con Kate y de lo preciosa que es.

—Lo que quiero decidir en esta reunión es si Crompton es viable desde el punto de vista financiero. Y si lo es, quiero saber cuál debe ser nuestra oferta inicial —le digo a Jason, mi director financiero. Sé por experiencia que está sentado a la mesa del consejo en la oficina de Nueva York, con su equipo a su alrededor para agilizar la toma de decisiones. Sabe que no quiero tener que esperar a que compruebe x, y o z con su gente, que lo que exijo es una respuesta durante el curso de la reunión.

—Acaban de llegarnos los números del equipo de Londres —responde—. Pero los arquitectos se mueven en una horquilla enorme, dependiendo de nuestras instrucciones, y lo mismo ocurre con el aparejador y el contratista principal.

—Lo entiendo —acepto—. Solo quiero que hagas un análisis predictivo para que sepamos cuál es el mejor y el peor escenario.

Jason se mantiene en silencio, como siempre que piensa que no he entendido lo que ha dicho, pero sí lo he entendido.

—Sé que las cifras dependen del número de habitaciones, y que eso, a su vez, repercute en los costes de construcción.

—Sí —responde—. Hoy mismo debes tomar una decisión sobre el número de habitaciones, sin ver los planos finales del arquitecto.

—Pero antes de decidirlo hay que saber cuántos metros cuadrados debe tener cada habitación —replico—. Y estos tíos son los mejores. Han trabajado con todas las cadenas de hoteles de cinco estrellas del mundo. Pongámoslos en pantalla. Quiero oír lo que tienen que decir. Y metamos también al diseñador y al contratista.

Mientras mi asistente mete a más gente en la reunión, yo abro Instagram y voy a la página de Crompton. Cuando veo una nueva imagen en la cuadrícula, el corazón me late con fuerza en el pecho.

Pero ¿por qué? Solo es una puñetera fotografía.

Pero sé quién ha hecho esa foto, y, además, es preciosa, con el ladrillo rojo de la casa iluminado entre la penumbra y los árboles ensombreciendo el fondo. No sé si Kate sabe el talento que tiene.

Hago clic en los comentarios y escribo: «*Preciosa*».

Una parte de mí espera que sonría cuando lo vea; otra quiere que sepa que he sido yo quien lo ha

publicado.

Antes de apartar la vista, recibo una notificación porque le ha dado «me gusta» a mi mensaje.

Kate está en línea. Me pregunto si estará en la tetería, con música de fondo, mirando el móvil entre cliente y cliente. Pienso en su uniforme de rayas rosas... y en deslizar mis manos bajo su falda, en tener otra vez mi piel contra la suya.

Aparece otra notificación para avisarme de que tengo un mensaje. Debe de ser ella, ¿no? Hago clic con el corazón acelerado. Sí, tal como pensaba.

«Me alegro mucho de que te gusten las imágenes de Crompton. ¿Lo has visitado?».

La adrenalina inunda mis venas y el corazón va a salirse del pecho. ¿Les manda mensajes a todos los que comentan sus fotos?

Miro la pantalla. La reunión está silenciada hasta que se una el resto de los miembros del equipo. Me levanto y me alejo, no sé si para esconderme o solo para buscar un poco de intimidad porque voy a responder a su mensaje.

«Claro. Me encantó».

Lo que no digo es que me ha gustado tanto que voy a comprarlo.

«Es un lugar muy especial. He vivido aquí desde que tenía siete años, y no hay otro sitio al que quisiera llamar mi hogar»

La adrenalina se convierte en hielo y pulso el botón lateral del móvil para apagar la pantalla. ¿Vive en la finca? Debe de alojarse en una de las casitas de campo que pienso convertir en viviendas adicionales si compro la finca. Se verá obligada a trasladarse.

Cierro los ojos y trato de contener esa sensación de miedo que me invade el estómago de vez en cuando. Todo va a ir bien. Encontraremos algo tan bueno como el lugar en el que está ahora. Me aseguraré de ello.

Tomo asiento. De vuelta a los negocios.

—Entonces —digo—, si queremos que las habitaciones estándar tengan unos quince metros cuadrados, ¿qué supone eso?

—Tenemos planeado que entre el quince y el diecisiete por ciento de las habitaciones sean *suites* —interviene Peter, a quien he contratado para que me asesore sobre hoteles—, con un espacio interior de entre noventa y ciento treinta metros cuadrados. La excepción es la *suite royal*, que debería tener unos doscientos veinte metros cuadrados. Dejando al margen las *suites*, ¿cuántas habitaciones estándar nos quedan? —le pregunta a la arquitecta, que empieza a levantar los dibujos que tiene delante.

—Quitando las *suites*, quedarían ciento veintidós habitaciones estándar y superiores, además de las casitas que vamos a reconvertir en apartamentos.

Esa era la respuesta que Jason y yo esperábamos, pero Jason ha aprendido de mí a no reaccionar si obtiene la respuesta que quiere.

—Así que ciento treinta y tres habitaciones en total —dice. Sé que ha hecho cuentas, y con esa cifra el negocio es viable. Ahora solo falta saber qué oferta debo hacerle al conde, que dependerá de los gastos de construcción y reforma—. Preston y Frank, ¿pueden darnos los números ahora que tienen número de habitaciones?

—Puedo darles una aproximación —responde Preston, el diseñador.

—No quiero una aproximación —interrumpo—. Ya sabe cuántas habitaciones hay y cuántas camas comprar. Quiero un presupuesto concreto.

La gente puede hacer cosas increíbles si les presionas. Si no lo haces, jamás se molestarán en superar sus límites.

Tras una breve discusión, Jason y yo obtenemos por fin una cifra, y, uno a uno, todos abandonan la reunión hasta que solo quedamos él y yo en pantalla.

—Es una gran inversión —comenta Jason—. Una de las mayores que has hecho. Te enfrentas a una cifra de nueve dígitos.

—Pero es rentable. ¿El coste medio ponderado supera el doce por ciento?

—Sí —dice con cautela, y lleva trabajando para mí el tiempo suficiente como para que la tenga en cuenta.

—¿Cuál es la vía de escape? —pregunto. En todas mis inversiones planeo siempre un modo de salir corriendo si hace falta. Jamás me ato a nada.

—Podemos estructurarlo de varias formas. Si quieres que la operación sea un crédito simple, podemos arrendarlo antes de que tengamos que empezar a pagar el crédito. Negociar un arrendamiento de veinte años al Four Seasons o a quien sea.

—Con lo que solo sería el casero...

—Sí. O puedes venderlo con una opción de alquiler después si quieres liberar el capital. O pedir un crédito por toda la operación.

—Eso no me da una vía de escape.

—No, pero no tendrías que usar tu capital.

—Es un comienzo. ¿Qué haría que los números no cuadraran?

—No puedes pagar de más al conde por la finca. Y tienes que conseguir el permiso de obras.

—Voy a conseguir ese permiso. —Ya me he puesto en contacto con Urbanismo. Prefiero ocuparme personalmente de las tareas de mayor riesgo. Los miembros del comité con los que hablé sabían que el conde iba a vender y también sabían que la casa no puede mantenerse tal y como está.

—Es un riesgo —comenta Jason.

El riesgo en sí no me preocupa.

—Pero, por lo que me cuentas, hay muy pocos inconvenientes.

Jason se ríe.

—Pero es un gran proyecto que va a requerir mucho tiempo y atención. Y... no sé si es tu estilo.

—Lo es porque me va a hacer ganar dinero. No te preocupes. No planeo convertirme en el nuevo conde. Situaré al frente a alguien en quien confíe, como siempre. No pienso ponerme a registrar clientes en la recepción. Es una inversión. Solo me hace falta estar unas semanas sobre el terreno y luego le pasaré el testigo al equipo, como en cualquier otro proyecto de este tipo que hayamos hecho.

—El coste medio ponderado es del catorce coma dos por ciento siempre que pagues menos de diez millones y obtengas el permiso de obras —explica Jason—. Es mejor que la previsión óptima que calculamos al hacer los números por encima. ¿Y cuánto crees que tardará el conde en decidirse?

—Está más que motivado —respondo—. La cuestión es si tiene otras ofertas.

Mi instinto me dice que somos los únicos compradores interesados, y también sospecho que le caigo bien al conde y que estaría encantado de venderme la propiedad. Me las arreglé para encontrarme con él en una cena benéfica esta semana, poco después de visitar la casa.

—No subas de nueve —ordeno—. Llámame cuando esté hecho.

Le doy a «Abandonar reunión» y saco el móvil. Todavía está en la página de Instagram de Crompton,

donde el comentario de Kate ha quedado sin réplica por mi parte.

Escribo una respuesta.

«Apuesto a que fue un lugar estupendo en el que crecer».

También es una gran inversión; una que no estoy dispuesto a dejar pasar.

9

KATE

Es muy raro que convoquen al personal de Crompton Estate a una reunión con el conde; de hecho, soy incapaz de recordar si había sucedido antes. Desde todos los rincones de la finca la gente se dirige hacia el gran salón de la casa, adonde nos han pedido que vayamos. Los jardines solo han estado cerrados quince minutos, pero me ha dado tiempo a terminar de recoger la tetería y a ir corriendo a buscar a la abuela a casa.

—Tómatelo con calma —le digo a la abuela, que se apresura bajo el sol de junio—. Tenemos tiempo de sobra.

—Lo sé —replica—, pero quiero sentarme delante.

—¿Crees que habrán puesto sillas en el gran salón? —pregunto—. Me parece un lío tremendo. —La abuela aprieta los labios y sé que no me lo está contando todo—. ¿Crees que la gente se molestará y necesitará sentarse? ¿O que el conde está enfermo?

Sacude la mano ante ella como si estuviera espantando moscas.

—Ese hombre va a vivir hasta los ciento diez años. Está perfectamente.

—Entonces, ¿piensas que va a haber despidos? —Ese fue uno de los rumores que me comentó Sandra. Otro fue que iban a reformar las casitas y que tendríamos que mudarnos temporalmente. Y, por supuesto, está la teoría de la conspiración de Basil: que el conde está a punto de vender la finca.

—Cariño, mira cómo está este lugar —responde—. Hay bolsas de plástico tapando las goteras del invernadero y malas hierbas creciendo en las grietas de las paredes.

—No es verdad —la contradigo—. La casa está en perfecto estado.

—Hablo de las casitas.

—Estás exagerando. A lo mejor el conde anuncia un aumento de sueldo general. —Dudo que así sea, pero no es más improbable que cualquiera de las otras teorías que he escuchado hoy.

—Créeme, yo misma las he visto. La semana pasada había brotado una margarita encima del rodapié de Basil.

—Deberías habérmelo dicho. Me habría encantado... —Hago una pausa. No estoy muy segura de cuál es la palabra apropiada para hablar de margaritas entrelazadas—. Me habría encantado cogerla. Y estoy convencida de que Rio puede tapar cualquier grieta que haya.

—Lo único que digo es que el conde se está quedando sin dinero.

Me noto sin aliento.

—Eso no es verdad. El conde no sabe que crecen margaritas en el salón de Basil.

—Ah, ¿no? —inquire.

—A Basil le gusta quejarse, pero solo si está delante de gente que no puede hacer nada por solucionarlo. Si se lo dijera al conde, este haría algo al respecto.

—No, no lo haría si no pudiera —murmura la abuela.

—Es un conde —protesto—. Debe de tener... inversiones.

—Claro, y tú lo sabes a ciencia cierta, ¿verdad? —La abuela me da una palmadita en el hombro; atravesamos el césped y nos dirigimos al gran salón a través de las puertas dobles de cristal—. Pase

lo que pase, recuerda que todo va a salir bien.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto.

Antes de que pueda responder, nos vemos rodeadas por la gente que abarrota el salón. La abuela tenía razón: han colocado unas sillas en la parte delantera, y nos abrimos paso entre la multitud para que pueda sentarse al final de una de las filas, conmigo tras ella.

Me echo hacia delante para susurrarle al oído.

—¿Qué querías decir con «todo va a salir bien»? —¿Sabe algo concreto o solo ha estado atendiendo a los absurdos rumores que propaga Basil?

La sala se queda en silencio cuando el conde se adentra en el salón desde la entrada norte, con la cabeza agachada y un papel arrugado en la mano. Parece bastante ágil. Tiene más de setenta años, pero, hasta donde yo sé, goza de un perfecto estado de salud; al menos, su aspecto es el de siempre.

Se coloca frente a la veintena de sillas y saluda a la abuela con la cabeza. Se aclara la garganta.

—Gracias por venir —saluda—. Quería darles esta noticia en persona al mayor número posible de ustedes. —La ansiedad me atenaza el pecho. Esto no pinta bien—. Tengo entendido que en los últimos años ha habido diversos rumores y especulaciones sobre el futuro de Crompton Estate. No tengo herederos, y el lugar, como todos saben, requiere mucho mantenimiento. Bueno... —inspira hondo y levanta la cabeza con una sonrisa forzada—, pues tengo buenas noticias para todos. —Eso deshace el nudo de ansiedad que se aferraba a mi pecho, y le doy un apretón en el hombro a mi abuela como pretendiendo soltar un «Te lo dije». Siempre ha sido mi intención asegurarme de que las generaciones venideras continuarán con el trabajo y el cuidado que han hecho de Crompton lo que es, y hoy puedo decirles que ese futuro está garantizado.

Sabía que no iban a ser malas noticias. Lo sabía. Sonríó y echo un vistazo por la sala para comprobar que todos sienten el mismo alivio, pero, a juzgar por sus expresiones, no parece que hayan reaccionado igual que yo ante el anuncio del conde. Ya esperaba que Basil tuviera un aspecto adusto, porque ese hombre estaría amargado aunque le tocara la lotería, pero ¿por qué los demás se comportan también como si el conde nos hubiera dicho que va a destruir el lugar? Ha anunciado justo lo contrario...

Hay alguien apoyado en la pared del lado norte del salón, oculto por algunos de los jardineros más jóvenes, y me agacho un poco para ver si puedo distinguir quién es entre sus fornidos brazos porque, por un segundo, me parece Vincent.

El recuerdo de ese hombre todavía me persigue, aunque hayan pasado semanas desde nuestra noche juntos.

El conde continúa.

—He vendido la finca a un hombre encantador que llevará este magnífico hogar hasta un prometedor futuro.

El nudo de ansiedad vuelve a mi pecho y me quedo sin respiración. Se me atora el aire en la garganta y los recuerdos me inundan como si los transmitiera una cinta de teletipo.

Estoy haciéndome la comida porque mi madre sigue en la cama tras haber trasnochado.

Estoy en el colegio después de que todos los demás se hayan ido, salvo la señorita Jamie, que me hace compañía hasta que mi madre aparece con hora y media de retraso.

Estoy en un banco en el funeral de mi madre, vestida con un abrigo negro, sin saber muy bien cómo sentirme.

¿Lo ha vendido?

¿Ha vendido Crompton?

Es inaceptable.

—¡No! —Quiero gritar, pero me doy cuenta de que no ha salido ni un solo sonido de mis labios.

No consigo pronunciar las palabras; se me han atascado en la garganta como si tuvieran espinas.

La abuela me agarra por el hombro y me estrecha los dedos.

—Todo va a salir bien, mi niña. Solo es una nueva etapa.

No quiero una nueva etapa. Quiero quedarme para siempre en la que estoy; mi vida es un cuento de hadas, es perfecta. No quiero un final diferente, ni un nuevo camino, ni expandir mis horizontes ni ninguna otra bonita expresión que disimule lo devastador que es este anuncio. Quiero rebobinar el tiempo hasta hace diez minutos y seguir con mi día.

—Buenas noches a todos —dice una voz familiar.

Levanto la vista y ahí está mi guapo americano, mi rollo de una noche, al principio de la sala.

10

KATE

Esto no puede estar pasando.

Vincent es el nuevo propietario de Crompton Estate. Vincent. El tío con el cuerpazo y la severa obsesión por los pezones.

Es imposible que sea el dueño de Crompton. Imposible.

—Gracias a todos por venir —dice.

Me flaquean las piernas y me agarro con fuerza al respaldo de la silla de la abuela porque no confío en mis posibilidades de mantenerme erguida.

Esto. No. Puede. Estar. Pasando.

No levanto la vista: podría explotar; o vomitar; o explotar en una nube de vómito.

—Voy a ser muy directo: hoy mi equipo y yo vamos a presentar los planos para convertir Crompton en un hotel.

Es como si alguien me hubiera pegado un tiro en el corazón. Estoy hundida. ¿Un hotel?

El murmullo de las conversaciones inunda la estancia. No sé cómo, pero encuentro fuerzas para levantar un poco la cabeza y mirar a la gente que conozco de toda la vida. Deben de sentirse tan desconcertados como yo: es un cambio de rumbo radical.

—Quiero preservar en lo posible el legado de Crompton —continúa Vincent. Miro fijamente sus labios, cómo se mueven y cómo parece hablar más rápido de lo que salen las palabras, o tal vez es solo que mi cerebro no puede procesar lo que dice por culpa de lo rápido que están yendo las cosas —. Es una finca preciosa, y quiero que la gente siga visitándola. Pero tiene que ser rentable, y eso significa que vamos a tener que hacer algunos cambios.

—¿Qué clase de hotel?! —grita alguien desde la parte de atrás. Creo que ha sido Jamie, uno de los jardineros.

Buena pregunta. ¿Qué clase de hotel? ¿Y por qué un hotel? ¿No podría vivir aquí sin más, reemplazar al conde y mantenerlo todo como está?

Desde que era pequeña Crompton me ha dado paz y felicidad, una calma interior que no sería capaz de alcanzar en ningún otro lugar. Era el lento balanceo de un péndulo en el que podía concentrarme para superar el caos que suponía vivir con mi madre. De niña, antes de que mi madre muriera, no había dos días iguales a menos que estuviera con la abuela en Crompton. A veces mi madre me llevaba al colegio en coche y a veces no asistía a clase porque ella se había quedado dormida o se había despistado, e incluso en una ocasión había ido yo sola. Había tardado casi una hora en llegar, y, aunque conocía el camino y había tenido mucho cuidado al cruzar la calle, había metido a mi madre en un lío terrible, y me había hecho prometer que nunca iba a volver a hacerlo. Después de aquello me limitaba a faltar a clase los días en los que no se levantaba a tiempo. En una ocasión nos fuimos a Liverpool de buenas a primeras porque faltaban tres días para el cumpleaños de una amiga y necesitaba ayuda para organizar la fiesta. Otra vez, un domingo por la tarde, se le había ocurrido ir en coche a ver el castillo de Kenilworth; habíamos llegado tardísimo, cuando ya hacía tiempo que habían cerrado, y habíamos acabado durmiendo en el coche porque ella estaba

demasiado cansada para regresar.

Pero Crompton siempre era igual. Me deleitaba con las rutinas invariables de la abuela y de todos los que la rodeaban. El sol siempre salía y se ponía igual; pasara lo que pasara, la abuela desayunaba un huevo cocido exactamente a las ocho de la mañana y, cuando me quedaba con ella, siempre me iba a dormir a la misma hora, después de que me cantara la misma nana. Las pequeñas cosas que a la mayoría de los niños les parecen aburridas y tediosas a mí me fascinaban y me reconfortaban.

La voz profunda de Vincent interrumpe el hilo de mis recuerdos.

—Va a ser un hotel de cinco estrellas. Crompton está a menos de dos horas de Londres, y mi intención es convertirlo en un destino para que quienes viven ahí vengan a pasar el fin de semana o incluso unos días entre semana y se adentren en la hermosa campiña británica sin tener que hacer un largo viaje. Mucha gente aspira a tener una casa en el campo, pero es cara y requiere mucho mantenimiento. Quiero que Crompton sea su casa de campo, el hogar lejos del hogar, pero sin los inconvenientes del mantenimiento y el coste.

—¿Qué pasa con los jardineros residentes? ¿Vamos a conservar nuestros puestos?

Por primera vez, miro a Vincent. Quiero ver su expresión cuando responda. Durante mucho tiempo, Crompton y yo hemos estado inextricablemente unidos. Aquí es donde crecí, donde me dieron mi primer beso, donde he vivido desde que mi madre murió. No podría soportar que le pasara algo.

Vincent se mete las manos en los bolsillos y baja la vista antes de alzarla de nuevo para mirar a Basil a los ojos.

—Hay dos respuestas a esa pregunta. Los terrenos de Crompton son y seguirán siendo muy importantes para el hotel. Sin embargo, los jardines exteriores, ahora mismo abiertos al público, tendrán que reducirse y reservarse para uso exclusivo de los huéspedes. Son preciosos, pero muy caros de mantener. También tengo la intención de instalar un complejo de ocio y una piscina cubierta y otra al aire libre, que ocuparán parte del terreno actualmente destinado a los jardines.

Siento el rugido de la sangre en los oídos: bum, bum, bum.

Es como si mi cerebro, al límite y sobrecargado, no fuera capaz de procesar lo que está diciendo. Intento tragar saliva, pero tengo la garganta atenazada por las lágrimas que me niego a derramar en público.

—Es un gran cambio —continúa Vincent. Siento su mirada clavada en mí y se la devuelvo, incapaz de resistirme a su fuerza de atracción—. Sé que la mayoría de ustedes lleva mucho tiempo trabajando aquí y siente un profundo cariño por este lugar. Lo respeto y deseo hacer honor a ello.

—Pero ¿qué significa eso, jovencito? —pregunta la abuela, y yo le agarro la mano—. ¿Qué va a pasar con los trabajos, las casas y el sustento de la gente?

Vincent hace un gesto de asentimiento.

—Mi equipo se reunirá con ustedes para concretar los detalles, pero la versión resumida es que les ofreceré un puesto de trabajo a todos los que desempeñan actualmente una labor en la finca. Tal vez tengan que mejorar sus cualificaciones o debamos reciclar a alguien, pero quiero que se queden si ese es su deseo. No nos harán falta tantos jardineros porque, como he dicho, vamos a cerrar los jardines, pero el hotel empleará a mucha más gente de la que trabaja ahora mismo en Crompton Estate. Habrá nuevos puestos y responsabilidades que tendremos que cubrir, y estoy seguro de que encontraremos una nueva función para cada uno de ustedes. Espero que eso responda a su pregunta, señora. —Mira a la abuela.

—No del todo —replica la abuela—. Yo vivo en la finca, como mi nieta y otros que trabajan aquí. ¿Qué va a pasar con nosotros?

Vincent asiente como si se esperara la pregunta.

—Seguimos trabajando en la planificación, y mi equipo se pondrá en contacto con ustedes a medida que vayamos cerrando temas, pero tenemos pensado realojar a los empleados que vivan en la finca. Se les avisará con tiempo y no se llevará a cabo hasta que les hayamos encontrado algo adecuado. —El murmullo de la multitud aumenta y Vincent alza la voz—. He visto algunas de las viviendas, y estarán de acuerdo conmigo en que necesitan reparaciones urgentes.

«*Urgentes*». Está exagerando, por supuesto, porque no es tan terrible como lo pinta. Sí, hay un puñado de malas hierbas aquí y allá y alguna gotera ocasional y, por supuesto, la calefacción central no funciona del todo bien, pero vivimos en casas que tienen cientos de años, con lo que es normal que haya algunos desperfectos. El murmullo se apaga y la gente sintoniza con la insistencia de Vincent.

—Hemos localizado a un constructor que está urbanizando el terreno que hay detrás del aparcamiento del pueblo. Esperamos poder ofrecerles esas viviendas.

—Gracias, joven —acepta la abuela—. Estoy deseando que me cuente más cosas.

Frunzo el ceño. ¿Ya está? ¿Va a permitir que se vaya de rositas?

—¿Alguna otra pregunta? —inquire Vincent.

—¿Nos permitirán llevar mascotas a la nueva casa? —quiere saber Sacha.

Vincent sonríe.

—Aún tenemos que pulir los detalles. —Se da la vuelta para hablar con un hombre más bajo en el que no había reparado antes, que está tras él, de pie—. Toma nota para incluirlo en los informes. —Le murmura algo más a su lacayo y se vuelve hacia el público—. Me instalaré en la casa, y quiero que sepan que mis puertas están abiertas si tienen alguna duda. —¿Va a trabajar desde la casa? ¿Y también va a dormir aquí?—. Si estoy reunido, mi asistente, Michael —Vincent señala con la cabeza al hombre que está a su lado—, se encargará de ayudarlos y de asegurarse de que recibo sus mensajes. —Michael da un paso adelante y saluda con la mano. Parece simpático, pero está a punto de destrozarme la vida, así que no pienso juzgar el libro por su portada—. El plan es que mi equipo se reúna con ustedes a intervalos regulares para mantenerlos al tanto de los avances. A medida que vayamos concretando los puestos de trabajo que necesitaremos, iremos publicándolos en un tablón de anuncios de la tetería. —Se vuelve hacia mí—. Si te parece bien, Kate.

—El dueño eres tú —replico con tono cortante. Él no abandona su actitud amigable a pesar de mi respuesta hosca.

—En ese caso, anunciaremos ahí los puestos, y, si hay algo para lo que crean que pueden ser aptos, aunque no tengan experiencia, háganselo saber a mi equipo y veremos qué se puede hacer.

—¿Cuándo va a pasar todo esto? —pregunto—. ¿Cuándo van a cerrar la tetería o a despedir a los jardineros?

Vincent me mira y, durante al menos tres segundos, el resto de la sala se desvanece; es como si estuviéramos solos en su habitación de hotel, igual que hace unas semanas.

—Todavía no —musita, y luego levanta la voz para que todos puedan oírlo. Por lo que tengo entendido, hay reservas de autocares para ver los jardines hasta finales de agosto, y vamos a respetarlas. No tenemos una fecha en firme para empezar a trabajar porque aún no hemos cerrado la planificación, pero prevemos que las obras empiecen dentro de un mes. Como ya he dicho, la mayor parte del paisajismo se mantendrá durante toda la reforma y después de la apertura del hotel.

Pero la tetería cerrará y la abuela y yo tendremos que mudarnos.

Mi vida va a cambiar para siempre.

11

VINCENT

Michael parlotea sobre lo bien que ha ido la reunión, pero yo solo puedo concentrarme en la cara de desolación de Kate, como si le hubiera destrozado la vida, y no me gusta la sensación que me provoca. Me gustaría hablar con ella a solas, pero no tengo ni idea de dónde puede estar; en casa, tal vez, pero tampoco me parece bien llamar a su puerta sin más. Ahora soy su jefe, y eso supondría una invasión de su intimidad. A lo mejor puedo encontrarla en la tetería mañana.

Ojeo Instagram y me doy cuenta de que Kate hace una foto parecida a distintas horas del día. Ahora creo que está en la parte baja de la finca, junto al lago, con vistas al agua y a la zona boscosa.

—¿Te parece bien, Vincent? —pregunta Michael.

—Voy a tomar el aire —anuncio, ignorando la pregunta porque no he oído lo que me ha dicho. Necesito dar un paseo, o despejarme o algo. Aunque Kate no esté junto al lago, quizá ir hasta ahí me ayude a encontrar una solución a su evidente desencanto. Sé lo que es tener que dejar un hogar al que te sientes muy unido. Ya hace mucho tiempo de eso, pero el recuerdo nunca desaparece. Quizá la adversidad ha dado alas a mi ambición y me haya motivado, pero esa cicatriz sigue ahí, como los rescoldos de un incendio.

—Tienes una reunión con la oficina de Estados Unidos —me recuerda Michael.

—Llegaré tarde —replico, y bajo por la gigantesca escalera de madera de roble tallada hasta lo que será el vestíbulo del hotel.

Las puertas dobles de entrada son impresionantes. Si es posible restaurarlas, deberíamos hacerlo. Saco el teléfono y hago una nota de voz para no olvidarme de mencionárselo a Michael más tarde.

Cuando llego al umbral me doy la vuelta para contemplar el vestíbulo: la lámpara de araña y la escalera, los paneles de madera, las obras de arte que negocié como parte de la venta... Si pudiera encontrarme con mi yo de diez años, le diría que no se preocupara, que todo iba a salir bien; le diría a ese niño que se matriculó en Medicina para ser como sus primos que iba a encontrar su lugar, que no iba a ser como ellos, pero que tampoco pasaba nada.

Salgo de casa y miro hacia arriba.

Soy dueño de una puñetera mansión.

Quién iba a decirlo... No voy a vivir aquí, pero podría si quisiera. Podría ser un conde en todo menos en el título.

Sacudo la cabeza, incrédulo, y me adentro en el crepúsculo a través del camino principal.

Kate está exactamente donde había pensado. Al acercarme a ella casi me dan ganas de hacerle una foto. Sería como todas las demás, pero mejor, porque aparecería ella.

—Kate —la llamo cuando me acerco. No quiero asustarla.

Se da la vuelta y se levanta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Parece confusa y frustrada.

—Estaba paseando y te he visto.

Suspira.

—¿Estoy allanando una propiedad privada?

Ladeo la cabeza.

—Vamos, Kate...

—¿«Vamos, Kate» qué? Ahora eres el dueño. Al conde nunca le ha importado que usemos los terrenos, pero a lo mejor a ti sí. —Se cruza de brazos como quisiera escudarse ante mí, pero no he venido a atacarla—. Y tampoco es que vayamos a estar aquí mucho tiempo si te sales con la tuya.

—La casa iba a venderse de un modo u otro, Kate. El conde no podía mantenerla. Eres lo bastante inteligente como para saberlo, y tienes que haberte dado cuenta de que no se ha mantenido como debería.

—Una finca como esta requiere un mantenimiento constante.

—Exacto —apruebo—. Ese mantenimiento es caro y el conde está sin blanca. La mayoría de las fincas como esta han sido vendidas o convertidas en parques o museos. No queda mucho de la aristocracia británica.

—Podrías restaurar la casa y abrirla a los visitantes, como una extensión de las visitas al jardín. — Me mira, suplicante, y aborrezco el daño que le está haciendo todo esto. La mujer que conocí era divertida, despreocupada y curiosa, pero ahora me está mirando como si yo hubiera sido el causante de la desaparición de todas esas cualidades.

Sacudo la cabeza.

—No tiene sentido. La casa está demasiado deteriorada. La restauración costaría millones...

—Y también va a costar millones convertirla en un hotel. Entonces, ¿por qué no elegir el camino más fácil? Así los jardines se quedan como están y nosotros conservamos nuestras casas. —Su voz se quiebra al pronunciar la última palabra, y yo me siento como si me hubieran dado una puñalada en el corazón.

Trago saliva, esperando que eso me permita recuperar la voz.

—Lo entiendo, Kate. Créeme, sé lo que es que sentirte desarraigado, de verdad, pero el alojamiento que vamos a encontrar para vosotros va a ser mucho mejor que el que tenéis ahora. Tendrá triple acristalamiento y una calefacción central que funcione...

—Pero no quiero mudarme. Nadie quiere. Quiero quedarme en Crompton.

Sus palabras me despiertan un viejo recuerdo: le dije exactamente lo mismo a mi madre cuando mi padre se marchó y ella apareció en casa con diez cajas de cartón. Nuestro nuevo apartamento era mucho más pequeño, así que tuvimos que meter todo lo que pudimos en las cajas y llevamos a Goodwill una bolsa de basura tras otra repletas con nuestras posesiones, incluidos los juguetes que ya no me servían pero de los que aún no estaba dispuesto a deshacerme. Ahora me doy cuenta de que aquellos días marcaron el final de mi infancia. Cuando nos mudamos a la nueva casa, con sus paredes de un blanco luminoso y sin los recuerdos de una infancia feliz y de mi padre, que ya no estaban, juré que nunca volvería a sentir apego por nada. Ni por una casa, ni por una posesión ni por una persona.

—El nuevo lugar será más grande —digo—. Seguirás trabajando en Crompton. Hay un montón de trabajos en los que puedes sobresalir.

Se aparta de mí para mirar al lago.

—No quiero otro trabajo. Me gusta el que tengo ahora.

Inspiro hondo. Quizá no debería haber ido tras ella ahora mismo, porque está claro que necesita tiempo para asimilarlo todo. Está claro que ha sido un *shock* para ella, pero no para todos. A juzgar por las expresiones del personal de la finca, la mayoría sabía lo que se avecinaba, o al menos esperaba un cambio significativo. Después de todo, el conde es mayor y no tiene herederos a los que

dejarles Crompton.

A lo mejor es por la conexión física que hay entre nosotros, pero la reacción de Kate me ha parecido la más dramática de todas.

—Nunca pensé que iba a suceder algo así —susurra—. Los jardines son preciosos.

—Sí que lo son —acepto.

Se da la vuelta de nuevo hacia mí.

—Pues, entonces, consévalos. Que sigan abiertos al público. Mantén la tetería. Podrías dejar las casitas tal y como están. No tienes que cambiarlo todo.

Necesita tiempo para adaptarse y yo debo hacer que se entusiasme con el cambio o, al menos, que lo acepte.

—Me gustaría enseñarte los planos que he mandado hacer. Quiero que veas el *spa*, imágenes de las habitaciones y de algunas de las zonas comunes. Tengo previsto mostrárselos a todos más adelante, pero ¿por qué no vienes a verlos mañana? Te ayudará a hacerte una idea de lo increíble que va a ser el hotel.

Traga saliva, con expresión angustiada, y yo reprimo las ganas de abrazarla. Sé lo bien que me siento al tenerla entre mis brazos y deseo reconfortarla, pero imagino que soy la última persona que quiere que la toque ahora mismo.

—Si yo miro esos planos, ¿tú les echarás un vistazo a mis planes?

Frunzo el ceño.

—¿Qué planes?

—Si yo elaborara un plan de viabilidad para que los jardines permanezcan abiertos, ¿lo estudiarías?

Me meto las manos en los bolsillos.

—No voy a mentirte, Kate. Los jardines están demasiado cerca de la casa y no quiero que los autobuses incordien a los huéspedes. Y la zona de la piscina está justo encima de las líneas de demarcación.

—¿Y si trasladamos la tetería? —insiste—. Podríamos poner la piscina ahí.

—Ven a ver los planos. —Así comprobará por sí misma que las cosas están organizadas de la manera más lógica.

—Iré a ver los planos si me prometes que estudiarás con objetividad cualquier propuesta que te haga.

Es tenaz, y esa es una cualidad que me resulta atractiva.

—Estudiaré cualquier propuesta que me hagas. —Esboza una sonrisa y aparto la mirada para que no me despiste—. No digo que vaya a cambiar nada. Tengo un equipo que lo tiene todo pensado y ya estamos planificando los detalles, así que es muy poco probable que vaya a hacer cambios.

—¿Pero lo estudiarás? —Busca mi mirada como si quisiera encontrar en ella una promesa. Y yo soy cualquier cosa menos un mentiroso.

—Sí, lo haré.

Nuestras miradas se cruzan un segundo, dos, tres. Soy yo quien se aparta primero para contemplar el lago.

—Te gusta estar aquí.

—¿A quién no? —responde.

Tiene razón. Es precioso. Muy distinto a Pittsburgh, donde me crie.

—¿Puedo acompañarte?

—No lo estropees —susurra.

A pesar de que la mujer que tengo delante es casi una desconocida, siento una oleada de

responsabilidad en las entrañas y niego con la cabeza.
—No lo haré.

12

KATE

La asistencia a mi reunión es mejor de lo que esperaba. La abuela no ha podido venir, pero me ha deseado suerte, y buena falta que me hace, porque al revisar las cifras de la tetería, que ya conocía, y las de los jardineros residentes, que he obtenido bajo coacción, me ha quedado claro que el conde operaba con pérdidas considerables. Pero la suerte me sonríe de nuevo porque hay casi cuarenta personas apretujadas en La Liebre de Oro, y eso demuestra que la gente no está contenta con los planes de Vincent, que va a tener que enfrentarse a una dura batalla.

A George no le hacía ninguna gracia que pretendiera disponer del local durante una hora, y hasta he llegado a ofrecerle trabajar gratis el resto de mi turno, pero lo que lo ha convencido ha sido saber que tendría a los asistentes a nuestra reunión —que he programado para que coincida con la apertura del bar y el inicio de mi turno— dispuestos a tomar algo cuando termináramos.

Me subo a la barra, cojo una copa de vino y le doy unos golpecitos con el cuchillo que uso para cortar limones, tratando de llamar la atención de los asistentes.

—Gracias a todos por venir —digo cuando todas las miradas se dirigen a mí—. He pensado que debíamos reunirnos para debatir sobre los propósitos de Vincent Cove para Crompton. —Ignoro los murmullos de la multitud—. Como sabéis, ya ha presentado los proyectos, pero aún no le han concedido los permisos. El plazo para presentar objeciones termina este viernes. Eso no nos deja mucho tiempo para trazar nuestros propios planes.

—¿En qué habías pensado? —pregunta Basil.

—Bueno, creo que todos deberíamos aportar los mismos argumentos; así será más fácil que las autoridades locales nos tomen en serio. Si nos dividimos, lo más probable será que nos ignoren. Tenemos que presentar un frente unido. En primer lugar, creo que tenemos que hablar de la pérdida de puestos de trabajo.

—Pero él va a mantener a algunos jardineros, y todos los demás pueden solicitar puestos en el hotel —interviene Rupe.

—Exacto —respondo—. Pero es que la jardinería no es un trabajo no cualificado, es una pasión. Una vocación. Requiere formación y corazón y...

—La verdad, a mí me da igual cambiar de trabajo —me interrumpe Amarjit—. Si Cove quiere que me dedique a cargar y descargar maletas en lugar de a la jardinería, seré feliz como una perdiz. Me han dicho que, además del sueldo, puedes ganar mucho dinero con las propinas.

—Vale, pero no se trata solo de ti —replico, un poco más mordaz de lo que habría deseado—. No todos pensamos igual.

—A mí me han dicho que lo más probable es que mantengan mi puesto si estoy dispuesto a recibir formación sobre el nuevo sistema de aire acondicionado —dice Rio, tan entusiasmado como si le hubiera tocado la lotería—. Tal y como yo lo veo, con el conde no sabíamos qué iba a pasar antes: si iba a morir o a quedarse sin dinero. —Hay un suspiro colectivo ante la mención de la muerte del conde—. Este lugar está hecho una mierda. Mi mujer fue a la casa hace unos meses para darle una tarta que había hecho y me contó que el interior estaba vacío, como si ya se hubiera mudado.

Supongo que ha vendido los muebles para tratar de mantener la finca en funcionamiento. Ahora, al menos todos sabemos que vamos a cobrar a fin de mes, porque no hay ninguna duda de que ese tío, Vincent, es multimillonario.

—¡He oído que es el primer *trillonario* de América! —exclama Mindy.

—Eso no existe —replica Rio, y todos se ponen a hablar al mismo tiempo.

Intento retomar el control de la reunión haciendo tintinear la copa, pero nadie me hace el más mínimo caso.

—¡Un poco de calma! —grito—. Esta reunión es importante. Vamos a perder nuestros trabajos y nuestros hogares.

—Me muero de ganas —replica Chris, mi vecino—. Espero que la nueva casa tenga una calefacción central que funcione.

—Y van a permitir tener mascotas —comenta Sacha—. Es absurdo que la hiedra crezca en la ventana de mi cocina y que no me dejen tener un perro salchicha.

—Es por las cacas, Sacha —explico—. El conde no quería que hubiera cacas en los jardines.

—Bueno, pero el conde ya no está —suelta Rio.

Se me forma un nudo en la garganta y reprimo las lágrimas. ¿Cómo pueden ser tan frívolos? Todos están pensando en sí mismos y no en la visión general. Crompton representa cientos de años de historia. Hay que salvarlo.

—Kate, ¿por qué no nos cuentas cuál es tu idea si Vincent no consigue los permisos? —pregunta Basil.

—Gracias, me alegro de que me hayas hecho esa pregunta. Bueno, como tú misma has dicho, Mindy, Vincent es muy muy rico. Tiene familia... —¿De dónde dijo que eran sus tíos?—. Bueno, su familia es de por aquí, y creo que podríamos convencerlo para que reforme la propiedad y la conserve como su casa de campo.

—Pero la ha comprado para convertirla en un negocio —dice alguien, aunque no consigo distinguir quién—. No se la va a quedar, y menos si piensa que todo el pueblo está en su contra.

—No estamos en su contra —contesto—. Estamos en contra de que destruya Crompton, de que lo convierta en un hotel.

—Mejor eso que un parque temático —replica Amarjit.

—O un museo. Este lugar necesita un poco de vida —interviene Basil.

Empiezo a pensar que soy la única que se opone a los planes de Vincent.

—Vamos a votar a mano alzada. ¿Quién está a favor de los planes de Vincent Cove para convertir la propiedad en un hotel?

Las manos se disparan por todas partes. El corazón me late en el pecho con tanta fuerza que por un momento me da la impresión de que hasta mi camiseta se mueve.

—Pensad una cosa: si levantáis la mano, significa que estáis a favor de que desalojen a todos los inquilinos de las casas.

—¡Y de que nos realojen! —grita una voz.

—Y de que la gente vaya a perder su trabajo —insisto.

—Y de que nos faciliten el reciclarnos para desempeñar otras labores —añade Rio.

Las manos permanecen en el aire. Está claro que la mayoría está a favor de lo que intenta hacer Vincent, pero también quiero saber quién está de mi lado.

—Levantad las manos si estáis en contra de que Vincent intente destruir Crompton. —Levanto la mano y Sandra también. Miro a mi alrededor, pero está claro que somos las dos únicas personas que no se han dejado llevar por los encantos de Vincent—. Vamos, gente, ¿os ha sobornado a todos o

qué?

—Solo intentamos ser realistas, cariño —responde Mindy—. No hay alternativa. Es mejor seguir la corriente y sacar lo mejor que podamos de todo esto.

Se me cae el alma a los pies. ¿Ya está? ¿Todo el mundo se da por vencido? ¿Los veinte últimos años de estabilidad van a esfumarse en un abrir y cerrar de ojos?

—¿Sacar lo mejor que podamos? —comenta Rio—. Esto es una oportunidad. Nos están dando una nueva oportunidad, a nosotros y a Crompton. —Miro hacia el suelo. No puedo soportar todo esto—. Probablemente terminarás siendo la directora —añade Rio—. Eres una mujer brillante, Kate. Podrías haber ido a la universidad.

—No quiero ser directora de hotel —protesto.

—¿Por qué no? —pregunta Meghan—. Eres más que capaz de hacer..., bueno, más —dice en voz baja, apoyándose en la barra. La mayoría de la sala no lo ha oído, pero aun así me siento traicionada.

—Pues la gerente del restaurante —se empecina Basil—. Por si quieres menos responsabilidad.

¿Por qué la gente se centra tanto en mí? Estoy preocupada por Crompton, por mantenerlo todo como está.

—Tampoco quiero ser gerente del restaurante —refunfuño. Me gustan las cosas como son.

—¿Te lo imaginas? —comenta Amarjit—. Vincent dice que va a ser un hotel de cinco estrellas. Apuesto a que los almuerzos del personal serán estupendos.

—Soy más que feliz con la tarta Bakewell de Sandra —digo.

—Pero esto va a ser mejor —argumenta Amarjit.

—No quiero nada mejor.

—Pero nosotros sí —rebate Basil—. Estoy harto de ver cómo la mala hierba sube por mis paredes y de que no tengamos calefacción central. Y, como dice Rio, de la incertidumbre de no saber si vamos a conservar el trabajo o qué va a pasar después. Eso ya no va a ser así. Kate, todos amamos este lugar, pero no puede seguir como está. Ha ido empeorando año tras año: no hay aumentos de sueldo ni dinero para plantas, piensos y equipos, las casas están cada vez más deterioradas... —Se me saltan las lágrimas. La forma en que Basil describe la vida en Crompton es radicalmente opuesta a como yo la veo. Este lugar lo es todo para mí—. Todos vamos a seguir aquí, Kate. No van a deshacerse de nosotros, y tú eres tan parte de este lugar como los demás y tampoco tienes por qué irte.

Hace que parezca tan sencillo, tan obvio... No entienden que mi vida fuera de Crompton era terrible. Antes de morir mi madre, incluso los pocos meses que pasé fuera, en la universidad, para mí todo iba mal porque no estaba en Crompton.

—¡Bien, se acabó el tiempo! —brama George a mi espalda—. O pedís algo u os vais. No os quiero aquí plantados.

La gente empieza a murmurar sobre quedarse a tomar algo, y yo salgo de la barra, derrotada.

Meghan se acerca a mí.

—Sé que esto es muy duro para ti porque Crompton es toda tu vida, pero podría venirte bien —dice.

Niego con la cabeza.

—A mí no, pero a los demás quizá sí. Debo centrarme en eso: en que la gente que me importa sea feliz.

Meghan y yo nos apartamos para que los demás puedan llegar a la barra. Voy hacia la caja para coger el delantal.

—¿Quieres que haga tu turno? —pregunta.

Vuelvo a negar. Quiero que esta etapa —el tiempo que queda antes de que mi vida dé un giro radical— dure lo máximo posible. No quiero saltarme turnos.

—Eh, preciosa —me dice Sandra; desliza su mano alrededor de mi cintura y me estrecha contra ella—. Todo va a salir bien. Te lo prometo. —No puede prometer eso—. Te conozco desde que eras una niña. Siempre has estado radiante, has sido feliz y te has mostrado segura de ti misma.

Sandra no me conocía antes de venir a vivir con la abuela, solo sabe cómo soy cuando estoy en Crompton, y es justo como dice: estoy radiante, soy feliz y me siento segura de mí misma, pero yo no soy así cuando estoy fuera de esta propiedad.

—Esta podría ser una gran oportunidad para ti. Basil tiene razón. Eres brillante y podrías hacer lo que quisieras.

—Sí, al parecer todo el mundo piensa que esta es una gran oportunidad —rezongo.

—No puedes culparlos por ello —replica Sandra.

—La gente lleva años preocupada, lo sabes —interviene Meghan—. Ahora por fin pueden gozar de un poco de tranquilidad. Saben que no van a perder su trabajo ni los van a echar de sus casas.

—No saben lo que va a pasar. El hotel podría ser un desastre.

—Tal vez —suspira Sandra—, pero Vincent parece un buen hombre. Y es muy rico. Tiene más posibilidades que el conde de sacar adelante este lugar. —Hasta Sandra está convencida—. Te prometo que te haré una tarta Bakewell todos los meses hasta el fin de mis días. No vas a quedarte sin ellas, te lo aseguro.

Sonrío y le devuelvo el abrazo. Echo un vistazo a los que siguen todavía en el *pub*: se ríen y bromean, y ni siquiera yo puedo ignorar el ambiente alegre que se respira en la sala. Está claro que se han subido al carro del hotel de Vincent y, a menos que este no obtenga el permiso de obras o que haya algún otro gran obstáculo para la apertura, van a conseguir lo que a todas luces tanto desean.

¿Y yo? Yo acabaré en un piso de alquiler, que no estará al lado del de mi abuela. Probablemente la trasladen a una residencia, y será la primera vez desde que tenía siete años que no vaya a vivir con ella.

Durante los veinte últimos años, me he deleitado con la sencillez y la estabilidad. Para mí, vivir bien significa que el mundo, mi mundo, va a seguir igual. Y por culpa de Vincent, todo está a punto de cambiar, y yo no estoy preparada ni voy a estarlo jamás.

13

VINCENT

No esperaba que el *pub* estuviera tan lleno. ¿Qué me he perdido?

Al entrar, veo a Kate, a la otra camarera y a la mujer mayor de la tetería apiñadas junto a la caja registradora. Kate está guapísima, con el pelo recogido en un moño, vaqueros y una camiseta que muestra todas sus curvas, aunque no debería fijarme en ellas.

Cuando se cierra la puerta detrás de mí, todo el mundo se vuelve para mirarme y el lugar se queda en silencio.

Ajá.

Me da la sensación de que he interrumpido una reunión para hablar de mí o de mis planes para Crompton.

Kate se ata el delantal y yergue los hombros.

—Hola, jefe —dice Sacha al verme—. Sé que es la hora y todo eso, pero ¿le importa si le hago una pregunta?

—Adelante. —Me dirijo a la mesa en la que me senté la primera noche que cené aquí, la noche que entré y pude coger a Kate en brazos antes de que se cayera al suelo. Supongo que, si no es el sitio oportuno, me lo dirá. Es cualquier cosa menos tímida.

—De verdad que quiero un perro —comenta Sacha—. Un perro salchicha, aunque debería decir un *dachshund*. El conde nunca permitió mascotas en las casas del personal. Sé que ya lo pregunté en la reunión, pero ¿se sabe algo de si podremos tener animales en las nuevas viviendas?

—No lo sé, Sacha. Pero nos aseguraremos de encontrar un lugar que acepte perros salchicha.

Sacha esboza una sonrisa.

—Gracias, jefe. Sabía que era buena gente.

Asiento para agradecerle el cumplido y Sacha se marcha.

Basil, uno de los jardineros más veteranos, es el siguiente en acercarse a mi mesa. Esta noche no está yendo como esperaba. Sí, Kate está aquí, tal y como pensaba, pero yo quería un tequila, un filete y treinta minutos para mí solo, y está claro que no va a ser así, aunque no puedo ignorar la sensación de que he llegado justo a tiempo para evitar que Kate intentara alborotar a todo el mundo en mi ausencia. Claro que, dada su expresión de desamparo, tal vez a ella tampoco le han salido las cosas como esperaba.

—¿Cómo está? —pregunto, recostándome en el banco donde estoy sentado y estirando el brazo a lo largo del respaldo.

—Todos estamos bien. Y no hay nada de lo que deba preocuparse, por cierto. No se va a enfrentar a un motín ni nada parecido. —Me guiña un ojo y yo asiento en señal de gratitud. Otra vez.

—Gracias, Basil —respondo, pero no le digo que no estaba preocupado. ¿Qué podría haber hecho Kate? Sí, podría habérmelo puesto un poco más difícil, pero la gente tiene poca memoria y a la mayoría le habría ganado el sentido práctico. No estoy aquí para echar abajo Crompton. Voy a crear puestos de trabajo, a impulsar el negocio local. Lo que voy a hacer beneficiará a toda la comunidad. La mayoría de ellos ya lo entienden, y los que no, acabarán por entenderlo.

Kate se acerca con la carta en la mano, evitando mis ojos.

—La carta —dice cuando llega a la mesa—. ¿Quieres tomar algo? —Saca una libreta y un bolígrafo del bolsillo de su delantal y se prepara como si yo fuera a pedirle la bebida más complicada que jamás se haya visto en el bar.

—Un tequila —respondo, y añado—: Por favor. —Sé que a los británicos les encantan los «por favor».

No dice nada ni anota nada en su libreta: se da media vuelta sin más y regresa a la barra. Esos vaqueros le hacen un culo espectacular. Tal vez sea el reto, tal vez sea porque de verdad quiero que se dé cuenta de que no tiene que preocuparse por lo que vaya a pasar con Crompton, que no tengo ningún deseo de echarlo abajo; tal vez solo sea porque tiene un culo estupendo, pero quiero hablar con ella. Me gustaría que intentara entender de dónde vengo.

La mayoría de los trabajadores de Crompton se marchan en los diez minutos siguientes, pero hay un grupo de gente apiñada con sus bebidas en un par de mesas junto a la barra, hablando en voz baja. De vez en cuando uno de ellos me mira, y de vez en cuando uno de ellos mira a Kate.

Me río entre dientes y me concentro en la carta.

Kate vuelve a mi mesa con un tequila y su bloc.

—Gracias —digo cuando lo deja sobre el posavasos. Sigue evitando mi mirada—. ¿Qué tal la reunión?

—¿Qué te pongo? —responde, ignorando mi pregunta.

—Tomaré el costillar. Medio hecho. Con una guarnición de brócoli.

—Son demasiadas proteínas. El brócoli tiene más de lo que la gente cree. —Frunce el ceño—. Joder —murmura, como si le molestara haberme hablado.

—No sabía que el brócoli fuera una gran fuente de proteínas —sonrío.

—Bueno, pues ya lo sabes. —Se encoge de hombros, me quita la carta de la mano y regresa a la barra.

Saco el móvil para consultar el correo, pero antes de que pueda abrir la bandeja de entrada un par de jardineros jóvenes se acercan a la mesa. No estoy seguro de sus nombres; creo que el alto y larguirucho es Amarjit, pero aunque me gustara apostar, y no es así, no me arriesgaría a afirmarlo.

—Buenas noches —saluda el que tengo claro que no es Amarjit.

Cojo mi tequila y lo levanto en su dirección.

—Para que lo sepas, la mayoría pensamos que tu presencia aquí es positiva —comenta el que creo que es Amarjit—. Puede que algunos no quieran admitirlo, pero ya era hora de que el conde vendiera. Creo que ya no tenía el corazón puesto en este lugar.

—Su saldo bancario seguro que no —interviene el otro—. La idea del hotel es buena, aunque va a tardar en llevarse a cabo. ¿Qué va a ser de nosotros mientras tanto?

—No tengo mucha paciencia, así que va a ser más rápido de lo que suele requerir una reforma de este calibre. Doce meses de principio a fin.

—Doce meses —repite Amarjit, a todas luces sorprendido. No se da cuenta de que es una fracción del tiempo que normalmente se tardaría en terminar un proyecto así.

—No es mucho. Piensa que habrá que mantener gran parte de los jardines, habrá que formar a los nuevos empleados y, si la gente está dispuesta, habrá unos cuantos puestos provisionales que desempeñar.

—Yo estoy dispuesto —responde el que no es Amarjit.

—Bien —apruebo.

—Como hemos dicho, la mayoría de la gente está a favor.

—Me alegro de saberlo.

—Le he explicado a Kate que no podemos convencerte para mantener la propiedad como casa de campo para ti y para tu familia —comenta Amarjit.

Intento no demostrar sorpresa. ¿Por qué iba a considerarlo una opción? ¿Y qué familia? Si nos hemos acostado..., debe de saber que no estoy casado.

—Estás en lo cierto. No hay manera de convencerme.

—Bueno, Vince, cualquier cosa que necesites, dínoslo.

—Pues, para empezar, no me llames Vince. Vincent está bien.

—De acuerdo, Vincent —ríe el que no es Amarjit.

Amarjit le da un codazo.

—Vamos a dejarlo en paz. —Me señala con la barbilla y hace un gesto de despedida con la mano—. Que aproveche. Y no dejes que Kate te dé la paliza con lo del omega tres.

No puedo evitar sonreír ante ese comentario. Está claro que Kate tiene en cuenta las necesidades nutricionales de todo el mundo.

Como si la hubiera invocado, aparece con un par de platos y los deja sobre la mesa sin mirarme.

—¿Mostaza? —pregunta.

—Sería estupendo. —Cuando vuelve con un combo con tres clases de mostaza, me echo hacia delante para buscar sus ojos—. ¿Sabes?, cuando me conociste pensaste que era encantador —comento, cogiendo la de grano entero. No me ha traído una cuchara, pero cuando me dispongo a levantarme, se da media vuelta y va hasta la caja registradora, donde hay más utensilios. Vuelve con tres cucharillas—. Gracias —sonríe.

Pone los brazos en jarras.

—Cuando nos conocimos, no eras mi jefe y no ibas a desahuciarme.

Puedo saborear la amargura en mi lengua, no fresca, como lo fue durante tanto tiempo, sino difuminada en los bordes, como si fuera el recuerdo de la sensación.

—No estoy desahuc...

—Y no pensé que fueras encantador —me interrumpe—. Estabas ahí para rascarme la picazón.

No puedo evitar una risita.

—Bueno, pues me alegro de haberte aliviado la picazón. No me importa en absoluto que me hayas utilizado por mi cuerpo. —Quiero añadir: *«Puedes volver a utilizarme cuando quieras»*, pero no lo hago. Está enfadada y con razón: ahora soy su jefe—. Hablaba en serio cuando te pedí que vinieras a ver los planos que hemos hecho para Crompton, para que puedas ver por ti misma cómo van a quedar las cosas. Tenemos hasta el vídeo de la maqueta, y puedes hacer un recorrido por la casa tal y como está ahora para que veas la inversión que vamos a llevar a cabo.

—Estás intentando camelarme —masculla, mirando por encima de mi hombro izquierdo.

—Sí. —Creía que era obvio—. No quiero que te sientas mal. Ven y compruébalo por ti misma. Eres muy importante para el resto del personal de Crompton. Si echas un vistazo a los planos, puedes decirles lo que piensas con conocimiento de causa.

Se detiene un momento, cambiando el peso de un pie a otro, con los ojos fijos en la mostaza, en mi filete..., en cualquier sitio menos en mis ojos.

—Supongo que podría ir y..., bueno, y ver si lo que nos dices es...

—Si lo que digo es verdad.

Nos miramos por primera vez desde que he llegado, y ella inspira hondo.

—De acuerdo.

No puedo evitar sonreír. Es preciosa y me es imposible apartar la mirada de ella. Si viene, va a

darse cuenta de que no pretendo destrozarle la vida. Este hotel va a ser una inversión estupenda para mí y para la comunidad donde se encuentra.

—Ah, y echa un vistazo a esto. —Le tiendo la descripción del puesto de dos páginas que hice redactar a mi encargado de Recursos Humanos.

—¿Qué es? —Coge los papeles.

—Una descripción del puesto: jefa de relaciones con los huéspedes. Serías la candidata perfecta.

—No tengo experiencia —replica, nerviosa.

—Podemos formarte. Eres muy buena con la gente. He visto lo cómodos que haces sentirse a los clientes del *pub* y de la tetería, cómo te fijas en los pequeños detalles y te preocupas de verdad por su bienestar. Lo harías genial. Pero piénsalo. No tienes que contestar ahora mismo. Ven a ver los planos mañana y lo hablamos.

No me devuelve la sonrisa.

—Cómete el filete. Vas a necesitar la creatina.

—¿Eso quiere decir que vas a hacer que tenga que quemar calorías? —sonrío. No debería coquetear con ella, pero no puedo evitarlo.

Me dedica su mirada más cruel, que probablemente no debería parecerme tan sexy, y se va. Otra vez.

14

KATE

Llevo un cuaderno y un bolígrafo conmigo porque creo que le parecerá menos invasivo que el que me ponga a sacar fotos de todo, aunque, si tengo oportunidad, sí tomaré algunas. Si encuentro algo que creo que no va a gustarles a los demás empleados de Crompton, quiero tener pruebas. Aunque he tenido que aceptar que Vincent quiera convertir la casa en un hotel, considero que mi trabajo es asegurarme de que cumple con su palabra. Si veo alguna diferencia entre lo que ha prometido y lo que está haciendo, seré la primera en echárselo en cara. Si los empleados de Crompton no quieren que lidere la oposición a los planes de Vincent, al menos puedo ser su defensora y protectora. Confío en que en algún momento llegaré a sentirme cómoda con los cambios que se me vienen encima, pero no me atrevo a asegurarlo.

Yergo los hombros y hago sonar el enorme timbre de estética victoriana, que debió de instalarse mucho después de que se construyera la casa, pero no antes de un siglo atrás.

Me preparo para encontrarme cara a cara con Vincent, probablemente el hombre más guapo que he visto nunca y sin duda el mejor amante que he tenido.

Las puertas dobles se abren, pero en lugar de Vincent me recibe otro hombre, el que estaba a su lado durante el anuncio de la venta. No recuerdo su nombre. ¿Michael, tal vez? Tiene unos veinte años, el pelo castaño y un cuerpo que la abuela llamaría enjuto: es delgado y blanco como la leche. Ella siempre dice que la gente delgada es más fuerte de lo que parece y muy leal. No tengo valor para decirle que no hay evidencias científicas de que exista una correlación entre el tipo de cuerpo y el carácter.

—Kate, gracias por venir —dice con una enorme sonrisa. Sabe mi nombre, así que Vincent le ha hablado de mí. Sabe Dios lo que le habrá dicho. *«¿No quiere que la casa se convierta en un hotel, pero hace unas mamadas increíbles?»*.

Claro, ¿por qué Vincent va a salir a recibir a los visitantes si puede contratar a alguien que lo haga por él?

Esbozo una sonrisa forzada.

—Gracias por invitarme. —Entro en la casa. Antes del anuncio del conde, hacía años y años que no venía, y la semana pasada solo pude ver el gran salón.

El vestíbulo está exactamente como lo recordaba de cuando era niña, aunque ahora parece un poco más pequeño. La amplia escalera sigue ahí, con su magnífico aspecto y esas barandillas por las que siempre soñaba deslizarme.

—¿Van a conservar las barandillas? —pregunto—. ¿Y la escalera?

—Sí —resuena una voz familiar desde lo alto de la escalera—. Habrá que restaurarla, pero no tenemos previsto hacer grandes cambios.

Vincent baja los escalones; lleva desabrochados los botones superiores de la camisa blanca, que deja ver un atisbo de su maravillosa piel morena.

Me obligo a concentrarme en la barandilla y no en él o en su piel.

—¿Te enseñé el lugar antes de que veas los planos? —pregunta Vincent al llegar junto a donde

estamos Michael y yo, al pie de las escaleras—. Así podrás recordar la distribución y te resultará más fácil visualizarlo todo.

Me encojo de hombros, reprimiendo la emoción que me produce volver a ver la casa e ignorando el cosquilleo que siento en el estómago por tener a Vincent tan cerca.

—Ya puedes irte, Michael —dice Vincent, y Michael sube las escaleras—. Empecemos por aquí. —Vincent señala hacia la izquierda y me guía a una sala en la que nunca había estado. Desde el suelo hasta el techo hay estanterías repletas de libros—. La biblioteca —anuncia—. El plan es conservarla y utilizarla para las comidas informales. El hotel va a servir aperitivos, el té de la tarde y esa clase de cosas.

A Sandra le gustaría trabajar aquí. Me pregunto si debería mencionarlo y decido no hacerlo. Ya habrá tiempo para eso.

Miro hacia arriba, contemplando las filas y filas de libros y la luz que inunda la estancia desde las ventanas de los pisos superiores. Es una casa señorial, pero este lugar es acogedor y cálido.

—Creo que es mi lugar favorito de la casa —comenta Vincent—. Tal vez por las vidrieras. —Señala con la barbilla los cristales multicolor. Nunca me había fijado en ellas desde fuera—. Tiene un aire como de iglesia, lo que, teniendo en cuenta la importancia de los libros, me parece de lo más acertado.

No puedo evitar sonreír.

—No te lo voy a discutir.

Vincent encuentra mi mirada y hay cierta dulzura en sus ojos, como si estuviera satisfecho de haber hallado algo en común conmigo. Desvío la mirada. Tengo que centrarme en esta visita y en proteger a la gente de Crompton, no en los ojos soñadores de Vincent Cove.

—¿Y por aquí? —pregunto, señalando con la cabeza un arco de roble.

—Esto lleva a la sala de día, en la que también se servirá el té de la tarde. Michael es un gran aficionado al té de la tarde, así que sin duda estará muy pendiente de los detalles. Dice que es lo mejor de estar en el Reino Unido. ¿A ti te gusta?

Por un momento, creo que me está preguntando si me gusta Michael, pero entonces me doy cuenta de que sigue hablando del té.

—Jamás he tomado el té de la tarde, así, como algo formal. Prefiero la tarta casera de toda la vida, y Sandra hace la mejor tarta Bakewell del mundo.

Vincent se ríe.

—Adoras la historia y la tradición. Creía que te gustarían cosas como el té.

Me encojo de hombros. No tiene por qué saber lo poco que salgo de la finca. Cuando lo comento, a la gente le parece mucho más raro de lo que es.

—Pasemos a la siguiente estancia. Es otra sala de estar que da al gran salón, donde hemos estado hace poco.

Me mira como si estuviera esperando una respuesta.

—Ah, ya. Cuando reapareciste como el nuevo propietario de la finca. No esperaba volver a verte.

—Debió de ser una gran decepción —se burla; recorremos el gran salón, a lo largo de la parte posterior de la casa.

—Más bien un *shock*. No mencionaste que pensabas comprar este lugar.

—No. —Ríe—. Claro que no. ¿Habría cambiado algo si te lo hubiera dicho?

—¿Quieres decir que si me habría acostado contigo a pesar de eso? —pregunto, y él se queda esperando una respuesta que no voy a darle—. ¿Te refieres a antes o después de mi ataque de pánico por perder todo lo bueno que hay en mi vida? —Intento decirlo de forma calmada, ligera, a modo de

broma, pero no me sale así.

Vincent se detiene y no puedo evitar imitarlo.

—Kate —musita—. No estoy aquí para hacerte la vida imposible. De verdad que no.

Doy media vuelta y echo a andar.

—Sé que no has venido para fastidiarme la vida. —Está haciendo su trabajo. En un plano intelectual, lo entiendo, y ahora que sé que los demás están encantados, lo veo aún más claro. Tal vez sea egoísta, pero no soy capaz de superar lo drásticamente que esto va a cambiar mi vida cuando no hay nada en ella que quiera cambiar.

—¿Por qué piensas de una forma tan distinta a la del resto del personal? —pregunta.

¿Cómo sabe lo que opinan los demás? Supongo que los habrá visto en el pub. Cuando estubo allí después de la reunión, vi a Basil, Sacha y Amarjit hablando con él. Imagino que la gente le ha dicho que está a favor, y lo entiendo: los aumentos de sueldo y la estabilidad laboral son importantes. Los que viven en la finca van a mudarse a casas nuevas con servicios más modernos. Está claro que todos salen ganando.

Todos menos yo.

—Siempre me ha gustado este lugar —respondo—. Sé que no vas a arrasarlo, y soy capaz de ponerme en el sitio de los demás y de entender que su perspectiva es razonable, pero...

—No se trata de Crompton —dice, y yo vuelvo la cabeza.

—Por supuesto que se trata de Crompton —replico.

Hace un gesto de angustia, pero no dice nada más, y se lo agradezco. No quiero verme en la obligación de explicar por qué me siento así o de excusarme por ello. A Vincent Cove no le hace falta saber lo devastadora que es para mí la idea de mudarme. No tiene por qué enterarse del terror que me inunda al pensar en lo que me depara el futuro si no estoy con la abuela, viviendo mi vida tal y como he hecho los veinte últimos años.

Vincent y yo nos dirigimos al otro lado del gran salón, a un laberinto de estancias que merecen la demolición: no hay alfombras, solo tablones de madera ajados, papel pintado despegado y arquitrabes dañados. Es como una casa encantada que ha caído en el abandono. Vincent no usa el estado de este lugar para defender que está haciendo algo positivo, y se lo agradezco.

—En los planos podrás ver que todas estas salas se convertirán en una, que usaremos como comedor formal tras la ampliación.

—¿Ampliación? —pregunto, y me arrepiento al momento de haber demostrado sorpresa.

—Sí, vamos a hacer una ampliación con un edificio de dos plantas que albergará la mayor parte de las habitaciones.

—¿Vas a añadir más habitaciones?

—Ahora mismo, en la casa principal solo hay sitio para algunas de las *suítes* y para un par de habitaciones superiores. La mayoría se ubicarán en el nuevo edificio.

Quiero ver esos planos ahora mismo. En mi mente no dejan de dar vueltas las imágenes de una monstruosidad vasta, extensa y moderna pegada a la parte trasera de la casa.

—¿Podemos terminar la visita después de ver los planos? —pregunto.

Tengo que saber ya de qué está hablando. Vincent ha sido muy claro sobre su deseo de restaurar Crompton, pero al parecer la verdad ha salido a la luz: está dispuesto a plantar una ampliación horrible junto a un hermoso edificio histórico. Las autoridades locales no pueden permitir que se eche a perder una casa señorial como esta.

—Por supuesto —dice Vincent, como si fuera tan inocente como un bebé. Sube las escaleras de caracol y yo lo sigo, deslizando los dedos por el desgastado pasamanos de roble, esforzándome por

no mirarle el trasero—. Hemos montado aquí nuestra oficina —explica, abriendo la puerta que está frente a las escaleras.

La habitación es muy luminosa y a mis ojos les lleva unos segundos adaptarse a la claridad. Michael está tras un escritorio, en el extremo opuesto a la puerta, y junto a él se encuentra una joven rubia, que no aparenta mucho más de veinte años, sentada tras de uno de los otros dos modernos escritorios que hay a ambos lados de la sala. En el centro hay una mesa grande, cubierta de papeles.

—¿El conde no ha dejado ningún mueble? —pregunto, mirando a mi alrededor. Estoy convencida de que podrían haber encontrado un mobiliario más acorde con la casa.

—La mayoría de las habitaciones estaban sin amueblar cuando las visité por primera vez — responde Vincent—. El conde se ha llevado bastantes cosas, aunque ha dejado algunas piezas en el piso de abajo que usaremos para el hotel, sobre todo, obras de arte. Y los libros de la biblioteca, por supuesto.

¿Qué quiere decir con eso de que las habitaciones no estaban amuebladas? Tenían que estarlo; al fin y al cabo, el conde vivía aquí. En ese momento recordé que alguien en el *pub* había comentado lo mismo. ¿El conde vivió tan malos tiempos que tuvo que vender los muebles para mantener el lugar?

—Voy a enseñarte el vídeo de cómo quedará la casa cuando esté terminada —anuncia Vincent—. Molly lo tiene en pantalla.

Vincent acerca dos sillas al escritorio de la rubia y ella gira la enorme pantalla para que todos podamos verlo.

El vídeo comienza con una panorámica aérea de los terrenos que parece tomada desde un dron. Pero los florecientes jardines han desaparecido y en su lugar hay lo que supongo que es la ampliación: un hermoso edificio de ladrillo rojo que parece tan propio del lugar como la mismísima casa principal. Hay un gran invernadero y, aunque aborrezca pensarlo, una piscina bastante atractiva.

La propiedad se ve preciosa y la mayor parte del paisajismo ha quedado exactamente igual a como es ahora, pero sigue sin ser el lugar que conozco y quiero. Los cambios pueden ser visualmente atractivos, pero me provocan un nudo de ansiedad en las entrañas.

—Este es el aspecto que tendrá cuando se hayan llevado a cabo todas las reformas.

—Pero no son solo reformas, ¿verdad? Vas a hacer ampliaciones y a eliminar la mayor parte de los jardines.

—Tienes razón —reconoce Vincent, para mi sorpresa—. «Reformas» no lo define en toda su amplitud. No sé cuál sería la palabra apropiada...

—Renovación —sugiere Molly, e intento no romperme los dientes con lo fuerte que estoy apretando las mandíbulas.

—Llamémoslo «obras», sin más. —Intento mantener la voz firme.

—De acuerdo —acepta Vincent—. Después de que se lleven a cabo todas las obras, este es el aspecto que tendrá. Obviamente, vamos a adecentar los ladrillos de la casa, porque los expertos dicen que no se ha hecho desde que se construyó en los años treinta del siglo...

—Se construyó en mil setecientos veintiocho —lo corrijo.

—Sí, y no se ha limpiado desde entonces. Nos han dicho que es increíble lo bien conservado que está, teniendo en cuenta la falta de inversión. —¿Hay que invertir en albañilería?—. Vamos a pintarlo de nuevo y a restaurar las ventanas. Muchas de ellas tienen la madera podrida y dejan entrar el agua, así que vamos a encargar ventanas nuevas hechas a mano con triple acristalamiento para que parezca un hotel de lujo, pero también para que sea eficiente desde el punto de vista energético.

Suena bien, y Rio ha mencionado varias veces que las ventanas necesitan arreglos.

—¿Las ventanas nuevas van a tener el mismo aspecto?

—Tal y como aparece en el vídeo. No podrías ver la diferencia por mucho que te esforzaras.

Nuestras miradas se encuentran y la llama de furia que he estado intentando avivar en mi vientre se mitiga. No sé si es porque me está dedicando mucho tiempo o porque da la impresión de que le importa de verdad. Sea como fuere, sé que estoy rindiéndome.

La cámara atraviesa las puertas de entrada, y no puedo evitar fijarme en que son las originales, devueltas a la vida; se adentra en el vestíbulo, convertido en la recepción de un hotel. No han pasado por alto ni el más mínimo detalle en el vídeo: puede verse una gran mesa circular al pie de la escalera, adornada con flores frescas, y tras el mostrador de la recepción hay un hombre y una mujer con americanas azul marino a juego.

La cámara se desplaza hacia la izquierda, donde está la biblioteca, y se centra en las vidrieras que Vincent ha señalado hace un rato.

—Vamos a restaurar las vidrieras, los libros y las estanterías. Lo más probable es que haya que cambiar los suelos, pero tenemos que investigarlo más a fondo. Vamos a intentar conservar la mayor parte posible de los elementos originales.

La biblioteca está preparada para el té de la tarde, con pequeños sofás y sillas de color azul grisáceo alrededor de las mesas vestidas con mantelería blanca y dispuestas con cubertería reluciente.

Los libros que abarrotan las estanterías le dan un aspecto cálido y acogedor. No cabe duda de que el lugar es precioso. Si de verdad queda así, a la abuela, a Sandra, a Basil, a Meghan..., a todos los de la finca les encantará.

La escalera recién restaurada parece brillar, como si estuviera orgullosa de la reluciente alfombra verde musgo y de los deslumbrantes retratos que cuelgan de las paredes.

Una parte de mí esperaba que fuera un desastre, que Vincent insistiera en que todo estuviera encalado y fuera moderno, pero el lugar renovado sigue siendo tradicional, familiar y lleno de encanto.

Pero sigue siendo un hotel, sigue sin ser el Crompton que conoces, me recuerdo a mí misma. Esa advertencia ha perdido un poco de fuerza ante esta presentación increíblemente meditada, pero lo que no ha perdido ni un ápice de fuerza es el temor que se apodera de mi corazón, el miedo a que esto suponga más cambios de los que voy a ser capaz de asumir.

A medida que avanza el vídeo, me encuentro deseando que el siguiente fotograma sea mejor, y la mayoría de las veces lo es. El *spa* tiene un aspecto increíble, como los que he visto en Instagram. Las dos piscinas son asombrosas: sencillas y discretas pero acogedoras y muy lujosas. El techo de la piscina cubierta, que desde fuera parece un invernadero, hace que parezca un palacio. El salón de baile parece sacado de *Los Bridgerton*, e incluso la habitación más pequeña es digna de un conde.

El lugar ha revivido, se ha recuperado. Y me encanta.

Cierro los ojos, empeñada en no llorar. Que no cunda el pánico.

—¿Kate? —pregunta Vincent con voz suave.

Inspiro hondo y abro los ojos. Me está mirando, y sigue haciéndolo sin decir palabra durante largo rato. Al fin, se vuelve hacia Michael y Molly.

—Dejadnos solos, por favor.

Por un momento pienso que me está echando, hasta que Michael y Molly se levantan y salen. No ha gritado ni les ha pedido que se vayan con rudeza, aunque su voz, baja y controlada, ha sonado de lo más autoritaria. Y, de pronto, tengo mucho calor.

Para mis adentros, me echo la bronca por seguir encontrándolo atractivo; tiene un cuerpo estupendo y una sonrisa preciosa; huele a pino mojado por la lluvia y es capaz de silenciar una habitación con solo entrar en ella. Y sí, es capaz de hacerme llegar al orgasmo más veces en una

noche que todos los hombres con los que he estado en la década anterior, ¿y qué?

Me está dejando sin hogar, me está haciendo volver a cómo era mi vida de antes de aprender a ser feliz. No puedo permitirme este encaprichamiento. Tengo que controlar mis hormonas.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta.

Sacudo la cabeza, porque no hay nada que pueda hacer.

—Es precioso —logro balbucir, retorciéndome los dedos sobre el regazo—. En serio.

Me pasa la mano por el brazo.

—Dime cómo puedo ayudarte con... lo que sea que te está pasando.

Si estuviera planeando arrasar con el lugar y convertirlo en un parque temático, sería más fácil. Entonces podría odiarlo. Podría culparlo de mis desgracias.

Pero no lo odio; ni un poquito.

15

KATE

Me apoyo la lata de muesli en la cadera, llamo a la puerta de la abuela y abro.

—Buenos días —saludo—. Te he traído más muesli. —La abuela debe de estar arriba, pero aun así puedo oír un gemido. No es muy fan de mi muesli—. Es bueno para ti. Tiene fibra y fósforo, además de los omegas y las proteínas de los frutos secos y las semillas. —Dejo la lata, saco dos cuencos de la estantería y pongo en marcha la tetera.

—Bajo en un minuto.

Siento una punzada de tristeza en el pecho. ¿Cuántas semanas más voy a poder desayunar con la abuela? Para distraerme, sirvo el desayuno y dos tazas de té. La abuela toma té negro fuerte y yo, té verde; espero convencerla en algún momento para que se pase al mío.

—Espero que no me hayas puesto esa porquería verde —dice al entrar en la cocina vestida para trabajar en el jardín—. Quiero una taza de té normal.

—Es tu té. Y también te he preparado un bol de muesli. ¿Quieres acompañarlo con leche o con yogur griego? Ya sabes que el yogur es mejor para la flora intestinal.

—Tomaré el yogur si paras un poco de controlar lo que me meto en el cuerpo —suspira.

—No estoy controlándote. Solo te doy información e intento ayudar. Tienes que cuidarte. —Cojo un yogur de la nevera y una cuchara del cajón, y los dejo sobre la mesa.

La abuela toma asiento.

—Si yo te tratara así, dirías que me meto donde no me llaman.

—De eso nada. ¿Sabes?, ayer leí que el café es bueno para la salud. —Me gusta estar al tanto de las últimas investigaciones relativas a los beneficios curativos y preventivos de ciertos alimentos y estilos de vida. Una de las razones por las que la abuela está tan sana a su edad es la jardinería. Todo el mundo le cede el asiento vaya donde vaya, pero no le hace ninguna falta. Es una fuente de inspiración, y yo solo intento que se ayude más a sí misma.

—¿Qué tal ayer? —pregunta.

Finjo que no la he escuchado.

—He añadido algo nuevo en este último muesli. Nunca adivinarás cuál es el ingrediente secreto.

—Me parece que no quiero saberlo.

—Setas en polvo.

La abuela se queda congelada, con la cuchara en el aire frente a ella.

—¿Hongos psicotrópicos?

—No, melena de león. No vas a creer todo hace, desde reducir la inflamación hasta prevenir la demencia. Ese hongo vale para todo.

Deja la cuchara sin probar mi nueva receta.

—No apruebo eso de poner setas en el muesli. Y no has respondido a mi pregunta. ¿Qué tal ayer? ¿Qué tal los planos?

Suspiro, en parte porque me decepciona que no quiera probar el nuevo muesli, pero sobre todo por la desastrosa reunión de ayer.

—Ni siquiera se nota el sabor. —El muesli está delicioso, y tomo una cucharada para comprobarlo.

—Lo probaré si me cuentas los planes que hay para el hotel —negocia. Asiento y espero a que coma un poco de muesli. Tal y como esperaba, se encoge de hombros—. Tienes razón, no sabe a nada. —Espero que eso signifique que va a incluirlo en su dieta diaria—. Estoy esperando —insiste—. ¿Te gusta Vincent Cove?

—No se trata de que me guste o no me guste —respondo. La abuela no sabe que me acosté con él, y no tiene por qué enterarse. Tampoco es nada del otro mundo, pero no quiero que ni ella ni nadie piensen que tengo algo personal contra él cuando es todo lo contrario: me habría encantado tener algo de lo más personal con él, al menos, si no hubiera comprado Crompton. Por otra parte, si no hubiera comprado Crompton, no estaría aquí para alimentar mis fantasías de volver a verlo desnudo, algo que, por supuesto, no va a pasar.

—Vale, ¿y qué tal lo que ha planeado?

—Es... impresionante. Sí, van a desaparecer los jardines y va a hacer una gran ampliación, pero, a decir verdad, va a quedar precioso.

Al levantar la vista me encuentro con la sonrisa de la abuela.

—Esto podría suponer una nueva etapa en tu vida —comenta—. Si te mudaras, podrías conocer gente nueva. O hasta echarte novio.

—No quiero un novio. Estoy bien como estoy.

Desliza su mano sobre la mía.

—Pero hace mucho que no haces nada nuevo.

—Si algo no está roto, no lo arregles.

La abuela me acaricia el pulgar con el suyo, como lleva haciéndolo los veintisiete últimos años.

—Pero, cariño, sí que está roto. —No sé si se refiere a mí o a Crompton—. El conde debería haber vendido el lugar hace años —continúa con voz queda—. No podía mantenerlo. Supongo que se aferraba a este lugar casi tanto como tú.

—¿Por qué no iba a aferrarme a este lugar? Aquí soy feliz. ¿Lo lógico no es querer ser feliz?

La abuela asiente.

—Por supuesto. Pero hay muchas formas de ser feliz, y estancarse no es la mejor.

Saco los papeles que Vincent me dio ayer y los dejo caer sobre la mesa.

—Me ha ofrecido un trabajo para dirigir el equipo de relaciones con los huéspedes.

Cuando me lo mencionó lo descarté de inmediato, pero al acabar mi turno leí la descripción del puesto; no cabe duda de que se trata de un ascenso que implica seguir llevando a cabo las tareas que más me gustan de mi trabajo actual: interacción con el público, hacer que la gente se encuentre cómoda... Pero debido a la naturaleza transitoria de los hoteles, es poco probable que llegue a conocer a alguien como he llegado a conocer a los clientes habituales de la tetería. Hay una pareja que viene todos los días en julio y agosto desde hace seis años, y ahora casi parecen formar parte del mobiliario. En el hotel no habrá nada parecido.

—¡Eso es maravilloso, cariño! —exclama la abuela—. ¿Cuándo empiezas?

—No lo he aceptado. —La decepción inunda su rostro—. Lo siento. Te he decepcionado.

—Ay, Dios, no, no me has decepcionado, cariño, solo lo lamento por ti. ¿No te entusiasma la idea de ser la jefa del equipo de relaciones con los huéspedes de un hotel de cinco estrellas? Sería fabuloso, el trabajo perfecto para ti. Te encanta la casa, puedes hablar de ella con auténtico cariño y has vivido en la zona la mayor parte de tu vida. No hay nadie mejor para ayudar a los huéspedes a disfrutar de Crompton y los pueblos de los alrededores.

—Solo me ofrece el trabajo para ponerme de su parte.

—No creo que sea así, pero, aunque lo fuera, ¿qué más da? En la vida hay que aprovechar las oportunidades cuando se presentan. Serías muy buena en ese trabajo y él lo sabe. La verdad, creo que ese hombre sabe lo que hace si puede ver tu potencial.

Visto desde fuera, el puesto de jefa de relaciones con los huéspedes parece una buena oportunidad, pero no es lo que yo tenía planeado para mi futuro.

—No lo sé. Aún espero que...

Antes de que pueda terminar la frase, Sacha entra en casa de la abuela.

—Hay novedades sobre la reforma en la biblioteca. —Nos mira—. ¿Nos vamos o qué?

—¿Adónde? —pregunto.

—A la biblioteca. A la casa. Hay un puesto de... información, o algo así. Al parecer, hay una persona respondiendo preguntas.

—¿Qué clase de preguntas? —inquieta la abuela.

—No tengo ni idea. —Sacha está casi temblando por la emoción—. Pero a lo mejor voy a poder tener por fin mi perro salchicha.

Aún tengo que acostumbrarme a la nueva política de puertas abiertas. Cuando vivía el conde era lógico que no se permitiera la entrada, pero ahora la puerta siempre está abierta. Supongo que ya no es un hogar, sino tan solo una oficina, un negocio; un lugar donde la gente va a trabajar, no a vivir.

Atravesamos las puertas y entramos en el vestíbulo. Todo está tan desangelado y sombrío como cuando lo recorrí con Vincent.

—Caramba, hacía mucho tiempo que no cruzaba estas puertas —comenta la abuela—. Este sitio necesita con urgencia un poco de atención.

—Al menos va a conservar la escalera —murmuro.

—Por supuesto —replica la abuela—. Es un edificio protegido. No le dejarán alterar los elementos históricos.

Intento no poner los ojos en blanco.

—Es aquí —dice Sacha, prácticamente tirando de la camisa de la abuela.

Unas voces llegan al vestíbulo desde la biblioteca, y cuando nos acercamos y se abre la puerta, nos encontramos cara a cara con Vincent. Mi corazón traidor se salta un latido. Debe de ser por lo alto que es. O por esos antebrazos perfectos que la camisa remangada deja a la vista. Ni que intentara torturarme...

—Bienvenidas —saluda, con un tono cálido y encantador, y la sensación de aturdimiento que tengo cuando está cerca vuelve apoderarse de mí—. Las noticias vuelan. Pasa, pasa, y deja que te presente a Beck. Es el promotor del solar que hay detrás del aparcamiento del pueblo. Por suerte, hace diez años que lo conozco; coincidimos haciendo montañismo y hemos seguido en contacto.

¿Por qué tiene que ser tan majo? ¿Por qué no es más desagradable? Así podría odiarlo.

Una hermosa mujer rubia viene hacia nosotros vestida con una falda roja ceñida y el pintalabios a juego y, al instante, me siento como una paleta desaliñada con mis botas de agua y el jersey tejido a mano que me hizo el abuelo antes de morir. Sin duda, Vincent está acostumbrado a estar rodeado de mujeres así y, por más que me pese, siento una punzada de celos que se me clava en el corazón.

—Hola —saluda, sonriéndonos a las tres—. Soy Stella, y voy a trabajar con Vincent y su equipo en el diseño del hotel. Ahora mismo estoy pluriempleada, echándole una mano a mi marido, Beck, que es quien está construyendo las casas del pueblo. Intenta causar buena impresión, así que, por

supuesto, necesita mi ayuda.

La abuela se ríe y yo no puedo evitar sonreír. La rubia está siendo muy amable. Además, está casada con alguien que no es Vincent. Mis celos se esfuman.

—¿Así que vas a comprar esas casas? —le pregunto a Vincent.

—Bueno, no todas —responde—. Compraré once de ellas para alojar a la gente de las casitas.

¿De verdad puede adquirir once casas así como si nada?

—¿Tanto dinero tienes?

Suelta una risita.

—Es una inversión. Voy a cobrar el alquiler.

—¿Y es una buena inversión? —indago—. ¿Vas a ganar mucho dinero con nosotros?

—Según mi director financiero no.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque no voy por ahí dejando a la gente sin hogar. No soy de esa clase de gente. —Me mira como si estuviéramos los dos solos. Y, si así fuera, estaría tentada de besarlo.

—Claro que no —interviene la abuela—. Pero, a ver, ¿qué vas a mostrarnos?

Vincent coge a la abuela del brazo y la guía hasta una silla, junto a un escritorio en el que hay varios libros.

—¿Cuál es tu visión del interior de la casa? —le pregunto a Stella—. He visto el vídeo.

Sus ojos brillan de emoción y entrelaza las manos.

—Estoy deseando empezar. Diseño muchos interiores modernos en Londres porque Beck construye y reforma sobre todo proyectos nuevos y eso es lo que la gente quiere, pero Crompton House va a ser diferente. Quiero usar a Vincent como mi *muso*. —Se ríe—. Apuesto a que muchas mujeres han dicho eso antes que yo... No, en serio, quiero el ambiente de una casa de campo inglesa, pero debe ser lo que un americano imagina que es una casa de campo inglesa: más lujosa que la real, pero clásica y acorde con la arquitectura georgiana. Voy a presionar mucho a Vincent para que restaure las molduras y los arquitrabes que están dañados y utilizaré esos elementos como base para el resto del diseño.

Hace una pausa y le sonrío. Me está diciendo justo lo que quiero oír.

—¿Has trabajado con Vincent antes?

Ella niega con la cabeza.

—No, trabajo con Beck. Así nos conocimos. —Entrecierra los ojos—. Más o menos. Es una larga historia. —Su sonrisa al hablar de su marido es tan amplia que no puedo evitar mirarlo.

—¿Tienes hijos? —curioso.

—Sí, una hija de tres años. Queremos tener otro, pero estamos muy ocupados con el trabajo y nuestra vida social es muy activa. Aunque no tanto como la de Vincent.

Un dolor sordo me envuelve el corazón y no acabo de entender el porqué. No sé si ha sido la mención a los niños o a la ajetreada vida social de Vincent.

—Eres Kate, ¿verdad?

Me sorprende un poco que sepa mi nombre.

—Sí —confirmo.

—Vincent intenta impresionarte —dice con tono conspirador—. Quiere que todos sepan que no ha venido a echarlo todo abajo, que va a hacerle justicia a la casa porque sabe que la gente desea que recupere su antiguo esplendor.

—¿Qué te hace pensar que intenta impresionarme?

—Que tu nombre aparece siempre que discutimos los planes —sonríe—. ¿Estás soltera? —

pregunta tras una pausa.

—Y tan feliz —contesto. ¿Qué quiere decir con que aparece mi nombre? Quiero seguir indagando, pero me contengo.

—Igual que Vincent. He intentado presentarle a un par de amigas, pero no ha mostrado el más mínimo interés.

Suelto una combinación de bufido y risa.

—No me digas... —Vincent parece un seductor consumado. Al menos, así fue como se comportó conmigo. ¿Acaso no lo es?—. ¿Crees que es digno de confianza? Quiero decir..., me ha ofrecido un trabajo en el hotel, cuando esté terminado. ¿Crees que debería trabajar con él?

¿De verdad estoy considerando aceptar el puesto? Pero es que, con el resto del personal de parte de Vincent, ¿qué más opciones me quedan?

—Mi marido no trabaja con gente que no sea de fiar —dice—. Es un buen tío. Y no va a quedarse a dirigir el hotel. Se encargará personalmente solo hasta cierto punto.

El dolor sordo que sentía en el corazón se agudiza, y cambio el peso de un pie a otro.

—Claro, ya lo suponía...

—¿Sabes qué no se le da nada bien?

Me tenso por entero, como si mi cuerpo intentara demostrarle lealtad.

—¿Qué?

—La atención al detalle. Es muy difícil conseguir que tome decisiones sobre el diseño. Insiste en que me ponga manos a la obra, pero es muy complicado sin cierta orientación. Intento utilizar a Michael como intermediario, pero está muy ocupado. Solo espero que esto no lo retrase todo.

—¿Qué quieres decir?

—Vincent se centra en las cosas que él y el director del proyecto consideran prioritarias. En este momento, conseguir el permiso de obras, elegir al contratista principal y encontrar viviendas para los que se alojan en Crompton. Y lo entiendo, de verdad, pero necesito que me diga que puedo encargarme las alfombras para la biblioteca y la sala de estar, porque tardarán unos diez meses en fabricarse. Lo mismo ocurre con el material para las cortinas de la casa principal y de la ampliación. Con la cantidad que necesitamos, los plazos de entrega son horribles.

Antes de que pueda seguir indagando, Vincent se acerca.

—Kate, ¿puedo pedirle a Beck que te enseñe los planos de las nuevas casas? —pregunta—. O mejor aún, podemos hacer una visita sobre el terreno. Acabo de mencionárselo a Sacha, pero está ocupada, y tu abuela también. ¿Tienes tiempo?

—¿Visitar las nuevas casas? —Aún no me he permitido pensar en dejar la finca. No estoy preparada en absoluto.

Beck se une a nosotros.

—Está todo hecho un lío, pero ya están puestos los cimientos de varias casas y una de ellas está acabada. Así podrías ver cómo va a quedar en lugar de limitarte a mirar un plano.

Quizá me sienta mejor si las veo. Y, mejor aún, si desde la nueva urbanización puede verse Crompton, si puedo asomarme a la ventana y ver la finca, a lo mejor no estaría tan... paralizada.

—Será divertido —tercia Stella—. Y ya llevas puestas botas de agua.

Me miro los pies y luego alzo la vista hacia Vincent.

—¿Tú vas a venir? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Por supuesto.

Es un trayecto en coche de apenas unos minutos, y tampoco es que nunca haya ido al pueblo,

aunque soy incapaz de recordar cuándo fue la última vez. Desde que el primo de Meghan abrió un negocio de entrega a domicilio no he tenido que salir de la finca a menudo, y, por mucho que lo intente, no tengo ni idea de cuándo fue la última ocasión en que lo hice ni por qué. Pero pronto tendré que entrar y salir de Crompton todos los días, así que será mejor que practique un poco.

16

VINCENT

La sonrisa falsa que muestra Kate delata su nerviosismo. No hace mucho que la conozco, pero, por lo que he visto, nunca se molesta en fingir. Pero ahora, mientras nos dirigimos a la obra de Beck, sonrío como si le tiraran de las comisuras de los labios, y es una mueca de lo más forzada.

—¿Estás bien? —pregunto.

Lleva aferrada al asiento desde que cruzamos las puertas de Crompton, como si esperara que el coche fuera a salir volando por los aires en cualquier momento.

—Estoy bien —dice, mostrando todavía esa imitación de sonrisa—. Creía que habías dicho que estaba detrás del aparcamiento —murmura al llegar al primer semáforo del pueblo. Su voz suena tensa y más débil que de costumbre.

—Y así es —respondo.

—Acabamos de pasar el aparcamiento.

—Hay que girar a la izquierda; la entrada al recinto está un poco más abajo.

—¿Cuánto falta?

El semáforo se pone en verde y giro a la izquierda; mi visión periférica está centrada en Kate y en su evidente ansiedad, que podría sentir sin necesidad de mirarla. ¿Es por la idea de mudarse o por mí? O a lo mejor no le gusta ir en coche...

—Ya casi hemos llegado —anuncio. La entrada al recinto está a unos trescientos metros. Reduzco la velocidad, y pongo el intermitente para girar.

—Está más aislado de lo que pensaba. —Se gira para mirar hacia atrás—. Pensé que estaría justo detrás del aparcamiento.

—Pero ahí puedes ver una hilera de casas —digo, y me arrepiento al momento porque ella tiene que saber que ahí hay una fila de edificaciones. Ha vivido aquí toda su vida.

—¿Sí? Ah, claro. Donde están el veterinario y la tintorería.

No recuerdo cuáles son los negocios que hay en esos edificios. Solo sé es que las obras de Beck están detrás.

—Ya hemos llegado. —Aparco delante de la oficina de la obra.

Ella ladea la cabeza para intentar otear el exterior en lugar de salir sin más.

—Creo que desde aquí no puedo ver la finca...

No creo que se haya dirigido a mí; es más bien como si hablara para sí misma.

—Salgamos.

Dejamos el coche y ella retrocede unos pasos hacia el lugar de donde venimos.

—No voy a poder verla —repite, con un deje de pánico en la voz—. ¿Tú la ves? —Vuelve la cabeza para mirarme, esperando mi respuesta.

—Está más allá de los árboles. —Lo único que puede verse de las tierras de Crompton es la zona arbolada que está al fondo de la propiedad—. Creo que esos árboles delimitan la finca.

—¿Dónde? —Mira como si llevara unos prismáticos que se muere por usar.

—Allí. —Señalo.

—¿Crees que son los terrenos de Crompton? —¿Por qué está tan preocupada por ver la propiedad? Sabe que no está lejos. No nos ha llevado ni cinco minutos llegar hasta aquí—. Está demasiado lejos para ir andando. ¿Hay algún camino aparte de la carretera? Si no, podríais construirlo o poner un autobús entre la urbanización y la casa. Hay gente que no conduce. Yo no conduzco. Tenemos que poder llegar a Crompton fácilmente.

Su discurso se acelera con cada sílaba que pronuncia, como si pensara que van a acabársele las palabras y tuviera que soltarlas todas lo más rápido posible.

La cojo del brazo por puro instinto: es como mecer a un bebé que llora o acariciar a un perro amistoso. Intuyo que está entrando en pánico y precisa que la calmen o la distraigan.

—¿Por qué no vamos a ver la casa que está terminada?

Asiente de forma frenética y se retuerce los dedos. ¿Qué le ha pasado a la mujer decidida y segura de sí misma? Es como si se hubiera esfumado.

El jefe de obra sale de la oficina cuando nos acercamos.

—Hola, soy Ziad. Y vosotros sois Kate y Vincent, supongo.

Me recorre un escalofrío cuando dice nuestros nombres juntos, como si fuéramos una pareja o algo así.

—He traído a uno de los miembros más valiosos de nuestro personal para que vea las casas —explico—. Beck me ha comentado que una de ellas está terminada.

—Por supuesto que sí. No está amueblada ni nada, pero la semana pasada pusimos la cocina y ayer les dimos la primera capa de pintura a las paredes. Venid, os la mostraré.

Se dirige hacia una ligera pendiente y me vuelvo hacia Kate.

—¿Lista?

Me mira a mí y luego al coche y a los árboles que se ven a lo lejos, y por fin asiente. Se queda un poco rezagada cuando vamos tras Ziad y, de pronto, se lleva la mano a la cara como si estuviera secándose las lágrimas con la manga del jersey.

—¿Estás bien? —Es una pregunta estúpida, porque está claro que no está bien, pero quiero saber qué le pasa para poder ayudarla.

—Sí, estoy bien. ¿Cuántas casas hay en la urbanización? —le pregunta a Ziad.

Ziad se detiene y se da la vuelta.

—Veintiocho. Hay casas de uno, dos y tres dormitorios. —Señala con el pulgar por encima del hombro—. De dos, como esta, hay once. Entremos.

Hay un gran escalón en la entrada y Ziad sube primero; luego se gira y coge la mano de Kate para ayudarla.

Seguimos el pasillo hasta el salón, en la parte trasera de la casa. Por dentro es mucho más bonita de lo que esperaba. No es como la mayoría de las obras nuevas: tiene un montón de detalles que la hacen única.

—No sé si habéis visto los planos del solar; las veintiocho casas se han diseñado juntas para que desde fuera parezcan un rancho. Por eso hay herrajes negros por todas partes y las puertas traseras de la cocina son las típicas de un establo. Son casas muy personales, no las típicas, que son todas iguales. Beck quería techos de paja en algunas de ellas, pero el ayuntamiento no concedió el permiso por el peligro de incendio.

Me centro en Kate. ¿Le gusta? ¿La detesta? Va hacia la ventana.

—Desde aquí no veo la finca —murmura—. Las ventanas no están bien orientadas. ¿Podría elegir la casa que quiero?

—Por supuesto —acepto sin dudar ni un segundo. Quiero hacer todo lo que esté en mi mano para

aliviar un poco lo desolada que se siente por tener que mudarse.

—¿Hay alguna con vistas a la colina? —pregunta, y yo miro a Ziad.

—Tendría que mirarlo —responde, entrecerrando los ojos—. Puede ser, pero no estoy seguro. ¿Quieres que vaya a buscar los planos?

Kate está paseándose de un lado a otro del salón.

—Sí, eso sería genial. Así tendremos unos minutos para echar un vistazo. —Ziad acepta y se va—. ¿Por qué no vamos a ver el piso de arriba? —sugiero.

Ella asiente sin decir palabra y sube a la planta superior, donde están los dos dormitorios y el cuarto de baño. Kate se dirige al dormitorio del fondo y posa las manos en la ventana.

—No hay vistas. No veo nada.

A través del cristal pueden verse tierras de labranza y, en la lejanía, una arboleda. Hay vistas, pero no son las que ella desea: no puede ver Crompton.

—Comprobaremos el plano en cuanto Ziad lo traiga.

—Está demasiado lejos. —Kate se lleva la mano al pecho—. Me falta el aliento. —Se agacha y pone las manos en las rodillas—. No puedo respirar, Vincent.

Está hiperventilando. Miro a mi alrededor para ver si hay alguna bolsa en la que pueda respirar, pero no encuentro nada.

Me acerco a ella y se endereza, con el pánico brillándole en los ojos.

—Creo que me voy a desmayar. —Su voz es más aguda de lo normal y se vuelve más temblorosa con cada palabra.

—Estoy aquí —digo—. No vas a desmayarte. Vamos a sentarnos.

Parece horrorizada, probablemente porque el suelo está sucio, pero es mejor eso que caerse.

Tomo sus manos entre las mías y la ayudo a acomodarse en el suelo; nos sentamos frente a frente, con mis rodillas tocando las de ella.

—Mírame —pido.

—No puedo respirar —repito.

—Concéntrate en mí —susurro, sin soltarle las manos. No sé lo que hago; solo intento que deje de pensar en lo que sea que la está haciendo entrar en barrena—. Mira nuestras manos entrelazadas. Yo te sostengo. —Obedece, pero vuelve a alzar la vista y niega con la cabeza—. Inspira hondo. —Lo hace de forma entrecortada, pero es un comienzo—. Inspira más hondo esta vez, sin dejar de mirarme. —Le muestro cómo hacerlo y me imita—. Y ahora suelta el aire.

Vuelve a imitarme y encontramos el ritmo juntos: dentro y fuera; inspiración, espiración. Poco a poco, su cuerpo se relaja; desaparece la tensión de sus hombros y se aferra a mis manos, y su respiración se normaliza.

—Lo siento —dice—. Es que no salgo de la finca muy a menudo. Y cuando lo hago, nunca me siento yo misma.

Ya me imaginaba que no pasaba mucho tiempo fuera de la finca; al fin y al cabo, vive y trabaja allí. Pero ¿un ataque de pánico solo por haberse desplazado unos kilómetros? Tengo que preguntarle con qué frecuencia pone un pie fuera de Crompton.

—No hay por qué sentirlo.

Cuando se calme, quiero hablar con ella. Tiene razón en lo del transporte: debemos organizar algo para ir desde las casas de campo a la finca. Kate ve detalles en los que Michael y yo no reparamos, y no solo porque conoce el lugar, sino porque es una parte esencial de la comunidad que ha crecido a su alrededor y gracias a ella.

Si está dispuesta, me gustaría contratarla para ayudar a Michael. Necesita a alguien como ella,

alguien con una perspectiva diferente, cuya atención a los detalles no se vea desbordada por responsabilidades más apremiantes. Y también podría ser bueno para Kate. Si está en el ajo, ayudando a darle forma al proyecto y a sacarlo adelante, quizá empiece a mirar hacia el futuro.

Algo bueno puede salir de los escombros de tu mundo destrozado, y yo soy la prueba.

KATE

Estoy sentada a la mesa de la cocina de la abuela, desplazándome por la página de Instagram de Crompton.

—Anoche conseguí otro trabajo —anuncio, y dejo el teléfono. La abuela está tejiendo algo que no tengo ni idea de lo que va a ser, pero que, sin duda, tiene un montón de colores.

—¿Otro? —El tintineo de las agujas no vacila. Ese sonido siempre ha sido la reconfortante banda sonora de muchas de nuestras charlas, y es justo lo que necesito ahora. Todo está cambiando o a punto de cambiar, pero, al menos, las labores de la abuela permanecen igual.

—Uno temporal. Para Vincent... Cove. —Añado el apellido tras un instante porque para todos los demás no es solo Vincent, sino Vincent Cove.

Me pregunto si me habría acostado con él de haber sabido para qué estaba en Crompton. Probablemente no, a menos que hubiera podido prever lo bueno que iba a ser. Algo muy raro, porque no nos conocíamos de nada, pero fue tan... No se me ocurre otra palabra para describirlo que no sea «íntimo». Era como si supiéramos lo que pensaba el otro, lo que deseaba en cada momento; como si nos conociéramos de toda la vida. O como si estuviéramos predestinados a encontrarnos, o como si lo estuviera esperando. O lo que sea.

Ayer ocurrió lo mismo cuando tuve el ataque de ansiedad, algo de lo que la abuela no tiene por qué enterarse; ya se preocupa bastante por mí. Vincent parecía saber exactamente cómo calmarme, cómo tranquilizarme. Como si fuera «el hombre que susurraba a Kate», o algo así. La visita de ayer a las casas nuevas fue abrumadora, y que la urbanización esté más lejos del pueblo de lo que yo imaginaba no ayudó en absoluto, pero Vincent se mostró tranquilo y me serenó, me hizo sentir a salvo.

—Ah, vaya. ¿Tiene algo que ver con el puesto de jefa de relaciones con los huéspedes? —pregunta la abuela.

Tampoco he aceptado ese trabajo. Todavía.

—Quiere que colabore con su ayudante, Michael. Dice que presto mucha atención a los detalles y que veo las cosas de otro modo porque soy de aquí. Opina que puedo aportar mucho al equipo. Ayer, por ejemplo, le propuse que hubiera un servicio de transporte entre el pueblo y la urbanización, así que ahora cree que tengo buenas ideas y que, si trabajo con ellos, no se olvidarán de detalles importantes que es fácil pasar por alto porque es un proyecto muy grande.

—¡Vaya! —exclama la abuela—. Parece un puesto de mucha responsabilidad. ¿Lo has aceptado?

—Estaba más concentrada en visitar las casas nuevas. Tú también deberías ir a ver la urbanización. Dice que puedes elegir la que quieras.

La abuela suspira y deja su labor.

—La verdad es que justo de eso quería hablarte.

Siento los latidos del corazón en los oídos: ha sonado ominoso.

—¿De qué?

—No creo que vaya a mudarme a las casas que está construyendo ese buen hombre, Beck.

Se me acelera el pulso y tengo que resistir el impulso de levantarme. Dejar la finca ya será bastante

malo; la abuela no puede estar hablando de mudarnos fuera del pueblo.

—Entonces, ¿adónde iremos?

—Creo que tú estarás genial en una de esas casas, pero yo necesito otra cosa. Ya no puedo subir y bajar las escaleras como antes. Estaría mejor en un lugar de una sola planta.

—¿Y las viviendas de un dormitorio?

—Son demasiado pequeñas.

—Deberíamos preguntarle a Beck si se podría construir un *bungalow* para ti.

—No creo que vaya a hacerlo —ríe la abuela—. Y, de todos modos, no quiero tener que trabajar en el jardín y...

—Yo me encargaré de la jardinería para que no tengas que molestarte tú.

—He concertado una cita para ver unos apartamentos que están construyendo en Wayton.

Se me cae el alma a los pies, como si alguien hubiera hecho un agujero en la tierra y la hubiera atado a un yunque.

—¿Wayton? Eso está a seis kilómetros.

—Tienen muy buena pinta. Puedo comprar uno con mis ahorros y con lo que el señor Cove ha tenido la amabilidad de ofrecerme.

—¿De qué cantidad de dinero estamos hablando y por qué iba a dártelo?

—He hablado con él esta tarde para decirle que no estoy interesada en las casas que nos ha mostrado el señor Wilde. Le he hablado de Wayton y fue entonces cuando me dijo que me daría el dinero para que pudiera comprarlo. No tiene ningún interés en adquirir un apartamento, lo que es perfectamente comprensible.

Se me hace un nudo en la garganta y se me entrecorta la respiración. Otra vez.

Inspiro hondo e intento concentrarme en la conversación con la abuela.

—¿Cuándo ibas a contármelo?

—Te lo estoy contando ahora. De todos modos, aún no lo he decidido. Todavía tengo que ver el lugar. Pero conozco a un par de personas que ya han pagado los depósitos y...

—¿Gente de las casas de aquí?

—No, no —responde—. Tengo amigos en otros pueblos y creo que estaría bien vivir más cerca de ellos. El mundo es más grande que Crompton, querida.

—¿No echarás de menos a tus amigos de Crompton? ¿O vivir a mi lado?

—Bueno, confío en que me visitarás —replica con una sonrisa traviesa. Hasta ahora, su sonrisa siempre me había hecho sentir segura, como si compartiéramos una broma privada, como si fuéramos un equipo: nosotras contra el mundo. Pero ahora no dejo de preguntarme si volveré a verla a menudo.

—Está a seis kilómetros. ¿Hay siquiera un autobús que vaya a Wayton?

—Tienes carné de conducir. Podrías comprarte un coche —comenta la abuela.

Siempre que me lo ha sugerido le he asegurado que no necesito coche porque nunca voy a ningún sitio al que no pueda llegar a pie. Pero ahora la abuela quiere marcharse a un lugar adonde no podrá ir andando, y está haciéndose mayor.

—Visitar no es lo mismo que vivir una al lado de la otra.

—Tienes toda la razón. No es lo mismo. Es diferente, pero podría ser mejor. Esto solo es una nueva etapa, querida, y sé que da miedo, pero ¿has pensado que a lo mejor ya ha llegado el momento? Crompton te ha ayudado a recuperarte, te ha hecho sentir a salvo, y tal vez es hora de vivir una nueva aventura. Y quizá ese nuevo trabajo sea el comienzo de esa nueva aventura. Bueno, los dos nuevos trabajos —ríe.

—Se supone que los cambios deben llegar poco a poco —respondo—, y no que vaya a perder mi casa, mi trabajo y a mi abuelita a la vez.

Extiende la mano sobre la mesa para estrechar la mía.

—No me vas a perder, solo voy a estar a unos kilómetros de distancia. Y hay un nuevo invento llamado teléfono que me han dicho que es terriblemente fácil de usar.

Rara vez necesito telefonar a la abuela, pero si vive a seis kilómetros, no podré pasarme por allí para decirle que estoy en casa.

—¿Y vendrás a Crompton tres veces por semana para supervisar a los jardineros?

Hace una pausa y me mira.

—Tal vez. Pero tengo sesenta y ocho años. También podría aprovechar para jubilarme.

La sangre que lleva toda la conversación rugiendo en mis oídos se frena de golpe, como si se hubiera quedado congelada por la impresión.

—¿Jubilarte?

—Es mi próxima etapa. Tú también deberías pasar página y empezar una nueva etapa.

—Me gusta la etapa en la que estoy.

—Pero está llegando a su fin, querida. A veces somos nosotros quienes elegimos pasar página, pero otras veces es la vida la que lo decide en nuestro lugar. Y eso no significa que lo que venga no sea mejor, más emocionante.

—Ya he tenido una vida emocionante en el pasado —murmuro. ¿La abuela se jubila? Todo se está desmoronando.

—Lo que tuviste fue una vida caótica. Y a lo mejor vuelve a ser así en el futuro, porque no hay nada seguro, pero ahora mismo lo que veo en tu futuro son unas oportunidades increíbles y, si no las aprovechas, o al menos descubres lo que quieres, te quedarás con las sobras de los demás. No hacer nada también es una decisión. Puedes dedicarte a lloriquear por los rincones mientras los demás hacen planes y aceptan el cambio en Crompton, o puedes lamentar que esta parte de tu vida haya terminado y empezar a planificar la siguiente, decidir lo que desees y esforzarte por tener algo mejor.

Todo mi mundo está viniéndose abajo: la abuela no va a vivir a mi lado ni va a trabajar cerca; no voy a estar rodeada de gente que me conoce de toda la vida; ya no podré cantar musicales con Sandra ni ver florecer las glicinias en primavera.

Me siento terriblemente triste. Cuando cerré el último capítulo de mi vida fue un alivio y seguí adelante encantada. Pero ahora tengo que pasar página sin quererlo, sin que jamás me haya planteado hacerlo, cuando creía que por fin había encontrado mi lugar feliz y deseaba quedarme en él para siempre. Esto es lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

—Sé que no te fue bien en la universidad, pero eso fue hace mucho tiempo, y esto es diferente. Tú eres diferente.

No quiero pensar en la última y única vez que me fui de Crompton desde que llegué aquí para quedarme a los siete años. Esos recuerdos solo demuestran lo que ya sé: mi lugar está aquí, en Crompton.

Y si mi lugar está en Crompton, debo aprovechar las oportunidades que Vincent me ha brindado; debo asegurarme de que todo ocurra a tiempo y según lo previsto. Tal vez incluso consiga influir en cómo van a hacerse las cosas en esta nueva versión de mi mundo. Aunque el miedo sigue atenazando mis entrañas, cada vez me cuesta más ignorar una vocecita interior, esa que me susurra que, si soy valiente, podré seguir unida a Crompton y asegurarme de que siga siendo el refugio que siempre ha significado para mí.

18

VINCENT

Aunque tengo un escritorio en la sala donde trabajan Michael y Molly, paso la mayor parte del día en la improvisada sala de juntas que está junto a mi dormitorio. Todo lo que necesito es un portátil y, lo más importante, mi teléfono.

El móvil vibra y alguien llama a la puerta de la sala de juntas al mismo tiempo.

—Adelante —digo, y acepto la llamada simultáneamente.

—Hola. Soy Brad, de la oficina de Nueva York.

En ese momento Kate entra por la puerta y me deja literalmente sin aliento. Lleva el pelo recogido en una coleta y va maquillada; solo se ha puesto colorete y brillo de labios, pero nunca la había visto arreglada, y por eso me ha pillado por sorpresa. No por su visita, que ya me la esperaba, aunque me alegro mucho de que esté aquí.

Esboza una sonrisa.

—Ya te llamaré. —Cuelgo sin esperar respuesta y me levanto—. Pasa y siéntate.

Lleva una americana azul, camiseta blanca y vaqueros, y por alguna extraña razón me la imagino en un balcón del sur de Francia, riendo, con las gafas de sol puestas y la cálida brisa revolviéndole el pelo mientras le hago fotos, y esa imagen hace que me inunde una profunda paz.

Tengo que controlarme.

—¿Tienes un minuto? —pregunta.

—¿Para ti? —respondo—. Siempre.

Esta vez su sonrisa es un poco menos forzada, aunque soy consciente de que piensa que no lo digo en serio. Se equivoca: le dedicaría un minuto a cualquier hora del día o de la noche. Cada vez que la veo me hace sonreír, y no solo porque recuerde a la perfección cómo conectamos en la cama —aunque eso también es difícil de olvidar—, sino también por su lealtad, su humor, la forma en que me habla como si fuera tan solo Vincent y no su jefe o un multimillonario o alguien cuyo valor viene determinado por cuántos cheques puede firmar.

Toma asiento a la mesa, en la silla que hay frente a la mía.

—¿Esto es del comedor? —Echa una ojeada a la mesa, que creo que lleva aquí desde que se construyó la casa. Es de caoba pulida y tiene capacidad para unas treinta y cinco personas. A lo mejor debería poner un posavasos debajo de mi botella de agua...

No le quito la vista de encima.

—No tengo ni idea. Ha sido cosa de Michael.

—Al menos eres sincero —comenta.

—Siempre soy sincero. —Quiero que se convenza de ello y que eso la tranquilice.

—¿Decías en serio lo del trabajo del que hablaste ayer? —pregunta.

—Por supuesto. Serías la persona idónea para el puesto.

No es ninguna mentira, pero, por supuesto, tengo motivos ocultos. Lo último que quiero es que alguien, cualquiera, pero sobre todo Kate, piense que intento dejarlo sin hogar. Está claro que le encanta Crompton, y espero que le guste aún más el nuevo hotel. Si se une al equipo, espero que

llegue a entusiasmarse con el proyecto. Lo hará suyo y lo adorará tanto como adora el lugar actual.
Entrecierra los ojos.

—Eres consciente que no estoy cualificada oficialmente para... nada. Dejé la universidad y nada de lo que aprendí en el bachillerato va a servirme o va a servir para el trabajo.

—Conoces la finca, eres genial con la gente, te preocupas por los detalles y trabajas duro. Esas son las cualidades que requiere este puesto. También ayuda que seas una de las pocas personas en este mundo a la que no le importa que yo... —Vacilo, sin saber muy bien cómo terminar la frase—. Me tratas como a una persona normal.

—¿No eres normal? —pregunta, y ladea la cabeza como si estuviera considerando la idea. No sé si me lo he imaginado, pero me ha parecido ver un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Quizá «normal» no sea la palabra adecuada. El caso es que no te asusta decirme lo que piensas y no te importa ser sincera conmigo sobre..., bueno, sobre cualquier cosa.

—¿Y eso es raro? —Mi mirada queda atrapada en las curvas de su arco de Cupido, que contrastan con la suavidad de sus labios—. ¿Vincent? —Me saca del trance en el que me ha pillado. Me aclaro la garganta.

—Sí. Soy rico y tengo poder, y cuando eso ocurre la gente te pone en un pedestal e intenta ocultarte cosas, ya sea porque se avergüenzan, porque no quieren molestarte o porque tienen miedo de ofenderte.

—Pero Michael...

—Michael es más comunicativo que la mayoría, pero aun así se esfuerza demasiado. De cualquier modo, está sobrepasado y necesita ayuda.

—Quiero seguir con mis turnos en la tetería y en el *pub*.

—Cómo te organices depende de ti —acepto.

—Pero mi trabajo es echarle una mano a Michael, así que no depende solo de mí, ¿no? ¿Va a quedarse contento si lo ayudo solo veinte horas a la semana?

—Sí. —Desde el punto de vista de Michael, veinte horas serán mejor que nada.

—Y no voy a hacerlo por el mismo sueldo que en la tetería. Dejando al margen el resto, es algo a corto plazo, y no voy a poder cantar temas de musicales durante mi turno...

—Al contrario, insisto en que cantes mientras trabajas.

Una pequeña sonrisa se dibuja en su boca.

—Quiero un salario mensual equivalente a cuarenta mil al año y una jornada de veinte horas semanales —suelta—. Sé que es mucho, pero me necesitas en este proyecto, tú mismo lo has dicho. Y cuarenta mil no es tanto si consideras la inversión que...

—Hecho —la interrumpo.

Se tapa la boca con la mano como si temiera que, si dice algo más, yo vaya a cambiar de opinión, pero eso no va a ocurrir: habría pagado más.

Me levanto.

—Voy a enseñarte tu mesa.

—¿Mi mesa? —repite.

—Está justo al lado de la mía. —Hice que Michael y Molly lo dejaran todo listo ayer después de ofrecerle el trabajo a Kate. Sabía que acabaría aceptando.

—¿Sigues considerando mi candidatura para el puesto de jefa de relaciones con los huéspedes cuando abra el hotel? —pregunta.

Salimos de la sala de juntas y vamos hacia el despacho.

—Sí. Ese trabajo es tuyo si lo quieres, siempre que estés dispuesta a formarte.

—Lo estoy —acepta.

No sé qué le ha hecho cambiar de opinión, y me da igual. Me alegro de que tenga una sonrisa en la cara en lugar del ceño fruncido con el que me había acostumbrado a verla últimamente.

—Michael, Molly: Kate se ha unido al equipo como asistente de Michael. Kate, esta es tu mesa.

—¿Tenías el escritorio preparado?

—Por si acaso —respondo. Se vuelve para mirarme, y no puedo distinguir su expresión, pero la siento en lo más profundo de mis entrañas. Es en parte gratitud y en parte incredulidad, y tengo que contener el instinto de abrazarla y pegarla a mí.

Se dirige al escritorio y lo rodea como si fuera a morderla si se acerca demasiado.

—¿Es solo para mí? —pregunta.

—Lo hemos dispuesto para ti —explica Michael—. Vincent dijo que te unirías a nosotros.

Pasa los dedos por el borde del portátil y lo abre.

—¿El ordenador también es para mí?

—Sí —responde Michael—. Está conectado a nuestra red, así que podemos compartir documentos fácilmente.

Ella asiente.

—Y vendré a trabajar aquí. Todos los días.

—Mientras hagas tu trabajo, no me importa el horario que tengas —digo—, pero ten en cuenta que a lo mejor debes reunirte en Londres con Stella o con el director del proyecto.

Se queda paralizada.

—Prefiero no tener que desplazarme.

—¿No te gusta Londres? —Tal vez lo de ayer no fue algo aislado. A lo mejor la ansiedad no le permite salir de Crompton.

Se aclara la garganta.

—Creo que es mejor que me quede aquí. La casa es el objeto de mi trabajo, y es aquí donde debo estar.

Tiene razón, pero su respuesta esconde algo.

—Haz que funcione —digo.

—Lo haré. —Asiente, y yo la creo. Con su pasión por Crompton, su coherencia y su atención a los detalles, y con su capacidad para comunicarse conmigo de un modo tan..., bueno, tan directo, será de gran ayuda para terminar la reforma a tiempo.

—¿Hay alguien trabajando en la página web? —pregunta—. ¿Y en las redes sociales?

—¿Página web? ¿Para el hotel? ¿Ya? —se asombra Michael.

—Sé que aún faltan diez meses, pero tenemos que ir despertando interés. He visto que en el proyecto no está prevista ninguna campaña de relaciones públicas ni de *marketing* hasta seis meses antes de la apertura, pero tampoco nos hará ningún daño empezar ya, ¿no?

Reprimo una sonrisa: está en lo cierto.

19

VINCENT

A lo mejor es cosa mía, pero el ambiente de la oficina ha cambiado desde que Kate trabaja aquí. En las últimas semanas ha habido más empuje, más energía. Es más de lo que me habría atrevido a esperar. ¿Qué hacía esta mujer trabajando en una tetería?

Su presencia también ha hecho que pase más tiempo en la sala de juntas. Cuanto más estoy con Kate, más me distrae, pero ella tiene que hacer su trabajo y yo el mío, así que la evito.

Me gusta, y eso me incomoda.

Acabo de finalizar una llamada de uno de mis contactos sobre una posible inversión en Arizona cuando llaman a la puerta con suavidad; es la típica forma de llamar de Kate, y no respondo porque no hace falta. Fiel a su estilo, Kate abre sin esperar respuesta.

—Hola. Tenemos que repasar algunas cosas. —Lleva un suéter rosa claro y vaqueros, y solo puedo describir su apariencia como «seductora». Claro que no ha habido un día en el que no me haya parecido seductora, en el que no haya querido abrazarla y sentir cómo desliza las manos por mi pelo; no hay día en que no la encuentre fascinante.

Me tiene hipnotizado la forma en que ladea un poco la cabeza cuando está pensando; el modo en que se queda quieta por completo cuando está descolocada; cómo puedo saber que ha trabajado en el *pub* la noche anterior por las ojeras que aparecen bajo sus ojos. Son solo pequeñas pistas, pero siempre me felicito por percatarme de ellas. Es como si fuera un puzzle de mil piezas y yo fuera el único que sabe resolverlo, que sabe cómo interpretarla, cómo desbloquearla.

Me hace sentir especial, como si me hubieran elegido, y me exaspera, porque no sé si es algo que hay en este aire británico que respiro, pero nunca había sentido nada parecido con nadie.

Joder. ¿Qué me hizo esa noche en el *pub*? Es como si me hubiera metido algo en el cerebro que hace que esté obsesionado exclusivamente con ella.

—Estaba a punto de llamar a Nueva York —explico—. Iré al despacho cuando termine.

Me siento más seguro en el despacho, donde hay otras personas cuya presencia dificulta mi instinto de acercarme a ella. Cuando estamos los dos solos, el ambiente se vuelve más denso, y juraría que puedo oír los latidos de su corazón; su perfume, de rosas y vainilla, me inunda el cerebro, y no puedo pensar con claridad.

—Esperaré —dice, y toma asiento. No se muestra hosca ni frustrada, solo práctica y firme. No va a moverse hasta que consiga lo que quiere, y eso me obliga a actuar en consecuencia.

Me encanta.

Me encanta su determinación, me encanta que no se rinda y me encanta su actitud firme pero serena. Cuando la contraté esperaba que entrara y golpeará el escritorio para exigirme lo que necesitaba, y eso era lo que creía que quería. No se había cortado nada al enterarse de las cosas con las que no estaba de acuerdo cuando compré Crompton, y ese fue el principal motivo por el que le ofrecí el puesto, pero me ha sorprendido. Es como una apisonadora, silenciosa y decidida; no grita para que la gente se aparte de su camino, pero, si no lo hacen, se enteran.

Así que no va a servir de nada intentar que cambie de opinión y que vuelva más tarde, cuando ya

haya finalizado la llamada.

—¿Qué necesitas?

Ella sonríe, victoriosa, y yo concentro la atención en el portátil para dejar de mirar cómo el pelo se desliza por su cuello.

—¿Estás satisfecho con el proyecto de paisajismo?

—¿Han hecho lo que les pedí con el campo de golf?

—Sí.

—Entonces estoy satisfecho con el proyecto de plantación.

—Estupendo. —Desliza un papel hacia mí—. Pues solo tienes que firmar en la línea de puntos.

—¿Qué se supone que voy a firmar? —pregunto.

—Que estás satisfecho con el proyecto de plantación.

—Acabo de decirte que lo estoy. ¿Por qué tengo que firmar nada? —¿Está de broma?—. ¿Es que piensas que voy a cambiar de opinión y a decir que no estoy de acuerdo o algo así? —Tuve una asistente que quería grabar todo lo que yo decía para llevar un «registro preciso» de todas nuestras interacciones. No duró mucho. Yo no trabajo así. La gente de mi equipo o confía en mí o no está en mi equipo.

Ella sacude la cabeza.

—No. Nunca harías algo así.

Su declaración me calienta las entrañas. ¿Es alivio? No lo sé, pero es como una revelación: me conoce.

—Exacto, no lo haría. Entonces, ¿por qué me lo pides?

—Porque la gente no siempre acepta mi autoridad.

—Pero Stella...

—No estoy hablando de Stella.

—¿El jefe de proyecto?

Baja la vista hasta su regazo.

—Creo que el jefe de proyecto se siente un tanto desairado porque yo consigo sacarte respuestas y él no.

—Eso es absurdo —respondo con tono cortante.

Ladea la cabeza y me sonríe como si yo fuera incorregible, y tengo que contenerme para no devolverle la sonrisa, para no tenderle la mano, guiarla alrededor de la mesa y sentarla en mi regazo.

—Tú mismo has dicho que eres un hombre poderoso y que la gente no actúa con naturalidad contigo.

—Pero tú sí —replico. Nos miramos a los ojos. Nos quedamos quietos, esperando, sin dejar de mirarnos fijamente, y me pregunto si debería decir algo, si deberíamos romper el silencio, pero ninguno de los dos lo hace. Ella aparta la mirada primero.

—Yo soy diferente. —Endereza la esquina del papel que acaba de dejar sobre la mesa.

—Desde luego que sí.

No alza la vista, pero transcurre un segundo antes de que vuelva a hablar, como si la hubiera confundido.

—Para ellos eres su jefe, un multimillonario, alguien que podría impedir que consiguieran otro trabajo.

Nunca en mi vida me ha importado la opinión de los demás, pero algo en mi interior se muere por preguntarle qué soy para ella, aunque no pienso hacerlo.

—Lo sé. —Cojo el papel y lo firmo.

—Gracias —dice—. Y he encontrado a alguien a quien podrías considerar para el puesto de director del hotel.

Entrecierro los ojos.

—¿Que has hecho qué?

—Sé que lo has dejado en manos del cazatalentos, pero hasta ahora no han encontrado a nadie que te convenza, así que he buscado en artículos del sector y en LinkedIn y he dado con alguien que creo que te gustará.

—¿Quién es? ¿Tú?

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. No puedo evitar sonreír, porque es lo más alegre que me ha pasado en toda la semana. No creo que sea fácil hacer reír a Kate, y haberlo conseguido me llena de orgullo.

—No, tonto —ríe.

¿Alguien me había llamado tonto antes?

—Esta mujer lleva una década trabajando en Asia, pero se formó en el Four Seasons de Estados Unidos.

—Habla con la agencia de contratación. Seguro que la han tenido en cuenta.

—Lo dudo. No tiene experiencia como directora.

Abro los ojos de par en par.

—Venga ya, Kate. Necesito a alguien con mucha experiencia.

Ella sacude la cabeza.

—Esto es un hotel en la Inglaterra rural. No vas a captar a una estrella ascendente de las grandes cadenas.

—No veo...

Levanta la mano con la palma hacia mí para hacerme callar, y obedezco más por la sorpresa que por otra cosa. No creo que nadie se haya atrevido a cerrarme la boca en toda mi vida.

—He seguido su carrera. Es excelente y está más que capacitada. Tiene cuarenta y pocos años, nació aquí, y sus hijos tienen ocho y seis años; quiere regresar y que terminen sus estudios en el Reino Unido.

Suspiro.

—¿Has hablado con ella? Esto no formaba parte de lo que te pedí. Tenemos tiempo de sobra para encontrar un director. Tenemos que construir el hotel antes de ponerlo en marcha.

Se encoge de hombros.

—En cuanto tengamos el permiso de obras, sabremos la fecha de apertura, y hay que contratar y formar al personal. No tenemos a nadie que dirija y organice esas tareas, y precisamos a alguien con muchas ganas, alguien que se muera por triunfar.

—Preferiría a alguien con experiencia. Alguien que ya tenga un historial de éxitos a sus espaldas.

—No creo que sea lo que necesitas. —Ni siquiera me molesto en contestar, porque lo que pretende es absurdo—. ¿Qué incentivo tendría alguien así, con una carrera exitosa en el sector hotelero de lujo, para venir a trabajar aquí? No hay una marca establecida que quede bien en el perfil de LinkedIn, y tendrá pocas oportunidades de promoción. Necesitamos a alguien que busque un puesto a largo plazo que suponga un paso adelante en su carrera.

Permanezco en silencio, asimilando sus argumentos. Esto es algo que nadie me había propuesto antes: los cazatalentos se limitan a asentir cuando les digo que quiero un director con experiencia y con una carrera de éxito. Quizá Kate tenga razón y yo haya estado considerándolo del modo equivocado.

—Muéstrame a tu candidata.

—Olga tiene mucha experiencia, pero no en el puesto más alto —dice, pasándome la *tablet*—. Pero ha llevado a cabo labores de dirección y ha trabajado estrechamente con directivos de alto nivel.

—Entonces, ¿por qué no ha conseguido aún un trabajo de primera categoría? Algo falla.

—Es mujer y madre —suspira Kate—. No encaja en los parámetros establecidos.

—¿Me estás diciendo que no le han ofrecido un alto cargo porque el mundo de la hostelería es machista?

—Probablemente. O quizá no lo ha querido hasta ahora. Podrás preguntarle tú mismo cuando la entrevistes mañana a las diez. He cotejado tu agenda con Michael.

Kate se levanta y coge su iPad.

—Eres increíble —reconozco—. Has hecho todo lo que pensaba que harías y todavía más.

Nuestras miradas se cruzan y una corriente eléctrica nos atraviesa.

Traga saliva.

—Gracias por confiar en mí para este trabajo.

—Gracias por hacerlo tan bien.

Se va y tardo veinte minutos en volver a concentrarme, en pensar en algo, cualquier cosa, que no sea ella.

Beck y yo estamos almorzando en el *pub*, sentados a la que ahora considero mi mesa habitual. Kate no está de turno, aunque sigue viniendo algunas noches a la semana a pesar del aumento de sueldo que negociamos.

—Me alegro de trabajar contigo. ¿Pensaste que esto iba a pasar cuando nos conocimos hace años en esa montaña? —pregunta.

—Que podría trabajar con vosotros sí. Lo sorprendente es que haya sido comprando viviendas de nueva construcción de dos y tres dormitorios en Cambridgeshire.

Se ríe entre dientes y mira la carta.

—Sí, yo tampoco esperaba algo así.

—¿Así que has abandonado Mayfair, el lugar donde te hiciste un nombre?

—En absoluto. Esta clase de proyecto residencial de gran volumen es una red de seguridad por si el mercado londinense se hunde. Tengo que ver cómo va, pero he estado pensando en crear otra división: viviendas de alta calidad en las afueras de los grandes pueblos. Pequeñas promociones. Nadie más lo hace.

—Diversificar es inteligente.

—Y eso es lo que tú estás haciendo. La vida en la campiña inglesa te sienta bien. ¿No echas de menos Nueva York?

La verdad es que no he echado de menos Nueva York en absoluto.

—Nueva York sigue estando ahí —respondo.

La camarera se acerca, y me decepciona un poco que no nos recomiende un menú con información nutricional.

—Voy a pedir una cerveza de jengibre —digo—. Y la ensalada Cobb.

—Suenan bien. Tomaré lo mismo —le pide Beck a la camarera—. ¿Vas a quedarte aquí? —pregunta—. Está claro que te gusta estar en el Reino Unido.

—No creo que vaya a establecerme jamás de forma permanente —ríe—, pero por ahora aquí estoy bien, y más cerca de mi familia; no los he visto tanto como me gustaría, pero espero visitarlos

dentro de un par de semanas. Supongo que en algún momento regresaré a Nueva York. O quizá me quede una temporada en Londres. Depende de la próxima oportunidad. ¿Te has planteado alguna vez invertir y desarrollar proyectos fuera del Reino Unido?

—Ahora que tenemos hijos, bueno, una hija, no quiero viajar. Quiero verla crecer. Quiero estar con Stella cuando no esté trabajando. Si viajamos, quiero que lo hagamos en familia. Tengo una buena vida y quiero disfrutarla. No es algo que descarte en un futuro, pero no busco nada fuera del Reino Unido. ¿Por qué? ¿Estás pensando en algo?

—No era una pregunta capciosa —sonríó—. Solo sentía curiosidad por saber si trabajabas fuera, aunque estés afincado en el Reino Unido.

—Estuve en Dubái un par de años, pero Stella lo odiaba y no quería viajar conmigo. No quiero estar en ningún sitio sin ella.

—Stella es genial.

—Lo es. Y tiene un montón de amigas solteras, por si te interesa. Y conste que fue ella la que me pidió que te lo dijera. Yo no suelo hacer de casamentero.

—Gracias, tío. Aunque la verdad es que no he salido con nadie desde que llegué.

—No parece propio de ti.

—A ver, tampoco es que haya hecho voto de castidad o algo así. Es solo... —La verdad es que no puedo decir que nunca haya estado tanto tiempo sin sexo, pero me cuesta recordar una etapa más célibe de mi vida—. En realidad, trabajo con alguien que...

—Frena un segundo. Quiero que sepas que, si no le cuento todo a Stella sobre la vida amorosa de mis amigos, es capaz de cortarme las pelotas, así da por hecho que estás hablando con los dos.

Me río entre dientes.

—No tienes por qué ocultarle a Stella nada de lo que voy a contarte. La verdad es que no iba a decir gran cosa, salvo que nunca me había fijado en lo atractivo que resulta alguien que hace bien su trabajo. —Doy un respingo. Eso no es del todo exacto—. A ver, estoy diciendo tonterías... Trabajo con un montón de gente muy competente, es que...

—¿Hablas de Kate? —me interrumpe.

Levanto la vista y lo miro a los ojos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque es muy buena en lo que hace y es atractiva. Y he percibido algo entre vosotros...

—¿Algo como qué? —pregunto, intrigado.

—Como si os comunicarais sin palabras. Solo os he visto juntos un par de veces, pero me parece que tenéis cierta conexión.

—Nos acostamos. A lo mejor es eso lo que ves. Antes de pujar por Crompton, cuando vine por primera vez a echar un vistazo.

—¿Y no ha vuelto a ocurrir desde entonces?

Sacudo la cabeza.

—Ahora trabaja para mí.

—Mi mujer trabaja para... No, espera, ¿a quién quiero engañar? Mi mujer y yo trabajamos juntos. Y el sexo es mejor por ello, creo.

—¿Siempre habéis trabajado juntos? No recuerdo cómo os conocisteis. —Beck estaba soltero cuando lo conocí, pero no pasó mucho tiempo hasta que conoció a Stella.

—Me chantajeó para conseguir un trabajo. —Sonríe al recordarlo.

—¿En serio?

—Más o menos. Necesitaba algo de ella y fue lo que pidió como pago, pero aceptar sus

condiciones fue lo mejor que he hecho.

—Jamás pensé que fueras a sentar cabeza.

—Sé que suena a cliché, pero antes de conocer a Stella no había encontrado a nadie con quien deseara sentar cabeza. Estoy seguro de que también te pasará a ti.

—Y yo estoy seguro de que no. Jamás me comprometo con nada.

—Eso es una gilipollez. Te comprometes con un montón de cosas: edificios, inversiones, tu familia. Lo que ocurre es que no has encontrado a una mujer con la que quieras comprometerte. Eso es todo.

¿Es tan sencillo como eso? No me gradué en la universidad, nunca he vivido en un apartamento durante más de dieciocho meses, puede que incluso no más de un año. Beck no es como yo. Yo estoy programado para seguir adelante.

—Puede ser.

—Pero ¿te gusta Kate? —pregunta.

—Sí —reconozco—. Aunque trabajar juntos lo complica todo. Ya sabes, está todo el asunto del abuso de poder, así que...

—Sí, es más complicado, pero no vas a ser su jefe directo para siempre. Y ella es adulta. Tiene más de veinte años y su corteza prefrontal está completamente desarrollada.

Me río entre dientes.

—Sí, es cierto. —Beck tiene razón. Hay una energía entre nosotros que nunca he sentido con nadie en la oficina. Quizá sea porque nunca me he acostado con alguien con quien haya trabajado, o tal vez Kate es diferente. A lo mejor es que la deseo más de lo que he deseado a nadie jamás.

—Solo una cosa más —dice Beck—. No desperdicies una oportunidad por miedo.

—¿Miedo?

—Es fácil volverse excelente en las cosas en las que ya somos buenos. Tú no tardaste demasiado en ser bueno haciendo dinero, ¿verdad? Ganaste millones antes de que fueras a terminar la universidad. Y te volviste excelente en eso. Y eres excelente detectando oportunidades de inversión.

—Se encoge de hombros—. Ya sabes lo que quiero decir: estoy seguro de que no tienes problemas para ligar, pero quizá se te darían bien otras cosas que todavía no has probado.

—¿Como el surf?

—Puede ser el surf —ríe—. O puede ser salir a cenar con una mujer y hablar con ella de surf en lugar de dejar pasar solo el tiempo suficiente como para llevarla a la cama. Puede ser explorar una conexión que te saque de tu zona de confort. —Hace una pausa, dándome tiempo para entender lo que dice. Supongo que la expresión de mi cara revela que su consejo no acaba de calar en mí—. Lo único que digo, colega, es que deberías invitarla a cenar.

20

VINCENT

Una cena. Una cena. Una cena. Es lo único en lo que puedo pensar desde que hablé con Beck anoche. Me dijo que invitara a Kate a salir, que ella diría que sí y que no era para tanto. Pero, si estaba en lo cierto, ¿por qué no he sido capaz de encontrar un momento para pedírselo?

Porque soy un cobarde. Por eso.

Miro el reloj y me doy cuenta de que ya debe de haberse ido. Con eso en mente, cojo mi portátil y vuelvo a la oficina desde la sala de juntas. Michael siempre tiene la versión más actualizada del proyecto clavada en la pared, y a mí me gusta revisarlo en papel de vez en cuando para asegurarme de que no se ha olvidado de nada.

Abro la puerta, dejo el portátil sobre el escritorio y casi salto tres metros en el aire cuando oigo la voz de Kate.

—Hola —saluda.

Vuelvo la cabeza. Está en su mesa.

—No sabía que llevabas gafas —comento. La montura negra le sienta bien: resalta su naricilla y sus altos pómulos.

—Son nuevas —explica—. No estoy acostumbrada a mirar tanto las pantallas. Supongo que me ha pasado factura.

Esta es mi oportunidad. Son las tantas, así que ahora mismo es como si no fuera su jefe. Puedo aprovechar para pedírselo.

—¿No trabajas en el *pub* esta noche?

Ella sacude la cabeza.

—Mañana por la noche. Esta noche estoy tratando de resolver un problema.

Doy un par de pasos hasta su mesa.

—¿Puedo ayudarte?

—Iré a verte cuando todo esté listo para que puedas tomar una decisión.

Me siento en la esquina de su escritorio.

—Pregúntamelo ya.

Deja lo que está haciendo y se quita las gafas.

—De acuerdo. —Su tono de voz suena como si esperara una bronca, y a lo mejor es así. Debería posponer la invitación a cenar hasta que estemos en terreno neutral, o al menos hasta que no estemos en la oficina. Podría ir al *pub* mañana por la noche, cuando sepa que está trabajando.

—Es sobre las molduras del salón de baile. —Parece reacia a continuar.

—Vale...

—Sabes que, si no obtengo la respuesta que quiero, voy a acosarte hasta que me salga con la mía —dice, inexpresiva, y sé que habla en serio.

—Lo sé —respondo, con la misma seriedad.

—Stella quiere reemplazar las molduras. Hubo una inundación y han quedado bastante dañadas, sobre todo en la esquina noroeste. Creo que deberíamos hacer un molde de las que tiene alrededor y

cambiar solo las secciones que haga falta.

—Imagino que el problema son los costes.

—Y el tiempo —responde—. Creo que podemos modificar el calendario para encajarlo, pero, sí, será más caro. Y no van a quedar igual que si fueran todas nuevas.

—Pero quieres preservar lo que hay.

Ella asiente.

—La historia.

—De acuerdo —digo, y me pongo de pie.

—¿Estás de acuerdo? —Parece sorprendida, pero no sé por qué: casi siempre estoy de acuerdo con ella. Lo único que ocurre es que a veces tardo un poco en darme cuenta.

—Siempre y cuando puedas ahorrar costes en otra parte, lo que no debería ser difícil, dado el presupuesto de las puñeteras cortinas.

Me aparto para repasar el proyecto fijado a la pared detrás del escritorio de Michael.

—Exacto. —Su voz suena animada, y tengo que apartar la mirada para no sonreírle como un idiota. Su felicidad es contagiosa—. Creo que bastará con cambiar la tela de las del estudio. —Hace una pausa y arruga la nariz—. Y a lo mejor también deberíamos cambiar la alfombra.

—Ya lo veremos.

Se queda en silencio y se acerca a mi lado, lo más cerca que podría estar sin llegar a tocarme.

—Gracias —susurra.

—No tienes que agradecerme que te haya dado un trabajo en el que eres genial. Y, de todas formas, ya me has dado las gracias. —La miro de reojo, pero está concentrada en los planos del proyecto.

—No lo digo por eso —musita.

—Entonces, ¿por qué?

Pasa un segundo. Luego dos.

—Por ser siempre la persona que dices ser.

El corazón me da un vuelco en el pecho y, por primera vez en mi vida, me quedo sin palabras.

Se vuelve hacia mí y yo sigo con la vista clavada en la pared, porque, si la miro, no podré contenerme y le contaré todo lo que me encanta de ella.

—Vincent Cove, ¿puedes mirarme, por favor?

No pasa nada, tranquilo. Inspiro hondo y me vuelvo hacia ella.

Me pone la palma de la mano en el pecho y percibo su calor bajo la camisa. Quiero rasgar la tela y sentir su piel en contacto con la mía.

—Vincent. Se me ha acabado la paciencia. —Frunzo el ceño, confuso—. ¿Quieres besarme de una vez?

Mis labios dibujan una sonrisa

—¿Besarte? Eso no es muy... profesional.

Su mirada se aparta de la mía, como si aceptara la derrota.

No debería haber dicho eso. No es momento para bromas, no es momento de fingir que no he estado desesperado por besarla en todo momento y en todo lugar desde que la conozco.

—Pero es lo único en lo que pienso —reconozco, y deslizo la mano sobre la suya para que siga tocándome—. Es lo primero que me viene a la cabeza por la mañana y lo último a lo que le doy vueltas por la noche.

Levanta la vista.

—¿Piensas en besarme? —Asiento despacio—. Entonces, ¿por qué no lo has hecho? Nos vemos

todos los días.

—Pero ahora soy tu jefe, y eso complica las cosas. —No le doy más detalles. No le digo que no puedo ofrecerle nada más que el aquí y el ahora, que no soy la clase de hombre que hace promesas sobre el futuro o que ni siquiera considero un futuro más allá de mi trabajo, y ella no pregunta.

—No le des más vueltas a eso.

Me río entre dientes, porque eso es exactamente lo que he estado haciendo.

—Quería invitarte a cenar.

—¿Como una cita? —sonríe.

—Sí. Tengo un amigo en Cambridge que ha abierto un restaurante. Ha conseguido su primera estrella Michelin este año.

Su sonrisa se desvanece, clava la mirada en mi pecho y se queda paralizada. ¿A qué viene ese cambio de actitud?

—¿Podríamos cenar más cerca de casa? —murmura.

—¿Qué? —río—. ¿En la Liebre de Oro?

Levanta la vista y puedo ver la angustia en sus ojos. Lo ha dicho en serio, y yo he reaccionado como un imbécil insensible.

—Si es ahí donde quieres ir, ahí es donde quiero llevarte.

—Sabes que no soy yo misma cuando me alejo demasiado de casa.

¿Cómo he podido olvidarlo?

—Déjalo en mis manos —acepto—. Me aseguraré de que nuestra primera cita sea en tu terreno.

Se relaja y recupera la sonrisa. Enredo mis dedos en su pelo y la beso. Desliza las manos sobre mis hombros e inspiro hondo, saboreando el momento, grabándolo en mi memoria. Le rodeo la cintura con la otra mano y la pego a mí. Llevaba una eternidad pensando en esto y por fin ha llegado el momento: ella está aquí, en mis brazos, donde llevo semanas deseando que estuviera. El modo en que desliza las manos sobre mí, la forma en que mi piel se calienta bajo su contacto, cómo se estrecha contra mi cuerpo... es la sensación perfecta.

Ella se pone de puntillas y toma el control del beso. Al principio es suave, casto y perfecto. Entonces abre la boca, y no puedo evitar gemir ante la invitación a dar un paso más.

¿Cómo he tenido tanta suerte?

Nuestras lenguas se encuentran y nuestras respiraciones se entremezclan; nuestros cuerpos están muy cerca, pero no lo suficiente. Su piel es tan tersa, tan suave, tan delicada que cuando la rozo con mi barba me asalta un deseo primitivo de dejarle una marca para que nunca olvide lo bueno que es esto.

Sus manos recorren mi cuerpo, suben por mi espalda, pasan por mis hombros y bajan por mi cintura hasta el cinturón. Sus dedos se enganchan en el cuero como si trataran de abrirse paso.

Deshago el beso y me alejo. Se queda paralizada y me mira como si le hubiera dado un puñetazo.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

¿Por qué he parado? La deseo y ella me desea a mí, está claro. Entonces, ¿por qué me he frenado?

—Quiero llevarte a cenar —susurro.

—Genial —responde como si le hubiera pedido que imprimiera una copia de la factura de la alfombra—. ¿Y ahora podemos desnudarnos?

—¿Aquí? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—¿Eres tímido? —Alza la vista hacia el espectacular candelabro que hay sobre nosotros—. ¿O romántico? ¿Es que prefieres la luz de las velas y a Bach sonando suavemente de fondo?

—Creo que jamás me habían acusado de ser romántico. —No añado el silencioso «pero» que

resuena en mi cabeza.

—¿Y si vamos a tu dormitorio? —sugiere.

Lo que ha ido creciendo entre nosotros lleva mucho tiempo parado y ahora va demasiado rápido. Quiero detener el tiempo y aclararlo todo, pero ella da un paso adelante y desliza un dedo entre los botones de mi camisa para rozarme la piel, y echa más leña al fuego de mi deseo por ella.

—Kate —gruño.

Ladea la cabeza.

—O podemos quedarnos aquí... —Da un paso atrás y se sienta sobre el escritorio.

Si follamos aquí, no volveré a concentrarme jamás cuando esté en la oficina, pero no puedo esperar más.

Tenemos que hacerlo ya. Ahora mismo.

La cojo de la mano y tiro de ella para que se levante.

Vamos a mi dormitorio.

21

KATE

Cuando él está cerca es como si mi cuerpo se desconectara de mi cerebro. Me he esforzado muchísimo para ser profesional, para no desearlo, pero, teniendo en cuenta que estoy en su habitación, con sus manos en mi trasero y el cuerpo en llamas, creo que he perdido la batalla.

—He intentado mantenerme alejado de ti con todas mis fuerzas —confiesa, levantándose la falda, y me empotra contra la puerta que tengo a la espalda—. No sé qué me pasa.

—Lo sé. —Mis dedos tantean los botones de su camisa—. Solo tenemos que quitárnoslo de la cabeza. —O eso espero: que sea un desequilibrio químico que se corregirá después de un orgasmo. O dos.

Su piel es cálida y suave, y siento un cosquilleo en el estómago al pensar que dentro de unos minutos estaremos estrechamente unidos.

Se agacha para besarme el cuello. El roce de su barba incipiente enciende mi lujuria como una cerilla contra el fósforo. ¿Por qué hemos perdido tanto tiempo intentando evitarnos cuando podríamos haber estado haciendo esto sin parar?

Pongo las manos contra su pecho y él echa la cabeza hacia atrás e inspira, como si el mero contacto con mi piel pudiera llevarlo al borde del abismo.

¿Qué me ocurre con este hombre? ¿Esta química es por él o es lo que sucede cuando estamos juntos?

—Te quiero desnuda —masculla, y me aparta las manos; intenta desabrocharme la blusa, suelta un gruñido, desgarrar la tela y me arranca el sujetador.

Lo había visto en las películas, pero jamás había estado con un hombre tan desesperado por desnudarme que haya tenido que rasgarme la ropa. En la vida real es aún más excitante, quizá porque puedo ver cómo se le tensan los tendones del cuello y cómo se le encienden los ojos. Me desea muchísimo, y eso hace que mi propio deseo sea mayor; cuando sus manos alcanzan mis pechos, solo puedo gemir.

Como si ese sonido fuera un jarro de agua fría, inesperadamente, da un paso atrás.

—¿Qué? —pregunto como arrancada de un profundo sueño.

Se encoge de hombros.

—Así no. —Se deshace de la camisa y se mesa el pelo—. Quiero tomarme mi tiempo. Quiero que seas plenamente consciente de lo que estamos haciendo.

—Soy muy consciente —replico. ¿Vamos a parar? Porque me voy a cabrear mucho si salgo de esta habitación sin tener un orgasmo.

Me pone las manos en las caderas y su contacto me tranquiliza. Me da la vuelta, me baja la cremallera y me quita la falda.

—Quiero verte de arriba abajo. No quiero que follemos como animales, aunque sea lo que me pide el cuerpo. Esto no va a ser un polvo rápido: va a ser el mejor polvo de tu vida. Y de la mía.

Me doy la vuelta y le acaricio la cara.

—Ya lo es. —Cierra los ojos y me da un beso en la muñeca—. Debería haberte dado mi

valoración la primera vez, y te prometo que de esta no me importaría responder a un cuestionario *online*, pero, para que conste, que me toques es lo mejor que he sentido en la vida. Tus besos, cómo conoces mi cuerpo... Es lo mejor que he experimentado jamás.

Su mirada pasa de mis ojos a mi boca, desciende por mi cuerpo y vuelve a subir, como si buscara en él las palabras adecuadas.

—Eres... increíble.

No puedo evitar sonreír al ver que este americano inalterable y seguro de sí mismo parece un poco incómodo.

Da un paso adelante, me pega a la puerta, me coge de la barbilla y me besa como si quisiera darme la razón, como si quisiera demostrar que sus besos son los mejores que me han dado jamás, los más apasionados, los que más me estremecen.

La pasión se desata entre nosotros y le pongo la mano sobre el pecho.

No quiere que sea frenético y descontrolado: quiere algo diferente, y es lo que va a tener.

Me quito las bragas, engancho mis dedos en la cintura de sus pantalones y me agacho para quitárselos junto con los calzoncillos.

—Eres preciosa —dice cuando me levanto, y me da un beso en los labios. Su expresión es agónica y una parte de mí quiere profundizar en ella, entender qué hay detrás.

—¿Mejor ahora que estamos los dos desnudos? —pregunto, tomando su mano entre las mías.

Asiente y me guía hasta su cama.

—Solo tenía que calmarme un poco.

La cama es alta; me siento en el borde y tiro de él para que se ponga entre mis piernas.

—Quiero que seas tú mismo cuando estés conmigo. Si no puedes controlarte, no pasa nada —sonríe.

—Te lo tomas a broma, pero para mí es un problema. —Se ríe entre dientes.

—Para mí también —reconozco.

Nuestros tonos son desenfadados, pero estamos siendo muy sinceros y, de pronto, me encuentro pensando en el futuro: ¿cómo me sentiré cuando se vaya? ¿Qué pasará con Crompton?

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento; lo único en lo que debo pensar ahora mismo es en Vincent y en mí, y en disfrutar del momento.

Me mete la mano entre las piernas y me humedezco al instante. ¿Qué hay de especial en el modo en que me toca?

Su erección está contra su vientre, frente a mí, y le deslizo los dedos por el cuerpo. Suelta un gruñido, mitad deseo, mitad desaprobación, y retrocede. Otra vez.

—Vincent —mascullo cuando me da la espalda. Pero no me está tomando el pelo ni intenta torturarme: está buscando los condones.

—Llevo imaginándote en esta cama desde la primera noche que dormí en ella —dice; encuentra lo que buscaba y vuelve a colocarse entre mis piernas.

—Deseo concedido —sonríe.

Sacude la cabeza y esboza una ligera sonrisa.

—No he dejado de pensar en ti. —Con pericia, abre el preservativo y lo desenvuelve sobre su erección.

—Quieres decir con el cerebro de tu... —Señalo su pene, que tiene agarrado por la base.

—¿Mi...? —se burla; desliza el glande por mis pliegues y suspiro, aliviada de que esto esté ocurriendo por fin—. Deberías ser capaz de nombrarlo; estamos a punto de follar.

Se me encoge el estómago ante sus crudas palabras. Me muero de ganas.

—Quizá lo consiga después de hacerlo —replico, y me tiembla el cuerpo entero; no estoy segura de si es porque me está tomando el pelo, porque estoy deseando lo que va a pasar o porque estoy a punto de correrme.

Me sostiene la mirada y se clava en mi interior. No es duro ni brusco, solo decidido e implacable. Cuando por fin se detiene, jadeo y mi respiración se vuelve rápida y superficial.

—Ay, cariño, ¿acabamos de empezar y ya te falta el aliento?

¿Me habló así la primera vez? Quizá sea más intenso porque ahora nos conocemos, porque mañana me mirará con los mismos ojos, pero desde detrás de un escritorio.

Intento controlar la respiración y, cuando casi lo he conseguido, él empieza a mover las caderas, entrando y saliendo, llevándome al borde del abismo y dejándome sin aliento con cada embestida. Me aferro a sus hombros como si mi vida dependiera de ello, intentando resistirme a lo inevitable unos instantes más. Es inútil: llevo semanas esperando para tener un orgasmo, y por fin ha llegado el momento; siento la tensión entre mis muslos, la carrera imparable hacia el clímax.

—¡Vincent! —Mi voz suena jadeante y desesperada. Estoy muy cerca y, si no se detiene, solo voy a durar unos segundos más.

—Estoy aquí, Kate. Déjate ir.

No sé si es ese «*Déjate ir*» lo que me precipita al orgasmo o lo que ha dicho justo antes: «*Estoy aquí, Kate*». Esa frase reverbera en mi mente y le clavo las uñas en la piel. Me acaricia la espalda, me estrecha contra él y me doy cuenta de que me tiembla el cuerpo entero.

¿Qué ha hecho conmigo?

Se ralentiza, pero no se detiene; sigue empujando dentro de mí, prolongando mi orgasmo, manteniéndonos juntos, unidos, fusionados.

Le acaricio las mejillas y lo acerco a mí para besarlo, robándole besos húmedos mientras ambos caemos de espaldas sobre la cama.

—Esto es increíble —dice. Aprieta la mandíbula cuando nos movemos y ese nuevo ángulo hace detonar una bomba de placer en mi interior.

—Maravilloso —apruebo.

Sus ojos se oscurecen, y él frunce el ceño al acelerar el ritmo, como si me estudiara, como si buscara la más mínima reacción por mi parte para responder con cambios de velocidad, presión o postura.

Siempre está pensando en mí, en nosotros. Este hombre podría tener lo que quisiera, podría tener a cualquiera, pero me ha elegido a mí; ha elegido besarme, hacerme feliz, hacer que me corra. El mero pensamiento me subyuga.

Le rodeo la cintura con las piernas y él gime, sin dejar de empujar en mi interior.

—Necesito más de ti —dice, y me levanta una pierna, para adentrarse más, más fuerte, más rápido, más profundamente. Un nuevo orgasmo me inunda las venas. No puedo ver, oír ni sentir nada más que a él—. ¡Joder! —exclama; embiste de nuevo y siento el latido de su clímax en las entrañas.

No sé si es el sonido de su corazón al palpar o el del mío, pero durante unos segundos, minutos o incluso horas, es lo único que puedo oír.

—¿Qué has hecho conmigo? —dice por fin.

Todavía me tiembla todo el cuerpo, pero de algún modo encuentro fuerzas para moverme. Nos separamos, se quita el condón y me siento a horcajadas sobre él.

—Me muero por ti, Kate. No creo haber deseado nada en mi vida con tanta avidez.

El corazón se me acelera en el pecho y le acaricio sus tensos abdominales.

—Estoy aquí —murmuro, repitiendo sus palabras. Cierra los ojos con un largo y perezoso parpadeo.

—Entonces, aquí es donde quiero estar.

Y como vengo diciendo desde hace semanas: todo sería perfecto si pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

22

KATE

La abuela se va a enterar tarde o temprano, y no creo que vaya a ser tarde porque la noticia le llegará a los cinco minutos de sentarme con Vincent, así que va a ser mejor que se lo diga yo antes de que se entere por Sandra o Basil.

—Vincent Cove me ha invitado a cenar —confieso, sin apartar la vista del teléfono, mientras estoy sentada a la mesa de la cocina de la abuela.

El ritmo de sus agujas vacila, pero lo disimula bien y vuelve a ponerse en marcha.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que Vincent Cove me ha invitado a cenar. —Es raro: el oído de la abuela es tan fino como el de un murciélago.

—Me refiero a lo que le has dicho a Vincent —me corrige.

—Ay, vale. Le he dicho que sí —respondo como si tal cosa. En lo que a la abuela respecta, jamás salgo con nadie. No tenía por qué enterarse de mi rollo con el camarero australiano que trabajaba detrás de la barra hace un par de veranos ni de lo del desconocido con el que ligué en el *pub*. No fueron nada serio y no merecía la pena contárselo, pero lo de Vincent es diferente. De lo de Vincent podría enterarse.

Deja de tejer y pone las agujas sobre la mesa.

—Me alegro mucho por ti.

—No es para tanto —aseguro.

—Puede serlo —responde ella.

—Y no va a ser mi jefe directo para siempre.

—No. Y, además, ¿a quién le importa? Solo se vive una vez, querida.

—Y tampoco es que vaya a convertirse en algo serio, así que no te pongas a planificar la boda. Probablemente lo odie después de pasar dos horas seguidas en su compañía. —Lo dudo mucho: cuanto más conozco a Vincent, cuanto más tiempo paso con él, más me gusta. Sí, me atrae físicamente; el tío está bueno, es innegable, pero también me gusta su mente, la forma en que funciona su cerebro. Se centra en los resultados, en los beneficios y en su inversión, pero además es un hombre que se mantiene fiel a su palabra y se siente responsable de la gente que vive en Crompton y de mantener su legado. Y yo no puedo evitar que me guste más por saber de esa faceta suya.

—Pásalo bien y ya está. ¿Vais a ir a Cambridge? —pregunta.

Carraspeo.

—Vamos a La Liebre de Oro. —Eso fue lo que dijo Vincent, ¿no? Sabe que no quiero salir de la finca. La abuela parece decepcionada—. ¿Qué? Conozco la carta y sé que puede satisfacer todas mis necesidades nutricionales.

La abuela enarca una ceja.

—¿Así es como lo llaman ahora?

He debido de oír mal.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Pero ¿por qué no probáis en Cambridge?

—¿Para qué? Está a media hora de camino, no conozco los restaurantes de allí y no sé si me gustarán.

—Sería un buen cambio de aires.

—Pero podría no serlo. Podría ser un cambio horrible.

—Si lo es, solo durará un par de horas.

—No paras de decirme que la vida es corta. ¿Para qué voy a perder dos horas, o tres, si cuentas el viaje, en algo que podría ser agradable cuando ya tengo algo agradable garantizado en el *pub*? —La abuela baja la vista, decepcionada—. ¿Por qué no me crees si te digo que soy feliz en Crompton? No me hace falta ir a ningún sitio: aquí tengo todo lo que puedo desear o necesitar.

Ella sacude la cabeza. Habría jurado que se entusiasmaría al saber que voy a salir con alguien.

—¿Qué te respondió Vincent cuando le dijiste que querías ir a La Liebre de Oro?

—Le pareció bien, por supuesto.

—¿Y si volvéis a salir? ¿Iréis a la tetería?

Pongo los ojos en blanco. Claro que no iríamos a la tetería... Aunque no tengo ni idea de qué otra opción hay, y la idea me provoca una punzada incómoda en el pecho.

—Podríamos ir a Marangon's —respondo, refiriéndome al local italiano de Watley.

—Cerró hace dos años —replica la abuela.

—¿En serio?

No contesta: coge su labor de punto y empieza de nuevo.

—Basil me ha hablado del curso que está siguiendo *online*. Es en directo, en un aula virtual.

Agradezco el cambio de tema.

—¿Por Zoom? —pregunto.

—Por Teams —responde—. Creo que es lo que usaron algunos colegios durante el confinamiento de dos mil veinte.

—Sí, eso creo. —Vuelvo a concentrarme en el móvil.

—Eso significa que, en realidad, no tienes por qué desplazarte a ningún sitio. —Vale, algo me dice que no hemos cambiado de tema en absoluto—. Y estuve hablando con Sacha. La hija de una amiga suya, Aurora, hizo terapia *online*. Pudo ver a uno de los mejores psicólogos del país y sin salir de su salón. Al parecer, le fue genial. Tenía problemas para superar una antigua enfermedad y la terapia la ayudó muchísimo.

—Bien por Aurora. No la conozco de nada, pero me alegro por ella, en serio. —Me pongo a la defensiva y mi tono es cortante, pero me arrepiento enseguida. Las agujas de la abuela siguen haciendo clic clac en el silencio que nos envuelve—. Lo siento, abuela. No debería haberte hablado así.

—No pasa nada. Sé que es un tema espinoso.

—No es espinoso, es que no necesito terapia, eso es todo.

—Bueno, si crees que no la necesitas, no hay más que hablar. Pero es una opción si decides que hay un mundo fuera de Crompton que te apetece conocer.

—¡Estás actuando como si nunca saliera de la finca! Voy a trabajar al *pub* cuatro veces por semana. —Su expresión es de lástima, pero porque me malinterpreta: soy feliz, no tiene por qué compadecerse de mí—. Y voy a mudarme detrás del aparcamiento del pueblo. Estaré al menos a tres kilómetros de Crompton.

—Si tú lo dices, cariño... Pero si el problema es el dinero, estaré encantada de pagarte las sesiones.

Tuviste mucho que afrontar de niña, y nadie puede juzgarte por las decisiones que tomaste.

—Decidí ser feliz —replico. No solemos hablar de cómo era mi vida antes de la muerte de mi madre, ni siquiera de pasada, y, si lo hacemos, nos centramos en los momentos felices, cuando estaba en Crompton, porque fuera de la finca, con mi madre, no era feliz: estaba estresada y tensa. Recuerdo llegar a Crompton y sentirme aliviada al descubrir que aquí me ocurría justo lo contrario; hasta hablaba con los duendes para pedirles que me dejaran quedarme para siempre... Y entonces mi madre murió y me quedé.

Mi yo adulto sabe que no soy responsable de eso, pero durante mucho tiempo me carcomía el sentimiento de culpa al pensar que, como deseaba con tantas ganas quedarme con la abuela, provoqué la muerte de mi madre. Así que prefiero no desear una vida distinta de la que tengo ahora, en la que todo y todos los que me rodean me son familiares. O lo eran, hasta que llegó Vincent.

Lo deseo, pero no va a quedarse, y debo dejar de pensar en un escenario distinto porque va a irse, y yo voy a quedarme aquí.

No puedo permitirme desear que no se vaya, y no lo haré.

Pero una de las cosas que me consuela es que, esté o no Vincent aquí, las hojas de los árboles de la finca —que Vincent no ha talado— se volverán amarillas, luego naranjas y rojas en otoño, antes de caer; que volverán a brotar y a crecer la próxima primavera. Tal vez no vaya a seguir trabajando en la tetería, o puede que no viva en la finca, pero estaré aquí, todos los días, en Crompton, recibiendo a la gente y viendo cómo cambian los árboles con el paso de las estaciones.

Mi abuela se levanta y se acerca a la tetera.

—¿Quieres una taza de té?

La pregunta me viene genial para quitarme el mal sabor de boca.

—Sí, por favor. He comprado té verde y lo he dejado en la estantería. Los estudios dicen que sus propiedades antioxidantes son increíbles, y además puede prevenir el Alzheimer.

—¿En serio? —comenta la abuela—. Pues a lo mejor puedo cambiar una de mis tazas de té negro por el verde.

La alegría me inunda el pecho y me pongo de pie.

—Eso es estupendo. Me alegro mucho de que lo pruebes. Déjame prepararlo.

—Podemos hacerlo juntas, y mientras me cuentas cómo acabaste aceptando salir a cenar con Vincent Cove. —Me rodea la cintura con el brazo—. Siento haberme perdido esa parte.

—No pasa nada, abuela. Y no tienes de qué preocuparte: me diste una infancia maravillosa en este lugar mágico, y estoy encantada.

—Lo sé, pero tu corazón puede estar en más de un lugar, igual que yo no tengo por qué renunciar a mi té negro por probar el verde. Y, además, estoy abierta a la idea de que me pueda gustar más el verde.

Sé lo que intenta decir. A lo mejor, aunque tuviéramos que coger el coche, estaría bien ir a cenar a otro sitio que no fuera el *pub*, a algún restaurante un poco más íntimo, donde no todos lo supieran todo sobre mí. Por una noche no va a pasar nada, ¿no? Lo que ocurre es que es más fácil decirlo que hacerlo. La abuela tiene razón, pero la lógica no anula al miedo.

Me estrecha la cintura y me da un beso en la sien.

—¿Y qué pasa con Vincent? ¿También cree que Crompton es mágico?

—Cree que es una buena inversión —ríe—. Pero nunca se sabe: a lo mejor en algún momento puedo convencerlo de lo de la magia.

—¿Ha estado casado?

Sacudo la cabeza.

—No lo creo, pero no lo hemos hablado. —Hemos pasado mucho tiempo juntos y nos hemos acostado, pero no hemos compartido casi nada del pasado, y, en cierto modo, es un alivio—. Supongo que ese es el objetivo de salir a cenar: conocernos mejor. Aunque no es nada serio, no te preocupes. No me van a romper el corazón.

—Ah, eso no me preocupa —responde ella—. Hasta podría venirte bien. Eres más fuerte de lo que crees, ¿sabes?

Lo que la abuela no sabe es que no quiero ser fuerte. Ser fuerte está sobrevalorado.

—Eso no va a pasar, pero, aun así, es agradable que te invite a cenar un hombre como él.

—Es de Nueva York, pero he oído que tiene familia por aquí.

—Sí. Una tía, un tío y varios primos. Están repartidos entre Londres y Norfolk.

—Y Crompton es el punto intermedio entre todos ellos. Imagínate ser tan rica que pudieras comprar una mansión porque está a medio camino entre dos lugares en los que quieres estar.

—Me parece que Vincent es lo bastante rico como para conseguir casi todo lo que quiere.

—Entonces, solo me queda esperar —murmura la abuela, y no sé muy bien a qué se refiere, pero algo en su tono me dice que es mejor no preguntar.

23

VINCENT

No sé muy bien por qué, pero tengo un nudo en el estómago que normalmente asocio a los nervios, aunque no tengo motivos para ponerme así: solo es una cena. Aun así, me he dado una ducha después del trabajo y me he puesto una camisa y unos pantalones limpios; tal vez son demasiado elegantes para lo que tenemos planeado, pero no quiero que Kate se sienta incómoda si va arreglada. Además, quiero que sepa que merece la pena acicalarse para una velada con ella, vayamos adonde vayamos.

Bajo las escaleras de Crompton House.

—¿Te vas? —pregunta Michael.

—Son casi las siete —respondo—. Lo que sea que haya puede esperar hasta mañana.

—Por supuesto —dice cuando paso junto a él para dirigirme hacia la puerta principal—. Pásalo bien en tu cita.

No miro atrás, pero levanto una mano en señal de agradecimiento. No confiaba en mantenerlo en secreto —al fin y al cabo, vamos a cenar delante de todo el pueblo—, pero no tengo ni idea de cómo se ha enterado Michael.

Cierro las puertas de la casa tras de mí y veo a Basil, que está cuidando la planta que crece en la parte delantera del edificio. No he reunido el valor para decirle que quiero cortarla porque la primera impresión de la casa debe ser nítida y acogedora, sin obstáculos.

—Buenas noches, Basil —saludo al pasar.

—Buenas noches, señor Cove. —No me llama Vincent jamás, por mucho que insista—. Disfrute de su cena con Kate.

Está claro que todos los que trabajan en Crompton saben que voy a cenar con Kate.

—Así lo haré.

Las casitas están a pocos minutos a pie del edificio principal, y puedo verlas en cuanto giro a la izquierda. El nudo en mi estómago se hace más grande cuando veo la casa de Kate.

¿Estoy nervioso por llevar a una mujer a cenar? No puede ser.

Llego a la puerta y Kate abre antes de que pueda llamar. No puedo reprimir la enorme sonrisa que se dibuja en mi cara. Esta es mi faceta favorita de Kate: sincera y siempre ella misma. No hay juegos, no me hace aguardar, no finge que no me estaba esperando.

—Estás muy guapo —dice, y mi corazón se abalanza hacia ella como un cachorro que disfruta de las caricias.

La contemplo de arriba abajo: lleva un vestido de verano blanco con zapatos de tacón rosas; se ha dejado el pelo suelto y las puntas rizadas brillan por el sol, como si intentaran atrapar los últimos rayos del día.

Parece un ángel.

—Eres preciosa. —Antes de poder pensar lo que hago, le cojo la mano y le beso los nudillos, como si fuera el conde de Crompton hace ocho generaciones.

Ella se ríe ante el gesto, y yo no puedo evitar unirme a ella. ¿Qué estamos haciendo? Me siento

como un niño. La alegría, el calor y la felicidad han deshecho el nudo de ansiedad en mi vientre.

—Vamos a cenar. —Le tiendo la mano y ella desliza la suya entre mis dedos, y me recorre una sensación a la que no me atrevo a ponerle nombre, una sutil familiaridad. Así ha sido siempre con Kate, incluso cuando la vi por primera vez cantando temas de musical y le presenté a mi familia.

—Apuesto a que habrías preferido ir a cualquier sitio que no fuera La Liebre de Oro —comenta—. Últimamente has comido muy a menudo en el *pub*.

—No vamos a ir al *pub* —respondo, y antes de que le entre el pánico, añado—: Pero nos quedaremos en los terrenos de la finca. —La guío hacia la parte trasera de la casa.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—He pensado que podríamos hacer un pícnic.

Me estrecha más la mano.

—¿En serio? Suena de maravilla. Conozco el sitio perfecto.

—He preparado un par de cosas. Creo que te gustarán.

Doblamos la esquina de la casa y el lago y el cenador provisional que he hecho construir aparecen ante nosotros. El lado del cenador que da a la casa está cubierto y ofrece una cierta intimidad que de poco va a servir, porque parece que todos se han enterado de nuestra cita.

—¿Qué es esto? —Intenta llamar mi atención para que la mire, pero si lo hago y está sonriendo tanto como creo, va a estallarme el corazón, así que mantengo la vista al frente.

—He pensado que te gustaría cenar junto al lago.

—Es una idea estupenda. —Al acercarnos, ve las flores que decoran el techo del cenador—. ¿Son del jardín?

Sacudo la cabeza.

—No, pero me las he arreglado para encontrar un sitio donde las venden. Bueno, en realidad lo ha hecho Molly. Ha sido idea mía y ella la ha llevado a cabo.

—Vincent Cove, eres todo un romántico.

Bajo el cenador hay una mesa para dos personas. La decoración es un elaborado despliegue de cristal y porcelana.

—¡Es precioso! Aunque debería decir que es aún más precioso porque este sitio, con esas vistas al lago, es mi lugar favorito de Crompton.

—Eso me parecía. Te ha delatado la página de Instagram de Crompton. —Le acerco la silla y toma asiento.

—Ya me imagino. Pero no lo lamento en absoluto. —Pasa la mano por la mesa, contemplando el lago—. Esto es perfecto.

Tomo asiento frente a ella.

—¿Por eso no te gusta salir de aquí? ¿Por lo bonito que es?

Parece un poco avergonzada, y desearía haberme mordido la lengua; solo intentaba saber algo más de ella; quiero saberlo todo sobre ella.

—Debes de estar acostumbrado a sitios mucho más glamurosos, ¿no? ¿Cuál es tu favorito?

No sé si intenta cambiar de tema a propósito, pero no voy a presionarla.

—Me gusta conocer sitios nuevos; descubrir cafeterías, saber qué parques son los mejores para salir a correr, aprender a qué hora las ciudades se ponen en marcha... Washington, por ejemplo, se despierta increíblemente temprano; Nueva York, un poco más tarde; Arizona, muchísimo más tarde. En cada ciudad el aire siempre huele un poco diferente y el sol se pone de forma distinta. Supongo que me gustan todos los estímulos sensoriales.

—¿Tu corazón está en Nueva York? —pregunta.

—Dondequiera que cuelgo el sombrero... —respondo.

—¿Así que no consideras ningún sitio como tu hogar? ¿Y la casa de tus tíos?

Se me eriza el vello de la nuca.

—Bueno, se han mudado desde la primera vez que los visité de niño, pero me gusta quedarme con ellos, claro.

—Pero ¿no lo consideras un hogar?

La palabra «hogar» resuena en mi cabeza. Le doy vueltas y la repito en silencio.

—¿Vincent?

—Lo siento. Eeeh, no. No creo que tenga un verdadero hogar. No siento mucho apego por ningún sitio.

—Ah —comenta—. Entonces, ¿viajas mucho?

—Voy donde me lleva el trabajo. —He pensado más de una vez en no tener una vivienda fija. Podría vivir en habitaciones de hotel; al fin y al cabo, es lo que hago la mayor parte del tiempo.

—¿Tu padre estaba en el ejército o algo así?

No es la primera vez que alguien me lo pregunta. Ojalá la explicación fuera tan sencilla.

—Algo así —respondo.

—Te has movido mucho... —Por suerte para mí, nuestra conversación se interrumpe cuando el camarero trae dos tequilas y dos copas de champán, por esto de cubrir todas las posibilidades—. Pero siempre te sientas a la misma mesa de La Liebre de Oro —sonríe—. Quizá es así como consigues sentirte como en casa: estableces rutinas y patrones diferentes a los del resto de la gente, que regresa a la misma ciudad, al mismo apartamento, a la misma gente...

—Nunca lo había pensado —ríe—. ¿Eso quiere decir que, si siempre has vivido en el mismo sitio, rodeado de la misma gente, no te gustan los patrones?

—Puede ser, pero no creo. Tengo muchas rutinas y patrones; me tranquilizan. Crompton significaba calma y estabilidad cuando estaba creciendo, y había pocas cosas en mi vida que fueran tranquilas y seguras.

Entrecierro los ojos, deseando oír más.

Levantamos nuestras copas.

—Por una velada encantadora —brinda Kate.

—Es mi noche fa... —Me interrumpo y reformulo la frase—. Es mi segunda noche favorita desde que llegué a Crompton.

Las mejillas de Kate se adornan con un delicado rubor.

—La mía también.

El tequila me quema la garganta, y estiro las piernas; rozo las de Kate y las dejo ahí para mantenernos conectados. El silencio entre nosotros es tan agradable que parece que nos conociéramos desde hace años.

—¿Hablabas de tu madre cuando decías que las cosas para ti no eran tranquilas y seguras? —Quiero saber más.

Hace una pausa.

—Mi madre era... Siempre decía que tenía alma de trotamundos. Para mí solo era una excusa con la que justificar su caos.

—¿Se crio en Crompton?

—No, aunque mis abuelos se mudaron aquí antes de que yo naciera. Mi madre dejó de vivir con ellos y se fue a casa de su novio en cuanto pudo. Y luego al sofá de una amiga, y después a casa de otro novio, y más tarde a una casa que compartía con otras diez personas. Siempre fue así: se nutría

del caos, de no saber qué iba a depararle la vida.

—¿Y eso no cambió cuando te tuvo a ti?

—Más bien empeoró. Creo que tener una hija, alguien que dependía de ella, le hizo ansiar más su libertad. Mi vida era muy diferente a la de mis amigos. Faltaba a clase, llegaba tarde a las fiestas, cambiaba de colegio continuamente, no hacía ejercicio... Todo era desorden. —Mueve el salero y el pimentero como si fueran piezas de un tablero de ajedrez: adelante, atrás, izquierda y derecha. Sus dedos son delicados pero fuertes.

—Por eso te gusta Crompton: porque todo está siempre igual. —Las cosas empiezan a encajar por fin.

Ella levanta la vista y sonrío, y mi mundo se llena de luz y felicidad.

—Al menos hasta que llegaste tú. Y no te estoy comparando con mi madre.

Le devuelvo una media sonrisa.

—No me gusta el caos. —Tampoco es que me importe, pero nunca me habían comparado con alguien así—. Como tú dices, establezco patrones y rutinas allá donde voy.

—Y tú no eres irresponsable —murmura.

—¿Qué?

—Quiero decir que eres todo lo contrario a mi madre, eres muy responsable: nunca llegas tarde al trabajo y siempre estás disponible si Michael o yo te necesitamos. Jamás faltarías a una cita importante en el hospital o algo así. Haces lo que dices que vas a hacer. Y eso es... agradable. —Su sonrisa esta vez es más entrañable, llena de calidez, alivio y seguridad. No es la que me recibió en la tetería o en La Liebre de Oro, es más íntima que esas, la que reserva a unos pocos elegidos, y, en ese instante, me doy cuenta de lo afortunado que soy.

Esa sonrisa es un anzuelo que se me clava en las entrañas y me deja atrapado.

—El cambio no tiene por qué significar caos —comento.

Inspira hondo y asiente.

—Lo sé. Y voy a seguir trabajando en la finca y el pueblo, que está solo a unos... minutos, y... va a ser...

—Podría ser mejor —interrumpo.

—Eso es lo que no paran de decirme.

No quiero sermonearla porque no me corresponde a mí hacerlo. Por mucho que a ella no le guste el cambio, yo no puedo quedarme en un sitio demasiado tiempo: somos dos caras de una misma moneda, y no voy a tirar piedras contra mi tejado.

—Eso dice mucho de ti.

Se ríe, y me encanta cómo sus ojos cambian de serios a brillantes.

—Estoy intentando ver las cosas de otro modo. Me encanta Crompton. Creo que es el lugar más bonito del mundo y, cuando sea un hotel, vendrá mucha más gente y verá por qué he elegido quedarme aquí.

Asiento.

—Podrás enseñarles a disfrutar de lo que tú has tenido durante tanto tiempo. Lo único es que, cuando te conozcan, tal vez no quieran marcharse.

Nuestras miradas se cruzan y, por un momento, no puedo imaginarme el resto de mi vida en otro lugar que no sea este: ¿por qué iba a ir a otra parte si estar aquí, con ella, es estupendo?

—Vincent Cove, ¿alguien se ha dado cuenta de lo dulce que eres?

—¿Dulce? Creo que nadie me ha llamado así jamás. —La última mujer con la que me acosté antes de irme de Nueva York se refirió a mí como «gilipollas».

—En ese caso, solo puedo pensar que la mayoría de la gente no ha llegado a conocer esa faceta tuya. No han tenido tanta suerte como yo.

Se me encoge el corazón y quiero decirle algo igual de halagador para que sepa que pienso lo mismo, pero la camarera se acerca con el primer plato.

—Ay, vaya. Esto no es lo que esperaba. Tiene una pinta increíble —dice, mirando el plato—. Cuando has hablado de un pícnic, me he imaginado unos sándwiches de Marks and Spencer y un par de trozos de la tarta Bakewell de Sandra.

—Casi, pero no. ¿Recuerdas ese amigo del que te hablé, el que ha abierto un local en Cambridge? Bueno, le he robado a su chef esta noche.

Abre los ojos de par en par.

—Dios, supongo que vale la pena conocer a la gente adecuada.

—Pero, por desgracia, hoy no vas a poder opinar sobre mis necesidades nutricionales.

—Uf. Tengo una noche libre. Qué maravilla —ríe.

—¿A qué viene esa obsesión por la comida? —pregunto—. ¿Sueñas con ser nutricionista, o algo así?

—No, jamás me lo he planteado. —Hace una pausa—. Pero me gusta que la gente se cuide, y me gusta ayudar.

No intenta ser mandona ni nada por el estilo, como podría deducir un extraño de su comentario; solo quiere ayudar a que los demás tomen mejores decisiones.

—¿Sabe la gente lo dulce que eres, Kate?

—Díselo a una mujer que vino hace un par de meses, que pidió el pollo porque yo se lo recomendé, pero no me dijo que era alérgica a los cacahuets. Tuvo que salir del *pub* en camilla.

—Joder...

—No importa lo buenas que puedan ser tus intenciones si matas a alguien.

—¿Murió? —indago, intentando disimular la conmoción.

—No, qué va. Fue muy leve. Pensaba que se le había pasado la alergia a los cacahuets y utilizó La Liebre de Oro para probar su teoría.

—Vaya. Pues no usaré más la palabra «dulce» para referirme a ti. Más bien... asesina en ciernes.

—Lo añadiré a mi perfil de LinkedIn —ríe—. ¿Y qué hay de ti? ¿Alguna vez has intentado asesinar a alguien? Apuesto a que eres tan rico que, si quisieras, podrías contratar a un sicario.

¿Esa es la clase de hombre que cree que soy?

—No me he puesto a buscar las tarifas, pero supongo que podría. Aunque puedo decir con total sinceridad que nunca he intentado asesinar a nadie o hacer que asesinen a alguien en mi nombre. Ni siquiera he participado en una pelea.

—¿Y no tienes enemigos? Habrás hecho muchos en tu época.

—¿Tú crees? ¿Porque soy un gilipollas? —Esta mujer me está haciendo polvo.

—No, tonto —sonríe. Y, como el memo que soy, el nudo en mi estómago se aprieta aún más—. Porque eres rico y poderoso y todas esas cosas. ¿La gente como tú no hace enemigos?

¿La gente como yo? La pregunta me coge por sorpresa. Ella se ve a sí misma como alguien muy diferente a mí, pero yo estoy aquí sentado pensando en lo parecidos que somos.

—Puede ser —respondo—. Pero mi objetivo nunca ha sido ganar dinero a costa de los demás. A lo mejor soy un ingenuo, pero... —Me detengo porque no sé a dónde quiero llegar—. Puedo ser un gilipollas —reconozco—, y seguro que he cabreado a un montón de gente. Pero no intento hacer daño a propósito ni quedarme con lo que no están dispuestos a darme.

Empieza a hablar, pero se detiene y me coge la mano por encima de la mesa.

—Me siento fatal —murmura—. No quería decir que fueras un gilipollas. No estaría cenando contigo si lo creyera.

Sacudo la cabeza.

—No pasa nada. Seguro que no es lo peor que lo que han pensado de mí.

—Una de las desventajas de pasar todo el tiempo en Crompton es que tiendo a suponer que el mundo ahí fuera es peor de lo que es. Me siento más segura cuando estoy en mi burbuja. Ahí dentro nada puede salir mal.

Retiro mi mano de debajo de la suya y me rasco la nuca.

—Hasta que llegué yo, ¿no? —Esta noche se está yendo al garete a toda velocidad.

Me mira a los ojos, con expresión seria.

—Es terrible, no hago más que meter la pata. La única gilipollas soy yo porque, si sigo así, al final de la velada vamos a ser enemigos irreconciliables. —Se levanta, y creo que está a punto de salir corriendo cuando añade—: Empecemos de nuevo.

—De acuerdo... —Estoy confuso, pero tiene toda la razón: la noche ha perdido el rumbo y me encantaría encarrilarla.

Yergue los hombros, se sacude las manos e inspira hondo antes de volver a sentarse frente a mí.

—Soy Kate Saunders. Tengo veintisiete años y creo que eres superatractivo. —No puedo reprimir una carcajada. Sonríe y me siento como un adolescente, como siempre que estoy con ella. Me dispongo a hablar, pero se echa hacia delante y me pone el dedo índice sobre los labios—. Y no lo digo solo porque tengas una cara bonita y un cuerpo increíble. Me gusta que seas un hombre de palabra, que te preocupes por la gente de Crompton. Vas a comprar casas para alquilárnoslas a los que tenemos que mudarnos por las reformas; estás invirtiendo tu dinero en reciclar a la gente. Eres un buen hombre, Vincent Cove, lo sé, a pesar de que prácticamente acabo de acusarte de tener conexiones con la mafia o algo así.

Sus palabras hacen desaparecer todo el malestar y la irritación. Me hace sentir bien que me diga lo que piensa en términos tan claros. Empieza a echarse hacia atrás, pero la cojo de la mano y le acaricio los dedos.

—Yo también creo que tienes una cara bonita y un cuerpo increíble.

—Qué poético —se burla.

—¡Son tus palabras!

Frunce el ceño como si no se responsabilizara en absoluto de ellas y yo niego con la cabeza, intentando no reírme.

—Me ha gustado cómo has reconducido la situación.

—Sí, cualquiera diría que soy una profesional en esto de las citas —comenta.

—¿Y no es así?

—Bueno, si no contamos a Basil, no.

Cierro los ojos y frunzo el ceño.

—Por favor, no pongas esa imagen en mi mente.

—Es un amante increíble. Se deja la gorra en la cama.

—Para. —Me paso las manos por la cara—. Eres de lo peor.

—Vale, lo de Basil es broma, pero no lo que he dicho sobre ti. —Me mira con expresión cálida pero firme—. Lo siento. ¿La he cagado?

Sacudo la cabeza.

—Para nada.

Nuestra camarera viene con la comida y el vino.

—Hablando de Basil, parece que aquí es imposible guardar un secreto —comento—. Tanto Michael como Basil sabían que íbamos a cenar juntos esta noche.

—Y mañana por la mañana todo el mundo estará sacando sus propias conclusiones.

—¿Te molesta? —pregunto. No sé cómo me sentiría si todos a mi alrededor lo supieran todo sobre mi vida.

—No estamos cometiendo un delito ni nada. Esta gente se preocupa por mí y quiere que sea feliz, así que no, no me molesta, pero podría llegar un momento en que sí.

—Me pasa algo parecido cuando estoy con mis primos. Todo el mundo se mete en los asuntos de los demás, de buen rollo. Y está bien, porque te sientes aceptado, pero también me puedo permitir el lujo de desaparecer si me agobio. —Me acomodo en la silla—. La verdad es que nunca me había parado a pensarlo. Siempre me he sentido como en la periferia cuando los visito. —El cosquilleo en la nuca ha vuelto—. Son muy acogedores y siempre me hacen sentir como parte de la familia, pero no soy su hermano ni su hijo, y siempre estoy un poco apartado. Aunque a lo mejor es culpa mía. Siempre me he sentido un tanto fuera de lugar, y supongo que por eso acabé en la facultad de Medicina.

Kate abre mucho los ojos.

—Espera un momento; ¿eres médico?

—No, lo dejé. Ya entonces hacía inversiones y tuve suerte un par de veces. Me di cuenta de que la medicina no era para mí.

—Vaya.

—Siempre he querido a mis primos. Quería vivir con ellos en el Reino Unido; pasaba los veranos aquí y odiaba volver a Estados Unidos. Quería ser como ellos, y todos son médicos. Bueno, dos de mis primos ya no lo son, pero yo veía lo de estudiar Medicina como conseguir el carné de socio.

—Si te hace sentir mejor, no parecías un extraño cuando os vi en la tetería.

—Son geniales. Nunca me tratarían deliberadamente de forma diferente. Pero soy su primo. Su sobrino. Eso es un hecho. Ahora que lo pienso, voy a visitarlos dentro de un par de semanas. Deberías venir conmigo.

—¿Adónde? —Reacciona como si le hubiera dicho que JFK acaba de entrar en La Liebre de Oro del brazo de Marilyn.

—A Norfolk. Mis tíos van a celebrar en familia su aniversario de boda y voy a ir a verlos. —De repente, me doy cuenta de por qué está sorprendida; no es porque le haya pedido que vaya conmigo, sino porque le he pedido que salga de Crompton—. Piénsatelo —digo, tratando de suavizar las cosas.

Ella asiente.

—Lo haré.

—No pasa nada si no quieres salir de Crompton.

—Contigo —murmura.

—Sí, conmigo.

—No sé si voy a poder —añade con un hilo de voz—. Pero creo que jamás he deseado algo con tantas ganas.

Mi corazón se estrella contra mis costillas. Quiero estrecharla entre mis brazos y prometerle que la mantendré a salvo. No es una sensación a la que esté acostumbrado, pero hay muchas cosas de Kate y de Crompton que son extraordinarias.

KATE

Tras la cita con Vincent ignoro las miradas inquisitivas y elijo no responder a las preguntas directas. Está bien que se preocupen por mí, pero no pienso darles un asiento en primera fila para que asistan a lo que está pasando entre nosotros, porque es algo informal y divertido, y él se marchará pronto.

Además, con él me siento mejor de lo que nunca me he sentido con nadie, y me niego a admitirlo incluso ante mí misma.

Cojo el portátil y el bloc y me levanto.

—¿Vincent está en la sala de juntas? —le pregunto a Michael.

—Creo que sí.

No lo he visto esta mañana —bueno, desde que me fui de su cama—, pero eso no tiene nada de raro, y, la verdad, es mejor así, porque si estuviera sentado frente a mí en el despacho, no sé si podría concentrarme. Ya tengo de sobra con recordar cómo estuvo sobre mí anoche, con los dientes en mi cuello, la mano en mi trasero y deslizándose entre mis muslos. Al menos, si está en la sala de juntas, podré concentrarme. Pero antes debo hacerle una consulta.

—Gracias —respondo, y cierro la puerta tras de mí.

Llamo a la sala de juntas y, como de costumbre, no espero respuesta antes de entrar.

Lo que no es como de costumbre es la sonrisa de Vincent al verme.

—Hola —saluda.

—Buenos días —respondo, tratando de mantener las cosas en un plano formal.

Se levanta y rodea la mesa.

Antes de que pueda retroceder o decirle que se aleje de mí, me tiene inmovilizada contra la pared y me devora el cuello a besos.

—Esto no es muy profesional. —Me humedezco al instante bajo sus caricias. Aunque he venido con un propósito importante, no soy capaz de imaginar una situación en la que le pediría que dejara de tocarme.

No puedo mover los brazos porque llevo el portátil, así que estoy indefensa mientras él me pasa la lengua por el cuello, la clavícula y el pecho.

—Vincent —murmuro, sin aliento, y aprieto los muslos para controlarme aunque sea un poco—. Tenemos que trazar límites, que poner reglas. No podemos hacer esto aquí y ahora.

Aparta la boca y me sube las manos por los costados.

—Lo sé, pero no puedo resistirme. Hace horas que no te toco.

—Vincent. —Mi tono no es admonitorio, sino más bien un grito de socorro.

Se detiene y apoya la frente en la mía.

—Dime cuáles son las reglas.

El corazón me late con fuerza contra las costillas, como si quisiera salir de mi pecho y enrollarse con Vincent por su cuenta.

—Aquí no, y menos durante las horas laborables. Te veré en el lago esta noche. Podemos dar un paseo.

Inspira hondo, como si intentara reunir fuerzas, y da un paso atrás.

—Tienes razón. —Se mete las manos en los bolsillos como si no confiara en lo que podría hacer con ellas si no, y regresa a su asiento.

—Dios... Quiero beberte como si fueras un vaso de agua fría.

—No estoy segura de que eso pueda considerarse un cumplido. —Dejo el portátil sobre la mesa y tomo asiento—. Aunque es bueno mantenerse hidratado. —Abro el ordenador—. Quiero hablarte de los jardines.

—¿No hemos tenido ya esta conversación? ¿Has decidido si vas a venir a Norfolk conmigo?

Abro los ojos de par en par.

—Reglas. Ni aquí ni ahora.

—Te he hecho una pregunta, no he intentado bajarte las bragas.

Me muevo un poco en el asiento, muy consciente del encaje de mi ropa interior. Este hombre me distrae demasiado.

—Vamos a dejar los asuntos personales para después del trabajo. —Si empiezo a pensar en Norfolk y en cómo le voy a decir que no puedo ir, voy a desviarme del tema que me ha traído aquí.

—Si insistes...

—Sí, insisto. Como acabo de decirte, he venido a hablar de los jardines. Se me ha ocurrido algo que creo que podrías aceptar. —Saco la carpeta con la presentación de debajo del portátil y la deslizo por la mesa hacia él—. Por favor, ve a la página uno. —Sé que Vincent no va a estar de acuerdo con nada que no tenga sentido desde el punto de vista financiero por mucho que yo sea *«un vaso de agua fría»*. Pero creo que he encontrado la manera de alcanzar un acuerdo—. Se trata de un plan para dos hectáreas y media de terreno en las lindes de Crompton Estate. La extensión abierta actualmente al público es de diez hectáreas, así que esto supondría alrededor del veinticinco por ciento del total. —Agradezco que no me interrumpa; estaría en su derecho de echarme porque llevo semanas y más semanas hablando de esto y su negativa ha sido constante. Amable pero constante—. Ahora mismo esta zona es un descampado, por lo que habría que remodelarla por completo. La ventaja de esta parcela, que puedes ver en rojo en la imagen, es que linda con una pequeña carretera comarcal. Mi intención es convertir la zona en una serie de jardincitos a modo de homenaje a los que han adornado la casa durante cientos de años.

»Por favor, pasa a la imagen de la página dos. —Levanto la vista del ordenador para ver si Vincent lo está asimilando. Da la vuelta a la hoja con diligencia y estudia el diseño, y el corazón se me acelera en el pecho—. Lo que propongo es financiar el mantenimiento de los jardines con la venta de entradas, y los trabajadores serán voluntarios. Todos los jardineros de Crompton están dispuestos a dedicar parte de su tiempo libre a crear y mantener esos jardines. De hecho, creemos que habrá más voluntarios de los que necesitamos en realidad. Como te preocupa la intimidad y el hecho de que la finca sea de uso exclusivo de los huéspedes del hotel, mi propuesta es no permitir el paso de visitantes a la finca Crompton, sino tan solo garantizarles el acceso desde la carretera secundaria tres días a la semana. El resto, cuatro días, los jardines estarán reservados para uso exclusivo de los huéspedes del hotel.

—¿Se ve la casa desde los jardines? —pregunta Vincent.

Ya había previsto esa pregunta.

—La casa es visible desde una parte del terreno. Una hilera de setos altos o un muro decorativo mantendrán la intimidad de los huéspedes del hotel.

—Pero si los huéspedes están en el campo de golf o paseando por el recinto, los visitantes de los jardines podrían verlos.

—En algunos puntos sí —admito.

—A menos que pudiéramos impedirles la vista.

—Los setos serían la solución más eficaz. Podríamos cubrir toda la zona, pero costaría más de lo que he presupuestado. —¿Cuánta gente cree que va a ver interrumpido su partido de golf por tener unos visitantes contemplando los jardines? No lo digo, pero lo pienso lo más alto que puedo.

—Vale —dice Vincent—. ¿Y qué hay del coste inicial del nuevo jardín? —Pasa otra hoja de la presentación—. Hay un estanque, paisajismo, hay que plantar muchísimo...

—Recaudación de fondos. No podremos hacerlo todo a la vez, pero podríamos conseguirlo. —Recaudar fondos será difícil, pero todo es ponerse—. También he pensado que podríamos coger esquejes y semillas de las plantas de los jardines actuales para replantarlos en el nuevo emplazamiento. Un jardín replantado reflejará lo que se está haciendo con la casa: tomar lo antiguo y transformarlo en algo que funcione en la actualidad.

No responde, y lo tomo como una buena señal: no se ha burlado de mis ideas ni las ha descartado antes de que acabe, así que continúo con mi presentación y le explico en detalle los planos del jardín. Repaso los aspectos financieros en cuanto al coste de mantenimiento y el peor escenario posible respecto al número de visitantes.

—Hay una cosa más en la última página. —Espero a que llegue a ella—. Esos remolques Airstream pueden convertirse en una especie de tetería.

Se ríe y sacude la cabeza.

—Has pensado en todo...

—¿Tienes alguna pregunta?

Me mira directamente a los ojos y, de pronto, en mi mente aparece la imagen de su boca en mi cuello, su muslo entre mis piernas, sus manos por todas partes.

Inspiro hondo y aparto la vista.

Se ríe entre dientes, y no me cabe la más mínima duda de que sabe con absoluta precisión lo que se me ha pasado por la cabeza.

—Habla con Michael y que te ponga en contacto con mi director financiero en Nueva York. Quiero saber si se puede crear una organización benéfica a la que donarle ese terreno. Eso hará que las finanzas parezcan más saneadas.

—¿Donarías esa tierra?

Sonríe.

—No creas que me estoy ablandando. Esto puede ser beneficioso para mí: es más fácil que aprueben el proyecto si hacemos un guiño a la conservación histórica. También podría suponer un activo para el hotel. Habla con él y cuéntame lo que te dice.

—Lo haré.

—No te prometo nada —advierte.

Cojo el portátil y me levanto.

—Ya lo sé. Pero gracias por escucharme.

No tenía por qué atender a mi presentación y mucho menos valorarla. Incluso podría haber llegado a enfadarse porque me niego a dejarlo y él tiene más cosas en las que pensar, pero Vincent Cove es un buen hombre, y yo estoy empezando a darme cuenta de la suerte que he tenido al conocerlo.

25

KATE

He quedado con Vincent para dar un paseo nocturno, y sé que me va a preguntar por Norfolk. Ojalá tuviera una respuesta que darle, o mejor dicho, ojalá tuviera la respuesta que él quiere.

Llamo a la puerta de la abuela y entro. Está sentada a la mesa de la cocina, tejiendo.

—Hola, ¿qué tal el trabajo? —Sonríe.

—¿Te apetece que prepare un té?

—Sí, me parece bien. ¿Qué tal la cena de anoche? —pregunta cuando abro el grifo.

—Pues fue de cinco platos —respondo.

—No me refería a eso.

Inspiro hondo, lleno la tetera, la pongo en el fuego y la enciendo.

—Estuvo bien. Me gusta, pero...

La abuela no me pide más explicaciones. Saco dos tazas del armario y el té verde de la estantería y me dispongo a prepararlo todo.

—Quiere que vaya con él a visitar a su familia en Norfolk.

Ella asiente. Sabe que no puede decir: «*Es estupendo, cariño. ¿Cuándo vais a ir?*».

—Ha sido muy amable al pedírmelo —comento.

—Sí, encantador —aprueba.

—Pero hace mucho tiempo que no me desplazo tan lejos.

—Lo sé —dice la abuela.

Soy una mujer de veintisiete años y sé que un viaje de dos horas en coche no supone gran cosa para la mayoría de la gente de mi edad, pero sí para mí.

—Una parte de mí quiere ir. —Me gusta Vincent, y sería divertido pasar más tiempo con él, volver a verlo con su familia—. Pero no creo que pueda.

—¿Cuánto tiempo vais a pasar fuera? —pregunta la abuela.

—El fin de semana. —En realidad no me lo ha dicho, pero «*fin de semana*» implica un viaje de varios días.

—Y luego volverás a casa —añade.

Asiento; sirvo el agua caliente de la tetera y llevo las dos tazas a la mesa.

—He hecho té verde sin preguntarte. Lo siento.

—Está bien. Es bueno para mi salud. Gracias.

Me recuesto en la silla y le doy un sorbo al té. Todavía está demasiado caliente, y hago una mueca cuando me quema la boca.

—¿Cómo crees que te sentirías si fueras? —pregunta.

—Si fuera y todo saliera bien, me sentiría aliviada.

—¿En qué sentido podría no salir bien?

Suspiro y dejo la taza.

—Bueno, ese es el problema, que no lo sé. Si me quedo en Crompton el fin de semana, sé exactamente cómo será: muy agradable. —Plancharé las sábanas y tal vez robe una rosa de la maceta

que mi abuela tiene en el alféizar de la ventana que da a mi cocina. Tal vez salga a tomar una copa con Meghan y me acerque al lago a ver si encuentro alguna rana. No tengo planes fijos, pero sí me moveré en unos parámetros definidos, sin sorpresas, sin emergencias ni desastres.

—¿Y qué crees que haría maravilloso un fin de semana en Norfolk? —continúa la abuela.

Cierro los ojos y las imágenes inundan mi mente: Vincent y yo paseando de la mano por la playa; su familia reunida alrededor del fuego, jugando a las adivinanzas; la cena del domingo, antes de que nos veamos obligados a despedirnos. Son cosas que solo he visto en las películas, pero Vincent me ha ofrecido la oportunidad de vivirlas, de experimentarlas por mí misma.

—Podría ser maravilloso por muchos motivos. Creo que... me gustaría intentarlo.

La abuela deja de tejer y me coge las dos manos. Tiene los ojos vidriosos, y se le quiebra la voz al hablar.

—Eso es estupendo, cariño.

—¿Crees que podré? Quiero hacerlo.

Cierra los ojos e inspira hondo; vuelve a abrirlos y me sonrío.

—Desearlo es el primer paso. Y es un paso enorme.

—Y voy a volver —digo.

—En unos días —aprueba la abuela.

—¿Por qué crees que mamá era como era? —pregunto—. ¿Crees que no le gustaba estar atada a una niña y acabó yéndose al otro extremo?

—Ella te quería —responde la abuela—. Sé que te quería. Pero creo que no tenía ni idea de cómo ser una persona distinta a la que era. Ya de pequeña se aburría con facilidad, odiaba la hora de dormir, odiaba ir al colegio... Odiaba cualquier cosa que tuviera que repetir una y otra vez. Intentar que se lavara los dientes o incluso que se bañara con regularidad era una guerra. La mayoría de los niños intentan evitar las cosas que no les gustan, pero no se trataba de que ella no quisiera lavarse los dientes, era más bien que no quería atarse a nada. Ni siquiera a cuidar de sí misma.

—Tú no eres así. El abuelo no era así. ¿De dónde salió ella?

La abuela niega con la cabeza.

—No lo sé, cariño. La gente es como es.

—¿Por eso no le gustaba ir a las citas del hospital?

—Creo que sí. Era más fácil de manejar cuando era niña, porque yo la obligaba, pero de adulta... No había esperanzas de que controlara su enfermedad por sí misma.

—¿Lo sabías?

—Tu abuelo controlaba las citas y le rogaba que acudiera a ellas. Se quedó destrozado cuando ella murió. Los dos quedamos destrozados, pero él pensaba que podía haber hecho algo más. No tengo ni idea de por qué yo lo llevé mejor. Quizá me lo dijeron las entrañas y lo vi venir en cuanto nos dieron el diagnóstico. Tuve mucho tiempo para llorar a mi hija antes de que muriera.

La epilepsia de mi madre no debería haber sido mortal. Si se hubiera cuidado, podría haber disfrutado de una vida larga y feliz. Si hubiera acudido a las citas en el hospital, si se hubiera tomado la medicación con regularidad, aún podría estar viva. Una vocecita en el fondo de mi cabeza clama *«Por mí»*. Podría haber vivido por mí.

Intento contener las lágrimas, no llorar; no por mi madre, porque hace tiempo que superé ese dolor, sino por mis abuelos. Me salvaron, pero eso no compensa el sufrimiento que les causaron las decisiones de mi madre.

—Siempre me he preocupado más por ti después de su muerte —murmura la abuela—. Todavía me preocupo.

Sé por qué y, aunque no hablamos mucho de ello, siempre está ahí, soterrado: jamás había querido hacer ningún cambio en mi vida, hasta ahora. Se me hace un nudo en la garganta al pensar en lo mucho que he preocupado a la abuela todos estos años y trago saliva para deshacerlo.

—¿Pero y si digo que sí a ir a Norfolk y luego no puedo hacerlo? ¿Y si llego allí y me pasa algo o no puedo soportarlo y tengo que volver a casa?

—Pues, entonces, vuelves a casa —replica.

—Vincent va a pensar que soy una lunática.

—Eso da igual, y su opinión no importa. Pero deberías hablar con él, explicarle cómo te sientes y contra lo que estás luchando.

No lo tengo claro. Ya le he hablado sobre lo mucho que me importa Crompton y por qué estoy tan apegada a él, pero no he ahondado en el alcance de ese apego, no le he dicho que no quiero salir nunca.

—Confía en él —me insta—. Si es la mitad del hombre que creo que es, será comprensivo.

Sé que es un buen hombre, pero lo que tengo que decirle seguramente cambiará cómo me ve. Y a lo mejor se muestra comprensivo, pero rescinde la invitación. Pero como no puedo salir de Crompton sin contarle lo que puede ocurrir en Norfolk, y como Vincent es el único que puede tranquilizarme..., me espera una conversación difícil.

VINCENT

Está sentada en una manta, junto al lago, de cara al agua, y me muero por saber en qué está pensando. No sé si es porque no tengo todas las distracciones que hay en Londres o en Nueva York, pero jamás una mujer había ocupado tanto espacio en mis pensamientos como Kate. Estuvimos juntos anoche, y ni se me pasó por la cabeza no verla hoy; jamás había pasado tanto tiempo seguido con una mujer, y lo peor es que quiero más.

Me oye llegar y se da la vuelta, dedicándome una enorme sonrisa de bienvenida que me llega al alma. Me agacho y le doy un beso en la mejilla.

—He preparado un pícnic —anuncia—. No es tan impresionante como el de anoche, pero espero que no hayas cenado.

Sacudo la cabeza.

—No. He terminado de hablar por teléfono, me he cambiado y he venido directamente, así que genial. —Echo un vistazo a la bolsa que ha traído y me siento a su lado.

—¿Cómo estás? —Le acaricio la nuca y vuelvo a besarla.

Sus labios dibujan una sonrisa sobre los míos, como si la hubiera hecho feliz. Y me alegro de hacerla feliz.

¿Cuándo me he vuelto tan sentimental?

Deshacemos el beso y ella mira a su alrededor, supongo que para comprobar que nadie nos ha visto.

—¡Primero, cerveza de jengibre! —Me muestra dos botellas de cristal y un abridor—. De esto te encargas tú.

Cojo las botellas y las abro mientras ella desempaqueta la comida.

—Solo es un poco de queso, unas galletas y algo de fruta.

—Gracias. Es perfecto: este lugar, las vistas, tú... La vida es bella.

Sonríe y toma aire.

—Quería hablarte de lo de Norfolk.

Le doy la botella de cerveza de jengibre y su mirada se clava en ella.

—De acuerdo...

En mi mente bullen todas las posibilidades, pero las ignoro y me centro en escuchar lo que tiene que decir.

—Te he hablado de mi madre... Bueno, el caso es que incluso antes de que muriera Crompton era mi refugio, y después se convirtió en una especie de salvavidas. Aquí me sentía a salvo, feliz. Construí mi vida alrededor de eso, de no dejar el lugar donde era feliz.

—Tiene sentido —acepto, acariciándole el brazo.

—Pero lo llevé al extremo. Al principio me aventuraba a ir al pueblo, y todo iba bien, pero más o menos un año después de la muerte de mi madre fuimos a Cambridge y el abuelo sufrió su primer ictus. No fue el que lo mató, pero acabó en el hospital, y a partir de ahí no volví a salir de la finca durante mucho tiempo.

—Lo entiendo.

—Fui a clase, por supuesto. Primero en el pueblo y luego, cuando tenía doce años, me trasladé al instituto, que estaba a unos seis kilómetros.

Hace una pausa, incómoda.

—No tienes que hablar de esto si no quieres, pero me gustaría escuchar todo lo que tengas que decir. Tómate el tiempo que necesites.

Desliza los dedos por mi camisa y me mira.

—Aparte del colegio, nunca fui a ningún sitio. Cuando estaba en sexto empecé en terapia porque quería ir a la universidad y no estaba segura de poder dejar Crompton. Aun así, presenté la solicitud, me admitieron y, no sé cómo, reuní el coraje para ir. Y durante mi primer curso ahí el abuelo tuvo otro derrame cerebral. —Traga saliva y baja la vista hacia la manta—. Esa vez no sobrevivió. —Le acaricio la cara, desando que desaparezca su pena—. El caso es que dejé la universidad y no volví. En ese momento mi cerebro asoció estar lejos de Crompton con la tristeza y el desastre. Algo pasó, y, de alguna manera —se da unos golpecitos en la cabeza—, me convencí de que, si me iba, algo malo iba a pasar.

El corazón me late desbocado en el pecho; lo que le ocurre va más allá de estar muy unida a su hogar, lo que describe es una puñetera discapacidad: literalmente, jamás se aventura fuera de la finca.

—No tienes que venir a Norfolk —digo. ¿Debería animarla a ir?

—Pero es que, por primera vez en mucho tiempo, quiero salir de Crompton. No sé si es por la perspectiva de tener que mudarme fuera de la finca, de que la casa se convierta en un hotel o... —alza la vista hacia mí y el sol ilumina su piel— o tú. Pero me gustaría ir a Norfolk.

La hago sentarse en mi regazo, le rodeo la cintura con los brazos y entierro la cara en su cuello. No por qué, pero le agradezco que haya confiado en mí y me lo haya contado.

—Pero no sé si podré... —Apoya las manos en mi pecho y tenso la mandíbula para contener las ganas de besarla.

Siento una opresión en el pecho que no me deja respirar.

—Te ayudaré.

—¿Sí? —Quiero decirle que haría cualquier cosa por ella. Menos mal que vuelve a hablar antes de que las palabras escapen de mis labios—. Es que a lo mejor no consigo llegar. Y, si llego, puede que tenga que regresar antes de tiempo. Pero me encantaría volver a ver a tu familia. Me encantaría ver el mar, sentir la arena bajo mis pies. Y, sobre todo, me encantaría pasar el fin de semana contigo.

El nudo en mi pecho se deshace y recupero el aliento.

—Si no llegamos, pues no llegamos. Si tenemos que irnos pronto, pues nos vamos pronto. Será un fin de semana estupendo, pase lo que pase.

Pega la mejilla a la mía.

—Gracias —susurra.

Deslizo los dedos por su pelo y la beso en los labios.

—Me encanta tu sabor.

—Es la cerveza de jengibre —replica.

—No es la cerveza. —Me río entre dientes—. Eres tú. Solo tú. Eres perfecta. —No tengo palabras para describir lo mucho que me gusta, cómo quiero escuchar cada palabra que dice, cómo me excita solo con rozarme. Es como si la hubieran diseñado a medida para mí.

—Eres muy bueno —responde, y desliza la lengua en mi boca. Gimo ante sus besos cálidos, dulces y húmedos, y subo las manos por su espalda.

—El problema de vivir junto a la oficina es que sé que Michael sigue trabajando, así que no

podemos ir a mi casa.

—Y yo vivo al lado de mi abuela —ríe—. A lo mejor no es tanto que quiera ir a Norfolk como que estoy cachonda y me muero por un poco de intimidad.

Suelto un gemido.

—Pero mis tíos esperan que nos quedemos con ellos... —Sacudo la cabeza—. Reservaré un hotel.

—¿Seguro? No quiero que se molesten.

—Por supuesto. Incluso creo que será lo mejor. Al parecer, van a ir todos mis primos y la casa va a estar hasta los topes. —Una vez más, siento ese cosquilleo en la nuca.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —Su tono es despreocupado, pero el modo en que se aferra a mi camisa me dice que la pregunta es importante.

—Menos de treinta minutos —respondo, orando para que sea la respuesta correcta.

—Pero dijiste que estaba fuera de Blakeney. Eso deben de ser por lo menos dos horas.

—En coche, pero iremos en helicóptero.

—¿En helicóptero? —Se le atragantan las palabras—. ¿Qué dices?

—Quieren que estemos ahí el viernes y tengo toda la tarde ocupada, así que iremos en helicóptero. Es lo que hago normalmente desde Londres.

—Eso tiene que costar una pasta. —Se acomoda sobre mi regazo y apoya la espalda en mi pecho. Pone queso y rodajas de manzana en una tostada y me la da antes de prepararse otra para ella.

—Es rápido. Además, si quieres irte, podemos regresar a Crompton en un santiamén.

Me pasa la mano por los hombros y me acaricia la nuca.

—Tengo muchas ganas de ir, en serio.

—Voy a llevarte de la mano todo el tiempo. Literalmente.

VINCENT

El ruido de las aspas de un helicóptero inunda la sala y apaga el murmullo de voces de la videollamada, y me inunda la impaciencia por poner fin a la reunión. Todo el mundo está entusiasmado: hace un par de días nos concedieron el permiso de obras y esta es la primera reunión para poner en marcha el operativo.

Kate tenía razón sobre la directora del hotel, como en casi todo, aunque no pienso decírselo. Olga aún no se ha trasladado a Crompton, pero ha podido unirse a la llamada y nos está poniendo al día sobre sus planes para el personal.

—Tengo contactos en varios hoteles de cinco estrellas de Londres y voy a aprovecharlos para que los jefes de departamento se formen con sus homólogos.

Es una gran idea. Algunos de los jefes de departamento nunca habrán trabajado en un hotel de cinco estrellas y deben aprender cómo funcionan las cosas en la práctica, no solo en la teoría. Eso no quita para que me pregunte cómo afrontará Kate, como jefa del equipo de relaciones con los huéspedes, un viaje a Londres. A pesar de que Cambridge está muy cerca de Londres, no me ha mencionado si ha viajado hasta ahí alguna vez, pero a lo mejor el viaje a Norfolk se convierte en un primer paso: me encantaría llevarla a Sicilia. Y a París. Incluso a Nueva York.

Dios, ¿qué me pasa? Solo llevamos saliendo un par de semanas y ya estoy planeandoirme de vacaciones con ella.

—Es una gran idea, Olga. Será Michael quien participe en tus reuniones de trabajo. A mí no me necesitáis.

Michael me lanza una mirada. Aún no lo he hablado con él, pero sé que está dispuesto a ser algo más que mi ayudante. Necesito su cerebro concentrado en el operativo.

Miro el reloj. Son casi las seis y tengo que irme.

—Voy a dejar que Michael presida el resto de la reunión. Disfrutad del fin de semana.

Cuando salgo por la puerta, como sabía que haría, Michael vuelve a dirigir la reunión hacia lo que tiene que aportar Olga.

Kate está esperando al pie de la escalera.

—Había dejado aquí la maleta. Me dijiste que la dejara en la puerta, y eso he hecho, y ahora no está. —Hay pánico en su mirada.

—No pasa nada. He hecho que Molly enviara el equipaje al hotel por la mañana para que nos instalaran y lo abrieran.

—Solo vamos a estar fuera dos noches. Me llevaría diez minutos deshacer la maleta.

Me encojo de hombros.

—¿Qué tal si te relajas con un tequila?

—No; prefiero conocer a tu familia estando sobria.

Hago una mueca.

—No sé hasta qué punto esa es una buena idea, pero vale.

Se abre la puerta de la casa y aparece el piloto para conducirnos al helicóptero.

En cuanto se cierran las puertas, nos envuelve el silencio. Me acerco a Kate para abrocharle el cinturón de seguridad.

—Esto está muy tranquilo —comenta—. Pensaba que tendríamos que ponernos... —se señala las orejas— esas cosas en la cabeza.

—Nada de cosas en la cabeza —sonríe, intentando no pensar en lo sexy que está con esos pantalones cortos azul marino y la camiseta blanca.

La cojo de la mano cuando despegamos. Quizá habría tenido que preguntarle si le parecía bien viajar en helicóptero, pero, conociendo a Kate, si la perspectiva la asustaba, lo habría dicho al momento, y de este modo no va a encontrarse atrapada en un coche, preocupada por lo que le espera y por lo que deja atrás.

—¿Te has unido alguna vez al club de la milla de altura? Ya sabes, los que practican sexo en los aviones...

—Un par de veces —dice, encogiéndose de hombros como si estuviera relajadísima, aunque a mí no puede engañarme: tiene la mano libre aferrada al reposabrazos como si estuviera en una montaña rusa—. Pero solo cuando viajo en avión privado, por supuesto.

—Por supuesto —respondo, acariciándole la mano para ayudarla a relajarse—. Volar es más fácil: un viaje de dos horas y media se convierte en treinta minutos.

—¿Así es como vives? —pregunta—. ¿Viajando en helicóptero y con gente que deshace tu equipaje? Gente que te abre las maletas... Es una locura.

—Comparado con la mayoría de la gente que tiene mucho dinero, yo vivo de una forma bastante modesta —ríe.

Echa un vistazo a la cabina del helicóptero; no parece asombrada ni impresionada en absoluto, solo curiosa.

—Bueno, según mis estándares no.

—Has vivido la mayor parte de tu vida en una casa que parece más un castillo que una residencia privada. No creo que las muestras de riqueza te sorprendan tanto.

—Eso es distinto. En parte porque tampoco es como si el conde me invitara a cenar a su casa, y en parte porque no creo que tuviera mucho dinero. Aunque sí venía gente en helicóptero a visitarlo.

—Tienes razón. Es distinto. ¿Cómo te sientes?

—Si no miro hacia abajo, sorprendentemente bien.

—¿Y cómo llevas lo de estar fuera?

Ella asiente como si intentara convencerse a sí misma de que está bien.

—La abuela va a enviarme mensajes, y sabe que no debe ignorarlos si soy yo la que se los manda. Y tal y como yo lo veo —me estrecha la mano—, me llevo un trozo de Crompton contigo. —Alza la vista hacia mí—. Como si fueras un llavero gigante.

—Me han llamado cosas peores —digo con una carcajada—. Eso me recuerda que tengo algo para ti. —Me meto la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saco una caja azul.

Kate entrecierra los ojos, desconfiada.

—¿Es un regalo?

—Por tu cara, cualquiera diría que piensas que es una bomba —replico.

—Solo estoy sorprendida. —Sonríe—. Esta es mi cara de sorpresa.

Sea de lo que sea esa cara, es bellísima.

Coge la caja.

—¿Puedo abrirla ya?

Asiento y ella desata la cinta blanca. Levanta la tapa y saca el marco plateado. Es un tríptico: tres

pequeños marcos unidos por bisagras que se abren en una serie de tres cuadros.

—Son mis fotos —musita.

—Sé que las tienes en Instagram y que puedes mirarlas en el teléfono, pero he pensado que te gustaría ponerlas en la mesilla de noche del hotel. Así podrás llevarte otro pedacito de Crompton mientras viajas, aparte del llavero gigante.

Su sonrisa se hace más amplia y se aproxima a mí.

—Esto es lo más... «Considerado» no se acerca a describirlo. Es lo más bonito que alguien ha hecho por mí.

Una sensación de calidez me recorre las entrañas y le doy un beso en la sien.

—Quiero que disfrutes de este fin de semana, pero si por cualquier cosa no es así, tienes que prometerme que me lo dirás al momento. Nadie va a enfadarse. Esa gente es mi familia.

Se echa hacia delante y me da un beso en la mejilla.

—Háblame de ellos. Debes de quererlos mucho si viniste al Reino Unido a estudiar y has comprado una mansión para estar más cerca de ellos.

—Sí —respondo—. En muchos sentidos, son más mi familia que mis propios padres. —Eso es algo que no suelo admitir a menudo, ni siquiera ante mí mismo.

—¿Por qué? —pregunta.

—Mi padre tenía problemas con el juego, y no lo supe hasta cumplir los ocho años. Me llevaba a los entrenamientos de fútbol los sábados, y los viernes eran las noches de «cine en familia»: preparaba palomitas y nos sentábamos los tres bajo una manta en el sofá a ver películas de Disney. Trabajaban los dos, pero también pasaban mucho tiempo en casa. —Mis recuerdos más vívidos de mi padre son en el patio de mi casa, con el aspersor encendido mientras me perseguía por el patio con una pistola de agua, o jugando al fútbol o con el *frisbee*. Parecía muy feliz, y mi madre también.

—Suenan bien —susurra, devolviéndome al presente.

—Sí, pero en mi octavo cumpleaños llamaron a la puerta, mi madre abrió y la vida nunca volvió a ser igual. Aún recuerdo la sensación de pánico que tuve entonces cuando la oí discutir con ese hombre en la entrada. Nos habíamos levantado temprano y ella me estaba haciendo tortitas, y, como era mi cumpleaños, iban a ser de chocolate. Las había dejado en la sartén cuando fue a abrir y... No recuerdo lo que dijo ese hombre, o supongo que no lo entendí, pero mi madre nunca gritaba, y lo estaba haciendo. Y sollozaba. Nunca la había visto así. Fui a la cocina, apagué los fogones y entonces mi padre bajó las escaleras para unirse a la pelea y mi madre se puso a darle puñetazos en el pecho. —Se me hace un nudo en la garganta e inspiro hondo para serenarme. Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquel día.

Kate suelta el reposabrazos y me pasa la mano por el pecho.

—Lo siento muchísimo. No pretendía disgustarte.

He llegado a aceptar lo que sucedió ese día, y bien está lo que bien acaba, ¿no? Tengo una vida estupenda y probablemente sea gracias a ese día.

—No pasa nada. Quería contártelo. —No sé qué tiene Kate, pero quería compartirlo con ella. Quiero compartirlo todo con ella—. Mi padre se había jugado la casa. —Kate me besa en el hombro y eso me reconforta mucho más de lo que habría creído posible—. Nos fuimos ese mismo día. Esa noche me quedé en casa de unos vecinos, que tenían niños de mi edad. Mi madre no se quedó conmigo, y no sé adónde fue. —Me paso el pulgar por la frente—. Al día siguiente regresó y mi padre se había ido. Hicimos las maletas, nos mudamos y jamás he vuelto a verlo.

—Ay, Vincent —murmura—. Lo siento muchísimo. No alcanzo a imaginar lo que debes de haber sentido. Toda tu vida cambió en un instante.

—La verdad es que creo que sí puedes imaginarlo. Debiste de sentirte igual cuando murió tu madre.

Me pregunto si es por eso por lo que me he sentido tan atraído hacia Kate. A los dos se nos volvió el mundo del revés casi a la misma edad.

—Nunca se lo he dicho a nadie, pero no me puse tan triste como se supone que debería estar una niña cuando pierde a su madre. Me siento fatal por decirlo, y aún peor por sentirme así, pero me quedé más aliviada que otra cosa. Me fui a vivir con mis abuelos a Crompton, y sabía exactamente cómo iban a ser las cosas. Sabía que iba a desayunar Weetabix, que me llevarían al colegio a la hora, que me recogerían exactamente a las tres y media, que iba a cenar a las cinco en punto. Era lo mismo todos los días, y me encantaba. Mi vida mejoró mucho después de su muerte.

Dejo escapar una risa carente de alegría; más bien, es pura ironía y frustración.

—A mí me pasó justo lo contrario. Cuando abandonamos nuestro hogar, nos fuimos al Reino Unido y nos quedamos con mis tíos y mis primos. Fue el mejor verano de mi vida. Echaba de menos a mi padre, pero acepté que no iba a estar con nosotros porque no era nuestra casa. No fue hasta que volvimos a Estados Unidos, nos mudamos sin él a un apartamento diminuto de dos habitaciones y entré en un colegio nuevo cuando me di cuenta de que mi vida había cambiado.

—Lo siento mucho.

—No puedo quejarme. Llevo una vida estupenda. Soy feliz. Tengo éxito.

—Claro que puedes quejarte. Y estar enfadado y triste y... todo lo que quieras.

Le estrecho la mano, agradecido de que esté aquí, a mi lado, escuchándome, viajando conmigo.

—Tal vez eso es lo que te motiva. No quieres volver a vivir en un apartamento diminuto.

—Tal vez —respondo—. Y a lo mejor es por eso por lo que no me encariño con ningún lugar. De adulto, jamás he vivido más de un año seguido en el mismo sitio.

—Vaya —susurra.

¿Está preguntándose cuánto tiempo voy a quedarme en Crompton? Porque yo sí. Y no quiero poner ese pensamiento en voz alta, pero quizá esta vez sea diferente.

—¿Y tu madre? —pregunta, rompiendo el silencio—. ¿Qué hay de tu madre? Nunca hablas de ella.

—No estamos muy unidos. Se ha vuelto a casar, vive en la misma calle de la que nos mudamos cuando yo tenía ocho años y no acepta mi dinero.

Nuestra conversación se ve interrumpida por un anuncio del piloto.

—Vamos a aterrizar.

—Esa es la casa. —Señalo el revoltijo de edificios que hay más adelante y me río—. Mi tío va a ponerse a maldecir por el ruido y el perro se volverá loco.

Una sonrisa se dibuja en su rostro, y no sé si es porque me estoy riendo o por la situación que acabo de describirle. Quizá por ambas cosas.

—Recuerda, si te sientes mal, dímelo. A lo mejor deberíamos pactar un código o una señal o algo.

—¿Algo como qué? ¿Como guiñarte un ojo?

—Puede que no lo vea. ¿Qué tal si me dices que has recibido un mensaje de tu abuela?

—Pero eso podría ser cierto y no una urgencia. Podría ponerme a bailar *La Macarena*, ladrar como un perro o cantar a voz en cuello. O, espera, una idea muy loca: podría decirte que quiero que hablemos en privado.

Me río entre dientes.

—Sí, eso podría ser lo bastante absurdo como para funcionar. Aunque tienes una voz muy bonita para cantar. Puedes cantarme cuando quieras.

28

KATE

Me acuerdo de Carole en cuanto la veo. Su expresión es afable, y tiene el pelo de punta por las aspas del helicóptero. Lleva un delantal con dibujos de la cara de un hombre y sonrío de oreja a oreja, como si vernos a Vincent y a mí fuera como divisar un arco iris doble después de una tormenta. Miro a Vincent cuando cruzamos el césped para saludarlos y él me aprieta la mano.

—Estoy aquí. Recuérdalo.

—¡Vincent y Kate! —Carole me coge la mano que sostenía Vincent—. Querida, te recuerdo de la tetería. Jacob, esta es Kate. Kate, este es Jacob, mi hijo mayor. Su novia ha ido al baño y lleva una eternidad ahí dentro... Da igual, estamos encantados de tenerte aquí.

Sonrío, a pesar de que creo que podría vomitar por los nervios, la adrenalina o lo que sea.

—Hola, Carole, encantada de volver a verte.

Me da un abrazo.

—Vamos dentro.

—Maldito helicóptero —retumba la voz de un hombre en cuanto entramos por una puertecita que da a un comedor enorme con baldosas rojas de terracota en el suelo y paredes blancas.

—John, dile hola a Kate —dice Carole.

—No habrás venido con este, ¿no? —pregunta el hombre, señalando con la cabeza a Vincent, que está en la puerta.

No sé muy bien cómo reaccionar. ¿No le cae bien Vincent?

—Sí, Kate ha venido con Vincent, como bien sabes, y estamos encantados de que haya podido unirse a nosotros, ¿verdad? —dice Carole.

—Otra boca que alimentar —masculla John.

—Tengo algo que va a gustarte —interviene Vincent, y, con un susurro teatral, añade—: A John le gusta el vino.

Vincent se da la vuelta y habla con alguien que está a su espalda. Quizás con el piloto.

—Aún me quedan bastantes botellas del malbec —comenta John.

Cuando Vincent se vuelve, sostiene una caja de madera.

—¿Pero has probado el pinot noir?

Los ojos de John brillan con picardía.

—Eres un chico muy muy travieso, joven Vincent, y por eso te quiero más que a mis propios hijos.

No puedo reprimir una carcajada.

—El soborno siempre ayuda a poner de buen humor a John —sonríe Vincent, cogiéndome de la mano.

—Carole, ¿probamos el pinot noir cuando estuvimos allí? —le pregunta John a su mujer.

Vamos a la derecha, donde está la cocina, y Vincent tiene que agacharse para pasar bajo el dintel. Es una estancia cálida y acogedora, con una mesa de pino que ha visto días mejores y un delicioso olor que sale del horno.

—Te estás convirtiendo en todo un esnob en lo que al vino se refiere —le dice Carole a Vincent.

—Siempre ha sido un esnob y no solo con respecto al vino —replica Jacob—. Te daré un consejo rápido para sobrevivir a un fin de semana en casa de los Cove: ignora todo lo que diga mi padre, come todo lo que cocine mi madre y no dejes salir al perro.

—¡Mierda! —exclama Carole—. ¿Dónde está Perro?

—¿A quién más esperamos? —pregunta Vincent—. Ah, y hemos traído esto para ti. —Le da a Carole un ramo de flores de los jardines Crompton que he recogido a la hora del almuerzo.

—¿De dónde han salido? —me sorprende—. Creía que las había olvidado.

—Las ha traído Molly —responde Vincent.

Intento no escandalizarme. Normalmente veo a Vincent en circunstancias muy diferentes. Sí, es el jefe, y sí, ha comprado Crompton Estate, así que, claro, sé que es rico, pero hasta hoy no me había dado cuenta de lo rico que es en realidad, con el helicóptero, la asistente... Se siente muy cómodo con esas cosas.

—¿Esa es la minion que has dejado en la entrada? —pregunta John.

—Es mi asistente, la que me ayuda con los asuntos personales —responde Vincent—. Y por motivos legales, no llamo «minion» a Molly.

—¿Abrimos el vino? —sugiere John.

Jacob había salido de la cocina y ahora vuelve seguido por una mujer preciosa con una larga melena castaña, que no sé si conocí en la tetería.

—Kate, esta es mi prometida, Sutton.

Sutton y yo nos besamos en la mejilla.

—Recuerdo la primera vez que vine aquí. Es abrumador, ¿verdad?

Sonríó a modo de respuesta. Sí, lo es, pero también genial: todos me tratan como si me conocieran hace años, y no me resulta tan extraño, aterrador e incómodo como esperaba.

De repente, Jacob reparte copas de champán a todo el mundo.

—Pensaba que íbamos a probar el pinot noir —protesta John—. No quiero el puñetero champán.

—En serio, dales un par de horas y no querrás irte nunca —continúa Sutton—. Lo de Carole y John es como brujería, y te juro que hay algo en el aire que te hace querer volver en cuanto te vas.

—Brujería... —rezonga John—. Si fuera un brujo, ya habría hecho un conjuro para que os largarais de aquí y Carole y yo tuviéramos la casa para nosotros solos. Solo le permitiríamos la entrada a Vincent, y solo si trajera buen vino. —Se vuelve hacia mí—. Por supuesto, tú también serías bienvenida. He oído que tampoco eres médica.

—¿Esperabas que lo fuera? —pregunto.

—Por supuesto que no. Ya somos demasiados bajo el mismo techo. —Se encoge de hombros—. Aunque el número se ha reducido hace poco. Mi hijo Zach ha dejado la medicina y ahora se dedica a escribir libros —ríe—. ¿Te lo imaginas? La verdad es que se le da muy bien. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo en Crompton, en la tetería, y ahora también soy ayudante del asistente de Vincent. Cuando abra el hotel, espero unirme al equipo de relaciones con los huéspedes.

—Va a *dirigir* el equipo de relaciones con los huéspedes —aclara Vincent.

—Vamos a brindar —sugiere Jacob—. Por la calma antes de la tormenta.

—¿Qué significa eso? —pregunta Carole—. ¿De qué tormenta hablas?

—La de este fin de semana. Parece que cada pocos meses uno de nosotros trae a una mujer aquí y aumenta la familia. Esta vez ha sido Vincent. La próxima vez quizá sea Beau.

—¿Quién querría salir con Beau? —interviene John—. Tendría que estar desesperada.

John es poco elogioso con sus hijos, pero me da la sensación de que es puro teatro: está claro que todos lo quieren mucho. No me extraña que Vincent quiera formar parte de todo esto. Es como

pertenecer a una comunidad o a un club con requisitos de membresía muy exclusivos, aunque excéntricos.

—Tiene una cara bonita y podría venderles arena a los árabes —medita Jacob—. Conseguirá liar a alguien para que se case con él.

Se me revuelve el estómago. ¿Es eso lo que creen? ¿Que Vincent y yo vamos camino del matrimonio? No me permito pensar en la semana que viene cuando se trata de Vincent, y mucho menos en el resto de mi vida.

—¿Cómo va Crompton? —inquire John, frenando el curso de mis pensamientos—. ¿Es la mina de oro que te dije que sería?

—Empezaremos a construir la semana que viene —responde Vincent—. Supongo que entonces lo sabremos.

—Bueno, Vincent —comenta John—. Tienes buen gusto para el vino, las mujeres y las oportunidades de inversión.

Vincent me lanza una mirada de preocupación.

—Al decir «mujeres» te refieres a Kate, ¿verdad?

Doy un paso hacia él y le estrecho la cintura. No tiene de qué preocuparse: no soy de porcelana y no estoy ciega, sé lo guapo que es Vincent, y eso, combinado con que es más rico que cualquier tío que haya conocido, significa que debe de tener un montón de admiradoras. No soy tonta, pero tampoco quiero pensar en otra cosa que no sea en el presente; no quiero darle vueltas a lo que significa que Vincent me haya traído a una celebración familiar; no quiero especular sobre cuánto tiempo se quedará en Crompton. Ahora estamos juntos, y eso es lo único que importa.

John frunce el ceño como si Vincent hubiera dicho una estupidez.

—Por supuesto que me refiero a Kate. Nunca he conocido a ninguna de tus otras mujeres, ¿no?

Vincent se queda paralizado, y no puedo evitar reírme.

—Relájate —susurro—. No estoy flipando ni nada, así que tú tampoco deberías.

—¿Por qué no vamos al jardín? —sugiere Carole—. Zach y Ellie llegarán en cualquier momento. Jacob, ¿puedes sacar otra botella de la nevera?

—Vale —responde—. Y cogeré dos vasos. Dax y Beau no vendrán hasta más tarde.

—Menos mal —gruñe John, y toma asiento a una enorme mesa redonda de teca, bajo un cenador repleto de jazmines—. Con vosotros tres es suficiente.

Me siento entre Vincent y Sutton.

—¿Qué pasa con Nathan y Madison? —pregunta Vincent.

—No llegarán hasta mañana por la noche —explica John—. Ahora tienen su propio parásito humano con el que lidiar.

Carole está sentada junto a John y le da una patada juguetona.

—Estás hablando de nuestra nieta. Tenemos que comprar más sillas. Nuestra familia está creciendo y quiero que podamos estar todos juntos.

—Tendríamos que mudarnos a una puñetera mansión —masculla John.

—El pobre Vincent ha tenido que quedarse en el hotel Blakely, y no me gusta —continúa Carole—. No me gusta nada. Debería saber que aquí siempre habrá un sitio para él. Porque lo hay.

Miro a Vincent: una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—Ha sido culpa mía, Carole —confieso—. Espero no haberte fastidiado. La verdad es que no salgo de casa muy a menudo, y estaba un poco nerviosa por venir aquí. No he pasado una noche fuera de Crompton Estate desde la universidad. Vincent pensó que me resultaría más cómodo estar en un hotel.

—Ay, cielo... —responde Carole, y mi corazón se inunda por el cariño que hay en esas palabras —. No pasa nada. Gracias por decírmelo. Nos sentimos muy honrados de que hayas decidido venir a visitarnos. No será la última vez, te garantizo que volverás. —Mira a Vincent—. Lo sé. Y en la próxima ocasión quizá puedas quedarte aquí.

—¿A qué universidad fuiste? —me pregunta John.

A esto le sigue un gemido de Jacob, que exclama «¡Papá!», y murmullos de todos los demás.

—¿Qué? —suelta John, nervioso—. Solo le he preguntado dónde había estudiado.

Se oye otro coro de voces alrededor de la mesa y no puedo evitar reírme.

—Lo dejé en el primer trimestre —contesto—, pero estaba estudiando Física en Cambridge.

—¿Qué? —se sorprende Vincent—. No lo sabía.

Me encojo de hombros.

—No lo sabes todo sobre mí.

—Pero quiero saberlo —me susurra al oído, y me da un beso en la mejilla.

Se me derrite el corazón y me alegro muchísimo de que vayamos a pasar la noche en un hotel.

—Vincent dice que viviste en Londres durante años. ¿Qué te hizo venir a Norfolk?

—¿Podemos seguir con lo de Cambridge? —insiste Vincent.

—No hay mucho más que contar —río.

—A Vincent le fastidia no ser el más listo de la relación —se burla Jacob.

—Vincent nunca es el más listo de la relación. Por eso lo echaron de Cambridge.

—¿Te echaron de Cambridge? —digo—. No sabía que habías ido allí.

Vincent coge uno de los pistachos que han colocado en cuencos sobre la mesa y se lo lanza a Jacob.

—No me echaron de Cambridge, como no echaron a Bill Gates de Harvard. La gente inteligente de verdad no necesita ir a la universidad.

—Así es como se demuestran su amor —me explica Sutton—. No sé si en tu familia es igual, pero a mí me costó acostumbrarme. Ahora me siento un poco excluida si no me insultan al menos dos veces al día.

Sonrío, asimilándolo todo. Es bonito. Es cálido y acogedor, me siento especial por estar aquí.

Miro a John, que se ríe a carcajadas, disfrutando de cómo sus hijos y su sobrino se provocan unos a otros. Es una familia deslumbrante y feliz. Me recuerda mucho a Crompton, no por las bromas y las burlas, sino por el vínculo, ese lazo inextricable que no puedes ver, que no puedes tocar, pero que es innegable. Está por todas partes, rodeando a esta gente como un anillo de acero invisible.

VINCENT

Las estrellas son una de mis cosas favoritas de Norfolk; en Londres no alcanzo a verlas.

—Kate es genial —comenta Jacob.

Estamos sentados alrededor del fuego del brasero después de la cena de aniversario, tostando malvaviscos y bebiendo vino, como hemos hecho cientos de veces, aunque hay algo que hace diferente esta noche, que la hace mejor. Siempre disfruto viniendo a Norfolk, pero tener a Kate aquí lo ha convertido en una experiencia excepcional. Hasta el vino sabe mejor.

—Y tiene unas piernas preciosas —dice Dax.

Le lanzo una mirada desaprobadora, aunque es cierto que los pantalones cortos le quedan de maravilla con esas piernas.

Kate ha entrado con Sutton y Ellie para buscar el brandy, o eso es lo que han dicho.

—Tienes mi aprobación —interviene Zach.

—Ay, es lo que siempre he deseado —replico con un tono cargado de sarcasmo.

—Es encantadora —dice Beau—. Amable y divertida. Y se le dan genial las adivinanzas.

Kate se ha entregado de lleno al fin de semana. No ha habido ningún signo externo de que estuviera nerviosa o se sintiera incómoda. La tercera vez que le pregunté si estaba bien, se rio en mi cara y me dijo que ya me lo diría si no fuera así. Es como si conociera a mi familia desde hace años, como si yo la conociera a ella de toda la vida. Todo fluye, todo es perfecto.

—¿Crees que te quedarás en el Reino Unido? —pregunta Jacob.

—Tendría el hotel y a Kate.

—Y a nosotros, no te olvides de nosotros —apunta Beau.

Me río y bebo un poco de vino para darme unos segundos para considerar esa pregunta.

—Nunca me quedo demasiado tiempo en el mismo sitio.

—Quizá hasta ahora nunca has tenido un motivo para hacerlo —contesta Jacob.

Siento una opresión en el pecho, como si alguien me hubiera rodeado con una cuerda y estuviera tirando de ella.

—No siento apego por los sitios o por la gente.

—Eso no es cierto —replica Jacob—. Estás apegado a nosotros. Somos tu familia.

—¿«Apegado»? Yo diría que os tolero a regañadientes. —No es verdad, y ellos lo saben, pero se me hace raro admitir que me siento muy unido a ellos. La costa británica y el Reino Unido fueron las únicas luces en una época muy oscura de mi vida, y no puedo evitar sentirme atraído por ese resplandor, por su fuerza vital.

—Nos quieres —dice Jacob, con voz seria, ignorando por completo la broma que le he puesto en bandeja—. Y te queremos. Somos tu familia. Nunca te hemos fallado y jamás vamos a abandonarte, puedes estar seguro de ello.

Se me hace un nudo en la garganta y asiento, incapaz de pronunciar palabra.

—Siempre has sido más que un primo —afirma Beau—. Eres uno más de nosotros, como un hermano.

—¡Joder, tío, déjalo ya! Por favor. —Me echo hacia delante en mi asiento—. Vas a hacerme llorar delante de la mujer a la que intento impresionar.

—Ya está bastante impresionada —suelta Sutton a mi espalda.

Giro la cabeza, preguntándome si Kate también estará detrás de mí, pero no está, gracias a Dios.

—Me encanta —sigue Sutton—. Es muy divertida y no le impresiona nada todo ese rollo tuyo de hombre de negocios multimillonario. Es justo lo que necesitas. ¿Quieres que le pregunte discretamente qué clase de anillos le gustan?

Una oleada de calor me inunda el cuerpo y vuelvo a mirar hacia la casa. No quiero que Kate lo oiga.

—Ni hablar. Solo estamos saliendo. Ya sabes cómo soy: tengo una chica en cada puerto.

—¡Una mujer! —me corrige Sutton—. Sí, se supone que eres un mujeriego, pero ¿sabes qué? Nunca he conocido a ninguna de las mujeres con las que has estado. No digo que no existan, solo que no has traído a ninguna a Norfolk, que nunca ha venido ninguna a cenar. Kate no es cualquier mujer. Ella es *la* mujer.

Miro a Jacob en busca de apoyo, pero se limita a asentir, lo que no ayuda en absoluto.

—Kate es genial —respondo—. Pero no... —¿Qué estamos haciendo? No hemos hablado del futuro; ni siquiera he pensado en el futuro. ¿O sí? Quiero decir, me gusta Kate y quiero seguir con ella, pero nunca me quedo demasiado tiempo en un sitio—. Solo estamos disfrutando las cosas tal como vienen.

—¡Lo hemos encontrado! —exclama Ellie. Nos volvemos para mirar a los dos que vienen de la casa.

—El brandy estaba en el armario de las bebidas —explica Beau.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—Porque no ha sido el brandy lo que no podíamos encontrar, han sido las pasas.

—¿Pasas? —pregunto.

Ellie deja un bol blanco de porcelana en la mesa, junto al fuego, y Kate vierte brandy en él.

—Vamos, chicos. ¿O sois demasiado gallinas? —pregunta Kate.

—¿Qué vas a hacer? —inquieta Beau.

Todos nos congregamos alrededor de la mesa para ver qué pasa. Kate me da un platito con pasas.

—Vale, échalas ahí, bien repartidas.

Sonríe de oreja a oreja y no puedo evitar contagiarme de su entusiasmo.

—¿Le has echado la botella entera de brandy? —dice Beau.

Echo las pasas en el bol y suben a la superficie.

—Vale, ahora préndelo —le pide Kate a Ellie.

—¿Vamos a incendiar la casa? —comenta Zach.

Ellie prende el brandy y las llamas azules se alzan alrededor del bol.

—Ahora tienes que coger una pasa y metértela en la boca para apagarla.

—¡¿Qué?! —exclamo—. ¿Esto te lo enseñaron en Cambridge?

Kate se encoge de hombros.

—Me lo enseñó mi abuela.

—Estás de broma —dice Sutton—. Mira esas llamas...

—Pero no golpees el cuenco por accidente. No queremos provocar un accidente.

—No voy a meter la mano en ese cuenco. He visto quemaduras por hacer cosas así —se empecina Jacob.

Kate se encoge de hombros.

—Lo haré yo. —Sin vacilar, extiende la mano sobre el cuenco y coge una pasa. La saca rápidamente y se la mete en la boca—. Ya está.

Ella me mira y sonrío, y yo me agacho para darle un beso en los labios.

—Eres increíble.

—¿Eso es un cumplido? —río.

—Por supuesto —respondo—. Me encanta verte contenta.

—Siempre estoy contenta. O casi siempre. Sobre todo si estoy contigo.

No se me ocurre un halago mejor, y siento exactamente lo mismo. Todo es perfecto, como si Kate encajara en este lugar; como si encajara yo.

—Lo mismo digo. —La beso de nuevo, ignorando las especulaciones y cotilleos de mis primos. Lo único que sé es que soy más feliz de lo que he sido desde que tengo memoria, y eso es bueno, o al menos eso creo.

La felicidad no es mala, la gente se pasa la vida persiguiéndola.

Yo no lo he hecho jamás.

KATE

He intentado convencer a Vincent de que se quite los zapatos y no lo he conseguido, pero yo no voy a desaprovechar la oportunidad: nunca había visto el mar, así que, ya que estoy aquí, quiero saber qué se siente al tener la arena deslizándose entre los dedos de los pies. Es suave, sedosa y está caliente por el sol. Podría quedarme aquí durante horas, hundiendo los dedos de los pies en esos granos y entre conchas de millones de años de antigüedad, y luego sacándolos, viendo cómo emergen como una ballena rompiendo las olas; es mágico.

Miro hacia atrás. Vincent está apoyado contra el rompeolas, con esas gafas de sol que lo hacen parecer aún más guay de lo normal, algo bastante complicado, porque Vincent está en lo más alto de la lista de lo guay en un día normal.

—Esto es maravilloso —digo.

Se incorpora y se quita las gafas, entrecerrando los ojos a la luz del sol para mirarme con más atención. Luego se quita las zapatillas y los calcetines y se acerca a mí, pero no se detiene al llegar a mi lado: me coge de la mano y me guía hacia las olas.

—Has cambiado de opinión —sonrío.

—Nunca habías pisado una playa. —No es una pregunta, solo la simple exposición de un hecho—. Deberíamos jugar con las olas.

No puedo reprimir una mueca. Vincent Cove no me parece la clase de tío que se dedica a jugar con el agua.

—¿Jugar con...? No soy capaz de imaginarte haciendo algo solo para divertirme.

Enarca las cejas y me lanza una mirada significativa.

—Sabes que eso no es cierto.

—¡Bueno, aparte del sexo!

—Pues hoy voy a jugar con las olas. Por ti.

La arena se vuelve más fría, húmeda y dura. Es como si caminara sobre cemento sin cuajar.

—¿Son arenas movedizas? —Me inquieta un poco la rapidez con la que se hunden nuestros pies a cada paso que damos.

—Es arena normal —responde. No parece preocupado, así que supongo que debería confiar en él y pensar que nuestras vidas no corren peligro. Al fin y al cabo, ha estado en más playas que yo, aunque el listón no estaba muy alto.

Me detengo y bajo la vista hasta mis pies: a nuestro alrededor las conchas están desperdigadas como confeti, y hay unas piedras negras y lisas que sobresalen como animales dormidos que estuvieran echándose la siesta sobre la arena.

—Es como un cuadro. —Suelto la mano de Vincent, me agacho y dibujo unas curvas con la punta del dedo. Me incorporo y me doy la vuelta para contemplar la línea entre la arena y las olas, y la del agua con el cielo—. Es como si alguien hubiera diseñado todo este paisaje para que fuera absolutamente perfecto.

Me vuelvo hacia Vincent, que me contempla como yo estoy contemplándolo... todo.

—Tienes razón —afirma.

—¿Quién lo hizo? ¿Dios?

—El universo. La naturaleza. El tiempo.

Y pensar que estuve a punto de no venir aquí y de no tener todo esto frente a mis ojos... Una cosa es ver las cosas en una pantalla, pero es una versión cutre de la gloriosa realidad: la brisa salada, las piedras mojadas y resbaladizas, el graznido de las gaviotas en el cielo..., todo ello acompañado del sonido de las olas al romper, constante como el tiempo mismo. Tenía que venir para dejar que esto calara en mi alma.

—Soy muy afortunada de estar aquí. —Siempre agradezco vivir en Crompton, y no pasa un día en que no me alegre de estar ahí, pero esto también es maravilloso.

Vincent me rodea con sus brazos y nos quedamos pegados de la cabeza a los pies, contemplando las olas.

—Yo también me siento muy afortunado. —Me besa en la cabeza y recorremos unos metros hasta la orilla. Llevo un vestido de verano que me llega a las rodillas y Vincent, unos vaqueros remangados hasta el tobillo.

—¿Nos bañamos desnudos? —pregunto.

—No sugerirías eso si supieras lo fría que está el agua.

—Puede ser divertido —río.

—Te llevaré al Mediterráneo. O, mejor, a las islas Caimán. Ahí sí que podremos bañarnos desnudos.

El corazón me da un vuelco y se me revuelve el estómago. ¿El Mediterráneo? ¿Las islas Caimán? Nunca había volado antes del viaje en helicóptero del otro día, pero supongo que la vida de Vincent es así, siempre viajando de un lugar a otro. Es tan diferente a mí que no sé cómo hemos acabado aquí juntos, aunque pienso disfrutarlo mientras dure.

El agua no parece demasiado fría al principio. Avanzamos justo cuando se aleja de nosotros, dejando tras de sí una fina lámina de agua a la que le doy una patadita hasta que, por fin, también desaparece.

—Cuidado. —Vincent tira de mí hacia atrás cuando se acerca una gran ola. Rompe a un par de metros de nosotros, pero el agua corre en nuestra dirección y enseguida nos llega a media pantorrilla; está mucho más fría de lo que esperaba.

—Te vas a mojar —digo, dedicándole una enorme sonrisa.

Se encoge de hombros.

—Merece la pena solo por verte sonreír así.

Le sostengo la mirada y el agua me sube hasta las rodillas. Los vaqueros de Vincent están mojados, pero no parece importarle.

—Cuidado, o voy a desmayarme. —No pienso decírselo, pero con Vincent siempre estoy al borde del desmayo: es tan considerado, tan amable, tan bueno...

—Ese es el problema, Kate, que hay algo en ti que me hace querer ser cualquier cosa menos cuidadoso. —Se agacha y coge algo de la arena—. Toma. —Me da una piedra lisa y gris—. Deberías tener un recuerdo de tu primer viaje a la playa.

Cojo la piedra y la miro, ahí, sobre la palma de mi mano. Tiene forma de corazón y la superficie salpicada de fragmentos blancos de cuarzo, como estrellas fugaces atrapadas en ella.

—¿La has escondido aquí o qué? —pregunto.

—Acabo de encontrarla, pero es preciosa. —Su mirada cargada de significado me envuelve con la calidez de un manto.

Me pongo de puntillas y él se agacha para que pueda besarlo. Las olas nos empujan y tiran de nosotros mientras unimos nuestros labios y jugamos con nuestras lenguas en un beso que parece más sincero e importante que cualquiera que nos hayamos dado antes. Puedo saborear el mar en su piel, sentir la sal en su pelo. Es como si él y este lugar fueran un símbolo del mundo fuera de Crompton, de una vida más allá de esa con la que me he conformado hasta ahora.

No sé qué ha traído a este hombre a mi vida, si ha sido el universo, la naturaleza o el tiempo, pero, sea lo que sea, no puedo dejar de agradecerlo.

VINCENT

Salir a correr por Crompton es mi nueva pasión, aunque con el calor del verano el único momento bueno para hacerlo son las mañanas.

He establecido una rutina en la que me levanto con Kate cuando sale para regresar a su casa a eso de las cinco. A esa hora, el aire aún es fresco y limpio, y tengo toda la casa para mí solo, sin jardineros, sin turistas. Los jardines cerrarán al final de la temporada de verano, dentro de dos semanas, y no volverán a abrir hasta que los reubiquemos en las lindes de la propiedad.

Pero hoy es la última mañana de mi rutina; hoy voy a mudarme porque van a empezar a demoler y a excavar los cimientos de la ampliación. Me quedaré en el *pub* unos días, hasta que esté disponible mi nueva vivienda en el pueblo, que ni siquiera he visto porque Molly se ha encargado de organizarlo todo.

Regreso a casa, pensando por dónde voy a salir a correr mañana, cuando veo a alguien ahí delante y, al acercarme, reconozco a Basil. Se ha levantado temprano.

—Buenos días, Basil.

Se levanta del suelo, donde estaba arrodillado, y me hace un gesto con el sombrero.

—Me han dicho que quiere quitar el jazmín de la fachada de la casa. He pensado en hacerlo temprano para no molestar a la gente que entra y sale.

—Es muy considerado de tu parte, Basil.

—¡Uy! —exclama al ver una hoja perdida. Se agacha, la recoge de la grava y se endereza, entrecerrando los ojos—. La primera hoja amarilla. El otoño está en camino. Siempre empieza aquí, junto a la casa —explica—. En Crompton no hace falta calendario, señor. Solo tiene que prestar atención a lo que le dice la finca. —Asiente—. Ya lo descubrirá con los años.

Instintivamente, abro la boca para decir que no estaré aquí dentro de unos años, pero me freno porque, en realidad, no sé cuándo voy a marcharme. Tenemos el permiso de obras y ya hemos seleccionado al contratista principal; Michael está trabajando con el director del proyecto y se encargará de coordinar a todos los jefes de área.

Todo va sobre ruedas, y aquí ya no hago ninguna falta.

¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué me quedo?

Todo es muy cómodo: estar cerca de mi familia, de Kate. Todo va bien. Demasiado bien.

Me gusta estar aquí y me estoy encariñando con este lugar, y eso no es lo que debía pasar. Yo no siento apego por nada ni por nadie, así es mi vida; así es como sobrevivo.

—Supongo que sí. —Señalo la casa con el pulgar—. Tengo que ducharme. Nos vemos luego.

Subo las escaleras con los pensamientos dando vueltas en mi cerebro. Tengo trabajo, pero podría hacerlo en cualquier sitio; es mi inversión, así que podría fingir que estoy aquí para asegurarme de que todo va bien, pero tengo inversiones en todo el mundo.

El hecho es que me gusta estar aquí. Me gusta estar aquí con Kate, despertarme a su lado, cenar con ella, robarle besos durante el día cuando nadie mira, desnudarla por la noche.

Las ansias que siento siempre por pasar al siguiente proyecto, al siguiente reto, se han enfriado.

Me estoy encariñando con Crompton, con mi vida aquí, con Kate.

Al darme cuenta, se me hiela la sangre y el corazón me late como si quisiera escapárseme del pecho. No puede ser, no puedo volver a preocuparme por perder algo o a alguien; me juré que eso no iba a volver a pasar jamás.

Llego al final de la escalera, saco el teléfono y hago una llamada.

—Es tarde —dice Simon.

Lo ignoro.

—¿Qué pasa con lo de Arizona?

—Pues a lo mejor sale, a lo mejor no —suspira—. Está todo parado.

—Pero parecía una gran inversión...

—Y probablemente lo sea si lo conseguimos. No sueles ser tan impaciente. ¿Te has aficionado al negocio inmobiliario o qué?

Vuelvo a ignorarlo.

—¿Ayudaría si me encargara yo mismo?

—Tal vez —responde—. No consigo alcanzar un acuerdo.

—Estaré ahí mañana.

Cuelgo y me voy a la ducha. Podría esperar a que llegaran Michael y Molly, pero sería perder el tiempo. Si tengo que estar en Arizona mañana, debo irme cuanto antes. Haré la maleta, la meteré en el coche y conduciré hasta el aeropuerto.

Ya es hora de que pase a mi próximo proyecto. No puedo correr el riesgo de quedarme y perderlo todo. Esta vez no puede haber otro «bien está lo que bien acaba», porque me destrozaría. Tengo que seguir adelante.

KATE

Acabo de recibir un mensaje rarísimo de Vincent pidiéndome que nos veamos en la entrada de la casa. Lo he dejado hace una hora y solo son las seis; ¿qué puede ser tan urgente?

Aún tengo el pelo mojado de la ducha, pero al menos ya estoy vestida, así que subo la colina hasta la casa. Vincent sale por la puerta principal cargado con una maleta.

¿Adónde va?

Acelero el paso y me encuentro con él junto al maletero de su coche, donde está guardando el equipaje.

—Hola —saludo.

—Tengo que irme —dice sin mirarme a los ojos. Cierra el maletero—. Me voy a Arizona.

—¿Arizona? —repito, pero no responde; deja una bolsa de viaje en el asiento trasero y cierra la puerta—. ¿Va todo bien?

Se da la vuelta y se pasa las manos por el pelo.

—Sí.

Doy un paso en su dirección y él retrocede. El corazón me late con fuerza en el pecho.

—¿Vincent? ¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Está bien tu madre?

—Está... Me voy por negocios.

Inspiro hondo, pero mis latidos no se ralentizan. Es como si supiera algo que yo ignoro.

—Entonces, no es nada grave...

Me mira a los ojos por primera vez.

—Puede llegar a ser una muy buena inversión.

—Vale —acepto—. Eso suena bien. ¿Cuándo volverás? —Nunca había visto a Vincent Cove incómodo, pero prácticamente se encoge ante mi pregunta. Mira por encima de mi hombro, hacia las puertas de Crompton. Y entonces me doy cuenta de lo que ocurre y se me cae el alma a los pies—. No vas a volver...

—Aquí ya está todo en marcha —dice, como si eso lo explicara todo.

Sabía que esto pasaría, sabía que acabaría marchándose. Lo nuestro siempre ha tenido fecha de caducidad, pero ahora que ha llegado el final es como si me partieran en dos, y no sé cómo voy a sobrevivir. Intento controlar la respiración y me llevo la mano a la frente para protegerme los ojos del sol que se eleva en el cielo a su espalda.

—Así que te vas —murmuro, intentando no delatar lo destrozada que estoy—. Porque nunca te quedas mucho tiempo en ningún sitio.

Nos miramos fijamente.

Quiero que hable conmigo, que me diga que estoy equivocada, que volverá en unos días y... ¿Y qué? ¿Que viviremos felices para siempre porque eso es lo que pasa en Crompton?

A pesar de que sé que sería inútil, quiero pedirle que se quede, pero no voy a hacerlo porque no sería justo. Así es como se comporta, y yo lo sabía desde el principio. Tengo que dejarlo marchar porque es lo que lo hace feliz, y quiero que sea feliz aunque yo esté triste.

—Bueno... —dice.

—Pues ya está —respondo, endureciendo el tono para reprimir las lágrimas que amenazan con desbordarse.

—Esto no es nada personal, Kate, mi vida es así. Nunca estoy mucho tiempo en ningún sitio; me he quedado en Crompton más tiempo de lo normal, y seguramente ha sido por ti.

Sus palabras me hacen daño y, al mismo tiempo, me enfurecen.

—Puede ser. —Pero no soy razón suficiente para que se quede—. Quizás deberías haberte ido antes. —Antes de que empezara a desear despertarme con su brazo sobre mí como si no pudiera soportar no tocarme, incluso cuando está dormido; antes de que organizara ese pícnic junto al lago, como si estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de verme feliz; antes de que pasara a formar parte de mi vida, de mi bienestar.

—Quizá. —Asiente.

A lo mejor si no estuviera tan unida a Crompton, si no fuera tan feliz aquí y estuviera más dispuesta a viajar, las cosas habrían sido diferentes. Tal vez entonces habría podido imaginar una vida a mi lado. Pero tiene razón: es mejor que se vaya ahora y no dentro de unos meses, porque no hay forma de que podamos estar juntos; él no quiere quedarse y yo no quiero irme, así que solo nos queda separarnos.

—Compraste Crompton para estar más cerca de tu familia —murmuro—. ¿No vas a venir cuando los visites?

Él entrecierra los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—La razón por la que compraste Crompton —repito—. Tu familia. Carole y John, Jacob, Nathan...

—Sí, sé quiénes son los miembros de mi familia y no me hace falta tener una excusa para visitarlos. Compré Crompton como una inversión.

—Puede ser —acepto, aunque no me lo creo. ¿Por qué si no iba a comprar una mansión a medio camino entre Londres y Norfolk? Aunque es verdad que no necesita una excusa para verlos: lo quieren, no lo tratan como a un primo o un sobrino, sino como a un hermano o un hijo.

—Lo de Arizona es una buena inversión, pero no vamos a lograrlo si no me encargo personalmente.

—Y no tienes motivos para volver. —Se me quiebra la voz con la última frase, pero me encojo de hombros como si me limitara a exponer los hechos en lugar de compadecerme de mí misma. No quiero acabar mal con él, así que me trago las lágrimas e inspiro hondo—. Ha sido una pasada, Vincent Cove.

Me pone las manos en los brazos.

—Sí.

«Sí». ¿Eso es todo lo que va a decir? Sé que ha disfrutado de nuestro tiempo juntos porque Vincent no hace nada que no quiera, y ha pasado todas las noches y todo su tiempo libre conmigo. Quería estar conmigo. Y ahora quiere irse.

—Sí —repito—. Buen viaje, mi apuesto forastero.

Doy media vuelta y regreso a mi casa. Al lugar donde he vivido durante veinte años y que he amado toda mi vida. Mientras esté aquí, nada podrá hacerme daño.

KATE

Llamo a la puerta de la abuela tras haberme secado las lágrimas y haberme recompuesto. Es la única persona a la que quiero ver ahora mismo. Entro y me la encuentro a la mesa de la cocina, tomando el té. Verla me tranquiliza, aunque solo sea un poco.

—Buenos días, querida. Estaba esperando que vinieras a contármelo todo.

Cree que he venido a hablarle de Norfolk; está más que orgullosa de que haya conseguido ir.

—Me lo he pasado muy bien. —Le doy un beso en la mejilla y me acerco a la tetera—. ¿Te sirvo otro? —Ella niega con la cabeza y yo me preparo una taza—. Sus tíos son encantadores. Y he conocido a todos sus primos. Están muy unidos y tratan a Vincent como a un hermano. Y Norfolk... Es muy hermoso, abuela. Vi el mar y hasta jugué con las olas.

Tiene los ojos empañados por las lágrimas; se saca un pañuelo de la manga y se los seca.

—Son lágrimas de felicidad, cariño, lágrimas de felicidad.

—En el helicóptero estaba un poco nerviosa. Fue un poco movido. Pero, la verdad, una vez que llegamos, no pensaba en nada más que en lo encantadores que eran todos, en lo hermoso que era el lugar en el que estábamos y en lo atento y considerado que era Vincent. —Hago una pausa e intento controlar la respiración. No quiero estropearlo todo: la abuela está muy contenta de verme feliz y no pretendo echarlo a perder—. Pensaba que iba a sentir ansiedad o que iba a tener problemas para dormir o algo así, pero estuvo muy bien. Mejor que bien. Me alegro de haber ido.

—Estoy muy orgullosa de ti, cariño. —Junta las manos y nos sonreímos—. ¿Te encuentras bien? Pareces un poco apagada.

No puedo decirle que se ha ido.

—Me duele un poco la cabeza —me las apaño para decir. Tengo que superarlo, que encontrar el valor de seguir adelante. Después de todo, sabía que esto iba a pasar. Para él Crompton solo ha sido una inversión, y le decía a todo el mundo que no iba a quedarse. Yo sabía que él no podía, pero ha estado el tiempo suficiente como para que me acostumbrara a tenerlo aquí.

—Cuéntame más sobre Norfolk.

No quiero hablarle del viaje en helicóptero, de la hoguera o del paseo por la playa; no quiero recordar lo mucho que se esforzó para que fuera feliz o que estaba tan desesperado por que estuviera cómoda que hasta enmarcó unas fotos de Crompton para que yo las pusiera en la mesilla de noche.

Siento una opresión en el pecho, como si la gravedad hubiera aumentado y necesitara todas mis fuerzas para mantenerme en pie.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta la abuela.

—Sí. Ya te lo he dicho: solo es un dolor de cabeza. Y ahora que lo pienso, tenemos que conseguir unas cajas. Solo falta un mes para que nos mudemos. Tengo que empezar a empaquetarlo todo. —Me pongo de pie como si fuera a empezar de inmediato.

—¿No puedes quedarte y contarme tu fin de semana?

Miro el reloj.

—Es que he perdido totalmente la noción del tiempo. Pero fue genial, en serio.

—Pues no lo parece. ¿Qué te pasa? Si no me lo dices, voy a suponer lo peor.

Tengo la peor cara de póquer del mundo, y, de todos modos, va a acabar por enterarse.

—Abuela, ¿me prometes guardar un secreto?

—Por supuesto, cariño. Sabes que puedes contarme cualquier cosa. ¿Estás embarazada? Los dolores de cabeza pueden ser una señal temprana.

Si fuera eso...

—No estoy embarazada, abuela. Vincent se ha ido. A Arizona. Y no va a volver. Solo estoy... un poco en *shock*, nada más.

Deja la taza.

—¿Qué? ¿Dónde dices que se ha ido? ¿Lo has plantado? —Sacudo la cabeza. Habría sido más fácil si lo odiara, si me hubiera hecho daño—. Entonces, ¿por qué se ha marchado?

—Porque eso es lo que hace. Siempre he sabido que se iría, pero pensaba que sería más adelante, no hoy. —No debería haber dado ni un solo día por sentado con él; sabía que no iba a quedarse; me lo dijo: su hogar estaba dondequiera que colgara el sombrero y, por lo que fuera, había vuelto a ponerse el sombrero y había decidido que su próximo hogar estaría en Arizona, a miles de kilómetros de mí—. Cada vez que dejo Crompton, algo terrible sucede —murmuro con la voz temblorosa.

Habría sido mejor quedarnos aquí y no ir a Norfolk, pero tengo la solución: quedarme aquí, justo aquí, y no hacer más cambios. Era feliz antes de ir a Norfolk. Veía con perspectiva lo que había entre Vincent y yo y lo que iba a pasar con la finca.

—Cariño, acabas de decir que lo pasaste muy bien en Norfolk. Ir a Norfolk no ha provocado que Vincent se vaya, igual que ir a Cambridge no provocó la muerte de tu abuelo. Llevo diez años diciéndotelo y no me escuchas.

—Pero el abuelo se preocupaba por mí...

—Los dos nos preocupábamos. El abuelo estaba viejo y enfermo, mi amor; que te fueras no lo mató.

—Pero si no me hubiera ido....

—Estaba enfermo. Eres una mujer muy inteligente y sabes que no se murió porque te fueras. Y Vincent no se ha ido a Arizona porque tú dejaras la finca y te fueras a Norfolk. La vida no funciona así. Has creado tu propia superstición a medida y te has convencido de que tienes que seguirla.

¿Es eso lo que he hecho? ¿Mezclar todas estas terribles experiencias vitales e inventar una superstición que me dé una sensación de control sobre acontecimientos incontrolables? Tiene sentido. Y supongo que siempre lo he sabido hasta cierto punto, pero estar en Crompton me hace feliz de verdad.

—Ya no puedes esconderte detrás de esa superstición —continúa la abuela—. Crompton fue un compañero reconfortante e incondicional tras la muerte de tu madre. Antes de eso habías tenido una vida dura, y es lógico que necesitaras un salvavidas, pero ya estás a salvo, ya has llegado a tierra firme. Ese salvavidas siempre estará aquí, pero ya no lo necesitas. Es hora de explorar, de dejarte llevar, porque ahí fuera hay todo un mundo por recorrer y tú tienes toda la vida por delante, mi querida niña. Tienes que salir y abrazar la vida.

Respiro entrecortadamente. La abuela tiene razón. En cierto modo, siempre he sabido la verdad que ella ha articulado con tanta precisión. Aunque Crompton siempre me parecerá un lugar seguro, aventurarme fuera de él no es lo que hace que ocurran cosas malas. Lo sé, siempre lo he sabido, y ha llegado la hora de empezar a vivir como si lo creyera.

—Que Vincent se vaya no tiene nada que ver con que yo haya ido a Norfolk. —Suenan muy obvio cuando lo pongo en voz alta, pero esas palabras me liberan del peso con el que he cargado durante tanto tiempo.

VINCENT

Put a Arizona...

Desde la habitación del hotel contemplo las vistas del campo de golf y la piscina. Las rocas rojas de la izquierda están salpicadas de verde, en marcado contraste con el exuberante campo de golf esmeralda y la piscina azul turquesa. El sol lo baña todo.

Es único; es nuevo y precioso.

Me siento bien estando de nuevo en la carretera. Estoy más que preparado para nuevas puestas de sol, nuevas vistas desde las ventanas de mi habitación y nuevas oportunidades.

He quedado con Simon en el restaurante con vistas al campo de golf a las doce para hablar de la inversión en una comunidad de jubilados.

Marco el número del servicio de habitaciones. Normalmente, mi primera bebida en una nueva habitación de hotel es una cerveza de jengibre, pero hoy me apetece cambiar.

—¿Podría traermé un té helado? —pregunto.

—Desde luego, señor. Haré que se lo suban enseguida.

Suspiro. Sí, aquí es donde debo estar. Me siento bien. Mi trabajo en Crompton está hecho, y no tenía por qué pasar tanto tiempo ahí, pero, de todos modos, de no haberlo hecho, me habría visto obligado a regresar para la cena de aniversario de John y Carole. Era más lógico marcharme después.

La conversación con Kate fue un infierno, pero ella sabe que Crompton no es mi hogar. Ella es de ahí, yo no. Me voy a la ducha para no pensar en lo gilipollas que fui al llevarla a Norfolk para ahora marcharme.

Me gusta tomar una bebida fría y darme una ducha cuando me instalo en un sitio nuevo.

Suena el timbre de mi *suite* cuando estoy poniéndome la toalla alrededor de la cintura. Cojo otra más pequeña y me seco el pelo con ella mientras voy hacia la puerta.

—Buenos días, señor. Le traigo el té. —El camarero atraviesa la habitación y pone la bebida en un posavasos sobre la mesa que está junto al sofá.

En cuanto veo el té helado, quiero una cerveza de jengibre. Cielos, ¿cuándo me he convertido en un animal de costumbres? Kate se había fijado en mis hábitos y en mi gusto por las rutinas, aunque yo nunca había pensado en ello.

—¿Tienen cerveza de jengibre? —pregunto.

—Su asistente nos ha llamado, señor Cove, y la nevera está llena de su marca favorita. ¿Quiere que le sirva un vaso?

—No se preocupe, lo haré yo mismo. —Le doy la propina y espero a que se marche.

¿Por qué he pedido un té helado cuando lo que quiero es una cerveza de jengibre?

Vuelvo a sacar el móvil y le envío un mensaje a Jacob para avisarlo de que he tenido que abandonar el Reino Unido de forma inesperada. Kate se lleva bien tanto con Sutton como con Ellie, así que quizá una de ellas la llame para ver cómo está. Tampoco es que vaya a estar devastada por mi partida ni nada. No es que estuviéramos...

Cojo el vaso de té helado y le doy un trago. No, no. Sin duda lo que quiero es una cerveza de

jengibre.

Joder.

Voy a la nevera, cojo una y la abro con más fuerza de la necesaria. Me bebo el primer trago directamente de la botella. Sí, esto es justo lo que quiero: una ducha y una cerveza de jengibre, como siempre.

Simon ya estaba sentado a la mesa cuando he llegado al restaurante.

—¿Ya has pedido? —pregunto.

—No. Estaba esperando por ti.

—¿Qué me recomiendas? —Le echo un vistazo a la carta.

—Ni idea. Nunca he comido aquí.

Pedimos una quesadilla para mí y tacos para él.

—Entonces, ¿cuándo vamos a ver el sitio? —inquiero.

—Bueno, no esperaba que llegaras tan rápido, así que aún estoy intentando organizarlo.

—Pero está en venta...

—Como te dije por teléfono, no se deciden a darnos un precio y hay un accionista que no deja de dar largas. Con un poco de suerte, podremos visitarlo esta semana.

—En ese caso, me alegro de haber venido. Así puedo estudiarlo contigo.

—De acuerdo —responde, con tono inseguro—. Quiero llevar a un topógrafo con nosotros. Tendremos que hacer un estudio del terreno para saber cómo va a ir la construcción.

—Estupendo —apruebo—. Así podremos tomar una decisión con rapidez porque ya lo habré visto. ¿Has hecho el estudio de viabilidad?

—Sí, lo he terminado esta mañana y por eso no te lo he enviado por correo. Puedo hacerlo ahora. —Saca el teléfono.

—¿Y es viable?

Se encoge de hombros.

—Está al límite. Y corres el riesgo de que uno de los grandes se instale al lado. Como ya te comenté, no hemos podido averiguar quién ha comprado esa parcela, pero, si es una gran marca, no obtendremos los permisos para hacer algo similar y tendríamos que vender o cambiar el concepto de arriba abajo.

—Es verdad —reconozco. Creo recordar que me habló de ese riesgo, pero debo de haberlo olvidado—. Envíame lo que tengas sobre los propietarios de la parcela de al lado y haré que mi equipo lo investigue un poco. ¿Qué sabes de otros licitadores de la parcela que nos interesa?

—No mucho —responde—. Estoy tanteando el terreno, pero no quiero levantar la liebre, que se sepa que va a salir al mercado y que acabemos en una guerra de ofertas antes incluso de saber el precio.

—A nadie le gustan las guerras de ofertas.

—Sinceramente, Vincent, podrías haberte ahorrado el viaje. Hasta que no llevemos a cabo la visita inicial, no hay nada que hacer. Y antes de eso, lo más importante es averiguar quién ha comprado la otra parcela.

Pensaba que era urgente que viniera, pero a lo mejor solo quería creer que lo era. No me apetecía perder la oportunidad, algo muy probable, porque estaba centrado en Crompton... y en Kate.

—Me pillaba de camino —digo. No es verdad, pero él no tiene por qué saber que necesito deshacerme de las raíces que he plantado sin querer—. Me quedará un par de días, a ver si averiguo

algo sobre quién es el dueño de la parcela. Hay un par de cosas más que quería estudiar, entre ellas, la inversión en una fábrica de semiconductores en Tucson. Podría pasarme y hablar con uno de los socios.

—Y así matas dos pájaros de un tiro —aprueba.

Cierto. Excepto que no hay pájaros que matar en Arizona. Lo que ha pasado es que me he asustado y he salido corriendo, y no me había dado cuenta hasta ahora. Crompton se ha hecho un hueco en mi corazón y he pulsado el botón de eyección antes de saber lo que estaba haciendo.

Soy idiota.

El silencio está durando demasiado, y Simon me mira como si me hubiera nacido otra cabeza.

—Y... eeh... también está el golf —digo, y Simon se ríe entre dientes.

Como si fuera a viajar a Arizona —o a cualquier sitio— para jugar al golf... Solo intento guardar las apariencias. Miro el móvil y veo que Jacob me ha contestado.

¿Cómo está Kate?

Solo con ver el nombre de Kate siento una opresión en el pecho. Irme ha sido... fácil no, pero sí típico de mí. Estoy de nuevo de aquí para allá, y así es como me siento cómodo. Me siento más yo mismo cuando voy de ciudad en ciudad. Llevo mucho tiempo así, y es lo que me gusta. O lo que me gustaba...

Cuando Simon va al baño, tecleo una respuesta para Jacob.

¿Puedes pedirle a Sutton que le eche un ojo?

Soy imbécil. Pensaba que esto iba a ser una ruptura limpia: no nos hicimos ninguna promesa y ninguno de los dos esperaba un final feliz. Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

Abro Instagram y miro la página de Crompton. Kate no ha publicado más fotos desde que me fui; la última fue una vista del lago, la que disfrutamos en nuestra primera cita y al día siguiente.

Quiero ponerme en contacto con ella, hablar con ella y decirle que la echo de menos, pero no quiero empeorar las cosas ni que piense que voy a regresar y a quedarme para siempre, porque no es así.

La opresión dolorosa en mi pecho no disminuye. Es como si mi cuerpo siguiera deseándola a pesar de que mi mente sepa que lo nuestro no puede ser.

Merece quedarse en Crompton porque eso es lo que la hará feliz; se merece un hombre que pueda prometerle un futuro.

Se merece a alguien mejor que yo.

KATE

Durante los dos últimos días, el personal de Crompton ha contemplado con entusiasmo cómo levantaban una gigantesca tienda junto a la casa, alejada de los jardines que aún permanecerán abiertos al público durante una temporada. Las especulaciones sobre qué podría ser han corrido como la pólvora, pero cuando pusieron el suelo y trajeron el aire acondicionado y mesas de sala de conferencias y sillas, quedó claro que la finalidad de esa tienda era más laboral que lúdica. En esencia, es una enorme oficina. Cuando he pasado por ahí esta mañana temprano, Michael estaba pegado a su portátil, así que no ha sido difícil deducir que es el nuevo centro de trabajo ahora que han empezado las obras en la antigua casa.

Desde que Vincent le dejó la organización de Crompton a Michael, ya no necesita un asistente, y eso está bien, porque estoy a punto de empezar la formación para el puesto de jefa de relaciones con los huéspedes.

Michael toma las decisiones, Vincent se ha ido y yo he vuelto a la tetería y he recuperado el trabajo en La Liebre de Oro.

Es casi como si Vincent nunca hubiera estado aquí.

—¿Estás lista? —le pregunto a Meghan, que está sentada a mi lado en una de las sillas de cocina que hemos plantado frente a la puerta de mi casa para ver el ir y venir de los albañiles y los camiones de reparto, y a un caniche miniatura que ha salido de la nada.

—El conde no aprobaría lo del perro.

—No —ríe entre dientes—, pero es muy bonito. Debe de ser de uno de los obreros.

—¿Crees que Sacha se ha rebelado y es de ella?

—No. Pero supongo que adoptará uno cuando se mude a la casa nueva.

—Ayer fui a la urbanización con algunos de los inquilinos de aquí. —Meghan no vive en la urbanización, sino en el pueblo.

—Ah, ¿sí? —me sorprende—. ¿Y qué tal?

—Bien. Estoy pensando en alquilar una de las casas.

Se me acelera el corazón.

—Eso estaría genial. Seríamos vecinas.

—Así saldría de la pocilga que le alquilo ahora a la cooperativa. Y si consigo un trabajo a tiempo completo en el hotel, a lo mejor incluso dejo el *pub* —sonríe, emocionada.

—Aún falta bastante tiempo para la apertura del hotel —comento—. Pero a lo mejor nos dicen algo más en la reunión. —No tengo ni idea de si todo va según lo previsto.

Anoche todos los empleados recibimos un correo de Michael en el que nos pedía que acudiéramos a una reunión en la tienda para conocer al nuevo director general del hotel. La mayoría de los empleados actuales de Crompton aún no han recibido ninguna oferta de trabajo, salvo Basil y yo. El resto de los jefes de sección viene de fuera y llegarán en los próximos meses. El resto del personal está a la espera de la lista de vacantes y las fechas de apertura.

—¿Nos vamos? —sugiere—. Así podremos hacernos con un buen sitio.

Llevamos las sillas dentro y cierro la casa. Llamo a la ventana de la abuela al pasar y la saludo con la mano. La abuela va a trabajar como voluntaria en el nuevo jardín botánico, pero no va a aceptar un trabajo en el hotel. No tengo valor para decirle que Vincent podría cambiar de opinión sobre los nuevos jardines ahora que se ha ido. Tampoco es que piense que aceptó por mí, pero al no estar en Crompton, podría priorizar otros proyectos en su lugar.

—¿Sabes algo de él? —pregunta mientras subimos la cuesta hasta la entrada de la casa.

Vacilo antes de responder porque alguien dejó un comentario en la foto de Instagram del lago, y estoy convencida de que fue él.

—No —respondo por fin. Si fue él, eso no significa nada. Si quiere hablar conmigo, tiene mi número, aunque sé que no va a llamar. Ya ha colgado el sombrero en otro sitio, y debo hacerme a la idea—. Pero estoy bien. —Es una mentira a medias. Lo echo de menos, y no es algo a lo que esté acostumbrada porque veo a diario a la gente que me gusta. Echarlo de menos es como un gélido nudo en mis entrañas que creo que jamás va a desaparecer: siempre llevaré a Vincent Cove en mis recuerdos, y, aunque me incomode, prefiero que sea así. Conocerlo y pasar esas semanas juntos ha sido una de las épocas más felices de mi vida. Todavía duele, pero aun así estoy muy contenta de haber pasado ese tiempo con él.

—¿Crees que volverá?

No, pero no quiero que Meghan piense que Vincent ha perdido interés en Crompton como negocio. Él sabe cómo hacer dinero sin necesidad de supervisar todo personalmente.

—Supongo que sí.

—¿Estás nerviosa por el nuevo trabajo? —pregunta.

—Estoy emocionada. —Es verdad: estoy impaciente por contarles a los huéspedes todo lo que sé sobre Crompton y que les entusiasme tanto como a mí.

—Yo también estoy emocionada, aunque aún no tenga resuelto el tema del trabajo. Creo que esto podría ser algo grande.

—Estoy de acuerdo. —Saludo con la mano a Sandra, que viene en la otra dirección—. Y lo mejor de todo es que voy a trabajar con gente fantástica a la que conozco, quiero y valoro.

Meghan enlaza su brazo con el mío y nos juntamos con Sandra junto a la tienda.

—Hemos llegado pronto —comenta Sandra—, pero es que quiero un asiento en primera fila para decirle al director general que deseo un trabajo que tenga que ver con el té.

—¿Vas a leer el futuro en las hojas del té? —bromeo.

—Quiero servir Earl Grey, no cotillear.

—En mis tiempos, si una tienda tenía cremallera, eras un pijo. Y mira este lugar: si hasta tiene luz eléctrica... —dice Sandra.

—Esta no es la típica tienda que llevas para pasar una semana de veraneo en la playa —ríe—. Aunque tiene aire acondicionado, así que es la única clase de tienda que querría para viajar.

Pienso en Vincent y me pregunto si habrá ido alguna vez de acampada. Tal vez antes de que su padre lo abandonara. Su vida antes de que se fuera había sido muy distinta, al contrario que la mía antes de que muriera mi madre. Ojalá hubiéramos podido hablar más, compartir más, superarlo juntos.

Nos sentamos en primera fila y Michael llega con Molly y una mujer a la que reconozco por su foto profesional en LinkedIn. Sin pensarlo, me pongo en pie de un salto.

—Olga, encantada de conocerte. Soy Kate. Estoy deseando ser tu jefa de relaciones con los huéspedes.

Olga me dedica una cálida sonrisa y me estrecha la mano.

—He oído hablar mucho de ti. Espero que me enseñes un montón de cosas sobre este maravilloso lugar.

—Me hace mucha ilusión. Todos estamos encantados de que estés aquí. —Le presento a Sandra y Meghan y, mientras charlan animadamente con Olga, veo cómo entra en la tienda la gente que me conoce de toda la vida. El entusiasmo se palpa en el ambiente, y yo me dejo llevar por él. Ya no estoy enfadada con el conde por haber vendido este lugar, porque debería haberlo hecho hace diez años; ya no estoy nerviosa porque mi mundo vaya a ponerse patas arriba, porque eso ya ocurrió cuando Vincent entró en mi vida y me dejó el corazón magullado y cicatrices en el alma; estar con él me ha cambiado por completo.

Antes de Vincent yo me limitaba a sobrevivir. Él me ha hecho vivir.

—Probando, probando —dice Michael a través del micrófono situado en la parte delantera de la tienda.

—¡Hasta un puñetero micrófono! —exclama Sandra—. Increíble.

Actúa como si una nave extraterrestre acabara de aterrizar frente a nosotros.

—Sandra, que no tienes trescientos años —la reprendo—. No es el primer micrófono que ves.

—Pero no en una tienda —replica.

—Bueno, pues disfruta de la nueva experiencia. Creo que están en camino un montón más, así que ve preparándote.

Una vez que han llegado todos, Michael habla de los plazos de apertura del hotel. No tiene ninguna duda de que abrirán según lo previsto, dentro de nueve meses. Nos muestra imágenes de cómo serán el interior y el exterior del hotel, que yo ya he visto, y hace mucho hincapié en que el lujo del hotel empieza por las apariencias, pero se materializa en el servicio. A continuación presenta a Olga, que habla de los puestos de trabajo que van a estar disponibles. El equipo de relaciones con los huéspedes tendrá seis miembros, incluida yo. Luego nos explica los programas de formación.

—Michael está en lo cierto al afirmar que el servicio que reciban los huéspedes en nuestro hotel marcará la diferencia con otros hoteles de la competencia y, además, nos garantizará el santo grial de los hoteleros: clientes que repiten. Si causamos buena impresión, la gente volverá. Si la gente vuelve, el hotel triunfará, y el éxito alimenta al éxito.

Continúa su discurso explicando lo beneficioso que será el hotel para las empresas locales y los pueblos de alrededor, y el entusiasmo inunda el ambiente cuando todos se dan cuenta de que tenemos la oportunidad de convertir este hotel en algo espectacular cuyo éxito, como una piedra arrojada en medio de un lago, provoque un efecto dominó que llegue mucho más allá de la finca.

—La clave es la coherencia —prosigue Olga—. Eso significa que el servicio que reciben nuestros clientes del equipo de relaciones con los huéspedes debe ser de tan alta calidad como el que les ofrece el personal de limpieza, los botones, los equipos de restauración, los jardineros y el personal de mantenimiento. No puede haber eslabones débiles. Tenemos que ofrecer un servicio excepcional sea cual sea nuestra función en el hotel.

Hace una pausa y una parte de mí piensa que está a punto de presentar a Vincent, que hablará de todos los hoteles increíbles en los que se ha alojado o que quizá compartirá anécdotas que se le han quedado grabadas en la memoria. Pero justo cuando mi corazón empieza a acelerarse, Olga sigue hablando.

—Los jefes de departamento, algunos de los cuales están hoy aquí, se formarán con gente que lleva a cabo las mismas labores en otros hoteles de lujo. Les transmitirán esos conocimientos a ustedes, a todos nosotros, y esa experiencia será muy beneficiosa, pero lo primero es entender el lujo: tenemos que ver un servicio excepcional y saber qué se siente antes de poder ofrecerlo. Por eso, los jefes de

departamento viajarán a Londres la semana que viene para pasar una noche en el Four Seasons de Park Lane.

Se me corta el aliento. Desde que me mudé aquí, Norfolk es lo más lejos que he estado de la finca, y aunque Londres está más o menos a la misma distancia, será una experiencia muy diferente, y no sé si podré ir.

—El Four Seasons es famoso en todo el mundo por su excepcional servicio. Los jefes de departamento podrán verlo y experimentarlo por sí mismos. Quiero que aprendan de ello, que saquen ideas, que se entusiasmen. Y quiero que vuelvan y las compartan con sus equipos.

Se trata de un requisito laboral, el primero de mi nuevo puesto. Si quiero quedarme en Crompton y ser la jefa de relaciones con los huéspedes, debo hacerlo.

Si hace tres meses me hubieran dicho que saldría de Crompton para ir a Norfolk, habría dicho que de ninguna manera. Pero ahora mismo no me parece tan inadmisible la idea de viajar a Londres con los demás jefes de departamento, a los que, en su mayoría, conozco de toda la vida, porque Vincent me ha demostrado de lo que soy capaz; porque he descubierto lo fuerte que soy en realidad.

KATE

Durante la última semana, he intentado actuar como si todo fuera bien aunque no sea así.

Vincent se ha ido y no ha llamado para decir que ha cambiado de opinión ni ha aparecido en mitad de la noche con un ramo de rosas y deshaciéndose en disculpas. No ha hecho realidad ninguna de las fantasías que me rondaban por la cabeza cuando no tenía nada que hacer. Aún me duele el corazón, y siento una opresión en el pecho. La tristeza me inunda por entero porque ese hombre maravilloso ya no está en mi vida.

Pero sigo adelante, un paso tras otro, esperando que la estabilidad de la que disfruto en Crompton me ayude a superarlo.

La llamada de ayer de Sutton fue un *shock*, y que vaya a pasarse por aquí hoy lo es aún más. Levanto la vista cuando suena la campanilla de la puerta de la tetería, pero es Viola, que viene a visitar los jardines todos los domingos. Yo no suelo trabajar en domingo, pero la conocí cuando sustituía a Sandra.

La campanilla vuelve a sonar y esta vez sí es Sutton. Estoy un poco nerviosa, porque no he hecho nuevos amigos desde que dejé la universidad, pero esta mujer me cae bien. Le dedico una sonrisita cuando se acerca a la mesa y me abraza. El nudo que se me forma en la garganta me pilló por sorpresa: Sutton es una prueba más de lo que me estoy perdiendo al no tener a Vincent en mi vida.

Nos saludamos, pedimos bebidas y volvemos a la mesa. En cuanto nos sentamos, Sutton me coge del brazo.

—¿Cómo estás? —Sabe que él se ha ido.

—Estoy bien —respondo, pero me delata el modo en que mi voz se quiebra—. Siempre he sabido que Vincent no iba a quedarse mucho tiempo.

—Pensé que esta vez iba a ser diferente —suspira—. Verlo contigo fue tan... refrescante... Nunca había visto esa faceta tan dulce de Vincent... No me malinterpretes, es amable y optimista, pero estaba muy pendiente de que te sintieras bien. Fue encantador.

Inspiro hondo, porque no quiero perder la compostura en público.

—Es encantador —consigo articular.

—¿Has sabido algo de él? —pregunta.

Sacudo la cabeza y levanto la vista de la taza de té.

—Tampoco esperaba tener noticias tuyas. ¿Cómo estás tú?

—Jacob dice que terminará por entrar en razón —comenta, ignorando mi pregunta.

—No —respondo, mirándola a los ojos—. No hagas eso. No me des esperanzas cuando sé que no las hay. Entiendo que lo que le pasó de niño le dejó una cicatriz. Lo entiendo de sobra. —Dejo escapar una risa amarga—. Es irónico que Vincent me ayudara a cerrar mis propias heridas. —Trago saliva y parpadeo para espantar las lágrimas—. Siempre le estaré agradecida por ello.

Sutton me aprieta el brazo.

—¿Te refieres a lo de llevarte a Norfolk?

—Sí, por ejemplo. Pero el mero hecho de estar con él me ayudó a cambiar. Lo echo de menos. —

Se me vuelve a quebrar la voz y me detengo un instante—. Debo aceptar que siempre lo echaré de menos, pero ahora mi futuro es más prometedor: los cambios ya no me asustan tanto.

—¿Has pensado en ponerte en contacto con él?

Cojo mi taza y le doy un sorbo a mi té verde.

—No —respondo—. No porque no quiera escuchar su preciosa voz u oírle hablar de cómo le ha ido el día, sino porque yo no soy lo que busca. Es mejor que sea libre para perseguir algo que haga por él lo que él ha hecho por mí: curarlo.

—Tú podrías ser esa persona —dice Sutton, pero sé que no lo soy. Debe de ver la expresión de mi cara, porque levanta una mano para que no me atreva a contradecirla—. Escucha, tengo una teoría. Vincent parece tener una fobia al compromiso que las dos sabemos que viene de la infancia. Pero creo que, en realidad, lo que le ocurre es que no quiere sentir nada por nadie por miedo a que lo abandone como hizo su padre.

Le doy vueltas a esa idea hasta que cala hondo en mi interior.

—Sí, tiene lógica —reconozco. Los latidos de mi corazón pasan del trote al galope—. Pero eso no cambia nada.

—A menos que necesite una garantía de que no lo abandonarás.

El corazón se me acelera tanto que creo que se me va a salir del pecho.

—Una garantía —repito—. ¿Qué quiere decir eso? ¿Un compromiso o algo así? ¿Y de qué va a servir? Hasta los matrimonios pueden acabar en divorcio. En esta vida no hay nada garantizado.

Hunde los hombros y suspira.

—Lo sé. Y no tengo ni idea de cómo podrías convencerlo de que no vas a defraudarlo.

¿Es eso lo que Vincent quiere de mí? ¿Un compromiso? Siempre he pensado que deseaba justo lo contrario: libertad para ir donde lo llevaran sus pasos, pero a lo mejor lo que ansía en realidad es comodidad y seguridad. En cuanto esa idea llega a mi mente, la expreso en voz alta.

—Me abandonó antes de que yo pudiera abandonarlo.

—Creo que sí.

No hace falta que Sutton me lo confirme, porque todo encaja.

En mi mente se agolpan las posibilidades. No sé cómo convencerlo de que no me voy a ir a ninguna parte, pero, por primera vez desde que se fue, me siento esperanzada.

VINCENT

Llego pronto a mi cita para comer con Jacob y Beau. Llegué a Londres desde Tucson por la noche y, a pesar de la ducha, todavía no me he quitado de encima el aturdimiento del vuelo nocturno. Si me hubiera quedado en el hotel, me habría dormido.

El teléfono vibra para avisarme de que tengo un correo. Es el plan de formación de Olga y va dirigido a Michael. A mí me han puesto en copia y, normalmente, ni me molestaría en abrirlo, pero tal vez me dé una pista de cómo le va a Kate. Estoy ávido de cualquier migaja de información.

Abro el documento e intento localizar su nombre, pero no aparece, así que busco en el documento los jefes de departamento y encuentro su nuevo cargo en la parte que habla de «la experiencia de servicio», un plan para que los jefes de departamento viajen a Londres y se alojen en el Four Seasons, el hotel en el que me hospedo actualmente, mañana por la noche.

Kate y yo estaremos en el mismo hotel al mismo tiempo.

La adrenalina corre por mis venas, y me da un vuelco el estómago. ¿Cómo se las arreglará para venir a Londres? Estará lejos de Crompton y no habrá manera de que regrese rápidamente si no lo lleva bien. Me inunda una mezcla de temor e instinto de protección. Se merece algo mejor que yo, pero eso no significa que haya dejado de preocuparme por ella.

Tengo que hacer algo para ayudarla, pero, antes de que pueda pensarlo siquiera, llega Jacob.

—Oye, tienes una pinta terrible —se burla—. Te haces viejo. Ya no llevas bien los vuelos nocturnos.

Ni siquiera me molesto en levantarme. No ha sido el vuelo nocturno lo que me ha dejado agotado, es que no he dormido bien desde que salí del Reino Unido.

—Yo también me alegro de verte —mascullo—. ¿Dónde está Beau?

Jacob señala la puerta con la cabeza; echo un vistazo y lo encuentro hablando con una camarera. Por supuesto. Nunca ha conocido a una mujer que no le gustara.

—¿Qué tal en Arizona? —pregunta Jacob.

—Ha sido una mierda —respondo.

—No es la respuesta que esperaba, pero tampoco me sorprende. Estabas pasándolo genial con Kate, decidiste que te estabas encariñando y te largaste. Y ahora te arrepientes.

Me paso una mano por el pelo.

—¿Ya empezamos con la intervención? Si todavía no me he pedido ni una copa...

Justo en ese momento se acerca la camarera. Antes de que pueda decir nada, Jacob pide tres margaritas.

—¿Margaritas? ¿Vamos a beber durante el día?

—Es mi día libre y el de Beau también, y tú necesitas una copa o dormir bien. He mirado la carta y, de las dos cosas, solo ofrecen la bebida.

Beau llega por fin a la mesa y me da una palmada en la espalda antes de sentarse.

—Estás hecho una mierda. ¿Alguien quiere una cerveza?

—Jacob acaba de pedir unos margaritas.

—Estupendo —ríe Beau.

—Le estaba diciendo a Vincent que es idiota —comenta Jacob.

—¿Así, en general, o por algún motivo concreto? —pregunta Beau.

—Porque ha dejado a Kate.

—Kate es genial y muy sexy —dice Beau—. Entonces, ¿ahora está libre?

—No seas idiota —mascullo.

—Está bromeando —interviene Jacob—. Pero va a haber otros tíos que no bromeen. Es guapa, divertida, inteligente...

—No bromeaba —interrumpe Beau, sonriente. Sí que bromea, pero eso no me ayuda a deshacerme del miedo que me da que Kate pueda estar con otro—. No deberías tener tanta fobia al compromiso.

No hace falta que lo diga, pero saberlo y hacer algo al respecto son dos cosas muy distintas.

—Kate está mejor sin mí.

Es el turno de Jacob para interrumpir.

—No tiene fobia al compromiso.

Beau estalla en carcajadas y en ese momento llega la camarera con las bebidas. Pedimos el almuerzo y Beau alza la copa para brindar.

—Por los hermanos Cove. —Se me eriza el vello de la nuca—. Vamos, hermano —añade, y a pesar de lo frustrado y confuso que estoy por el modo en que ha empezado la comida, sonrío al oírlo.

Entrechocamos las copas y probamos un sorbo.

—Ahora ya puedes retomar el chiste ese de que Vincent no tiene fobia al compromiso —le pide Beau a Jacob.

Jacob se encoge de hombros.

—No creo que sea así. Es un tío comprometido. Con nuestra familia, por ejemplo: si lo necesitamos, siempre está ahí. También se compromete con las empresas en las que invierte, y la mayor parte de su equipo trabaja con él desde hace una década.

—Claro. Pero eso es diferente.

—Para nada. No es el compromiso lo que te hace huir: es el miedo. Hay cosas que te dan miedo y otras que te parecen bien. Y por lo que puedo ver, se remonta a cuando tu padre se fue. Te obligaron a dejar el hogar en el que habías sido feliz y ahora tienes miedo de sentir apego otra vez. No quieres vivir en un lugar fijo porque temes que te lo quiten, y no lo entiendo. Quiero decir, tienes bastante dinero como para comprar la mitad de los Estados Unidos o todo el Reino Unido y los negocios no te obligan a viajar: lo haces porque así tienes el control. Y lo mismo pasa con tu equipo. Tu problema no es el compromiso, sino el miedo a que te quiten lo que te has comprometido a hacer.

El miedo me atenaza el pecho y me oprime las costillas. He renunciado a Kate porque soy un desastre. No sé si hacía falta que me lo confirmaran, pero oírlo no me ha sentado demasiado bien.

—Quizá tengas razón, pero saber cuál es el problema no hace que se resuelva.

—Tiene razón —interviene Beau—, y lo sabes. De lo que no te das cuenta es de que es una gilipollez. Como ha dicho Jacob, te comprometes con un montón de cosas: la familia, los negocios... Y apuesto a que te dices a ti mismo que no te comprometiste con la universidad, pero la dejaste porque estabas ganando un montón de dinero con otras cosas. ¿Para qué ibas a querer ser médico?

No voy a confesarle la verdadera razón: que quería que John y Carole me aceptaran como a uno de

sus hijos. Suena demasiado cursi, patético o absurdo. Tacha lo que no proceda.

—Y después de bajar de un avión, lo primero que pides es una cerveza de jengibre —comenta Jacob—. Y llevas la misma clase de calzoncillos desde que estabas en Cambridge.

—Me inquieta un poco que sepas eso —mascullo.

—Es decir, que has sido capaz de comprometerte con Calvin Klein —dice Beau—, pero no con una mujer guapa, divertida y leal.

Esa comparación me arranca un gemido.

—No digas eso.

—Es normal que no quieras que te hagan daño —razona Jacob—, pero, si no te arriesgas, vas a pagar las consecuencias. ¿Estás dispuesto a arriesgarte con Kate o vas a conformarte con ser un solterón miserable?

—Es una cosa o la otra, ¿no?

—Me da que sí —sonríe Beau.

—¿Y si me deja?

—Pues te quedarás hecho polvo —concluye Jacob—, pero, tío, ya estás hecho polvo sin ella. Y lo sabes.

«Hecho polvo» describe a la perfección cómo me siento. No he dormido bien desde que salí de Crompton; no he podido concentrarme. Incluso la comida no sabe igual.

—Con Sutton supiste enseguida que era para ti, ¿verdad? Que querías casarte con ella y estar con ella para siempre.

Jacob asiente.

—Sin duda alguna. Y creo que a ti te ocurre lo mismo con Kate.

¿*En serio?*

—Por eso has regresado tan rápido a Londres. Ni siquiera has pasado por Nueva York, ¿verdad? —pregunta Beau.

Me lo tomo como una pregunta retórica.

—Jamás he dedicado un segundo pensamiento a una mujer después de separarnos, aunque eso me convierta en un cabrón. Pero Kate... Kate es diferente. La echo de menos. Echo de menos su entusiasmo y su optimismo. Una sonrisa suya vale más que toda mi fortuna. Y cuando pienso en un futuro sin ella, me siento aterrorizado, como si ya hubiera fracasado.

—Pues ya sabes lo que hay —replica Beau—. Porque si yo sintiera algo así por una mujer, me casaría con ella.

Se me acelera el corazón y late con fuerza contra mis costillas. «*Bum, bum, bum*».

¿Casarme?

—No se trata solo de casarte —puntualiza Jacob—. Se trata de amarla, de disfrutar de su compañía, de quererla y cuidarla.

—No va a querer casarse con un hombre como yo —digo—. Siempre estoy viajando. Aunque comprara una casa y me estableciera, tendría que viajar. Y a ella no le gusta salir de Crompton.

—No pongas excusas de mierda —protesta Beau—. Si vale la pena, ya encontraréis el modo de hacer que funcione.

—¿Cuándo te has vuelto tan romántico? —pregunta Jacob.

—Solo he dicho lo que pienso —responde Beau.

¿Puede ser tan simple? ¿Solo tengo que arriesgarme y encontrar la manera de que funcione? Así es como siempre enfoco los negocios, pero Kate es más importante que mi vida profesional. Jacob ha hablado de riesgo y recompensa, y no puedo dejar de preguntarme qué estoy dispuesto a apostar por

Kate. Y lo que es más, después de cómo la he cagado, ¿será suficiente?

KATE

«Hola, Olga:

Creo que sufro una intoxicación alimentaria. Llevo todo el día vomitando y no voy a poder viajar con el resto de los jefes de departamento. Lo siento mucho.

Saludos

Kate».

Pulso el botón de enviar, dejo caer el teléfono sobre el sofá y me cubro la cara con las manos.

Jamás me había sentido tan fracasada.

Lo de la intoxicación alimentaria es una mentira a medias, porque llevo dos días con el estómago revuelto al pensar en salir de Crompton para ir a Londres. Me he puesto literalmente enferma y no he dejado de vomitar. Además, me duele muchísimo la cabeza.

Ahora que los jefes de departamento saldrán de Crompton hacia la estación dentro de treinta minutos. Irónicamente, los vómitos han cesado, pero la enfermedad sigue ahí.

Creo que nunca me había dado cuenta del alcance de mis problemas hasta que he tenido que enfrentarme a la perspectiva de subirme a un tren con destino a Londres para lo que es, a todas luces, una magnífica oportunidad. Solo es un viaje en tren. ¿Por qué no puedo hacerlo? Fui en helicóptero con Vincent.

¿Mi vida va a ser así a partir de ahora?

Quiero ir a Londres. Quiero el puesto de jefa de relaciones con los huéspedes. Siempre he pensado que no salgo de la finca muy a menudo porque no me apetece, pero ahora que quiero irme, que aspiro a obtener ese trabajo, que me muero por vivir la experiencia de alojarme en un lujoso hotel de Londres y comprender mejor el mundo en el que estoy a punto de entrar, el pánico me paraliza.

¿Por qué ir a Norfolk fue tan fácil?

Por Vincent.

Todo fue bien porque estaba con Vincent.

Lo echo mucho de menos. Me vienen a la cabeza recuerdos de nuestro fin de semana en Norfolk. La hoguera en el brasero. La fiesta. La playa.

La playa.

Subo corriendo y rebusco en mi mesilla de noche. Sé que lo he guardado aquí. Antes de verlo, noto los bordes lisos y fríos; lo cojo y lo saco del cajón. Resulta irónico que ese recuerdo de nuestro tiempo juntos sea un corazón de piedra, pero ignoro ese pensamiento y me concentro en su peso sobre la palma de mi mano, en su solidez. Paso el dedo por las vetas de cuarzo blanco sobre la roca gris oscura. Es precioso, el mejor regalo que me han hecho nunca. El tríptico de fotos de Crompton que dejé junto a la cama de Vincent la noche antes de que se fuera lo sigue muy de cerca, pero esta piedra parece hecha para nosotros. En aquel momento pensé que yo era el cuarzo blanco que se había colado inesperadamente en el impenetrable corazón de Vincent, o tal vez fuera al revés.

Le doy vueltas al corazón de piedra en la mano, una y otra vez.

Si Vincent me pidiera que fuera a Londres, iría. Haría cualquier cosa por él. Me las apañé para

acompañarlo a Norfolk y lo pasé genial, y no sé si fue porque quería estar con él o porque él creía en mí. Si imagino que voy a Londres a ver a Vincent, ¿podré subirme al tren?

KATE

Me concentro en Vincent y en los recuerdos de nuestro tiempo juntos, en cada conversación y cada beso, durante todo el trayecto hasta Londres.

Cuando iba hacia el monovolumen con la maleta, he pensado en la primera vez que vino a la tetería.

Al salir por las puertas de Crompton, he recordado cómo me cogió en brazos para que no me cayera en el *pub*.

Durante el viaje en tren hasta Londres, me he recreado en el pícnic junto al lago.

Mientras iba en el metro, he pensado en sus besos.

Y al registrarme en el hotel, me ha venido a la memoria cómo me miró en la playa de Norfolk.

Me digo a mí misma que hago todo esto por él, y a lo mejor es así.

Ahora, a solas en la habitación del hotel, la ansiedad empeora. Me miro en el espejo del baño.

Puedes hacerlo. Solo son veinticuatro horas y luego regresarás a Crompton.

Saber que los demás jefes de departamento, mis compañeros, están aquí me permite respirar un poco mejor. Solo un poco.

Me limpio una mancha de rímel bajo el ojo y voy al dormitorio para deshacer la maleta. El botones la ha colocado en el portaequipajes e incluso se ha molestado en abrirla. Olga nos ha pedido que tomemos nota de lo que más nos impresione de nuestra estancia, así que debería anotar el detalle de abrir y deshacer la maleta para que no se me olvide. Me quito los zapatos y saco el cuaderno del bolso. Doy un paso atrás y me hundo en el cómodo sillón azul marino que da al dormitorio de la *suite*.

Tomo una rápida nota sobre el botones, que se ha mostrado educado, pero también amable y hospitalario, y se ha interesado por mis planes sin parecer entrometido. El *check-in* también ha sido estupendo: parecía que ya me conocían.

Miro a mi alrededor. ¿Qué es lo que más me gusta de la habitación? Me llama la atención algo que hay sobre la mesilla de noche: un marco de fotos tríptico, como el que Vincent me regaló de camino a Norfolk.

Qué coincidencia. Quizá sacó la idea de su estancia en algún hotel de lujo.

Me levanto y voy hacia la mesilla. De lejos, con los ojos entrecerrados, me parecen las mismas fotos que hice de la finca Crompton, pero, al acercarme, veo que es el mismo marco.

El corazón me retumba en el pecho. ¿Quién ha puesto esto aquí? ¿Cómo han podido saberlo? Cojo el marco y lo estudio detenidamente. No hay duda: es el mismo. Detrás del primero hay un segundo marco con el mismo estilo de tríptico.

Me da un vuelco el estómago. Ese marco tiene tres fotografías distintas: una de Crompton House, otra de mi casa y otra de la de la abuela.

Me desplomo sobre la cama. Esto ha tenido que ser cosa de Vincent. No hay otra explicación posible.

Pero ¿cómo?

Cojo el teléfono y marco el cero.

—Buenos días, señorita Saunders, ¿en qué podemos ayudarla?

—Hola. Gracias. Eeh... Hay unas fotografías junto a mi cama; ¿quién las ha puesto ahí?

—¿Es usted una huésped habitual? —pregunta.

—No, es mi primera visita.

Tras esa respuesta, se hace un breve silencio.

—Está alojada en la cuatro-uno-dos. Hummm. A veces ponemos fotografías en algunas de nuestras *suites* para los huéspedes habituales...

—¿En serio? —pregunto, confusa, y me inunda la decepción. ¿Podría tratarse de otro servicio de lujo del hotel? Pero ¿justo estas fotografías? Es demasiada coincidencia, ¿no?

—Nos gusta que la gente se sienta como en un hogar lejos de su hogar.

Me lo apunto. Mi equipo va a tener que investigar en redes sociales para conseguir que nuestros futuros huéspedes se sientan igual.

—Pero, en realidad —continúa la mujer—, como es su primera estancia... Discúlpeme mientras compruebo una cosa. Tengo una nota sobre su reserva. Por favor, no cuelgue.

La respiración se me entrecorta como si hubiera estado corriendo durante kilómetros. ¿Será cosa de Vincent después de todo? Y si es así, ¿por qué? Desde que comí con Sutton he estado tratando de averiguar qué puedo hacer o decir para que Vincent se dé cuenta de que puede estar seguro de que jamás lo abandonaré, pero aún no se me ha ocurrido nada. He estado muy ocupada con el trabajo porque, como ya no hago falta en la casa, he cogido más turnos en el *pub* y he empezado la formación, y, por supuesto, sigo trabajando en la tetería. Durante todas esas horas y durante todos los tiempos muertos, solo he pensado en Vincent, pero no he encontrado una solución. ¿Cómo puedo convencerlo de que no lo abandonaré?

—Gracias por su paciencia —dice la mujer al teléfono—. Esas fotos son una petición especial de su marido, que las ha enviado para que las dejáramos en su habitación.

Una oleada cálida me recorre el cuerpo entero. *Mi marido*.

—Ah, gracias.

Cuelgo, aturdida. Las fotos son obra de Vincent. Supongo que está al tanto de todo por Michael y Olga, y es consciente de que, para mí, venir a Londres y alejarme de Crompton es todo un reto.

Vincent es un buen hombre. Atento, dulce y sensible. El hombre con el que quiero estar el resto de mi vida.

Y de repente, lo tengo. Sé exactamente qué puedo hacer para que Vincent se dé cuenta de que lo quiero a mi lado para siempre. Solo tengo que armarme de valor y salir de la habitación de hotel para poner mi plan en marcha.

KATE

Salgo del ascensor en la cuarta planta del hotel y voy a mi habitación, aliviada al saber que dentro estaré a salvo. Lo veo antes de que él me vea a mí; me llevo la mano al pecho y suspiro.

Está aquí, y yo estoy preparada.

Vincent está apoyado en la pared, frente a mi habitación, con la mirada clavada en el suelo. Parece más delgado que la última vez que lo vi aunque solo hayan pasado unas semanas.

Menos mal que he descubierto cómo hacer que se quede; o eso espero, al menos.

Levanta la vista cuando me acerco. Su apuesto rostro me deja sin aliento un instante, y tengo que recordarme cómo respirar.

—Hola —saludo al detenerme frente a él. Me muero por saltarme esta parte y avanzar a esa en la que me abraza, pero no quiero asustarlo—. Has hecho que pongan las fotos en mi habitación.

Asiente y me mira a los ojos, como si intentara encontrar alguna pista que lo ayudara a saber qué decir.

—Me preguntaba si podríamos hablar.

—Claro —respondo. Espero que no haya venido a disculparse y a decirme que las cosas nunca habrían funcionado entre nosotros. Mis planes son muy distintos—. Siempre he querido ir a Hyde Park. Me han dicho que es maravilloso.

Entrecierra los ojos como preguntándose si me ha escuchado mal.

—De acuerdo.

Doy media vuelta y regreso por donde he venido. Él pulsa el botón para bajar y esperamos delante de las puertas del ascensor.

—Siento haberme ido tan de repente —murmura.

—Lo sé. Y agradezco y acepto tus disculpas. —No estoy enfadada con él: me dolió que se fuera, pero entiendo por qué lo hizo.

Antes de que pueda responder, las puertas del ascensor se abren y entramos. Hay una pareja de ancianos dentro.

—El frío del otoño se respira en el aire —comenta la mujer.

—¿Quieres que vaya a por tu abrigo? —pregunta el hombre.

—La verdad es que estaba pensando en que a lo mejor querrías ir a por el tuyo —responde ella.

—No voy a tener frío, pero, si quieres, espérame en el vestíbulo mientras voy a buscar el tuyo.

—Creo que no me va a hacer falta. —Ella lo coge de la mano y él le da un beso en la mejilla.

Sonrío, y me muero por bombardearlos a preguntas: ¿cuánto tiempo llevan casados? ¿Dónde se conocieron? ¿Siempre se han cuidado así? Pero no tengo ocasión de hacerlo porque llegamos a la planta baja y se abren las puertas al vestíbulo.

—¿Recuerdas que has dicho que lo sabías? —dice Vincent cuando vamos hacia la salida.

—Sí —respondo.

—¿Cuando te he dicho que lo sentía y tú has dicho «Lo sé»?

—Hace treinta segundos, claro que lo recuerdo.

Insiste en abrirme la puerta, a pesar de los esfuerzos del portero para abrírnosla a los dos, y nos adentramos en el atardecer londinense. La mujer del ascensor tenía razón: el frío del otoño está en el aire, pero mi corazón palpita con tanta fuerza que siento calor.

—¿Qué querías decir? —pregunta.

Damos unos cuantos pasos y nos detenemos en un cruce.

—Pues que sé que lo sientes.

—¿En serio?

Asiento sin apartar la vista de Hyde Park. No me apetece mantener esta conversación entre el ajetreo del tráfico y la gente; es mejor que lleguemos junto a los árboles, donde me sentiré más cómoda, como en casa, bajo el viejo roble.

Cruzamos en silencio y nos dirigimos al parque, que es más grande de lo que esperaba y está menos organizado. Estoy acostumbrada a jardines más formales, pero este también es bonito: un trocito de naturaleza en medio de una ciudad de hormigón y piedra.

—Tenían razón esos ancianos del ascensor: se acerca el otoño. —Me agacho y recojo una hoja amarillenta.

—Lo siento mucho —vuelve a disculparse—. Me asusté y me inventé esa mierda de excusa sobre un trabajo en Arizona.

Me doy la vuelta para mirarlo bajo un roble gigante: parece muy agobiado, y quiero acariciarle la cara, consolarlo, hacer que se sienta mejor, pero no puedo. Necesito ciertas garantías, y él también.

—Te quiero —digo.

Inspira hondo y se lleva la mano al pecho.

—No esperaba oírte decir eso —responde al cabo de un rato—, pero ese es uno de los motivos por los que te quiero. —¿Me quiere? Quiero grabarme esas palabras en la mente—. Nunca dices lo que espero que digas.

Pues es mejor que se prepare para lo que se le viene encima esta tarde...

—Me encantaría escuchar el resto de los motivos por los que me amas —sonríe—. ¿Nos sentamos?

—¿Aquí? —Mira la hierba bajo sus pies.

—Podemos buscar un banco si lo prefieres —ríe.

Me dedica una mirada retadora y se sienta.

—Tienes el corazón más grande del mundo —dice—. Eres leal, y la mujer más divertida que he conocido. Cuando estoy contigo no solo quiero ser un hombre mejor: soy un hombre mejor. Le he robado esa frase a Jacob, pero me siento justo así. Soy más feliz, más amable y más reflexivo, y estoy más relajado cuando te tengo cerca, y eso es porque tú eres así, no solo conmigo, sino también con todos los que te rodean. Jamás te han importado mi riqueza ni mi posición. Siempre pones en voz alta tus deseos y tus necesidades, y eso es refrescante... y aterrador.

Enarco las cejas.

—¿Aterrador?

—Porque no quiero perderte. Nunca me he sentido así.

Sus palabras son lluvia fresca de verano.

—Oh.

—Cuando estás conmigo, me siento en casa.

El corazón me late desaforado en el pecho, como si quisiera escaparse y llegar al regazo de Vincent.

—Esa sensación me resulta familiar —murmuro.

Suspira y se acerca a mí.

—Soy un auténtico imbécil, pero nos queremos, y, si me perdonas, me muero porque lo nuestro funcione. Sé que vas a intentar decirme que no, que no dejarás Crompton, pero si no te importa que yo viaje, puedo mudarme ahí y podemos telefonarnos y hacer videollamadas, y regresaré para estar en casa contigo tanto como pueda.

Me recorre un escalofrío de placer al escuchar que regresará a casa conmigo. Me siento aliviada al ver que no intenta irse, que ha entendido que lo nuestro merece unas disculpas incómodas y una conversación torpe. Le dedico una diminuta sonrisa. Este hombre es la mejor persona que conozco. El mejor hombre que jamás conoceré.

—Me has enseñado muchas cosas, Vincent, pero la más importante de todas es que no es el lugar lo que me hace sentir segura, feliz y querida: es la gente. Por eso disfruté tanto en Norfolk. Estaba con vosotros, que tenéis raíces tan profundas como este roble. No importa a qué parte del mundo tengas que ir, yo iré contigo. Porque, si estoy contigo, estaré a salvo y seré feliz. —Cierra los ojos, y sé que lo inunda el alivio—. Pero hay una cosa que debemos resolver antes. —Abre los ojos y me mira, suspicaz—. Necesitas sentirte seguro con respecto a mí, saber que no me voy a ir a ningún sitio. Sé que es por lo que ocurrió con tu padre, y no me extraña, pero tengo que curarte esa cicatriz, Vincent.

—Ya lo has hecho —dice, acercándose a mí.

Me pongo la bolsa sobre las rodillas y saco el regalo que he ido a comprar hace un rato.

—He comprado esto —susurro, dándole la caja—. Hay uno para cada uno, pero a lo mejor el tuyo no es de tu talla. —Frunce el ceño, mira la caja y vuelve a alzar la vista hacia mí—. Ábrelo.

Tira del lazo y saca la caja negra. Me lanza otra mirada confusa, y yo levanto la barbilla en señal de ánimo silencioso. Cuando la abre, una sonrisa se dibuja en sus labios: sobre el terciopelo negro hay dos anillos de oro.

—Vamos a estar juntos para siempre —digo—. Quiero casarme contigo. Quiero que seamos familia, el ancla del otro en este mundo cambiante, pero quiero que me prometas que, si hay algo que no vaya bien, hablarás conmigo, que no vas a salir corriendo por un viaje de negocios cuando las cosas se pongan difíciles o cuando te sientas vulnerable. Solo te pido la oportunidad de demostrarte que no voy a abandonarte jamás.

Traga saliva y asiente.

—Te lo prometo.

Me siento a horcajadas sobre su regazo y nuestros rostros quedan a escasos centímetros. Le rodeo el cuello con los brazos, pero él no me devuelve el gesto y me aparto un poco.

—Espera, hay algo más. —Tantea en su bolsillo y me muevo para facilitárselo—. Te he comprado algo. —Saca otra caja negra, exactamente igual a la mía—. Debe de ser del mismo sitio del que salió la tuya. El amigo de Beck es el dueño. Es joyero.

—¿Qué es? —pregunto, mirando la caja.

—¿Por qué no la abres? —ríe, y yo la cojo—. No muerde, en serio.

—¿Me lo prometes? —sonrío.

Sacude la cabeza.

—Te quiero.

Le acaricio la cara y me recreo en la sensación de su piel bajo la mía.

—Yo también te quiero.

Por fin abro la caja y descubro un enorme anillo de diamantes. La piedra es tan grande como una bellota.

—¡Es enorme!

—Si no te gusta...

—Me encanta. Lo adoro. Creo que me gusta casi tanto como tú. —El sonido de su risa me calienta las entrañas—. Y, por si te lo estabas preguntando, te quiero mucho. —Saca el anillo de la caja y me coge la mano y lo desliza en mi anular izquierdo. Me queda como un guante—. Así que pensabas declararte y me he adelantado... —Muevo los dedos para admirar cómo la luz del sol arranca destellos luminosos al diamante.

—Quería una forma de demostrarte que no volveré a huir. Me he dado cuenta de lo estúpido que he sido, y no voy a dejarte escapar otra vez. Y no sabía si me tomarías en serio.

—Para futuras referencias: el soborno siempre es una buena opción. —Deslizo las manos por su pelo y le doy un beso en los labios—. Te he echado de menos.

Me coge la cara entre las manos.

—No vas a tener motivos para echarme de menos nunca más.

No nos hace falta una ceremonia para comprometernos el uno con el otro, aunque con mucho gusto proclamaría mi amor delante de toda nuestra familia y amigos. Sentados bajo las ramas de un roble en Hyde Park, celebramos la única ceremonia que importa: intercambiamos promesas y un «te quiero» y acordamos pasar el resto de nuestras vidas juntos.

Vincent es ahora mi hogar, y yo soy el suyo.

41

VINCENT

¿Cómo puedo ser tan afortunado? Kate está en la ventana, contemplando Londres. Me quito los zapatos y me pongo a su espalda.

—¿Te gustan las vistas?

Se da la vuelta entre mis brazos para quedar frente a mí.

—Sí.

Le doy un beso en el cuello.

—Hueles a flores frescas de verano —murmuro. Le encaja a la perfección: es como un verano perpetuo, llena de luz y color.

—Me gusta la idea de no volver a echarte de menos —dice—. De no volver a echar de menos tu cuerpo porque podré tenerlo todas las noches. —Me pasa las manos por los hombros y por los brazos como si intentara recordar su forma.

—Soy todo tuyo.

Ella pasea una mano por los botones de mi camisa.

—Y yo tuya.

Esas palabras calan hondo en mí, y suspiro.

—Me encanta saber que estamos... así de unidos. —Mira el anillo en su anular izquierdo—. ¿Crees que la gente va a murmurar por lo rápido que hemos ido?

—Me da igual —respondo—. ¿Y a ti?

—También. —Me acaricia el cuello sin apartar la vista de mí.

Sí, la quiero desnuda ahora mismo; sí, quiero tenerla tan cerca como sea posible; sí, quiero lamer, chupar, embestir, follar. Pero también quiero quedarme aquí y contemplar a esta increíble mujer el resto de mi vida.

—Creo que deberíamos probar la cama. —Se escabulle de mis brazos y pasa frente a los sofás para dirigirse al otro lado de la habitación, donde está la cama—. Olga dice que tenemos que entender lo que es el lujo. —Se quita la camiseta y se baja la cremallera de los vaqueros—. Hemos venido para eso. Dice que tenemos que hacer uso de todas las instalaciones. —Se da la vuelta y yo voy hacia ella, despojándome de mi ropa a medida que avanzo.

—Es un buen consejo. Podemos empezar por la cama y luego pasar a la ducha, al baño, al sofá, al suelo. Tal vez incluso contra la ventana.

Se sonroja, y es adorable.

—Me vale cualquier sitio que no sea la ventana. Mi agorafobia ha mejorado, pero creo que eso sería ir demasiado lejos. —Está en ropa interior, y no sé dónde mirar. Esta mujer va a ser mi esposa. Va a ser mía para siempre, y yo, suyo.

—Eres guapísima —digo—. Y amable y divertida e inteligente y sexy, y me alegro de que vayamos estar juntos para siempre.

—Lo mismo digo —sonríe. Me he desnudado por completo. Se acerca a mí, se pone de puntillas y enlaza las manos detrás de mi cuello—. Eres guapísimo. Y amable y divertido e inteligente y sexy, y

me alegro de que vayamos estar juntos para siempre. Y sé que tenemos el resto de nuestras vidas, pero me gustaría que el resto de nuestras vidas empezara ya.

La beso, estrechándole la cintura para que estemos tan unidos como deberíamos haber estado desde nuestra primera noche juntos. Nuestras lenguas bailan al compás y, sé que suena la hostia de cursi, pero es como si fuéramos un solo ser; como si ella hubiera sido diseñada para mí. Es maravillosa, y voy a casarme con ella. ¿Cómo coño he tenido tanta suerte?

Deshago el beso para coger un condón.

—¿Tenemos que usarlo? —pregunta—. Me he hecho las pruebas y, bueno, estoy sana.

—Yo también —digo, un poco demasiado rápido. No tiene por qué saber que, antes de conocerla, me hacía pruebas una vez al mes, pero desde entonces no ha habido nadie más, y jamás lo habrá.

Me excito solo con pensar que pronto voy a estar en su interior, pero me obligo a ser paciente: quiero centrarme en ella.

La guío hasta la cama y hago que se tumbe boca arriba. Se apoya en los codos, suelta el cierre del sujetador y lo tira al suelo, y yo le quito las bragas.

Le acaricio los muslos, le separo las piernas y las recorro con la lengua, arriba, arriba, arriba, hasta llegar a su clitoris, a su vientre y a sus pechos. Ella se estremece bajo mi cuerpo y sus suaves gemidos se aferran a mi miembro como una caricia. Me meto uno de sus pezones en la boca, lo rodeo con la lengua y lo chupo. Se contonea debajo de mí, con los dedos en mi pelo y una pierna rodeando las mías.

—¡Vincent! —exclama—. Te quiero a ti. A ti entero. —Me levanta la barbilla de su pecho y nos miramos a los ojos—. Eres un amante generoso y siempre piensas en mí, pero ahora, esta vez, quiero que se trate de nosotros. Te quiero sobre mí, encima de mí, dentro de mí.

—Kate. —Sacudo la cabeza—. No sé cuánto voy a durar si...

Pone sus dedos sobre mis labios.

—Yo tampoco.

Me paso la mano por la cara e inspiro hondo.

—Voy a perder muchos puntos...

—Bueno, ya he aceptado casarme contigo. Si rompo el compromiso, el protocolo me obliga a devolver el anillo, y te garantizo que eso no va a pasar, así que estoy atada a ti pase lo que pase.

Me río entre dientes, rodeo la base de mi miembro y le apoyo la mano en las caderas. Entro en ella despacio, con calma, sobrecogido por lo bueno que es estar en su interior.

Por lo buenos que somos juntos.

Me muevo muy despacio al principio porque quiero que dure, pero es inútil, es demasiado perfecto: está tensa y húmeda, y cuando grita mi nombre y sus uñas se clavan en mi pecho, solo deseo estar más cerca, más dentro.

Es irresistible.

Quizá por ese ritmo implacable, solo pasan unos segundos antes de que sienta cómo se ciñe alrededor de mi miembro.

—¡Vincent! —grita—. Ay, Dios.

Está a punto, y doy gracias a Dios, porque puedo sentir cómo yo también estoy llegando a toda velocidad.

Enlaza sus piernas alrededor de mi cintura y yo embisto y embisto y embisto hasta que arquea la espalda y el orgasmo me arrolla como un tren de mercancías.

—¡Kate! ¡Kate!

Me acaricia la mandíbula y cuando abro los ojos encuentro su mirada. Sé que me quiere sin

necesidad de que lo ponga en palabras.

Le doy un beso en los labios y me desplomo sobre ella.

Mi respiración vuelve a la normalidad poco a poco; ella se mueve y me da un beso en el estómago.

—El próximo, en la ducha —dice.

No sé si podré moverme, pero soy incapaz de resistirme a esta mujer. Me coge de la mano y me lleva al cuarto de baño.

—Siéntate —ordena, señalando el banco de mármol que hay en un extremo de la enorme ducha.

Agotado, hago lo que me pide. Levanto la cabeza cuando Kate abre el grifo y una cálida lluvia cae desde el techo.

—Vaya. Es como si lloviera —comenta.

Su cuerpo brilla bajo el agua; se agacha y me besa en los labios. La agarro de las caderas para acercarla, pero se aparta y se arroja a mis pies.

Puedo sentir la sangre corriendo hacia mi pene, como si cada molécula se apresurara para llegar primero.

—Kate. —Sacudo la cabeza.

—Quiero hacerlo. Te gusta darme placer. Me gusta darte placer. —Me agarra el pene, y no puedo reprimir un gemido, pero no la detengo: lame, besa y chupa, y no puedo apartar los ojos de ella, de su lengua, de sus manos, del movimiento de sus pechos; del agua que corre por su cuerpo.

—¡Joder! —exclamo cuando ella se lo mete hasta el fondo y jadea.

Me voy a correr. Otra vez. No puedo parar. Es demasiado...

Me muevo, deseando que acelere para poder llegar al clímax. Me agarra los muslos para detenerme.

—Kate —protesto.

Me coge la mano, se la pone en la cabeza y no aguanto más: se me tensan los testículos y me vacío en su garganta.

Cuando recupero el conocimiento, la cojo en brazos y la estrecho contra mi pecho. Nuestros cuerpos encajan a la perfección, como dos piezas de un rompecabezas. Esté donde esté, ella es mi hogar. Y sé que yo soy el suyo.

Mi prometida, mi mujer, mi compañera.

La llame como la llame, es la mujer a la que amaré el resto de mi vida.

EPÍLOGO

TREINTA Y SEIS DÍAS DESPUÉS...

VINCENT

A pesar de que no nos hacía falta otra ceremonia después de nuestro intercambio de votos en el parque, yo quería organizarla, y Kate me ha dado el gusto y me ha seguido la corriente. Me apetecía tener a todas las personas que quiero juntas en un mismo lugar para celebrar que voy a pasar el resto de mi vida con Kate y que voy a tener un futuro que nunca creí posible y no deseaba esperar.

Veintinueve días después de nuestro reencuentro en Hyde Park, nos presentamos en el Registro Civil de Marylebone y nos casamos.

Una semana después, todos nuestros amigos y familiares han venido a los terrenos de Crompton para celebrarlo. Hemos montado una carpa enorme, con una pista de baile y mesas para comer. A pesar de ser septiembre, este fin de semana ha hecho un sol radiante, y Kate ha insistido en que quitáramos los laterales de la carpa para poder ver mejor el paisaje.

La carpa tiene vistas al lago y al bosque, las favoritas de Kate y las mías. Las flores adornan el interior de la carpa, trepan alrededor de los soportes y se extienden por el techo. Es precioso. No había otro lugar mejor para celebrarlo.

No hay altar ni ceremonia ni damas de honor ni padrinos. Solo sol, champán, comida, música, baile y risas.

Es poco convencional, pero nos va a los dos perfectamente.

—Estás guapísima —le digo a mi novia, que lleva un vestido blanco con pedrería y una corona de flores recién cogidas de los jardines de Crompton. Nos movemos al compás en la pista de baile—. Como un hada de las flores.

Me sonrío y juguetea con la rosa que llevo en la solapa, que ella misma ha cogido de los jardines esta mañana.

—¿Cuánto has bebido?

—Eres mágica —insisto.

—¿Quién iba a pensar que te convertirías en un pastelito cursi?

—Es por tu culpa. —La beso en la frente.

Beck y Stella están junto a nosotros en la pista de baile. Él le ha pisado el dedo del pie y ella se está riendo de él. Kate sigue mi mirada.

—¿Te estás preguntando si me pisarás los dedos de los pies después de unos años juntos?

—No —respondo—. Después de esta noche no pienso volver a bailar.

Se ríe y no puedo evitar sonreírle, porque verla feliz es mi mayor triunfo.

—Deberíamos quedar con ellos para cenar —comenta—. Stella me gusta mucho.

—Sí, deberíamos. Quiero escuchar la historia de Beck sobre cómo se conocieron. Al parecer, empezó con un chantaje.

—Bien está lo que bien acaba, supongo.

Me guía fuera de la pista hasta la abuela, que nos sonrío.

—Hacéis muy buena pareja —dice. Alguien se lleva a Kate y yo me siento junto a ella.

—Es demasiado buena para mí —respondo.

—Ella diría lo mismo de ti. Por eso sois perfectos el uno para el otro. —Me da unas palmaditas en la rodilla—. Lo único que tenéis que hacer es cuidarlos.

—Es el trabajo más importante de mi vida. Cuidarla, asegurarme de que es feliz y se siente querida. El resto no me importa. Quererla me ha hecho ver las cosas en perspectiva.

—Habrá altibajos —dice la abuela—, pero solo tienes que recordar que es una carrera de fondo.

—¿Crees que de verdad quiere venir a Nueva York conmigo? —pregunto. Voy a cerrar la oficina de ahí, pero prefiero decírselo a los trabajadores en persona. Voy a ofrecerles otros puestos, pero algunos deberán trasladarse. No tiene sentido mantener una oficina allí cuando mi casa está con Kate, en Inglaterra.

—Si ella dice que está bien, es que está bien. Tú estarás allí, y yo también.

—Espero que siempre viajes con nosotros.

—Lo haré de vez en cuando, hasta que estos viejos huesos se nieguen a cooperar. —Hace una pausa y sacude la cabeza—. Ver a Kate tan feliz me ha quitado un peso de encima que no sabía que llevaba, pero ahora mis preocupaciones se han esfumado. Me he culpado a mí misma durante muchos años, y no sabía qué podía hacer para que volviera a sentirse bien.

—Ella te adora —le aseguro—. Lo has hecho todo bien.

—Nadie lo hace todo bien. Pero al verla ahora, me siento feliz, y aliviada, de que todo haya salido bien. ¿Me haces un favor? Kate ha pasado gran parte de su vida escondiéndose, así que tendrás que dejar que decida lo que necesita. Te quiere, y me alegro mucho de que vaya contigo cuando viajes por negocios, pero también debe tener algo suyo, algo propio.

—Estoy de acuerdo —apruebo; justo en ese momento, regresa Kate y se sienta en mi regazo—. ¿Le has contado a la abuela lo de la solicitud que enviaste ayer? —Kate me mira y luego se vuelve hacia la abuela—. Creo que le gustaría saberlo —insisto.

—No sé si servirá de algo —explica—, pero he vuelto a solicitar plaza en Cambridge. Envié un correo a mi antiguo tutor para comentárselo y me contestó que estaría encantado de apoyar mi solicitud. Si me aceptan, empezaré el año que viene.

Los ojos de la abuela se empañan con las lágrimas y nos coge de las manos.

—Es una noticia fantástica.

—Solo viajaré cuando tenga vacaciones en la universidad —digo.

—El resto del tiempo estaremos aquí.

—¿En Crompton? —pregunta la abuela.

—Ya lo hablaremos —comenta Kate—. Vincent quiere quedarse con una parte de la finca y construir una casa para los dos, pero yo no estoy convencida. Si voy a volver a estudiar, es más lógico que nos quedemos en Cambridge. Si consigo entrar...

—Beck está construyendo unas casas adosadas en Mayfair que vamos a ver. No estaría mal tener un lugar en Londres.

—Y en Norfolk —añade Kate—. También queremos estar cerca de ti, abuela.

—Por suerte para ti, no tengo trabajo —replica la abuela—. Así que puedo ir a visitarte estés donde estés.

Kate y yo compartimos una mirada. Kate tiene claro que dondequiera que vayamos, va la abuela, y me parece bien: ahora también es parte de mi familia.

—La casa de Londres tiene un anexo para la abuela —sonríe Kate—. Quiero decir, literalmente, es para ti.

—No te preocupes por mí, que no voy a marcharme muy lejos. Ahora, Vincent, preséntame a tu

familia.

Beau se acerca como si tal cosa, con una sonrisa del tamaño de África. Coge la mano de la abuela y le besa los nudillos.

—Soy Beau Cove, primo de Vincent, aunque es como mi hermano. Supongo que tú eres la abuela de Kate. He oído cosas maravillosas sobre ti.

—En tu familia sois todos encantadores, está claro —ríe—. ¿Estás casado?

—Todavía no —responde—. ¿Te gustaría bailar?

—¿Beau está coqueteando con la abuela? —pregunta Kate cuando vemos cómo la escolta hasta el centro de la pista.

—No puede evitarlo.

—Se va a meter en un buen lío.

—Está acostumbrado a meterse en líos —replico. A veces me preocupo por él. Parece desorientado, como si siempre estuviera buscando el próximo subidón. Me pregunto qué necesitará en realidad.

Kate me echa los brazos al cuello y miramos a nuestros amigos y familiares que ríen, bailan y disfrutan en este hermoso lugar.

Somos muy afortunados.

—Tengo un regalo de boda para ti —le susurro al oído.

—Ya tengo todo lo que puedo desear.

Sonríó porque sé que dice la verdad. Kate me ha hecho ver que las cosas más importantes de la vida no son económicas, y por eso espero que le guste mi regalo.

Saco el móvil y busco un documento.

—Sabes que todo lo que tengo es tuyo.

—Si tú lo dices...

Desliza los dedos por mi pelo, distraída.

—Pero quería que esto estuviera a tu nombre. Los papeles están listos y solo tienes que firmarlos.

Entrecierra los ojos y mira el teléfono, que he orientado en su dirección.

—¿Qué has puesto a mi nombre?

—Este lugar. Crompton.

Ella se queda paralizada.

—¿Quieres que sea mío? —sonríe.

—Sí. Ya lo es, de todos modos, ahora que estamos casados, pero es tan especial para ti que quería que fuera tuyo exclusivamente.

Me acuna la cara entre las manos.

—Gracias. —Hace una pausa—. Eres muy especial, Vincent, no porque sea un regalo extravagante, que lo es, sino porque siempre piensas en mí. Siempre pones mi felicidad por delante de todo. Y yo quiero hacer lo mismo por ti.

Le estrecho la mano entre las mías.

—Ya lo haces. Todos los días. Siendo tú misma.

UNAS SEMANAS DESPUÉS...

KATE

Todos estamos mirando la casa de Carole y John desde la entrada. Sobre nuestras cabezas, las nubes grises amenazan lluvia en los cinco próximos minutos.

—Necesitamos al menos cuatro dormitorios más —dice Carole.

—¿Cuatro?! —exclama John—. ¿Tienes un montón de hijos secretos de los que no sé nada?

—Y un comedor más grande —continúa Carole.

—No podemos ampliar el comedor —la contradice John.

—Por eso estoy pensando que sería mejor derribar toda la casa y construir algo nuevo. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? —repite John, con la cara cada vez más roja—. Creo que...

—No estaba hablando contigo. Hablaba con Vincent y con Jacob. ¿Qué decís? ¿Ampliar o demoler?

—Nathan tiene una casa al final de la calle. No tenemos por qué quedarnos todos contigo cada vez que venimos de visita.

Carole se lleva la mano a la espalda y se desata el delantal con fotos de Jacob.

—Esto es justo lo que me temía. Si todos tenéis casas cerca, nadie va a querer quedarse. Y me encanta cuando comemos juntos y nos sentamos alrededor del fuego hasta que caemos rendidos en la cama. —Hace una bola con el delantal y lo tira al suelo—. Quiero que mis nietos se metan en mi cama por las mañanas y arroparlos por las noches.

John se acerca a ella y le acaricia la espalda.

—Oye. Los chicos no van a irse a ninguna parte, por mucho que me gustara que así fuera.

Suelto una carcajada y miro a Sutton. Vincent y Jacob ni siquiera han oído el comentario de John.

—Tengo una idea —dice Vincent, y yo le aprieto la mano, para que sepa que voy a estar de acuerdo con lo que sea que está a punto de decir—. ¿Por qué no construyes una nueva casa aquí delante? Tienes espacio de sobra. Podemos unirla a la casa antigua y convertirla en un ala con dormitorios para todos cuando estemos aquí. El resto del tiempo puedes usar la casa nueva, y nos aseguraremos de que tenga un comedor enorme.

—¿Un ala con habitaciones? —masculla John—. No vamos a convertir mi casa en un albergue.

—Es una buena idea —comenta Carole—. Porque han empezado a llegar los nietos y necesitamos sitio.

—¡Santo cielo! —exclama John—. Nunca voy a tener un momento de paz.

—¿Por qué no vas a ver tus judías, John? Déjanos esto a mí y a los chicos —le ordena Carole.

—Típico —rezonga él—. No puedo ni decidir sobre mi propia casa. —Pero se va sin rechistar, porque imagino que, en el fondo, está encantado de no tener que involucrarse en lo que sea que Carole quiera hacer con la casa. John quiere a sus hijos tanto como Carole, pero tiene una forma diferente de demostrarlo—. ¡Perro! —grita—. Más te vale no haber encontrado mierda de zorro o te despellejaré vivo.

—No mates al perro, papá —suspira Jacob.

—Haré lo que me dé la gana —replica—. Esta es mi casa. —Perro dobla la esquina y viene disparado—. Venga, vamos a ver las judías. —John se dirige hacia su huerto, y los demás nos quedamos mirando la casa.

—Vamos a seguir viniendo de visita, mamá —dice Jacob—. Creo que Sutton no se habría casado conmigo si no fuera por la familia. Formáis parte del trato.

—Es verdad —confirma Sutton—. Vamos a seguir viniendo.

—Pero cuando todos tengáis hijos necesitaremos más espacio —se empecina Carole—. Los bebés son pequeños, pero ocupan un montón de sitio. Ya lo veréis.

—Sí —sonríe Jacob—. Dentro de unos siete meses y medio.

Suelto un jadeo, y Carole gira la cabeza para mirar a Jacob. Vincent le da una palmada en la espalda.

—Felicidades.

—Íbamos a hacer el gran anuncio en la cena...

—Pero mi futuro marido tiene la paciencia de un niño pequeño —añade Sutton.

La abrazo y Carole se une a nosotras.

—Me alegro mucho por ti —le digo.

Me separo de Sutton y Carole y miro a Vincent. Me coge la mano y me besa en los nudillos.

El test de embarazo que me he hecho esta mañana ha dado positivo, pero no vamos a estropear el anuncio de Sutton y Jacob. Volveremos a Norfolk dentro de unas semanas y entonces podremos contárselo a todo el mundo. He llamado a la abuela hace un rato y no ha podido hablar durante al menos cinco minutos; después ha estado sollozando el resto de la conversación. Jamás pensó que iba a ser bisabuela, y yo nunca pensé que iba a ser madre o esposa.

Pero el hombre que tengo junto a mí lo ha cambiado todo, y no podría ser más feliz.

DOCTOR JEFE

SINOPSIS



Mi vida era muy tranquila hasta que llegó Vincent Cove, un millonario americano insultantemente sexy.

Pensé que lo nuestro solo iba a ser una aventura de una noche y que jamás volvería a verlo, pero ha regresado para convertir la mansión inglesa en la que vivo y trabajo en un glamuroso hotel.

Por encima de mi cadáver.

Ya sé que solo soy una camarera de una ciudad pequeña, y poco puedo

hacer ante la inmensa fortuna de Vincent, pero no me rendiré sin pelear. Voy a vencer a esa apisonadora millonaria.

Si hubiera sabido lo que planeaba, no me habría acostado con él, y ahora estoy absolutamente decidida a ignorar la química que hay entre nosotros; pero su encanto me despista, su insistencia me irrita y sus antebrazos, su mandíbula firme y su sonrisa diabólica me exasperan.

Al menos, no tengo que preocuparme de que vaya a quedarse: él mismo dice que es un trotamundos incapaz de asentarse en ningún sitio, así que no hay ninguna posibilidad de que me dé tiempo a enamorarme de él...

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

LOUISE BAY adora la lluvia, Londres, los días en los que no tiene que maquillarse, disfrutar de tiempo a solas, estar con sus amigos, los elefantes y el champán. Todas sus novelas son auténticos *best sellers*.

Doctor Jefe es la última novela de la autora en Phoebe, después del éxito conseguido con *Una semana en Nueva York*, *Altas esferas*, *Alta sociedad*, *El escándalo*, *Noches en París*, *Noches de promesas*, *Noches en Índigo*, *Doctor Inalcanzable* y *Doctor Perfecto*, con la serie *Mister* (*Mister Mayfair*, *Mister Knightsbridge*, *Mister Smithfield*, *Mister Park Lane*, *Mister Bloomsbury* y *Mister Notting Hill*), además de la serie *The Royals* (*El rey de Wall Street*, *El príncipe de Park Avenue*, *El duque de Manbattan*, *El caballero inglés* y *El aristócrata de Londres*) y la biología *The Gentlemen* (*El caballero implacable* y *El caballero equivocado*).

louisebay.com

IG: [louisesbay](https://www.instagram.com/louisesbay)

TW: [@louisesbay](https://twitter.com/louisesbay)

FB: [@authorlouisebay](https://www.facebook.com/authorlouisebay)

GR: Louise Bay

LOUISE BAY

SEXY, SASSY, ROMANTIC FICTION

*Otros títulos
de la autora en
Phoebe romántica*



DOCTOR PERFECTO

LOUISE BAY



Un jefe, su ayudante, una tormenta de nieve y una sola cama. ¿Qué más podría salir mal?

Lo llaman Doctor Perfecto.

Yo lo llamo Doctor Distante, Doctor Arrogante, Doctor Si-vas-a-despedir-me-hazlo-de-una-vez.

Si tuviera otra opción, presentaría mi dimisión, pero, por desgracia para mí, necesito el trabajo. Así que decidí aprovechar la oportunidad de impresionarle entregándole en persona unos documentos importantes.

Sí, es cierto que en ese momento se encontraba en una remota isla escocesa..., aunque yo lo tenía todo previsto...

Hasta que se canceló la salida del ferry de vuelta, no encontré ninguna habitación libre en la isla y se desató una tormenta de nieve.

Por lo que he acabado encerrada con mi jefe —un hombre impresionantemente guapo que casi no se sabe mi nombre— en una pequeña cabaña de solo un dormitorio en medio de la nada.

Pero, a diferencia de la nieve en el exterior, su mirada helada ha empezado a derretirse, y me parece que no vamos a necesitar un generador para mantener el calor en el interior.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Doctor Perfecto



NOCHES EN ÍNDIGO LOUISE BAY



Dylan James no tiene ninguna expectativa en cuanto a las relaciones sentimentales. De las mujeres solo busca sexo sin ataduras y ellas se relacionan con él por su dinero y su poder. Es un intercambio justo, y él se siente cómodo así. Decididamente funciona.

Beth Harrison está harta del amor. Está cansada de las mentiras y los juegos que se traen los hombres y ha decidido dedicarse por completo a su pasión, la repostería, que es lo que la protege de que le rompan el corazón.

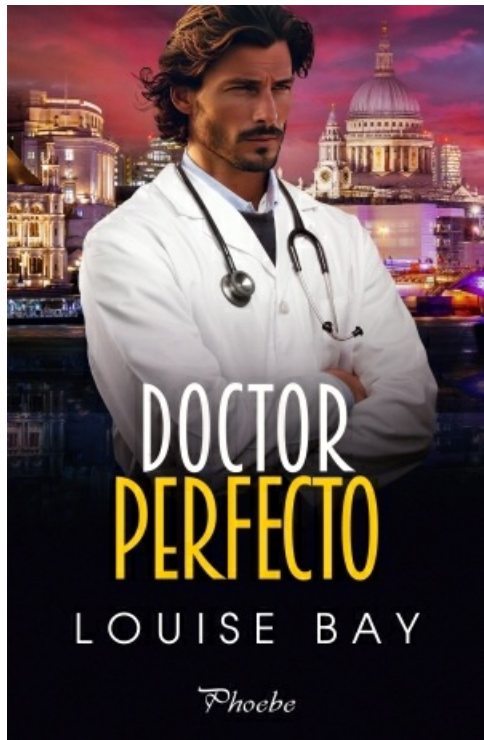
Y más cuando comienza su carrera como repostera televisiva y un nuevo mundo se abre ante ella.

Tanto Dylan como Beth saben que el sexo casual consiste en dar lo que necesitas para conseguir lo que quieres.

Excepto que a veces das más de lo necesario y obtienes todo lo que siempre quisiste.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Noches en Índigo





Doctor Perfecto

Bay, Louise

9788410070028

315 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un jefe, su ayudante, una tormenta de nieve y una sola cama. ¿Qué más podría salir mal? Lo llaman Doctor Perfecto. Yo lo llamo Doctor Distante, Doctor Arrogante, Doctor Si-vas-a-despedirme-hazlo-de-una-vez. Si tuviera otra opción, presentaría mi dimisión, pero, por desgracia para mí, necesito el trabajo. Así que decidí aprovechar la oportunidad de impresionarle entregándole en persona unos documentos importantes. Sí, es cierto que en ese momento se encontraba en una remota isla escocesa..., aunque yo lo tenía todo previsto... Hasta que se canceló la salida del ferry de vuelta, no encontré ninguna habitación libre en la isla y se desató una tormenta de nieve. Por lo que he acabado encerrada con mi jefe —un hombre impresionantemente guapo que casi no se sabe mi nombre— en una pequeña cabaña de solo un dormitorio en medio de la nada. Pero, a diferencia de la nieve en el exterior, su mirada helada ha empezado a derretirse, y me parece que no vamos a necesitar un generador para mantener el calor en el interior.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ganar siempre

Silver, Elsie

9788410070042

310 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Stefan Dalca es guapo, inquietante y mandón. También es el enemigo público número uno en este pequeño pueblo, con un pasado turbio que es difícil pasar por alto. Puede que yo sea una veterinaria de renombre, pero me encuentro en una situación difícil y Stefan es mi última esperanza. Necesito su ayuda para salvar a un potro enfermo, y él a cambio quiere tres citas conmigo. Todo comienza como una simple transacción, pero cuanto más tiempo paso con él, más me pregunto si realmente es el villano que todos dicen que es. Stefan me hace sentir como nadie antes, y valora mi inteligencia con tanta pasión como mi cuerpo. Me hace reír. Me hace sonrojarme. Me llama «gatita». Con cada conversación íntima, con cada mirada robada, la temperatura entre nosotros aumenta. Y, cuando por fin me toca, saltan chispas. De pronto, me veo anhelándolo de una forma que los que me rodean no van a aprobar ni a entender. Ceder ante Stefan Dalca es jugar con fuego, pero no me importa...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LAURA MAQUEDA

Una
estrella
solo para
mí



Una estrella solo para mí

Maqueda, Laura

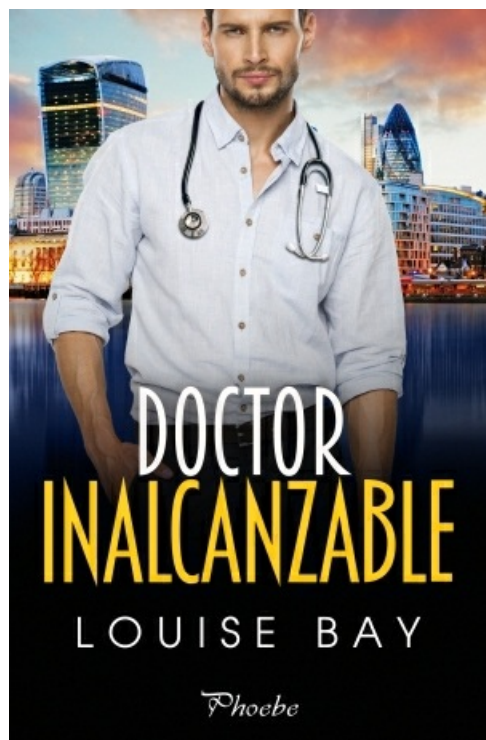
9788410070059

310 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La máxima aspiración de Leslie, mientras trabaja en Los Ángeles como asistente de la insoportable actriz Barbara Williams, es ser guionista de cine, así que cuando, de la noche a la mañana, le ofrecen el papel principal para interpretar a una diva de Hollywood en un biopic, su vida da un giro radical: ¡va a convertirse en actriz! Pero lo más sorprendente es la identidad de su coprotagonista: Rhys Hudson, el oscarizado actor... y amor de adolescencia de Leslie. El Rhys adulto se muestra como un hombre muy reservado y celoso de su vida privada; sin embargo, al reencontrarse con Leslie no tardará en descubrir que todo aquello en lo que ha basado su vida está a punto de desmoronarse, y se verá empujado a replantearse su propia existencia. Leslie comprueba que lo que un día sintió por Rhys no se ha disipado del todo, y Rhys dará muestras de que Leslie sí le importó entonces más de lo que aparentaba..., porque la pasión que empieza a despertar entre los dos es innegable, y con un rodaje en Grecia, que incluirá escenas subidas de tono, no podrán ni querrán poner freno al deseo que los embarga. Con las islas griegas y las luces de Hollywood como telón de fondo, Rhys y Leslie volverán a compartir momentos del pasado al tiempo que saldrán a la luz secretos que podrían poner en peligro su incipiente relación. Aunque... ¿y si sale bien?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Doctor inalcanzable

Bay, Louise

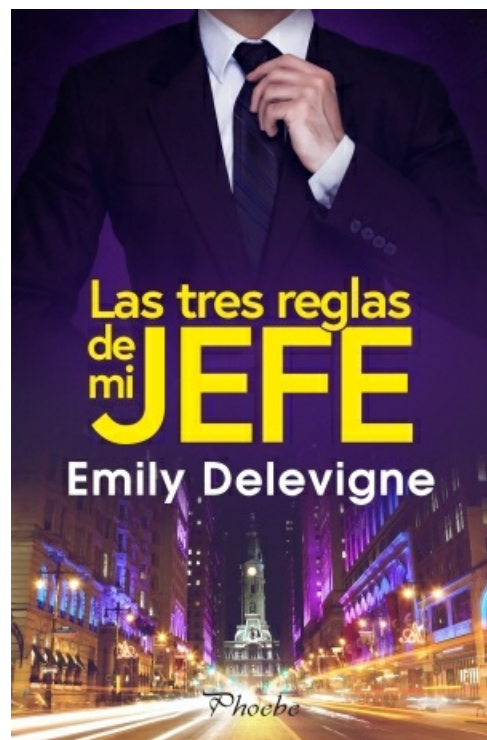
9788419301550

295 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

He renunciado a los hombres para centrarme en el trabajo de mis sueños, que empiezo el lunes, pero mi mejor amiga me convence para que me divierta una última noche, así que me organiza una cita a ciegas. Acepto porque él se va a ir a África con Médicos sin Fronteras en unos días. Sin duda, es la mejor cita de mi vida. El doctor África me hace reír y me pone tanto, tanto, que quiero hacerle un examen físico completo. Es así como se convierte en el doctor Aventura-de-una-noche, y no siento el más mínimo remordimiento por ello. El lunes por la mañana me siento entusiasmada y emocionada a la vez, hasta que me topo con... ¿Lo habéis adivinado ya? Al parecer, a nuestra cita no asistió el doctor África, sino que le sustituyó su hermano, también médico, y ahora trabajo en el mismo hospital que el hombre con el que pasé la mejor noche de mi vida. ¿Os he mencionado ya que es mi nuevo jefe? Creo que voy a tener que ir directamente a Urgencias para encontrar cura a lo que siento por el doctor Inalcanzable.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Las tres reglas de mi jefe

Delevigne, Emily

9788419301581

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Me llamo Rhys Knight y soy uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Nunca he mezclado los negocios y el placer, y prueba de ello es el imperio que he levantado en poco tiempo. Cierro contratos, destino dinero a causas benéficas y salgo con mujeres preciosas a las que no vuelvo a ver al día siguiente. Mi vida es perfecta, o al menos lo era hasta que mi mejor amigo me pidió el favor de contratar a su hermana pequeña como secretaria..., y desde ese día soy incapaz de no imaginármela desnuda. Casey Evans es todo lo que no suelo buscar en una mujer: habla demasiado y le gusta el contacto físico, lo que supone el incumplimiento de dos de mis reglas a la hora de trabajar conmigo. Sin embargo, supe que todo cambiaría esa noche, cuando celebramos haber cerrado un acuerdo con un magnate ruso... A partir de ese momento tuve claro que no podría mantenerme alejado de ella nunca más.

[Cómpralo y empieza a leer](#)